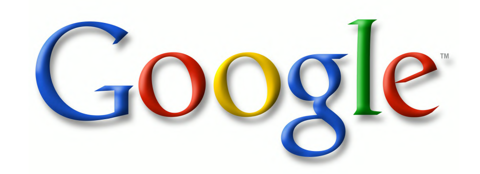
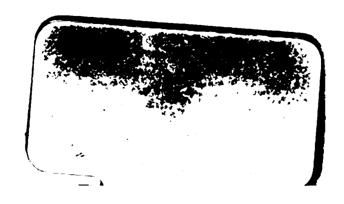
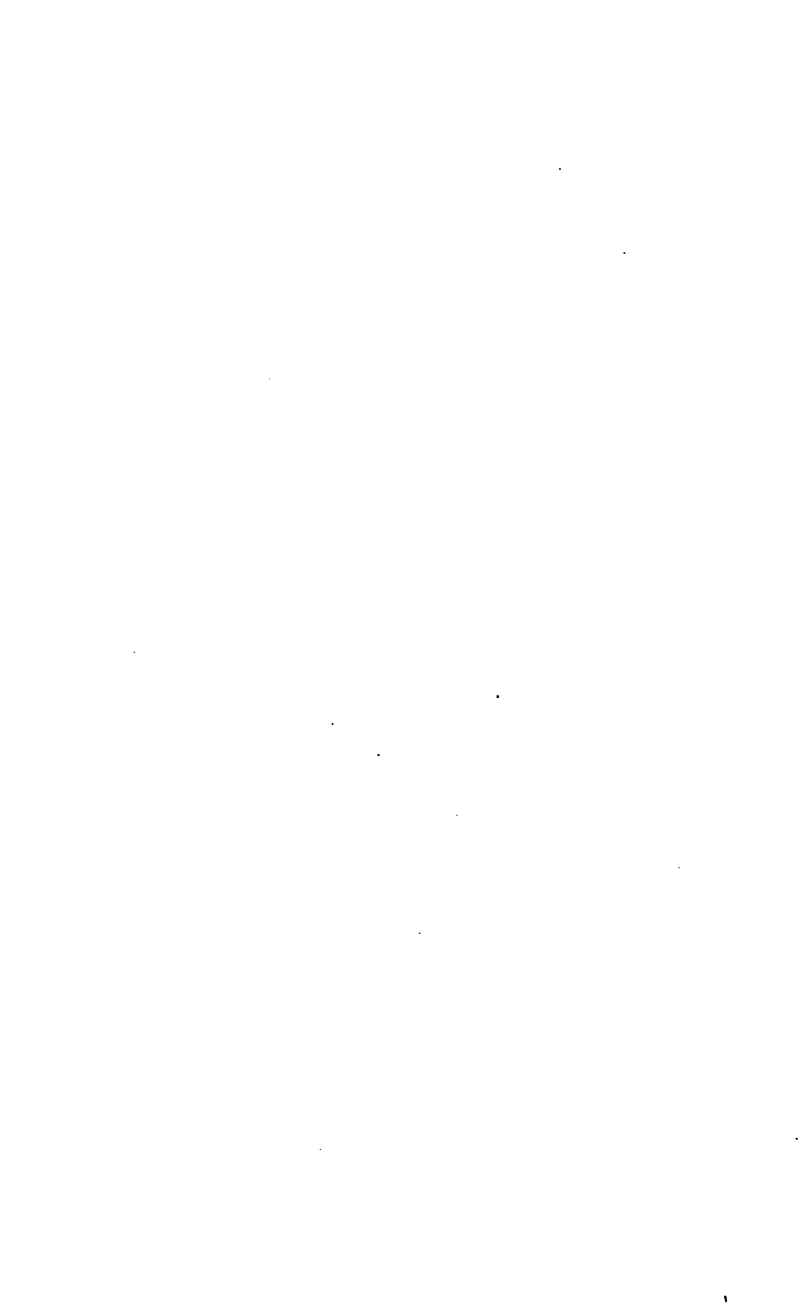





DOMINUS ILLUMINATIO MEA
Taylor Institution.
BSS 6666 A.1
REP. 5. 1921











PERFILES DE PERSONAJES

Y

BOCETOS DE IDEAS.

Imprenta de D. Juan Aguado.—Cid, 4, (Recoletos.)

PERFILES DE PERSONAJES

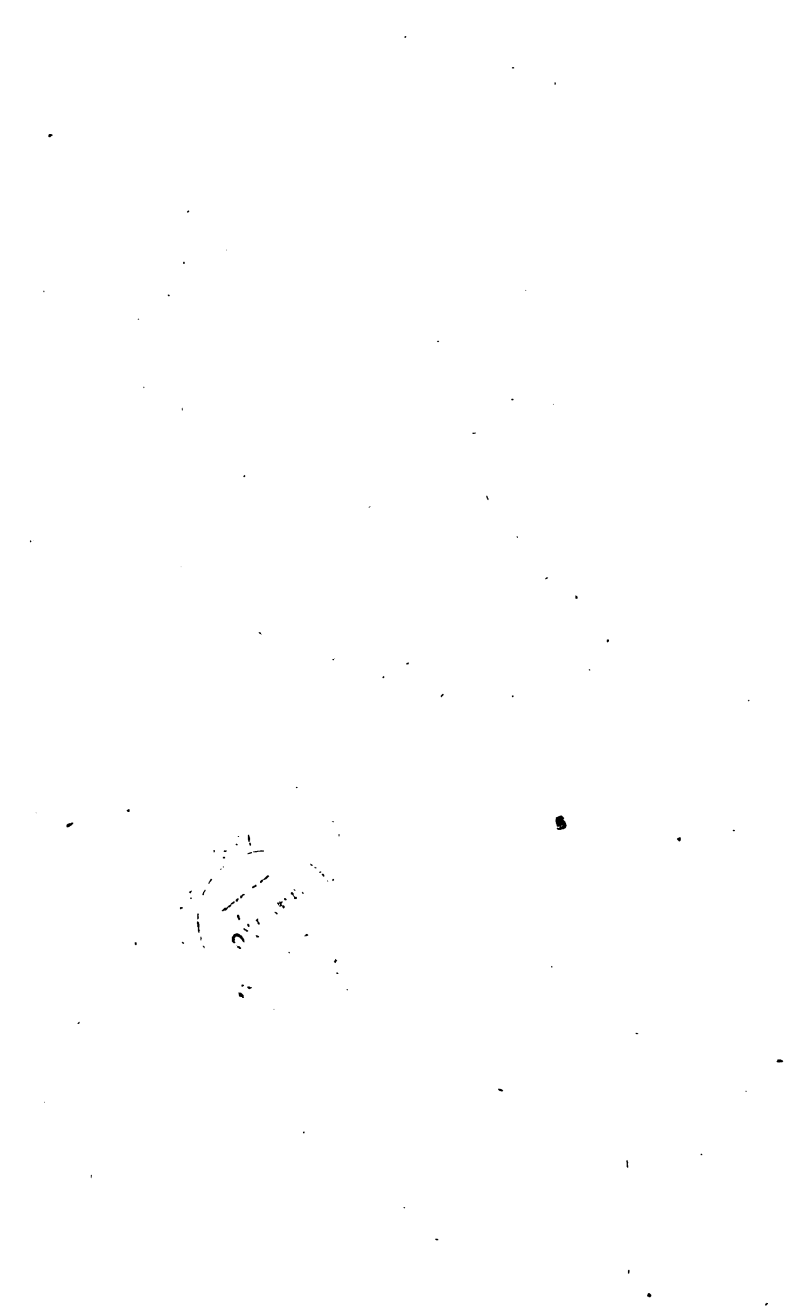
Y

BOCETOS DE IDEAS,

POR

D. EMILIO CASTELAR.

MADRID:
LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN,
Puerta del Sol, 6, y Carretas, 39.
El Libro de Oro.
1875



KANT.

Dios, primera y última palabra de la ciencia, despertó al hombre de la nada y le dió por peana la tierra, por corona los cielos. Vistióle de formas que mostrasen su grandeza, y encendió en su frente el sacro fuego del espíritu.

Cúpole, pues, al hombre, por su altísimo y explendoroso destino, tener de la naturaleza la hermosura y la armonía, del espíritu la verdad y el bien. Fuera del hombre, el cielo estrellado resplandece con los resplandores de la luz creada; dentro del hombre, la conciencia resplandece con los resplandores de la luz increada. En las esferas que le coronan, existe la atraccion; en el alma que le vivifica, existe la ley moral; formas ámbas del Eterno, que es la verdad absoluta y la hermosura perfecta.

Realizar en la tierra la ley moral, que tanto encomió Ciceron en su tratado de *República* y San Pablo en sus epístolas, es el destino de la democracia. El primer revelador de esta verdad profundísima es Kant. Ante su nombre enmudecen de admiracion los siglos. Levantémonos en espíritu á contemplar su ciencia que resplandece con la claridad de Dios, y á estudiar sus principios, que son, como la eterna lumbrera del mundo, inextinguibles.

Kant dió á la ciencia un principio, la *crítica*; á la sociedad un fundamento, el *derecho*. En su línea representa un destino semejante al destino de Rousseau. Sin embargo, les apartan notables y profundas diferencias. Rouseeau es el sentimiento, Kant es la ciencia; Reusseau localizó sus principios en la voluntad, Kant en la razon; Rousseau dió á la democracia un fundamento deleznable, Kant un fundamento eterno; Rousseau proclamó la soberanía, que sólo se ejerce por el pueblo, cuando se abdica por el pueblo; Kant proclamó el derecho, que es como el alma, incontrovertible y eterno; Rousseau buscó en los relámpagos de la naturaleza el Dios que nace del sentimiento; Kant, en el horizonte de la conciencia, el Dios eterno, racional, que adorarán eterna-

mento los siglos; Rousseau es ciego como un poeta; Kant, desde la eminente altura de sus principios, profundiza con su mirada de águila los pavorosos problemas que agitan á los hombres; Rousseau es el instinto de la libertad; Kant es la idea.

Si como pensadores los separan tan profundas diferencias, como hombres no tienen punto alguno de contacto. Kant, apartado siempre del mundo, vivia en sí propio, sin curarse del eco que sus ideas hacian en el mundo; Rousseau buscaba ansioso el aplauso de las gentes; Kant amaba á la humanidad, Rousseau la temia; Kant, en su retiro, era un ciudadano de todos los paises, un contemporáneo de todos los tiempos; Rousseau, en medio de la sociedad, era un solitario; Kant practicó las virtudes que predicaba, sin doblar la rodilla al poderoso, ni arrullar el sueño de los tiranos; Rousseau predicó la virtud, y fué vicioso; el amor á la humanidad y fué misántropo; el odio á los reyes, y fué adulador; la educacion severa, y abandonó á sus hijos; la libertad omnímoda y fué esclavo. Rousseau es el sentimiento de la libertad; Kant es la libertad, teniendo conciencia de sí mismo. Veamos las teorías trascendentales y prácticas de este gran escritor, que más relaciones tienen con la democracia.

Kant, en alas de la razon pura, desvanece los fantasmas de la metafísica; pero asentado en la razon práctica, convierte sus ojos á la conciencia y descubre la ley moral; reconoce la ley moral y deduce la libertad; proclama la libertad y vé al individuo; siente su grandeza y le confiesa inmortal; y de su inmortalidad se levanta á declarar la existencia de Dios, sin la cual no se concibe la inmortalidad, y sin la inmortalidad no se concibe la libertad; sin la libertad, la ley moral, y sin la ley moral la conciencia, y sin la conciencia el hombre.

Desde la solitaria roca de la razon pura sólo veia los cielos desvanecidos y desiertos, la tierra huérfana, y la ciega actividad del hombre devorándose á sí misma en lo vacío; pero al descender á la razon práctica centellean á sus ojos los horizontes, la verdad luce en su santuario, que es la conciencia, y todos los problemas reciben explicacion, y todas las teorías racionales asiento incontrastable y firmísimo.

De la ley moral se deduce el hombre, del hombre su naturaleza social, de su naturaleza social el *derecho*. ¿Qué entendemos por derecho? El conjunto de condiciones externas é internas, segun las que, el libre alvedrío de cada uno se ar-

moniza con el libre alvedrío de todos, bajo una ley universal de libertad. Más claramente, derecho es el ejercicio de la libertad individual. Hagamos ver la diferencia que existe entre esta y la teoría, la razon y la teoría de la voluntad. Levántase un tirano, y el mundo calla; el hombre dado á la esclavitud le obedece; la lira del poeta arrulla su sueño; la razon del filósofo busca teorías para asentar su soberanía; ensoberbecido con sus triunfos pone su pensamiento en la sinrazon; su voluntad en el crímen, y sin temor al juicio de los hombres y al castigo de Dios, desgarra las leyes y promulga sus caprichos; persigue al inocente y protege al malvado; enciende hogueras para las ideas y fabrica palacios para los verdugos; y aquel tirano es legitimo, es justo; porque la voluntad de todos le ha dado una corona, y la voluntad de todos consiente su dominio. Esta es la teoría de la voluntad.

Pero, segun la teoría racional que Kant fué el primero en sustentar ante el mundo, ni el rey, ni el legislador, ni el pueblo tienen derecho contra el derecho. Nadie puede arrebatar al hombre sus derechos individuales, sin ser tirano, como nadie puede arrebatarle su existencia sin ser homicida. En vista de la discordancia que existe

entre la razon y la historia, Kant divide el derecho en natural y positivo, en innato y adquirido. El derecho innato es la libertad individual. Sólo será justo el derecho positivo, cuando esté en armonía con el derecho innato. De otra suerte será la tiranía, será el absurdo.

¿Y el deber? Esta idea es correlativa del derecho. Ningun filósofo en el mundo ha hablado más elocuentemente que Kant. Su estilo, severo como su razon, oscuro como su metafísica, cobra tal vuelo, al tratar de los deberes, que se pierde en lo sublime. En efecto, idea santa es la que nos obliga á someternos á una ley, á considerar otros séres distintos de nuestro propio sér; idea santísima la que contraría nuestras pasiones y doma nuestro orgullo, forzándonos á obedecer un principio nacido de nosotros, pero superior á nosotros, principio que debemos respetar, no llevados de las promesas del premio, sino de la satisfaccion de nuestra propia conciencia. El derecho nace del hombre, del *yo*; el deber, de la humanidad, es decír, del reconocimiento de nuestro propio sér en una persona distinta de nosotros. Para realizar nuestros derechos, seamos libres; para cumplir nuestro deber, trabajemos por la libertad de nuestros hermanos. *Es justa la accion*

que puede conciliarse con la libertad de todos. Asi nuestras acciones individuales tomarán el carácter de leyes arregladas á la justicia universal.

Hé aquí el derecho y el deber, que han legitimado tantas tiranías y esclavizado tantos pueblos, convertido, no en la guerra de hermanos contra hermanos, no en el predominio de razas sobre razas, sino en el atributo más natural del hombre libre. Así la humanidad, separada de sí misma por la espada de déspotas guerreros y el pensamiento de falsos sacerdotes; la humanidad, creacion de Dios, convertida por los tiranos en hechura de sus caprichos, despues de haber recorrido el desierto, peregrinando en pos de un señor que la domeñe, derramando torrentes de sangre, se detiene en su carrera, cansada de sus amargos sufrimientos; medita sobre sí misma, y siente que en su conciencia está la verdad, que en su espíritu existe la libertad, por cuya conquista ha amontonado tantas ruinas, y herida por su propia luz, niega todos los derechos que estén fundados en la tradicion, y proclama todos los derechos que están basados en su naturaleza. ¡Cuánto ha padecido el hombre! La *Historia universal* es la *Historia de la libertad*, ha dicho el más profundo y sublime de los pensadores modernos. Sin

embargo, el Oriente, que no conoce al hombre, no conoce la libertad. Grecia, la Grecia de Salamina y de Platea, musa de Tirteo y Píndaro, génio de Platon y Sócrates; Roma, la ciudad eterna, madre de los Gracos, esas dos estátuas que señalan en el curso de los tiempos un nuevo instante del espíritu, una nueva época de la humanidad, vieron sin dolor y toleraron sin arrepentimiento, que se arrastrase á sus piés el esclavo, cargado de cadenas, y sujeto á oprobiosas condiciones, devorando tristes amarguras, sin que se levantara el sublime acento de Sócrates ó Ciceron en la plaza pública, ni en el foro, á protestar contra tan oprobiosa servidumbre.

La conciencia humana llegó á poseer la verdad, cuando llegó á poseer el Cristianismo. Para que el hombre fuera libre, Dios abandonó la eternidad y sufrió el yugo del tiempo; abandonó lo infinito y se hizo esclavo de la muerte. Sin embargo, la crucifixion de la humanidad no ha concluido. La desgraciada humanidad está, como Prometeo, atada á la tierra. El cuervo que le devora las entrañas es su propio espíritu. Volved los ojos á la historia. Desde el primer dia de la redencion, se levantaron para los buenos los cadalsos. Sangre inocente salpica la cuna del Cristianismo. Andan

los siglos, y se entabla la lucha de la Iglesia y el Imperio, que cubre de luto las ciudades. Razas venidas del Polo, se duermen al arrullo de la civilizacion, y nuevas razas venidas del Mediodía, turban su sueño. El Feudalismo y la Monarquía cubren de ruinas la tierra. La autoridad y la libertad se persiguen con encarnizamiento, y vengan sús agravios con inauditos horrores. Y nunca hemos, en fin, de concluir este martirio. Kant propone un tratado de paz general; una confederacion universal de todos los pueblos; pensamiento que se cumplirá, porque toda idea racional que está en la conciencia, se realiza en el espacio.

Despues de tratar el derecho personal y público con la profundidad que le enaltece; tratados en que explica el pacto social y defiende el matrimonio, y exige para todo ciudadano personalidad civil y política, y explica el tema de *sub lege libertas*, y niega el derecho de poseer al Estado, y dilucida los diversos sistemas de beneficencia, y prueba que es justísima la inamovilidad de los empleados, y defiende ¡qué horror! la pena de muerte, llegaremos á la parte de su doctrina en que brilla con lumbre inextinguible la alteza de sus propósitos, la hermosura de su corazon, el prodigioso poder de su inteligencia.

Para llegar á este fin supremo, ha dilucidado el derecho cosmopolita. El hombre en sociedad es más libre que el hombre imaginario, inventado por los enciclopedistas. Así las naciones asociadas serian más libres que las naciones sujetas á consumir su vida en esos ensueños de dominacion universal que acariciaron Cárlos V y Napoleon. Hé aquí los medios que propone Kant para asegurar la libertad y confederar á los pueblos.

1.° Todo tratado de paz debe ser perpétuo.

2.° Ningun Estado podrá ser adquirido por otro.

3.° Los ejércitos permanentes deben ser abolidos.

4.° Ningun Estado podrá contraer deudas para guerras exteriores.

5.° Debe prohibirse toda intervencion armada en las diferencias que resulten entre los Estados.

6.° La Constitucion interior de los Estados debe ser una Constitucion democrática.

7.° Debe cada Estado dictar leyes de hospitalidad general, que estén en armonía con la justicia.

El pensamiento y la naturaleza abonan este

pensamiento. No soñaba Kant cuando arrojaba esta idea á la faz del mundo, que el vapor, fuerza desconocida en su tiempo, habia de unir maravillosamente los diversos pueblos, como si la naturaleza obedeciese las inspiraciones de su génio. Sí, la libertad ha vencido las viejas preocupaciones; la industria derribado las barreras materiales, y el presentimiento vislumbra en lo porvenir la confederacion universal de todos los pueblos, que hará enmudecer para siempre á los cañones. El nombre de Kant lucirá aquel dia como astro de eterna paz en la memoria de los hombres.

21 de Abril de 1855.



D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Arrasados los ojos de lágrimas, trémulas á los sacudimientos del dolor las manos, partido en pedazos el corazon, la inteligencia nublada, recojo mis fuerzas y supero mis penas, á fin de recordar á las letras, á las artes, á la elocuencia y á la política españolas, tan desdeñosas y desagradecidas con sus grandes hombres, qué pérdida irreparable sufren con la muerte de aquel poeta, de aquel publicista, de aquel orador, en cuyas obras renacia la clásica lengua española con todo su antiguo ritmo y toda su severa majestad.

Los amigos que tanto le querian; la familia que tanto le adoraba; los pobres y los desgraciados de quienes era consuelo y providencia, saben cuánto han perdido en el insigne varon, cuya vida,

compendio de todas las virtudes, debe quedar como recuerdo eterno en la memoria, como afecto inextinguible en el pecho, como ideal y modelo en la conducta, como culto y religion doméstica en el hogar.

Pero acaso no lo sabe todo el pueblo español que, dividido en partidos, á su vez rotos y subdivididos en fracciones múltiples, enemigas entre sí, y educado por singular intolerancia, ignora todavía, no obstante su natural generoso y su incontestable magnanimidad, el fondo moral comun á todas las creencias; los móviles patrióticos y humanos que pueden aguijonear á todos los partidos; la necesidad en que están todas las generaciones de combinar el progreso con la resistencia para equilibrio de la sociedad, como el recuerdo con la esperanza para lustre del alma; la virtud, superior á todo esfuerzo individual, que da vida y organismo á los sistemas políticos, los cuales existirán, á despecho de la persecucion y del ódio, mientras existan las opuestas fuerzas de que son resultado, y las contendientes aspiraciones de que son fórmula.

Y si esto es realmente; y si los partidos políticos existen por fuerzas que no podemos contrarrestar; y si las ideas se manifestarán mientras

las necesite la sociedad y las engendre el espíritu que las despide al calor de las libertades modernas, como despide el lago sus vapores al calor de los rayos del sol, ¿por qué, no ya como españoles, no ya como patriotas, sino como liberales, como republicanos, como demócratas, por qué no sentir la muerte de honrado adversario, que en su responsabilidad moral y en su conciencia pura evitára siempre, como superior á la apasionada exaltacion de su partido, en cuanto dependiera de su voluntad, todo mal á la patria? Lloremos, pues, lloremos, no solo al poeta, no solo al orador, sino tambien al ciudadano. En este descreimiento general; es de admirar su fé; en esta exaltacion de los ánimos, su mesura y su prudencia; en esta sirte de ódios, su caridad; en esta erupcion de ambiciones sin freno, su desinterés, su abnegacion, sin ruido y sin esfuerzo.

Recuerdo aún el dia de la revelacion de su génio al Parlamento; su génio, que no desconocíamos todos cuantos le considerábamos gloria de la propia familia; que no desconociera tampoco la ciudad ilustre que le invistiera de sus poderes y que le admirara profundamente en el foro. Algun diputado de oposicion progresista juzgó, con más ó ménos razon, á los obispos españoles.

Aparisi, en su inexperiencia parlamentaria, pidió la palabra para alusiones personales, cuando debió pedirla para defender ausentes. El diputado tomó el desquite de la interrupcion con salida propia de los debates parlamentarios: «no sabia que aquí hubiese obispos.» La Cámara celebró la ocurrencia; y Aparisi alzóse á hablar bajo esta prevencion desfavorable. Su entonacion, viciada con el hábito de oir las salmodías religiosas, agravó al pronto las primeras prevenciones. Pero á los pocos instantes aquella posesion de sí mismo, que le daba tanta serenidad, á pesar de los sacudimientos nerviosos de todo su cuerpo; aquella maestría en la palabra, que tomaba todas las formas del sentimiento y repetia todos los matices de la idea; aquel imperio del habla castellana, usada con pureza y sin arcaismo; aquella gracia, en cuyas hábiles inflexiones campeaba culta ironía, jamás tocada de sarcasmo; aquel período tan grave y tan sonoro cautivaron al público, que dió por aclamacion al orador uno de los primeros lugares entre los maestros y los modelos de nuestra gloriosísima elocuencia.

Aparisi merecia más que el dictado de orador político. Sus aptitudes maravillosas eran varias y todas igualmente ricas. Poeta le llamará tambien

la historia, poeta, cuya inspiracion, pronta siempre, fluye, como claro manantial, y cuyas formas, siempre puras y bellas, tienen la armonía y la sobriedad de los relieves griegos. Pero donde sus facultades encontraban más grato empleo y adquirian toda su intensidad era en la tribuna del foro, ejerciendo el sublime ministerio de la defensa. Quinientos reos de muerte ha disputado al patíbulo. Cuatro ó cinco solamente ha podido arrebatar á su elocuencia el verdugo. Desde el punto en que la vida del reo dependia del poder de su palabra no sosegaba Aparisi. Pasaba los dias absorto en la meditacion de su asunto y las noches inquieto, en la fiebre, en el delirio de su caridad abrasadora. Convertíanse todas sus facultades al estudio de la causa, contemplábala bajo todos sus aspectos, y concluia por conocerla en su conjunto y en sus minuciosidades. Seguidamente iba á ver al reo, no como abogado, como padre. Le reconvenia unas veces dulcemente, le despertaba otras con afan la conciencia reveladora de su estado moral, le pedia noticias de toda su vida, le estudiaba como un moralista, como un fisiólogo, y concluia por encontrar algo bueno, algo redentor en el fondo de aquel corazon perdido, de aquella alma sombría. Y desde el punto

en que encontraba la estrella de aquella noche, casi, casi, le parecia el criminal inocente, y se empeñaba en redimirlo ante la justicia legal y ante la conciencia pública. Disponia prolijamente las pruebas morales y materiales que pudieran disculpar el crímen, no con la frialdad del sabio que analiza, sino con el calor del artista que redime y purifica. Llena de ideas la mente, de afectos el corazon, interesado ya como en causa propia, emprendia aquellas defensas, modelos de elocuencia, donde con aparente desórden y verdadero arte, pasaba de las pruebas legales á las pruebas morales, de las pruebas morales á las reflexiones filosóficas, de las reflexiones filosóficas á la contemplacion de la naturaleza humana en los extravíos de su voluntad, en los desmayos de su conciencia; y cuando todo estaba agotado, insinuábase en el corazon de sus jueces, llamaba á sus sentimientos, ponia lágrimas en la voz, patético arrebato en la elocuencia, trasfigurábase hasta tocar á los límites donde le es dado alcanzar á la palabra humana, envolvia al tribunal y al público entre las ráfagas abrasadoras de sus ideas enrojecidas en la más pura caridad, y acababa por arrancar su víctima al verdugo, su triste presa á la muerte.

Y tanta elocuencia, tanto amor, tanta grandeza han concluido, porque algunos sorbos de sangre rompieron su cauce é inundaron el cerebro de este hombre. ¡Mísera naturaleza nuestra! En este planeta llamado Tierra, átomo de esa nebulosa que compone nuestro sistema solar, el cual es tan breve, cuando á los innumerables soles diseminados por los espacios se le compara, como la fosforescente estela tendida por el remo ó por la quilla sobre las aguas del mar; en este planetá, compuesto de lavas frias, de cenizas apagadas, de faunas y floras muertas, nacemos sin que se consulte nuestra voluntad, sin que se midan nuestras fuerzas; crecemos en medio de la guerra universal, en campo de batalla donde todos los séres se destrozan y se aniquilan mútuamente por conservar el dolor de la vida; somos juguete de elementos y de energías que cumplen su destino fatal sin curarse de nosotros, pobres hijos del amor, engendrados para pasto de la muerte; deseamos, y la vanidad y el desencanto del deseo cumplido jamás nos curan de desear, y desear eternamente nuevos desengaños; llevamos arriba, en el cerebro, el peso de un pensamiento infinito que abruma, y calcina, y descompone su incierta base, el pobre organismo, frágil eslabon

de inmensa cadena suspensa entre dos insondables abismos, entre la nada en que estábamos ayer y la nada en que estaremos mañana; vivimos, pobres náufragos, entre olas de lágrimas, entre huracanes de pasiones, con la espina del dolor clavada al corazon, viendo nuestros semejantes retorcerse de dolor, tender los brazos suplicantes al implacable cielo, llorar en contínuas congojas, anegarse en el sepulcro, y nos agarramos con ambas manos furiosamente al combatido é inhabitable escollo de nuestra dolorosa existencia.

Si merecíamos la muerte, ¿por qué nos dieron la vida? Si éramos un animal, reducido como el castor á fabricar su vivienda, como el gusano de seda á tejer su vestidura, ¿por qué nos pusieron en la mente la idea de lo infinito, y en el pecho el anhelo de la absoluta perfeccion? Si habíamos de acostarnos en sueño eterno sobre la tierra, ¿por qué afligirnos con la esperanza de la inmortalidad? Esto no tiene ni consuelo ni respuesta. «Vivireis en el pensamiento y en la memoria y en el corazon de los vuestros.» ¡Ilusion! Se borra hasta el recuerdo de los séres queridos, las lágrimas se evaporan, el dolor se embota, y el espectáculo de la vida nos aparta del frio y del si-

lencio de la muerte. Si el corazon padece mucho por la ausencia de un sér querido, le sigue pronto, sobre todo cuando no puede abrirse á nuevos afectos. «Vivireis en la historia,» nos repiten. ¿En la historia? Cread, como Guillermo Tell, Suiza libre al pié de las montañas, en el borde de los lagos alpestres, para que á un tiempo la bendigan el espíritu y la naturaleza; redimid, como el Cid, España con vuestras hazañas y vuestros sacrificios: la obra que habeis hecho, por su magnitud daña vuestra inmortalidad; á los pocos siglos la creerán mentida, y la crítica borrará vuestra memoria y convertirá en mitho vuestro nombre. «En la tierra vivireis, en la tierra inmortal, en la tierra imperecedera,» añaden los apologistas de la muerte completa. ¿Inmortal la tierra? ¿Imperecedera la tierra? A nuestra misma vista se han apagado estrellas en las constelaciones. Nuestro planeta va quizás desposado con un cadáver, con la luna. Parte del sol fuimos, brillamos como el sol en la inmensidad, y hoy somos frio satélite del sol, necesitados, para vivir, de su amor y de su lumbre. ¿Quién sabe si mañana este calor nos faltará? Y cuando la tierra se haya gastado y deshecho, ningun fragmento quedará de nuestras estátuas, ningun matiz de nuestros cuadros, ningun

residuo de nuestras obras, ningun eco de nuestra palabra, y los habitantes de otros mundos sabrán de nosotros lo que nosotros sabemos del anillo de Saturno, y nos mirarán pasar como nosotros miramos al aereolito que, rodando en la inmensidad, se enciende fugazmente al beso de nuestra atmósfera.

Así, cuantas veces en presencia de frio cadáver me hallo, siento avivarse mi fé, jamás perdida, mi fé en la espiritualidad y en la inmortalidad del alma. El esfuerzo mayor de la naturaleza, su obra más perfecta, la personalidad humana, con la razon, y la conciencia, y la voluntad, no muere al morir este cuerpo, sujeto á todas las leyes fatales y á todas las necesidades imperiosas de la vida animal. Ninguna porcion de la materia se aniquila; ¿y habria de extinguirse para siempre la luz más viva del cosmos, la luz de la inteligencia? El universo se compone de materia y fuerza; la humanidad, de cuerpo y espíritu. Los elementos más impalpables del universo, el calor, la electricidad, el magnetismo, no llegan, no llegarán á esta etérea inmortal esencia que se llama la idea. Conocemos en la idea lo infinito, porque lo poseemos, porque es el dominio de nuestra alma. Yo no he visto, no, este sér de pensamientos in-

mensos, de sed inextinguible, de amor eterno, de vida imperecedera, que se llama espíritu, no lo he visto; pero tampoco he visto la justicia, tampoco la bondad en esencia, tampoco lo infinitamente pequeño é indivisible en el seno de la materia. Creo, pues, en la inmortalidad. Tengo religioso culto por la muerte de aquel justo, de aquel santo, de quien nos habla Fedon en los diálogos platónicos, que pasa el dia último de su existencia sentado al borde de su lecho, departiendo con sus amigos sobre la naturaleza del alma, asegurándoles que así como de la corrupcion nacen nuevos séres, y de la semilla podrida en la tierra las cañas de trigo con las ópimas espigas, de la muerte nace la inmortalidad; hasta que, al hundirse el sol poniente tras la cima de las montañas, bebe la cicuta, castigo á su pasion por la verdad, por la justicia, y se duerme, seguro de despertar con mejor vida y más luminosa conciencia en el seno de la Divinidad. Sí, en todo trance, ¡mísero de mí! como el justo de la ciencia, como el mártir de la fé, acudo á tí, Dios mio, y te siento en la naturaleza, y te sigo en la historia, y te oigo en las armonías del arte, y te veo, sí, veo tu esencia incomunicable en los enigmas de la muerte.

¿Quién si no Dios pudo consolar y sostener á su familia, á sus amigos, á sus parientes en la noche siniestra de la muerte de Aparisi? Acababa de dejar su casa para procurarse en el seno de la amistad rápido solaz, y en la contemplacion del arte algun olvido á penas acerbas. No habria andado cincuenta pasos, en coche de plaza, cuando interrumpe súbito su conversacion, pide algo que le rompa el nudo de la corbata en la anudada garganta, pronuncia la frase corta, pero expresiva: «Tengo congoja,» y muere. El fidelísimo amigo que le acompañaba, las personas caritativas que le circuian, en nada pudieron favorecerle. Un rayo no le hubiera más súbitamente herido. El cuerpo inerte, la cabeza caida sobre el pecho, el silencio de la respiracion, la ausencia del pulso, decian que aquel hombre ya sólo necesitaba tierra. Sus amigos, sus parientes querian llevárselo á sus hogares, donde pudieran prestarle el culto último debido á los muertos. Pero la justicia humana negábase á este supremo consuelo, y exigia el cuerpo inerte para cerciorarse de que lo habia helado y destruido el soplo de la naturaleza y no la mano del hombre. ¡Cuán limitados somos, y cuán imperfecta nuestra justicia! Llamamos asesino al que rompe la vida de una puñalada ó de

un tiro, y no llamamos asesino al calumniador, al ingrato, al amigo infiel ó al enemigo sañudo que la acorta, y la acaba, y la consume en el desengaño y en el dolor. Quizá muchos de estos asesinos eran cómplices de aquel despiadado último golpe que daba naturaleza á uno de sus hijos predilectos. Pero estos asesinatos sólo caen bajo la ley divina, bajo la justicia eterna, y Aparisi habia muerto de muerte natural.

La humildad de toda su vida, llevada á religioso ascetismo, se compendiaba en su fin, por conjunto de circunstancias superiores á la voluntad humana. En las aceras de la calle de Atocha, sobre las escarchadas piedras, á la luz de un farolillo de sereno, reconocieron é identificaron por vez primera los médicos el cadáver de este grande hombre. Fué el hospital inevitable asilo de la primera noche de su último sueño. Allá, cerca del campo solitario, en húmeda habitacion, sobre desnuda mesa, descansó en paz. El viento helado de la noche arrancaba las últimas amarillentas hojas de los árboles casi desnudos; el pálido rayo de la luna entraba por espesa reja y difundia sus melancólicos resplandores; en el interior de aquella humilde estancia sólo se oian los pasos ó los rezos de los que velaban el cadáver; en el exte-

rior, los aullidos de los perros errantes que se acercaban al muro como husmeando la carne muerta; y en el piso de arriba, aullidos más siniestros aún, aullidos de los pobres recluidos locos, sin reposo, sin sueño, recordando con su confusa vocinglería cuántas desgracias hay en la tierra mayores que la muerte.

En presencia de esta horrible catástrofe, cuando dolores vivísimos se agolpan al corazon, cuando el vapor despedido de estos dolores oscurece la inteligencia, no tenemos aquella serenidad de ánimo necesaria en los juicios imparciales y definitivos de la historia. Pero si pretendiese describir al gran orador en pocas palabras, diria que era el hombre, en cuyas ideas, en cuya conducta, en cuya vida, en cuya política predominaba el sentimiento sobre todas las demás facultades. Sentimiento era su oratoria, sentimiento su poesía, sentimiento su ciencia, sentimiento su fé. El culto religioso al hogar, el amor entrañable á los custodios de sus primeros años, el recuerdo estético de las generaciones muertas, la poesía desprendida de los altares y de los panteones, el respeto á la historia, en cuyas páginas creia oir la voz de sus padres, inspiráronle su filosofía sentimental, que raya en misticismo, y su política

monárquica, que, á despecho de las convicciones más profundas de Aparisi, y de su carácter republicano y de sus tendencias democráticas, pasará á la posteridad con el dictado de política absolutista.

Hay en la historia hombres de ciencia, como Kant, como Newton, superiores á todas las pasiones, indiferentes á los más naturales goces de la vida, absortos en la contemplacion del espíritu ó de la naturaleza, solitarios á quienes podríamos llamar, por un atrevimiento del lenguaje, hombres abstractos, y que sólo trabajan por la verdad, por la idea, su madre, su hija, su esposa, su familia, su descendencia, su alma en la vida, su esperanza para la inmortalidad. Mas hay en la historia otros hombres, que bien pueden ser llamados hombres de sentimiento, como San Francisco de Asís, por ejemplo, menospreciador de la riqueza y de la gloria; dado al culto de la naturaleza y de Dios; amigo exaltado de sus amigos; amante extático de las artes y de la religion; pobre, y caritativo; sin pan, y alimentando á los hambrientos; sin vestiduras, y vistiendo á los desnudos; sin ciencia, é iluminando á los ignorantes; siempre entre ensueños místicos y oraciones fervorosísimas; que siente invisible lanza traspasar

su corazon enamorado de celeste idealidad; que abraza en sus cánticos, en sus coloquios religiosos, no solamente al género humano, sino al universo entero; su maestra la alondra, que se sustenta con algunos granos de la tierra y se espacia en la luz matinal de los cielos; su hermano el sol, que da el dia; sus hermanas la luna y las estrellas, que rocían los cielos, y el agua, que rocía los campos; pues, como hijo de Dios, siente y reconoce parentesco estrechísimo con todas las criaturas.

De este alto temple era el alma de Aparisi. Llenábala toda entera el afecto por su familia, el afecto por sus amigos, el afecto por la memoria de sus padres, el afecto por el género humano, el afecto por la naturaleza, el afecto exaltado por la religion, el afecto por los desgraciados de la tierra, siempre el afecto, siempre el sentimiento. Y como todo afecto, como todo sentimiento es dolor, podecia mucho. A lo mejor, en medio de las expansiones más efusivas, interrumpia su conversacion y lanzaba hondo suspiro, como si alguna pasion desgraciada, como si algun amor sin esperanza, tal vez la pasion, tal vez el amor de la hermosura divina y perfecta, le atenaceasen el pecho. En estas horas de tristeza, los sacudimien-

tos nerviosos habituales á su organismo, que parecia cargada máquina eléctrica, se redoblaban, y componia versos elegíacos, de perfeccion clásica, de melancolía religiosa, modulados con tal uncion, que llamaban la lluvia de las lágrimas. Su cariño era como el sol; llegaba á todas partes sin mancharse nunca. Por esta exaltada sensibilidad se explican todas sus ideas políticas. Libre como el aire; independiente como los mayores ciudadanos de la más libre república; cuidadoso de la dignidad propia hasta la exageracion, y de la dignidad ajena hasta el fanatismo; humilde, sin embargo, y con la más pura humildad cristiana; menospreciador de placeres, de riquezas, de honores, de todo cuanto buscan desaladas por el mundo las ambiciones humanas, queria la autoridad tradicional en el trono, porque con ella imaginaba que habia de obtener la paz en el pueblo. La libertad de pensar le repugnaba, no sólo por cuanto desconoce el dogma fundamental de la Iglesia, sino tambien por cuanto engendra el dolor intenso de la investigacion, y algunas veces el desfallecimiento de la duda. Las revoluciones le eran odiosas por sus sacudimientos, por sus tempestades, por sus terremotos, por sus catástrofes, que él queria siempre la paz entre los pueblos. Del li-

beralismo rechazaba principalmente la division en partidos, por lo mismo que toda la vida de Aparisi se hallaba consagrada á la reconciliacion entre los hombres. Su política consistia en una especie de socialismo católico, lleno de ensueños y utopias, inaplicable al siglo de las revoluciones, que es hijo del siglo de la crítica filosófica y será padre del siglo de la plena democracia. En este socialismo era el Papa, por Vicario de Cristo, el rey de los reyes; era el rey, como en los tiempos patriarcales, el padre de los pueblos; era el pueblo, no rebaño de vasallos, sino conjunto de ciudadanos que, parapetados tras sus fueros históricos, é interviniendo en las Córtes, se mantenian libres por la fé en Dios y se apoyaban mútuamente en la caridad más exaltada y más humana. Impacientábase cuando le decíais que esa sociedad era una utopia, y una utopia perdida en las ruinas de lo pasado; que sobre ella han pasado los cismas, los concilios, la Reforma, el Renacimiento, la Filosofía, la série de revoluciones modernas, creadoras de nuevas bases sociales, tan fuertes como las bases graníticas del planeta.

Pero de tal manera estaba enamorado de su utopia que la decia en las Córtes, delante de aquellos diputados atentos sólo á la hora que corre y

á la crísis ministerial que se acerca. Y sus discursos en que recorria todos los tonos de la elocuencia; sus discursos hechos en habla digna de los tiempos clásicos; sus discursos que sin esfuerzo saltaban de lo familiar á lo sublime, artísticos por sus maravillosos contrastres; sus discursos, eternos modelos por su forma, en el fondo no pasaban de sermones religiosos ó morales, donde á las desgracias presentes se oponia el idilio de un reino dirigido por monarca soñado é imposible.

Y esto dependia de su exaltado sentimentalismo; como el exaltado sentimentalismo de una doble influencia de su naturaleza y de su educacion. En edad bien temprana se quedó huérfano. Toda la educacion de aquella alma apasionada estuvo confiada al celo de su próvida madre doña María Francisca Guijarro y Ripoll. Esta señora se habia criado en casa á la sazon opulentísima, en Willafranqueza de Alicante, entre el amor de una familia cariñosa y el culto al arte, á todas las artes, pero especialmente al arte músico. Mi idolatrada madre, que tambien creció en aquel hogar, como prima hermana que era de la madre de Aparisi, me describia mil veces con la delicadeza y verdad propias de su talento, las conversaciones literarias y políticas, los conciertos y demás fies-

tas artísticas, de la hacienda de los Guijarros, que á ejemplo de la generalidad de las haciendas en Alicante, era un verdadero palacio. Y yo debo decirlo. La familia materna de Aparisi era una familia piadosa, religiosísima, liberal, profundamente liberal. Mi santa madre conservaba esta tradicion de familia con religioso culto. Sus prácticas piadosas se celebraban sin ninguna interrupcion; sus oraciones consagraban á Dios las horas principales del dia; las obras de caridad, el socorro al pobre, el consuelo al afligido, la visita al enfermo, el consejo á sus hijos; el ejemplo vivo de todas las virtudes domésticas le eran tan naturales, que sólo ella no comprendia su mérito; pues el ejercicio de todas sus facultades en bien de sus semejantes satisfacia el principal anhelo de su alma. Como quiera que se hubiese criado entre la guerra de la Independencia y las revoluciones modernas, donde murieron ó naufragaron hermanos queridos, su esposo mismo, conocia algo la política, y amaba con amor exaltado la libertad y las instituciones modernas. La familia materna de Aparisi, era lo mismo, familia liberal. *La Regeneracion* en la concienzuda biografía que del gran orador ha publicado tambien lo declara y lo confiesa.

La parte principal que su madre tuvo en la educacion de Aparisi se conoce en la caridad, en el amor á los desgraciados, en la exaltacion de sentimientos que el ilustre orador poseia. La obra más delicada, más difícil; la obra de la educacion moral, es y debe ser eternamente de las madres. Su altísimo ministerio en la humanidad les revela milagrosamente todas las ciencias que han menester, desde la higiene que preserva de enfermedades el cuerpo de sus hijos, hasta la filosofía y la moral que preserva del pecado su alma. Pero la mujer, delicada, débil, nerviosa; la mujer, cuya salud al menor cambio atmosférico se conmueve, cuyo corazon al presentimiento de lejana desgracia se extremece, no vive, mientras cria y educa á sus hijos, no vive, á la manera de la pobre avecilla, que nacida para volar, para juguetear de flor en flor, se inmoviliza, se petrifica sobre su nido, y le quiere dar todo su calor, toda su existencia. Por lo mismo que esta pasion es de esa manera intensa, pasa sus dias en la zozobra, en la incertidumbre, anticipándose á penas que á veces no llegan, pero que duelen como si hubieran llegado. Todo suele ser para esas pobres viudas asunto de lágrimas, lo mismo la alegría que el pesar, lo mismo la travesura ó la falta que la

aplicacion ó la virtud de sus hijos. El hombre que por su mal no ha tenido la educacion de una madre, es duro, frio, impasible, porque la madre pone las cuerdas de la melodía en el sentimiento, la compasion, la ternura, la delicadeza en el pecho, todo lo divino. Pero el hombre que ha sido educado sólo por la madre, tiene corazon tan agitado, sensibilidad tan viva, fantasía tan exaltada, compasion por sus semejantes tan grande, que llega á ser tormento de sí mismo, como si le faltara algo que es complemento de la vida. Hé aquí por qué yo siempre he considerado como educacion que carece de un elemento esencial, la educacion dada por el padre solo ó por la madre sóla. Muchas veces, como en el caso presente, lo quiere así la fatalidad, lo quiere así la suerte. Pero es una desgracia para el hombre entrar en la vida, crecer en la sociedad, faltándole una de las dos almas que se han de confundir en su alma.

Al morir el padre de Aparisi, dejando huérfanos á sus hijos en edad bien tierna, especialmente á Antonio, que era de los últimamente nacidos, encargólos á la tutela y á la custodia de don Francisco Belda, el caballero á quien dedica nuestro poeta su célebre poema de la batalla de Bailén. Voluntario el Sr. Belda de la guerra de nuestra

Independencia, soldado en el épico sitio de Zaragoza, hijo de aquella España, que confundia el nombre del Rey con el nombre de Dios y de la patria, fué parte principal á engendrar aquel romanticismo político de Aparisi, que creia salvar á España invocando antiguos nombres, con virtud y fuerza sobre generaciones, ó más esclavas ó más creyentes, sin ningun prestigio sobre esta generacion apasionada de su libertad y de su derecho. Así, los libros místicos y religiosos eran alimento de su alma, los sacerdotes y los monjes compañeros de su juventud, las prácticas piadosas ejercicio de sus nacientes facultades, la historia de España y el habla española, asunto capitalísimo de sus estudios. En su alma naturalmente triste, la revolucion resonaba con siniestra resonancia. Y escribia de contínuo en su corazon elegías que lloraban la ruina de los templos, la dispersion de las piedras del santuario, los desacatos á la excelsa majestad de la fé, las profanaciones de los sacrosantos altares, á cuya sombra reposaban los huesos de nuestros padres, la expulsion de aquellos monjes, que, segun su sentir, cara á cara de una sociedad sensualista, se refugiaban en sus monasterios alzados como islas morales, y allí se entregaban á la oracion y á la penitencia, á

interceder con Dios por sus perseguidores y sus verdugos, como el divino mártir en la cima del Calvario. Era inútil toda reflexion que contrariase estas ideas de Aparisi. En vano le diríais que las Ordenes monásticas, hasta en los siglos medios, se disolvian cuando no cuadraban al génio de la sociedad. En vano le mostraríais que sus propios reyes las desorganizaban y perseguian en la necesidad de levantar la moderna sociedad civil sobre la antigua sociedad teocrática. En vano le récordaríais que así como las monarquías se habian desasido de los templarios y de los jesuitas para fundar su autoridad, los pueblos imaginaban que habia necesidad de separarse y desasirse de las demás Ordenes monásticas para fundar su libertad; pero que esta misma libertad habia de resucitar las asociaciones religiosas en todo cuanto tuvieran de legítimas. Aparisi era firmísimo, incontrastable. Ignoro si en sus viajes por Suiza, no le he hablado de esto, se persuadiría de que las naturalezas monásticas, amigas de la soledad y de la penitencia, no tienen seguro tan firme como la libertad y la república, esencia la primera, organismo la segunda del derecho moderno.

Aparisi era en el fondo de su alma demócrata y republicano. Este sentimiento suyo, superior á

su educacion y á sus compromisos, se desbordaba del corazon y le salia á los labios con frecuencia: «Nada quiero de nadie, decia á D. Cárlos, ni rey ni pueblo, fuera de la justicia que se nos debe á todos.» En las Córtes exclamaba: «¿Por qué no he de decirlo? Si fuera posible que un hombre escogiera diversa pátria de aquella en que nació, sobre todo llamándose esta pátria España; si eso fuera posible, y me viera forzado á elegir pátria distinta de la amadísima en que vi la luz, yo elegiria un rincon oscuro de Suiza.» Y terminaba este concepto esencialmente republicano con la elocuentísima reflexion que sigue: «Humilde y pobre, sólo me siento bien hallado entre los pobres y los humildes.» Y estas palabras no eran meros dichos, eran tambien conducta, eran tambien accion y vida. Valencia alberga numerosas familias aristocráticas, y todas á porfia se disputaban el honor de ofrecerle sus salones y en sus salones recibirle. Aparisi, modesto hasta la humildad, severo hasta el ascetismo, fino y caballeroso en su trato, en el vestir descuidado, en las maneras un tanto torpe á guisa de seminarista recien salido del Seminario, esquivaba todo aristocrático obsequio, y aunque tenia horror al orgullo, y se gloriaba de no usar jamás esta pala-

bra, y de borrarla si la encontraba ál paso, inspirábase esta conducta en la satisfaccion propia de aquel que se siente elevado á las alturas por su propio esfuerzo y que cree honrarse con los humildes y honrar á los poderosos. Las lecturas continuas de la Biblia, que le enajenaban, no sólo por las ideas allí encerradas, sino por el estilo en que estas ideas se expresan, daba tambien á sus escritos carácter republicano: «Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquel y á vosotros diré: sabed, desdichados, que habeis de morir.» «Récia cosa debe ser para los criminales que el mundo laurea, caer de repente, y desnudos, y temblando, entre las manos de Dios vivo.» ¿No creeis oir los acentos de los profetas contra los reyes?

Pero las circunstancias deciden muchas veces de los destinos del hombre. La educacion convirtió al republicano de conviccion en monárquico de sentimiento. El tutor tuvo en perpétua tutela el alma de su pupilo. La inteligencia de Aparisi á su vez amaba la poesía de lo pasado, á la manera de ciertas aves que anidan siempre en las ruinas. Su claro juicio hubiera podido contrastar aquella inclinacion de su fé, si en él entraran al-

gunos reflejos del pensamiento moderno. Pero sentía no solamente repulsion, menosprecio tambien á nuestra filosofía. Su temperamento nervioso se agitaba profundamente con la estética del Catolicismo. Su carácter, esencialmente afectivo, amaba á los reyes vencidos, víctimas de fuerza semejante á la fuerza, que persigue al héroe de la tragedia griega. La exclamacion extóica que el poeta cordobés puso en los labios de Caton, la repetia contínuamente; gustaba de aparecer como el cortesano de las desgracias régias, como el plañidero de las instituciones muertas. Hay almas que todo, hasta el arte, lo transforman en fórmula racional; pero el alma de Aparisi lo transformaba todo, hasta las fórmulas matemáticas, en fantasía y en sentimientos. La ciudad donde nació contribuia á ello; aquella ciudad semi-griega, semi-árabe, asentada en el paraíso, cercana al mar de la inspiracion y del arte. La profesion misma, que parece tan prosáica, la abogacía, exaltaba su temperamento, porque estas profesiones originadas de las miserias humanas, del conflicto con la naturaleza, como la medicina, del conflicto con la sociedad, como la jurisprudencia, inspiradas en la compasion y en la caridad de corazones entusiastas, se elevan á verdadero sacerdocio.

Poeta siempre, en cuanto se desceñia la toga, tomaba la lira y tañíala de contínuo, no solamente en sus versos, sino en sus conversaciones, que eran verdaderos poemas. Hay en el arte dos clases de almas: las almas sublimes y las almas bellas. Las almas sublimes son como el sol, las almas bellas son como la luna. Las almas sublimes son como el Océano, inmensidad, oleaje, tempestades; las almas bellas son como el Mediterráneo, gracia, armonía, luz, contornos suaves, en una palabra, si el definido puede entrar en la definicion, hermosas. El poeta florentino buscó para guia de su viaje eterno á Virgilio, porque él era alma sublime y Virgilio alma tierna y bella. Así entraba en la eternidad con aquellas almas de dos diversas naturalezas todo el génio humano. Cuando querais comprender el movimiento católico del siglo, tened por cierto que De Maistre representa lo sublime en este movimiento, y Aparisi lo bello, lo tierno, lo armonioso, lo dulce, lo que parece á primera vista ménos grande, y es en realidad más profundamente humano.

Y á pesar de ser por lo general su pensamiento cielo sin nubes, su corazon mar sin tormentas, en cuántas ocasiones, los dolores y las dudas del siglo se remolinaban en su vida y le sacudian con

fuertes sacudimientos! El mal de René era en sus mocedades el mal de toda una generacion: deseos seguidos de desaliento, pasiones sin esperanzas, voluntad en continuos letargos, desesperacion de encontrar el bien sobre la tierra, hastío de la vida, el dolor universal, la pena de todas las cosas creadas, su esfuerzo y su trabajo fluyendo, como rio de lágrimas sin fondo, en el corazon despedazado del poeta. En estos momentos de angustia, el génio moderno, el hijo natural de nuestros dolores sin consuelo y de nuestras aspiraciones sin término, despues de haber bajado á los abismos y haber subido á las alturas en pos de dulce y no gustada gota de rocío para sus lábios abrasados; despues de haber sentido las hermosas formas perseguidas por los bosques de mirtos desvanecerse en llamas al tocarlas; arroja su lira, rasga su túnica, y sintiendo la sangre de los antiguos dioses por sus inflamadas venas, corre á pelear y morir en la tierra del Peloponeso por la libertad de la hermosa cautiva, de la madre dolorida de todas las artes, de la musa encadenada de toda la historia, mártir de la belleza, mártir del ideal; en tanto que el génio de nuestro poeta, católico, siempre católico, enamorado del santo altar donde la Vírgen de los cielos brilla,

espacia su dolor como nube de incienso en el templo, y pide para su corazon, herido por los desengaños, el retiro del trapense, para su cuerpo, destrozado por la tempestad, la sepultura del cartujo. Y aun estos momentos de dolor, que le inspiraron versos admirables, guardábalos, avaro de su propia pena, en el corazon, en la memoria, y solo comunicaba al público los versos inspirados por el amor pátrio ó por la esperanza religiosa, como la oda á la guerra de Africa, ó la oda á la batalla de Bailén.

Lo repito, aquel hombre era todo corazon. Pero su corazon, en lucha abierta con el espíritu moderno, con la obra de los siglos, que al cabo obra es tambien de la Providencia, debia sucumbir sin tocar al espejismo de su engañoso ideal, contrastado á la vez por las leyes humanas del derecho y por las leyes divinas del progreso. Encerrado, merced á extraña conjuracion de las circunstancias, en escuela que él creia universal y que no pasaba de secta, y de secta estrecha, ocultábasele casi todo el cielo del espíritu moderno. Solo á esta situacion fatal de su espíritu, y no á la rectitud de su juicio, debe atribuirse el que viera libertad en los tiempos feudales y no en nuestros tiempos; humanidad en las edades de la

Inquisicion y no en nuestras edades, que han abolido el tormento y están á punto de suprimir el verdugo; superioridad del milagro y de la tradicion sobre la razon y sobre la ciencia. Su empeñó principal consistia en aplicar á la sociedad, á las leyes, las combinaciones puramente ideales de sus principios, como si el mundo real se hubiera jamás regido por la utopia y ménos por la utopia inspirada en lo pasado.

Así, en las Córtes, orador idealista, entregado á la contemplacion de la historia, sin ninguna accion sobre su tiempo, sin ningun comercio con la realidad de los hechos, criticaba en lenguaje incomparable los errores de nuestras escuelas y las imperfecciones de nuestra política; pero en cuanto le tocaba afirmar, sustituir á la presente sus soluciones, curar con sus remedios nuestros males, se precipitaba en la vaguedad más nebulosa y volvia sus manos suplicantes, su voz llena de plañidos al sepulcro de un mundo de reyes y de esclavos, fantaseado arbitrariamente por su imaginacion prodigiosa.

En su palabra resonaba, sin embargo, el presentimiento de nuestras victorias. Las escuelas vencidas anuncian el progreso, porque en sus dolores sienten la muerte de todo cuanto han que-

rido y adorado. Un gran historiador estudió profundamente este fenómeno histórico. Mientras los filósofos del pasado siglo espiraban, creyendo eterna la monarquía por ellos moralmente destruida, Pio VI, herida su vista de visiones apocalípticas, traspasado su pecho de dolores internos, iba desde Roma á Viena á decir á José II, al representante infiel del antiguo sacro romano imperio, que la revolucion relampagueaba y que á sus rayos los príncipes y los emperadores rodarian desde sus altos tronos sobre las desolaciones del destierro, sobre las tablas del cadalso. De esa misma suerte cuando nosotros, que combatiamos la antigua monarquía, desesperábamos muchas veces de nuestro esfuerzo y de sus resultados, alzábase Aparisi á decir en son profético y en palabras de maravillosa poesía á la señora que representaba como la última encarnacion del principio hereditario: «Adios, mujer de York, reina de los tristes destinos.»

Pero ¡oh sublime ceguera de la fé! No veia, no, aquella mirada clara y serena, tan escudriñadora de lo porvenir, que la monarquía se desplomaba por convertirse al espíritu de los antiguos tiempos y por desposarse con el génio de las ruinas. No veia que así como la materia inerte se

trasforma por las fuerzas físicas y químicas de la creacion en organismos varios, todos sujetos sin excepcion alguna á las leyes eternas, así las ideas se trasforman á la vez en organismos sociales, por cuyo seno el espíritu del siglo corre, como la sávia por los árboles, como la sangre por las venas, y al cabo produce una nueva sociedad, que jamás podrán destruir las reacciones hácia lo antiguo. Ninguna escuela, ninguna secta tiene derecho á creer que ella sola representa el espíritu humano en su totalidad y que ella sola se comunica con el Dios de los cielos. Sobre todo, para lo que no hay derecho alguno es para lo que han pretendido los sectarios de las doctrinas que Aparisi profesaba, para imponer en nombre del Estado, creencias al espíritu, que ha nacido libre en el seno de la naturaleza y que para extender y asegurar estas libertades naturales funda la sociedad. Los diversos sistemas filosóficos, unos con sus tésis soberanas, otros con sus antítesis y contradicciones, componen la totalidad del saber humano; las diversas artes y esos reveladores, los artistas, á cuya estirpe el poeta que lloramos pertenecia, iluminan la imaginacion y avivan el sentimiento; las diversas religiones, en su ascension progresiva al ideal, han formado nuestra con-

ciencia. Así como no es posible arrancar ningun cuerpo del seno del espacio, no es posible arrancar ningun espíritu del seno de Dios.

Pero Aparisi pensaba de profunda buena fé que toda la conciencia humana cabia dentro de la Iglesia católica, y que toda la sociedad moderna cabe dentro de la monarquía tradicional. Esta creencia suya se exaltó con la revolucion de Setiembre. No hay partido, no hay repúblico que, al ver triunfante nueva revolucion y á sus impulsos desarraigado viejo poder, deje de imaginar hacedero otro cambio social por medio de conjuraciones. Aun aquellos que de más lejos han visto venir las revoluciones, créenlas súbitas, y pretenden derribar de un golpe lo mismo que por un golpe se ha levantado. No miden los esfuerzos, los combates, los martirios, la difusion de ideas, las erupciones de sentimientos, los estallidos de cólera que se han necesitado para engendrar el dia creador, el dia revolucionario. En el naufragio de las antiguas instituciones buscó Aparisi la sombra de la monarquía tradicional donde esa sombra se encuentra, en el destierro. Por esa idea abandonó el honrado trabajo de su bufete, que era la fortuna de sus hijos, y se condenó á voluntario destierro. En manifiestos, en articu-

los, en folletos dió á su rey todas las cualidades que él llevaba en el alma, y le prestó con el lenguaje de las grandes causas el vigor de sanos y puros sentimientos. Yo ignoro, lo ignoro por completo, si su alma sufrió en la corte del Pretendiente algun desengaño. Yo he oido hablar, no á él por cierto, no á su familia y á sus amigos, á la voz pública de elocuentísima carta en que se despedia de D. Cárlos hasta la eternidad. Huyeron los tiempos en que los reyes eran superiores á los pueblos, y por eso vivian en paz, y reinaban por sus antepasados sobre las generaciones muertas, por sus herederos sobre las generaciones futuras, como si habitaran la eternidad. Carlo Magno podia más que todas las razas cristianas del siglo VIII, y Alonso X sabia más que todos los sabios del siglo XIII. Hoy los pueblos han crecido, y han menguado los reyes. Las legiones de ilustres herederos de tronos, que recorren el mundo, llevándose las manos á la frente despojada de la diadema hereditaria, son víctimas providenciales del progreso humano. Y hay un fenómeno bien triste para los reyes. De redentores que eran se han transformado en redimidos; de jefes de naciones han pasado por larga decadencia á jefes de partido. Y es necesa-

rio decirlo muy claro y muy alto. El partido carlista, heredero de antiguas tradiciones, depositario de religiosos recuerdos, rico en valor y en fé, dispuesto siempre al combate, puro de la corrupcion burocrática que ha envenenado á tantos partidos formidables, reclutado en las vigorosísimas razas montañesas, que han sido como el núcleo de nuestros antiguos reinos, perseverante hasta la tenacidad y heróico hasta el martirio, vale más, pero mucho más que su augusto jefe, el jóven descendiente de cien reyes.

¿Persuadióse de esto Aparisi? Lo ignoro tambien. En sus últimos dias le poseyó hondísima tristeza. El ánimo hoy se horroriza leyendo sus últimas obras, sus siniestros presentimientos. En el escrito titulado el *Discurso del Rústico*, se encuentra materialmente pintada la muerte de que habia de sucumbir, el rayo que habia de atravesar su cerebro. Cuatro ó cinco dias antes de su fin saluda á la muerte como á su amada; la llama con sus más suaves reclamos, siempre dulces; la ciñe las flores más bellas de sus ideas, siempre elevadas; la prende con los esmaltes más delicados de su estilo, siempre hermoso, como si presintiese hallarse en vísperas de sus eternas nupcias con la muerte. En su concepto no es la muer-

te el hielo del invierno, ni la nada oscura y vacía; es el aliento primaveral que desata las nieves en parleros arroyos, que hincha de sávia la yema del árbol, que rompe la tosca larva del insecto y le dá pintadas alas, que trae en sus flores la promesa de más sabrosos frutos y en su amor la esperanza de más perfecta vida.

Yo participo de estas creencias. Los sepulcros, que desde la tierra nos parecen tan oscuros, mirados desde los cielos parecerán puntos luminosos como los astros en la oscura noche. Cuando somos jóvenes, cuando las ilusiones vuelan como nubes de mariposas en torno de nuestras sienes, cuando sólo hemos gustado la miel de la vida, figúrasenos la muerte un absurdo, un contrasentido. Pero en cuanto crecemos, en cuanto experimentamos el dolor, el desengaño, y se caen yertas á nuestros piés tantas ilusiones, sentimos que la muerte es el seguro más tranquilo en este océano de lágrimas, y si no la deseamos, porque nuestro instinto de conservacion nos lo veda, la vemos sin horror, y á veces con tranquila esperanza. Lo deseable es que la muerte sea como la corona triunfal de una vida sin mancha.

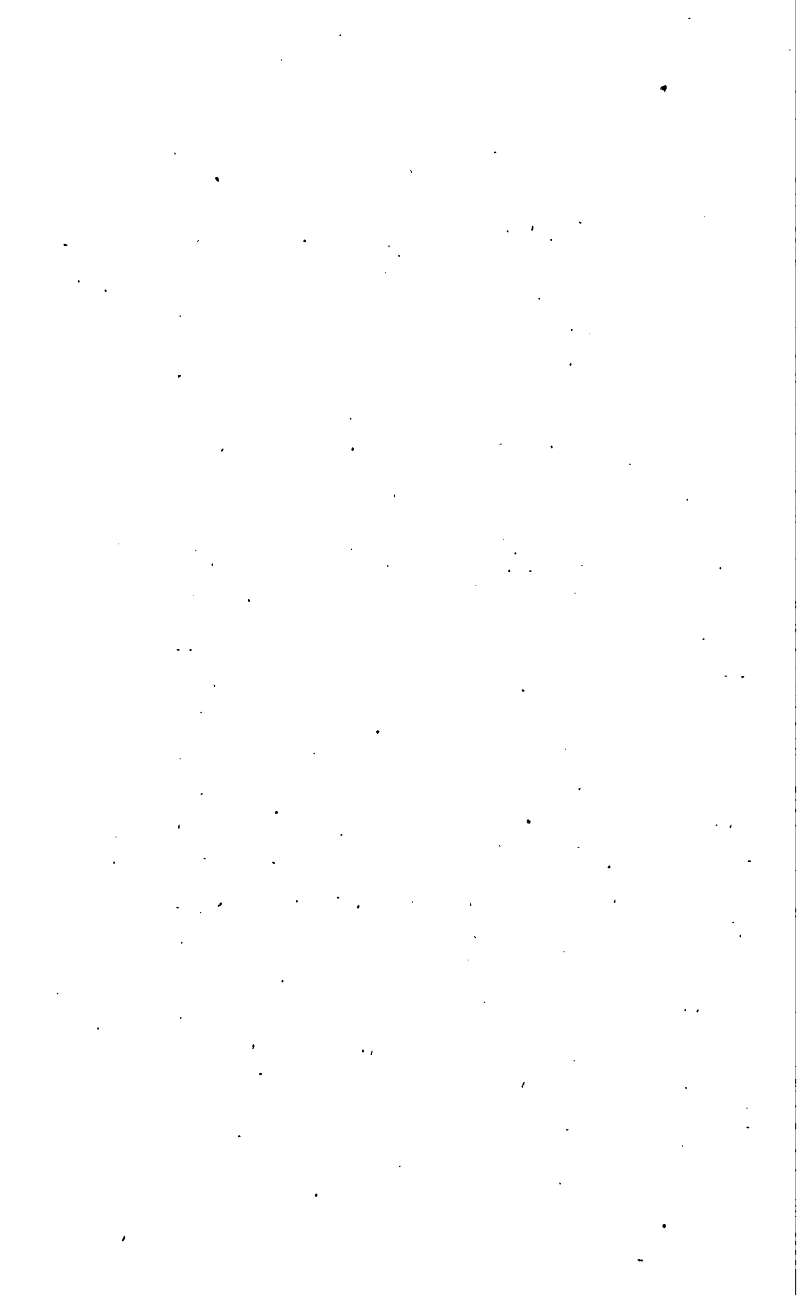
Así ha sido Aparisi. En su vida privada un santo; en su vida pública un ciudadano; en su

profesion de abogado un héroe; en sus relaciones sociales un amigo de todos cuantos se acercaban á él, y especialmente de los desvalidos; en las artes el cantor de las glorias y de las grandezas de la patria. A este hombre extraordinario solamente le faltaba pertenecer á su tiempo, empaparse en el éter del espíritu moderno. Su trabajo hubiera sido fecundo, y hubiera creado nuevas generaciones de almas, en vez de haberse perdido estérilmente en la utopia de resucitar á los muertos. Pero, ¿quién que le haya conocido, no le amará eternamente? ¿Quién que hoy le estudie le negará su admiracion, y hasta su cariño entusiasta?

¡Hermano, hermano mio! nuestras madres llevaron la misma sangre en las venas y crecieron bajo el techo del mismo hogar. Y sin embargo, espacios infinitos nos separaban, porque tú eras del hemisferio de lo pasado, y yo soy del hemisferio de lo porvenir. Pero nunca nos desconocimos, ni nunca dejamos de querernos mútuamente. Sobre nuestras diversas creencias, sobre nuestros juicios diversos de la sociedad y de la historia, elevábase la voz divina de la naturaleza, el parentesco estrecho de las almas. Ni tú ni yo hemos conocido la intolerancia religiosa y política que suelen imponer las sectas á los ánimos apocados y cobardes.

Nuestro proceder se inspiraba en la gran tolerancia de este tiempo, en esa humana tolerancia que se sobrepone á la mútua enemiga de las ideas, á la cólera de los partidos políticos, al sentido exclusivo de las iglesias militantes. Pídele á Dios desde la morada de los justos que no aborrezcamos, que no persigamos, que no exterminemos por diversidad de creencias en la tierra, ya que todos somos hijos de la naturaleza, ciudadanos de la historia, miembros integrantes de la sociedad, fases del espíritu humano y hechuras del Divino Espíritu.

Tus átomos desprendidos del cuerpo inerte pertenecen al laboratorio de la vida cósmica; tus ideas entran en la gran levadura de la ciencia; tu nombre se eleva á la inmortalidad en las páginas de la historia; tu elocuencia y tu poesía abrillantan, como las estrellas las sombras de la noche, los cielos de nuestra imaginacion; tu ejemplo sirve de norma á la moral pública y privada; tu oracion, allá en las cimas eternas, adonde habrás llegado de un vuelo por tus virtudes, abrazará todas las cosas creadas, y pedirá para nuestra vida el cumplimiento desinteresado del deber, y para nuestra muerte la vision eterna de Dios.



Á QUINTANA.

El poeta es como el iris del mundo moral. Levantado sobre las tempestades de la vida, refleja los colores de la naturaleza y los matices del pensamiento. La poesía es la presencia de Dios en la mente. Así como en la misteriosa montaña del Sinaí Dios se apareció á Moisés, reclinado sobre blancas nubes, llevando por heraldo el trueno, por mensajero el relámpago; envuelto en océanos de luz purísima; ceñida la sien de centelleantes rayos; en la imaginacion del poeta, Dios luce como la primera aurora de la Creacion sobre las borradas formas de la materia. El arte es la eterna revelacion de lo absoluto. Para abismarse en los secretos de la conciencia, para conocer los misterios del espíritu, es necesario posar la frente, cancerada por el dolor, en el amoroso regazo

del ángel de las artes, que, desplegando sus blancas alas, surca, como el águila coronada de resplandores celestes, lo infinito.

El poeta, puesto por Dios entre los abismos del sér y de la nada, llama á juicio los siglos, que sacuden su letargo para escucharle, y reviste con formas divinas las ideas, para recordarnos que son emanaciones del Eterno.

¿Cómo salvar ese abismo que separa el sér de la nada? Con la inspiracion, causa bienhechora que lleva la vida á la region de la muerte. La fuente de la inspiracion es el sér absoluto. Las manifestaciones del *sér absoluto* son la naturaleza y el pensamiento; la primera, extendiéndose como rico tapiz en los espacios; el segundo, levantándose como los albores de eterno dia en la conciencia.

Por eso Quintana ha merecido el lauro de poeta. En su frente luce áurea corona, parecida á un rayo del sol de la gloria. Cantó la naturaleza, cantando al mar, que es lo infinito en el mundo; cantó el pensamiento, cantando á la imprenta, que es el triunfo más señalado y altísimo de la razon. Cuando interroga á las alborotadas olas, que coronadas de espumas se precipitan, como atraidas por el encanto de su voz, á besar blandamente

sus plantas, se transfigura, y su lira suena con el estruendo de la tempestad, y su alma recibe los cambiantes colores del movible Océano, y abraza su idea el uno y otro polo, semejante al anillo de fuego con que cruzó Dios á un planeta; su espíritu se cierne sobre las nubes, como la palabra de Dios sobre los mundos. Es el poeta armado con los resplandores de la naturaleza.

Cuando quiere cantar el pensamiento, desciñese los lazos de la materia; orna su frente con rosas que no se marchitan al aliento de la muerte; toma vida del maravilloso cielo que se extiende sobre las profundidades del espíritu; alienta como Platon en esas regiones adonde no osa levantarse el débil cuerpo fabricado de pobre arcilla, que como deleznables átomos caen, se pierden y desvanecen en aras del tiempo, sepulcro abierto á nuestras plantas, y escala los cielos, centro de nuestras almas. Es el poeta coronado con los resplandores del pensamiento.

La naturaleza y el pensamiento se identifican en Dios. Levantando los velos que encubren al universo, se halla el Eterno; penetrando los misterios que ocultan la conciencia, se halla el Eterno.

Quintana es el poeta coronado con las estrellas

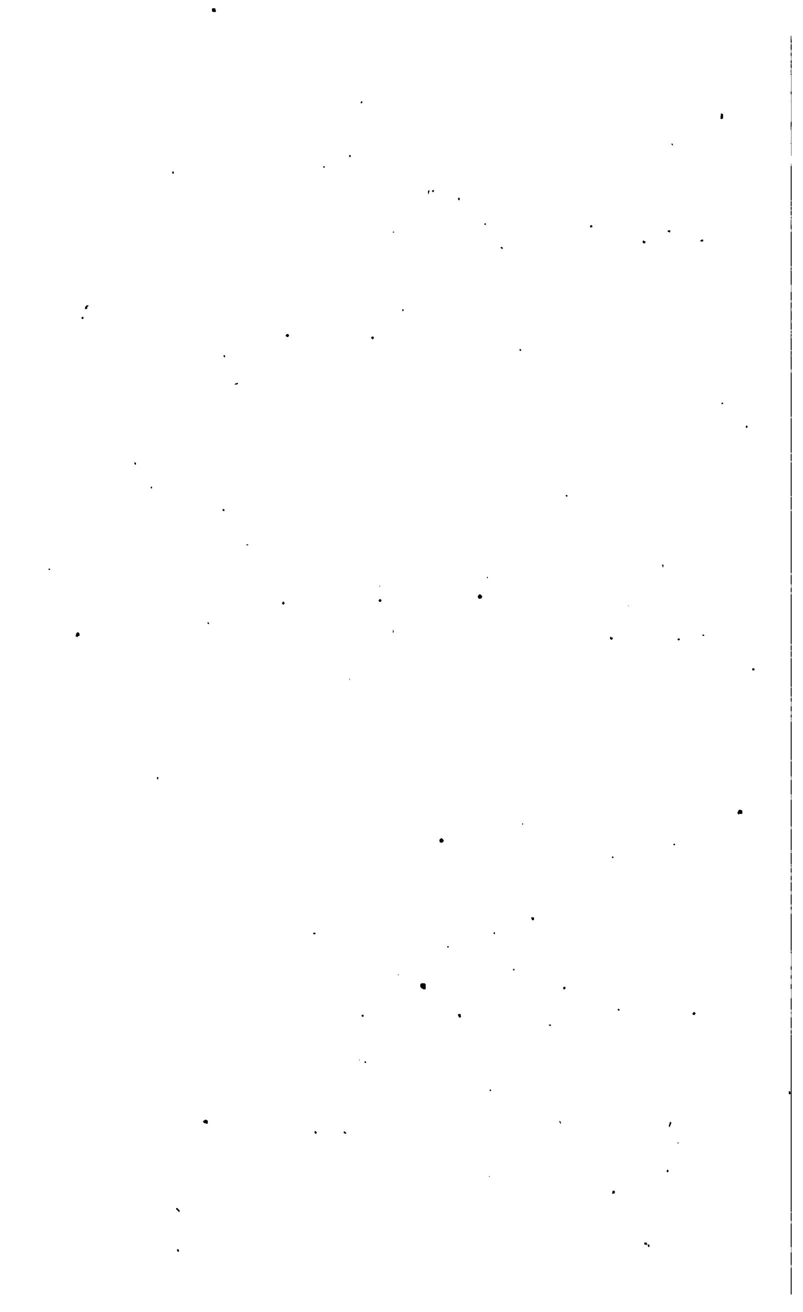
del cielo. Todas las grandes épocas de la historia se personifican en un gran poeta. Homero, ciego como la inspiracion del poeta, venerable como el recuerdo de la pátria, recorre apoyado en su báculo los campos, llama á las puertas de la cabaña, llena con sus cantares los aires, y al crear el arte, crea la Grecia de tal suerte, que desde el fondo de sus ruinas, desde las azules playas donde sonrie la felicidad, se levanta su divino nombre.

Dante, que escribe su poema alumbrado por el amor cristiano, al sonar de las campanas de aquellas divinas catedrales, forma del pensamiento de Dios, Dante es la Italia: Gœthe, buscando las tradiciones, que como sávia de vida animan los melancólicos bosques de la Germania, cuna de la idea, que tiñe los horizontes del mundo, es el espíritu de su patria: Byron era su época; tenia en su mente la eternidad, y el tiempo lo encadenaba á su carro; concebia lo infinito, y el espacio le encerraba en su triste sepultura; nacido al pié de majestuosas ruinas, turbó con sus negaciones al mundo; era el ángel caido, que llevaba en sus manos la lira del cielo; su grandeza fué su martirio; intentaba encenagarse en el vicio, y la aureola de su genio flotaba siempre en los aires. No tenia fé, y peleó por la fé; se bur-

laba del hombre, y halló la muerte buscando la salvacion del hombre.

Quintana representa en España el nacimiento de la libertad. El pensamiento, como un lago, cuyas aguas no se mueven, se habia corrompido; la sociedad, como la atmósfera, que recoge emponzoñadas emanaciones, se habia corrompido tambien. Era el pensamiento, á la sombra de la inquisicion, una flor abrasada; era la sociedad, á la sombra del absolutismo, un cadáver.... Quintana fué el nuncio de la buena nueva. Por eso la juventud, que quiere la libertad sin trabas, el progreso sin barreras; la juventud, que pelea por la emancipacion del pensamiento, le saluda como el primer guerrero que nos señaló la senda por do caminan los pueblos á la gloria.

El Sr. Calvo Asensio, en un breve discurso, dió anteayer vida á estos pensamientos en nuestra mente; la Sra. Avellaneda, con ricos y armoniosísimos versos, encendió santo entusiasmo en nuestro corazon. Nosotros inclinamos ante la virtud y el genio la frente, que sólo se oscurece cuando se inclina ante los tiranos. El premio del Sr. Quintana ha sido digno de la alteza de su genio. Sobre su tumba depositará la gloria el laurel de la inmortalidad.



RIOS ROSAS, ORADOR.

Los honores de la importante sesion de ayer pertenecen á los Sres. Rios Rosas y Rivero. El Sr. Rios es un gran orador. Sin embargo, no le dió dotes de orador naturaleza. Pero el Sr. Rios quiere ser orador, y lo es. Tenemos fé tan grande en la omnipotente voluntad del Sr. Rios Rosas, que sómos osados á decirle que, si mañana quisiera, seria poeta. Mas no podria dejar de ser poeta trágico. Así como, sosteniendo los viejos principios, las teorías desacreditadas, los monstruosos sistemas doctrinarios que han abortado nuestras revoluciones, el Sr. Rios Rosas es tribuno. Cuando le oimos, exclamamos involuntariamente: «Esa voz debió tener Danton.» Hay oradores que son gratos al oido, como el ruiseñor. De éstos era Lopez. Hay oradores que son

artistas, y manejan á su grado la lengua, y dan á sus frases matices tan bellos, que parecen páginas de un meditado libro. De éstos era Galiano; y decimos era, porque la palabra se apagó ya en los labios de Galiano. Cuando le vemos, nos parece un Júpiter sin rayos. Bien es verdad que sus rayos perdieron hace mucho tiempo la electricidad. Lucian, pero no mataban. El Sr. Rios, ni es grato al oido, ni precia en gran estima las leyes de la lengua.

Muchas veces no hallamos en sus discursos giros ajustados á sintáxis. Cuando la necesidad le apura, arroja una palabra que haria extremecer á la Academia. Ayer dijo *ranciosa*; antes de ayer *patrimonialidad*. Pero cuando la pasion le agita y mueve su corazon, se transfigura; sus facultades se acrecientan; su intuicion es más clara, sus ideas más abundosas, y despide un sordo acento la palabra, á manera de ardiente lava un volcan. Examinado el artista, examinemos su obra, su discurso, ó mejor dicho, refutemos cuanto creamos que merece refutacion. ¡Qué amador es de la nobleza! El Sr. Rios, idólatra del trono, quiere rodearle de muros que lo fortifiquen; y los encuentra en esas clases que descargan el poder de sus rayos y contienen las tem-

pestades del pueblo. Veamos si podemos buscar en la nobleza sus modificaciones y su muerte. El Oriente es el cáos del mundo; su historia el Génesis de la humanidad. Allí amanece en tres grandes dias la idea. El primero de estos dias se llama Judea, el segundo Persia, el tercero Judea. Aquí concluye el Oriente. Los demás son como accidentes de esta civilizacion. La civilizacion despues pasa á otros pueblos.

En el primero de estos pueblos la humanidad está perdida en la naturaleza; por la naturaleza es Dios. La aristocracia es sagrada. En manos del sacerdote está el poder; sobre su frente flota brillante la aureola de la ciencia. La nobleza es una inmensa argolla, que tiene esclavizada la sociedad. Así, á la cadena de los séres podríamos llamarla como un collar que adorna á Dios; los cielos y la tierra como una vestidura que le cubre. Véase, pues, cómo donde la divinidad es monstruosa, la sociedad es monstruosa tambien, y donde la sociedad es monstruosa, la nobleza es preponderante y sagrada.

En el segundo pueblo se presenta la oposicion en la esfera religiosa. Al dios único de la Judea sustituye el dios antitético de Persia. A la unidad, crisol que confunde en su inmenso seno to-

dos los séres, sucede el dualismo, que diviniza las contrarias fuerzas de la naturaleza; á la eterna paz de un dios innoble, la lucha de los dioses que eternamente se contradicen y se combaten.

En la Judea, la paz es inalterable como la serenidad de aquel cielo. La guerra en Persia es incesante como el movimiento de los mares. Allí la nobleza se refugia en los templos, aquí en los campamentos; allí la nobleza es sacerdotal, aquí guerrera. Pero, al ser guerrera, pierde su explendor. Ya no es una idea, es una fuerza; ya no es un dogma, es una espada. Véase cómo, á medida que la humanidad adelanta en su carrera, déjase á sus espaldas esas instituciones, que no tienen razon que las abone ni base que las sustente.

Llegamos al pueblo más grande de Oriente, al pueblo hebreo. Es la concha donde se guarda la perla de la idea. En aquella última evolucion de Oriente, Dios es personal y tiene todos los atributos racionales. Allí donde nace la nocion del derecho, la aristocracia muere. Moisés, su fundador, es hijo del pueblo, Aaron, su sacerdote, es hijo del pueblo. Sus jueces son ancianos: David es su rey. David, como Moisés, fué pastor. Aquí, la aristocracia ha muerto. No en balde es-

cribieron códigos que aventajan á todos los códigos del Oriente. No en balde sus leyes económicas, la forma de su propiedad, encanta aún hoy á los sabios.

Permitidnos llegar á Occidente. La humanidad aquí se desenvuelve en tres pueblos: en Egipto, en Grecia, en Roma. Ya la idea humana empieza á despuntar en el horizonte. Lesarte toma por tipo al hombre. La ciencia, lejos de buscar la verdad en los espacios de la naturaleza, convierte los ojos á los espacios de la mente. Ya no refiere sus ideas al mundo exterior, sino que entiende que los mundos, diseminados como arenas de oro en lo infinito, y la luz en que se bañan los séres y la vida, que á manera de rocío cae sobre la creacion, y todo lo existente, y todo lo posible, es emanacion del espíritu. Buscad aquí la nobleza. La encontrareis, pero ¡cuán cambiada! En Egipto hallareis las castas. Pero así como las esfinges son el arte griego dispertándose á la vida, las castás son como el lazo maravilloso, indisoluble, que une á todos los pueblos y á todas las civilizaciones, á todas las manifestaciones del arte y de la ciencia.

Miremos la Grecia, diosa hermosísima, recostada entre flores, bajo un cielo puro como la inocencia, á orillas de mares serenos como su cielo.

Las leyes no emanan de las castas, sino del pueblo. Los poetas no son sacerdotes, sino ciudadanos. La ciencia no se encierra en los templos, sino en las escuelas. Grecia es ya un pueblo; es la humanidad, dibujándose con todos sus colores en el espacio.

Allí no hay ya aristocracia. Su esclavitud es como una de esas manchas que afean el disco del sol, pero que el progreso abolirá en su triunfal carrera. ¡Roma! No podemos nombrarla sin que ponga pavor en el corazon, admiracion en la inteligencia. Como el Oriente es el Génesis del mundo antiguo, Roma es su Apocalipsis. Aquella ciudad tenia por trono la tierra, por egida los siglos; su manto de púrpura estaba teñido en la sangre de infinitos pueblos; orgullosa, no cabia en el mundo; los astros eran como diamantes en su corona, los mares como esmeraldas en sus sandalias; y con su espada tocó en la ciencia del mundo, y Jerusalen y Babilonia cayeron en sus cadenas, y la India le ofreció las perlas de sus mares, y Grecia no tuvo un Leónidas que cortase el paso á la señora del mundo, ni un Milciades que le vendiese cara la victoria; sino poetas que la arrullaron, pulsando las liras de Eurípides y Sófocles, coronadas con las palmas de Platea y

Salamina; y todo su poder, toda su gloria la debió al constante predominio de la democracia, que se hizo dueña del poder, venciendo todo cuanto habia de oriental en la civilizacion romana; y de esta suerte hizo suyo el mundo, y colgó en su templo la cadena de todas las revelaciones, desde Brahma hasta Jesucristo, único despojo de su victoria.

Así podremos seguir la historia del mundo. Pero el tiempo nos detiene la pluma. Confesamos haber imitado en este artículo al poeta que comenzó la guerra de Troya por el huevo de Leda. Pero prosigamos. En la historia moderna, cuando los pueblos fueron esclavos del sentimiento, sirvieron á los nobles. Este es el período de la Edad media. En este período, el pueblo es como el niño; sólo sigue sus sensaciones. Desde el siglo XVI, el pueblo comienza á tener nocion de sus derechos. Así sacude las cadenas de la nobleza, y se entrega á los reyes. Cuando suena la revolucion francesa, raya la inteligencia en la frente del pueblo, y desaparece la nobleza. La edad en que entramos es la edad de la razon. Por eso su dogma fundamental se llama la igualdad. La nobleza tiene por tumba el sistema doctrinario. La clase media la ha matado con la peor de las armas,

con el ridículo. ¿Qué otra cosa significa esa aristocracia nacida en la Bolsa?

¡Lástima grande que el Sr. Rios Rosas encienda su inteligencia en la sombría lámpara de las tumbas! Descendamos á otras minuciosidades. «Sois aristócratas, decia el Sr. Rios; sí, sois aristócratas, porque grabais en lápidas de mármol el nombre de Palafox.» La idea de que la gloria sólo debe vincularse en la familia, nos parece mezquina; la gloria, que es prueba de la inmortalidad del alma, que es como un reflejo de la eternidad, debe ser patrimonio de los pueblos. El Sr. Rios nos decia tambien que Luis Felipe conservó la nobleza. No es maravilla. En el *parlamentarismo* entran todos los elementos del mundo antiguo, y todos los gérmenes del mundo moderno. El eclecticismo, que es su teología, es á un tiempo mismo un sistema sensualista é idealista, católico y ateo.

El Sr. Rios se fundaba, para encarecer el espíritu aristocrático del pueblo español, hasta en nuestros saludos. Exceptuemos las fórmulas modernas, y registrando la Biblia se echa de ver que todos nuestros saludos son hebreos: «adonai», «chalom lea» y otros equivalen á nuestras más comunes fórmulas de cortesía. Por tanto, esto no

nace del carácter del pueblo, sino del genio de la lengua.

Llegamos á la cuestion monárquica. El Sr. Rios niega la lucha entre el pueblo y el trono. ¡Oh! Nosotros le haremos notar que la monarquía dejó de representar hasta la pátria independencia. El pueblo heria á Napoleon en la frente. Cárlos IV y Fernando VII ponian en sus manos la suerte del pueblo. El instinto del pueblo es más grande y luminoso que todas las reflexiones de los sabios: salvó á la pátria.

¿Mereció este pueblo el 1814 y el 1823? El gran corazon del Sr. Rios contesta que no lo mereció.

El Sr. Rios Rosas admite cierta fatalidad histórica; cree que esa fatalidad salva la monarquía. Nosotros creemos que, sin poder quebrantar las leyes de la naturaleza, sin poder negar las categorías del entendimiento, la historia sigue siempre el impulso del hombre. Creemos más; creemos que la verdadera libertad consiste en sujetar la voluntad á la idea, en levantar las alas del espíritu á ese mundo de lo por venir, que adivinan la mente y el corazon; en pelear, no por abrir el sepulcro de lo pasado, que la razon condena, sino por quitar obstáculos á la idea divina, que el

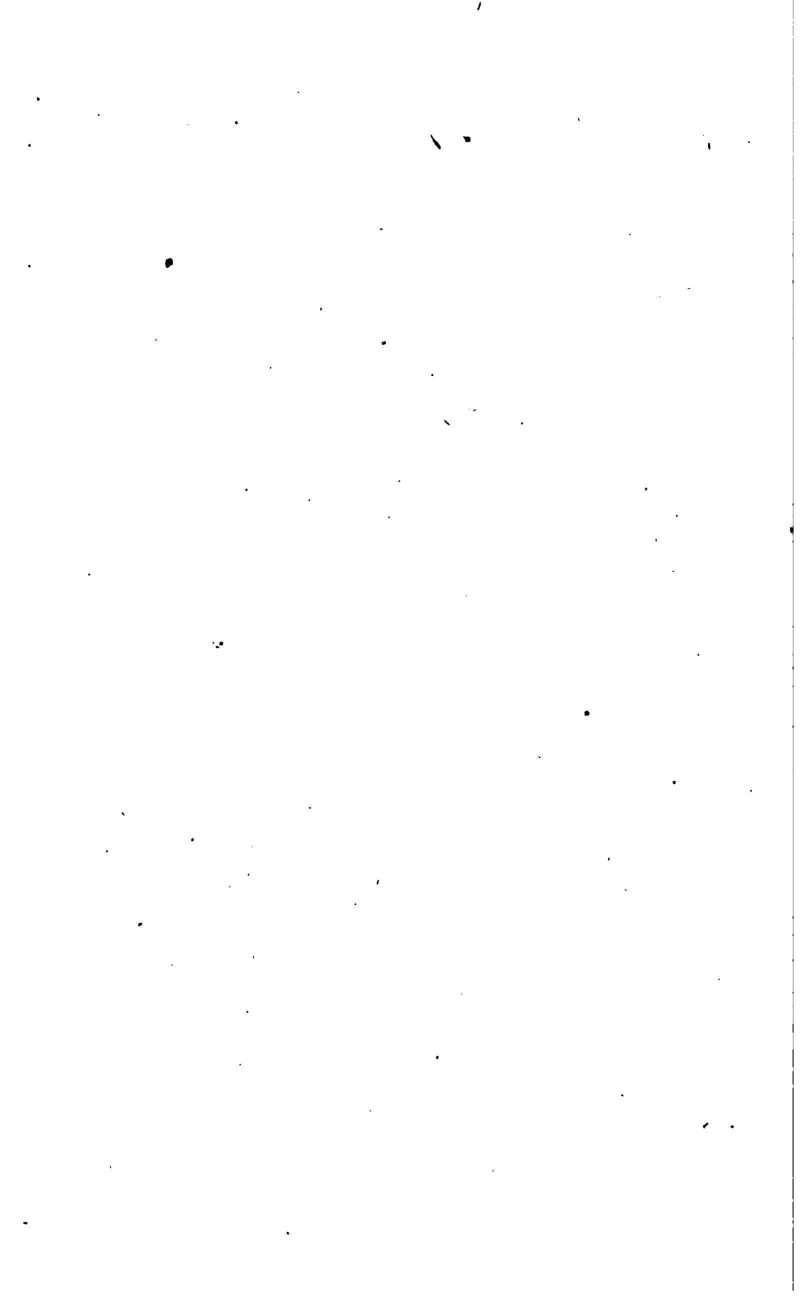
espíritu humano, ese eterno peregrino que va en pos del cielo, ha forjado en la fragua de los tormentos y al estruendo de las revoluciones. Nosotros admiramos la inteligencia del Sr. Rios Rosas, pero nos da tristeza verle plegar sus rayos al mundo que surge risueño del mar de las edades, y convertirlos en un sombrío desierto.

El Sr. Rivero contestó al Sr. Rios Rosas. Ayer dijimos que tiene muchos puntos de contacto con su antagonista. El Sr. Rivero es un hombre lleno de ciencia. Su palabra deja en el corazon un eco sublime. La elevacion de sus conceptos, la brillantez de sus ideas, la fuerza de su raciocinio, la variedad de sus conocimientos, que dan á sus palabras los varios matices de que puede disponer una erudicion prodigiosa, son prendas que le distinguen y enaltecen. Habiéndonos hecho cargo de sus palabras, en las rectificaciones que anteceden, debemos declarar que probó no ser la verdadera libertad la que defiende el partido moderado.

En efecto, admitidos sus principios, la libertad que de sí diesen no seria la libertad por que murieron los mártires del cristianismo en el circo, los mártires de la civilizacion en el cadalso; la libertad que proclamó Descartes á la faz del mun-

do y encendió Mirabeau en la frente del pueblo; seria la libertad de Oriente, que sólo descendia sobre castas privilegiadas; la libertad de la primitiva Roma, patrimonio de los patricios; la libertad del feudalismo, cuchilla puesta en manos de los nobles; y sobre todas esas mentidas libertades, que no tienen por condicion la igualdad, pesan ya la sentencia de la historia y las maldiciones de Dios.

17 de Noviembre de 1855.



VÍCTOR HUGO.

Víctor Hugo ha sido arrancado por aleve mano del postrer asilo que restaba á su desgracia (1). Ya no puede ver el cielo de Normandía, ni oir el canto de las olas, que en su rumor le llevaba nuevas del pueblo, y en sus espumas lágrimas de la pátria. Ya no le es dado ni mirar à lo lejos, entre los azulados esmaltes de los cielos, las queridas playas de esa tierra ingrata que le debe tantos dias de gloria, ni enviarle un suspiro de dolor al partir la nave ó al cruzar la golondrina. Antes vivia tranquilo; su alma de poeta se extasiaba en contemplar con tierno arrobamiento el cielo de la pátria; en ver los astros, ángeles perdidos, como

(1) Jersey es una isla francesa que está hoy bajo el dominio inglés.

mensajeros de Dios, en el espacio; en aspirar el suave aroma de los campos, donde aún cruzan las sombras de sus padres; en arrancar un suspiro á su lira de oro, coronada de laureles, ó enviar al dolorido mundo una palabra de paz y de esperanza. Pero ahora, errante como Homero, martirizado por el dolor como el Tasso, proscrito como Dante, se ahogará bajo el sombrío cielo de Lóndres; él, que tantas veces ahuyentó las sombras de la duda en nuestra frente y los dolores de la desesperacion en nuestro pecho. ¡Siempre el dolor acompañando al genio, como para acordarle que es una centella de la aureola de Dios guardada en lámpara de barro! La humanidad, poeta solitario, atado á una roca que rueda en lo vacío, vierte lágrimas amargas, hasta que suene el dia en que Dios rompa sus cadenas, y vuelva á sus manos la apagada antorcha de la vida.

Pero ¿por qué padece Víctor Hugo? ¿Cuál es su crímen? Su crímen consiste en servir á la causa del pueblo. Si quemara, como Horacio, incienso en aras de la fortuna, le sonreiria gran felicidad; pero como ha entregado su corazon al pueblo; como le dá resplandores de genio que acrecienten la lumbre de sus glorias; como convierte las gotas de rocío que caen sobre sus laureles, en perlas.

para tejerle una corona, no encuentra amigo árbol que le cobije, ni escondido asilo donde pulsar, como Ossian, la lira.

No es posible que los tiranos le miren frente á frente. Jamás el criminal miró sereno á su juez. Cada una de sus palabras es para la libertad una esperanza, para la tiranía un remordimiento. Cada uno de sus cantos es para este viejo mundo como la lluvia de fuego que devoraba los mentidos ídolos, y para el nuevo mundo como una hermosa nota que anticipa sus dulces armonías. ¡Impotentes! Su ira sólo merece desprecio. Profeta de lo porvenir, caerá ese trono que se cree burla del tiempo; desaparecerán esos guerreros que tiñen en inocente sangre su encendida púrpura; se convertirán los castillos de los nobles en polvo, como los huesos de sus esqueletos, y tú, llevado por la gloria, de gente en gente y de pueblo en pueblo, verás troncharse á tus piés la guadaña de la muerte. Nada pueden contra tí, perdónalos.

¿Qué vale todo un imperio, aunque se llame Francia, comparado con el cielo de tu genio? El tirano que te persigue sólo ha esparcido dolores; ha puesto desesperacion en el pecho de infinitas madres, arrancándoles las prendas de su vida; ha secado con su aliento el amor ó la esperanza en

corazones vírgenes; y tú, como la palabra de Dios flotando sobre el cáos, has encendido la luz de la verdad en el oscuro seno de la conciencia humana, velado por el error, y has llevado en tus cantos auras de bendicion al mundo atormentado por infinitos dolores.

El poeta que, desoyendo el reclamo de los poderosos y menospreciando los halagos de la fortuna, pone sus ojos en Dios, su corazon en el pobre, y se alza en alas de su genio á buscar la fuente de la inspiracion en la idea que posee á un siglo, y despierta á las generaciones, ni desespera perseguido, ni duda atormentado, porque sabe que la historia está oculta en las tinieblas de lo por venir, pronta siempre á recoger su nombre, y Dios, oculto en los resplandores del cielo, pronto siempre á recoger su alma.

Pero ¿por qué pone espanto en el pecho del tirano tu palabra? Tiene guerreros que á su voz desafien la muerte, aduladores que le ahogan con el humo del incienso, pueblos que escuchan sumisos sus mandatos, cañones preñados de muerte, pechos que le escudan, fortalezas que le rodean; y en sus festines y en sus glorias, y en la cumbre de su poder, le turba y acongoja la voz de un proscrito olvidado, que yace en ignorada

isla. Sin duda esa voz es el rugido que lanza la nueva idea, verbo sagrado y poderoso que destruirá el soberbio Capitolio, donde se refugian los déspotas. ¿Qué mucho, pues, que el poderoso tiemble delante del humilde? ¿Qué mucho que, al oir su acento, aparte la áurea copa del poder de los labios?

Víctor Hugo sabe que la desgracia fué siempre el óbolo de gratitud que el mundo dispensa al genio. Así Homero, creador de Grecia, no tuvo de su pátria ni choza que le guareciese vivo, ni sepulcro que le guardase muerto, y Dante, Homero de la Edad media, vivió en amargo dolor y murió en triste soledad, y Cervántes, que escribiera el epitafio de los siglos del Dante, se arrastró en la miseria y murió de hambre.

Hijo del cielo, el poeta llora en la tierra. Pero aun le queda un asilo en el corazon de los españoles.

Víctor Hugo nos pertenece. Él llevó al arte francés el espíritu de nuestras artes, y encareció el valor español en *Hernani*. Por eso Víctor Hugo es, sí, español; por sus tendencias, español; por sus obras, español; porque el genio tiene por pátria el mundo. Además, su genio, su prodigioso genio, es luminar de este siglo. ¿Quién no deseará

contemplarle antes que se recline en el regazo de la muerte?

Sí, sí; ven á esta tierra heróica, donde vaga la sombra de Padilla; ven á decirnos cómo el mundo camina á la emancipacion, á señalarnos ese hermoso cielo que tú descubres desde estas sombrías playas cubiertas con los restos del naufragio de tantas civilizaciones; revélanos el mundo de armonías que guardas en el santuario de tu conciencia, y tendrás un templo en el corazon de todos los españoles.

11 de Noviembre de 1855.

EL TERCER PARTIDO.

Aun no hemos podido entender qué significa esta palabra, tantas veces repetida por la prensa. En vano buscamos con afan el principio regenerador que ocultar puede la extraña idea de formar un tercer partido con los elementos aglomerados por las revoluciones. Unos y otros confiesan que han ejercido tiranía sobre la nacion, y sin embargo, llevados de engañosas ilusiones, juzgan que, formando de las diversas ruinas un sistema dogmático, condenado ya por la inflexible lógica de la historia, podríamos prometernos dias de plácida ventura y eterna bienandanza. ¡Engañosa ilusion! ¿Dónde están las nuevas ideas, de que han de surgir las nuevas instituciones? Nuestros redentores no han querido manifestarlas.

¿Dónde están los apóstoles de esa buena nueva? Son los mismos que tantas veces han provocado las revoluciones con sus ideas, y las han herido de muerte tantas veces con su torpeza. Aún comprenderíamos que ante una idea económica, poderosa á libertarnos de las trabas que nos oprimen, se unieran hombres de distinto partido, sacrificando sus intereses, sus propias ideas, en aras del bien público. Pero cuando los hombres, que predican un nuevo partido, sólo nos dan en abono de su idea las viejas teorías, que se desvanecen en el crisol de la experiencia, lastima el corazon ver cómo se malgastan las fuerzas en correr tras de un fantasma vaporoso perdido en el vacío.

Hace ya mucho tiempo que abrigamos la creencia de que el sistema doctrinario, falto de bases racionales, se derrumba á impulsos de su propio peso. El afan que muestran los partidos por renovarse, nos enseña claramente que esas ideas huyen como delirios de un sueño. Sólo nosótros vemos brillar el árbol del sol de justicia que resplandece, como el primer destello de la luz divina resplandeció sobre el caos en el primer dia de la creacion.

Volvamos á la tésis que nos proponemos controvertir. Los hechos son siempre encarnaciones

de las ideas. Los partidos son un mal en el sistema parlamentario, pero son consecuencia de las afirmaciones que asienta y de los principios que proclama. El sistema doctrinario es una lucha. Los partidos son sus treguas. Quizá parezca esta doctrina paradógica. No lo es. Cuando las sociedades, poco adelantadas aún, temen á la revolucion, se acogen al partido que representa la autoridad; cuando las sociedades, divorciadas ya de su pasado, sienten aspiraciones á la libertad, se acogen al partido que representa el progreso. Hé aquí cómo lo que representa en el sistema parlamentario paz, no es otra cosa sino guerra; y lo que parece guerra, no es otra cosa sino paz.

Examinad en la historia la aparicion de épocas semejantes á nuestra época, y vereis cómo siempre son para el nuevo principio cuna, para el principio viejo sepulcro. Roma reunió en el panteon todos los dioses; y el dia en que Jesucristo penetró en el panteon, los dioses perdieron su corona. Roma era el eclecticismo; Jesucristo era la nueva vida. Los constituyentes franceses unieron la monarquía de derecho divino y la república en su memorable código. La monarquía de derecho divino murió y se levantó la república. Mirabeau era el eclecticismo, la Convencion era, no

os asusteis, el progreso. Ved cómo siempre y en todas épocas la union de principios opuestos es la muerte, como la union de la civilizacion absorbente de las regiones orientales con la civilizacion espansiva de las regiones occidentales, verificada en Roma, fué la muerte de la civilizacion antigua; como la union del pontificado y el imperio, que se combatian con horrible encarnizamiento, fué la muerte de la Edad media; como la union de la autoridad y de la razon, que pretendieron llevar á cabo los revolucionarios franceses, fué la muerte de la monarquía absoluta.

Ahora saquemos consecuencias. No mueren los partidos, pues son esenciales en el sistema doctrinario; lo que muere es el sistema. No desaparecen los hombres; lo que desaparece es la idea. En este sistema la esencia es el hombre, y el fenómeno es la idea. El Sr. Rios Rosas siente que falta tierra bajo sus plantas, oye el rumor de los huracanes, y preocupado con sus principios, ó sujeto á la inflexible ley de la consecuencia, no sabe á donde se dirigen las corrientes de la civilizacion, ni alcanza á comprender, por qué no encuentra una piedra donde reclinar su cabeza. Es que ese rumor de escuelas, que puebla los aires, es el rumor del principio racionalista que se rea-

lizará en la tierra, y esos lívidos relámpagos, que surcan los horizontes, son el postrer destello de la antorcha de la autoridad que se extingue.

¿Qué podremos decir nosotros de la civilizacion liberal? Notadlo. Todo cuanto tiene de grande tiene de democrática. El pensamiento, flor cuyo aroma se pierde en lo infinito, astro que eternamente se baña en el éter de la vida, es libre; la conciencia, santuario donde se refugia el hombre á contemplar su Dios y su razon, es libre; pero esta libertad no ha descendido ni al trabajo, ni al comercio, ni á la administracion, ni á la industria. Sin duda, siempre en el mundo el pensamiento precede en su inmortal carrera á la materia.

Ahora bien, si todos sentís dentro de vuestro corazon con dolor ó con alegría, pero con el sentimiento invencible nacido de la evidencia, que hay un principio que desaparece arrastrado por los huracanes del tiempo, ¿por qué habeis de ser tan ciegos que no volvais los ojos á contemplar con amor el nuevo principio que ha de redimir á la sociedad?

Nemo dat quod in se non habet, decia la ciencia escolástica. Y si el partido moderado no guarda libertad, ni el progresista órden; si el partido

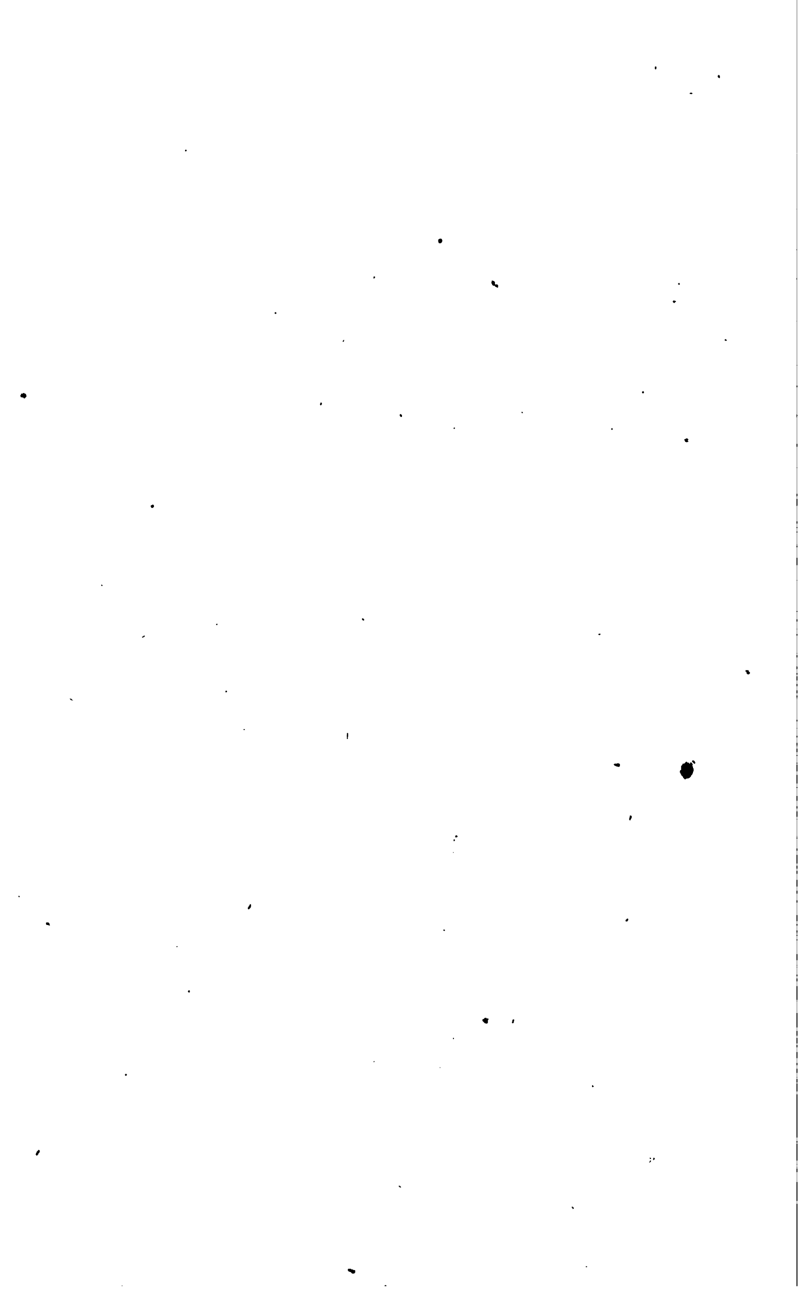
moderado subvierte la sociedad con una dictadura perpétua, y el partido progresista la conmueve con una perpétua agitacion; si el partido moderado desoye la opinion, y el progresista no realiza el progreso, ¿cómo se pretende que ambos reunidos, con sus tradiciones contrarias y sus principios contradictorios, puedan darnos órden, libertad, paz ni progreso?

Y no se cite, para decir que el sistema doctrinario puede vivir largo tiempo, el ejemplo de Inglaterra. ¿Dónde están vuestro Alfredo el Grande, vuestro Guillermo el Conquistador? Además, atended al quejido que se levanta del fondo de esa reina de los mares, coronada de nieblas, y vereis cómo el sistema doctrinario, que os seduce, toca yà á su próxima é inevitable ruina. ¿Qué significa que ni torys ni whigs pueden constituir un gobierno asentado sobre bases sólidas? ¿Qué decia Byron, cuando profetizaba la muerte de las instituciones de la vieja Albion, sino una verdad presentida por su corazon de poeta, que leia con caracteres misteriosos, con *intuicion* sobrehumana en las páginas en blanco del porvenir? ¿No os estremeceis, con estremecimiento de dolor, como si presintierais una inevitable catástrofe, cuando Bright habla al pueblo de sus pares y de sus re-

cuerdos, y el pueblo inglés se rie con sarcástica risa de sus venerandas tradiciones?

Y no se diga que la democracia es el sistema parlamentario ampliado. Eso no es verdad. La democracia es opuesta al sistema parlamentario, como la afirmacion es opuesta á la negacion. El que otra cosa crea de la democracia, no la conoce. Si no tuviéramos principios opuestos, nos confundiríamos bajo los pliegues del manto imperial que arrastra el partido progresista. Los que quieran confundirse con los progresistas háganlo en buen hora. Nosotros los estimamos mucho más que al partido moderado, porque da mayor libertad al pensamiento, mayor seguridad al individuo, mayor independencia al municipio; creemos de buena fé que dá amplitud á las libertades pátrias; pero no consentiremos que digan que sus principios son nuestros principios.

1.º de Mayo de 1855.



UN DISCURSO DEL SR. TASSARA.

El verdadero acontecimiento de la sesion de ayer fué el discurso del Sr. Tassara. Cuando le oíamos, involuntariamente exclamábamos: «Todavía no ha muertò Donoso.» Su alma arde aún en la conciencia del Sr. Tassara. Examinemos su discurso.

Fué una apología del partido moderado, y sin embargo, una prueba más de la verdad de la democracia: tan cierto es, que aún sus enemigos, cuando se levantan sobre sus preocupaciones, caen heridos por ese rayo de luz que viene de las puras regiones del cielo. En esta sombría y oscura noche que ha engendrado el polvo de todas las instituciones ruinosas, de todos los mentidos ídolos arrancados de su pedestal; en las espesas tinieblas que caen sobre el mundo de las tradi-

ciones, sumergido en la nada, debe ser tristísimo no ver con los ojos del alma cruzar el astro de la democracia. Compadecemos al Sr. Tassara como á todos los espíritus elevados que se hallan desasidos de la libertad; porque los errores que traen consigo graves males, no solo atormentan la inteligencia, sino tambien el corazon; y sin embargo, el Sr. Tassara, tocado del espectáculo que presenta el viejo mundo, declara que nos hallamos en épocas muy semejantes á los últimos tiempos del imperio romano, y ¡cuánta ceguedad! va á pedir salvacion á los Calígulas, y abandona las sombras del árbol de la libertad. ¿No alcanza á comprender el Sr. Tassara que si en aquella civilizacion hubiera abandonado las aras de la nueva idea, para sacrificar en las aras de los antiguos dioses; si en vez de bajar á las catacumbas para respirar el aire purísimo de la vida, subiera al capitolio, pecaria gravemente contra la humanidad, como hoy peca, rechazando las ideas que traen consuelo para los males que nos aquejan, una solucion segura para todos los problemas, y libertad á esos pobres y desvalidos esclavos y no ménos desgraciados que los esclavos de la antigua civilizacion?

Y no se crea que la comparacion entre tiempos

y tiempos no es exacta. Nosotros la estimamos verdadera. Esas monarquías caducas, decaidas de su antiguo explendor, iluminadas, no por el derecho divino, sino por la antorcha de las revoluciones, son como aquel capitolio amenazado por los furores de Atila; esas legiones que hoy sirven al absolutismo y mañana á la libertad, causa eterna de perturbacion, gérmen de discordia, son aquellas guardias pretorianas que á su grado levantaban en sus escudos á los señores del mundo; esos sacerdotes que contra la libertad invocan á Dios, eterna fuente del bien, son muy parecidos á aquellos sacerdotes que mandaban quemar á los apóstoles de la buena nueva; esos sofistas que así comercian con la humanidad, vendiéndola por grande, cuando ha muerto en su corazon, y tienen por sepulcro su alma, son la resurreccion de aquella degenerada escuela estóica, que habia perdido la idea y el sentimiento y solo conservaba las vanas palabras de sus maestros; esos gobiernos, que al ver los males del pueblo, sus aspiraciones á la libertad, al bien, le persiguen, acosan y anonadan, son aquellos pretores que clamaban: «cristianos, á las hogueras,» y los crímenes cometidos en Europa son como el potro donde sufren sus crueles tormen-

tos; Paris, la ciudad eterna de la civilizacion, encerrada en el serrallo de un déspota; Venecia, la diosa del Adriático, que las ondas de los mares arrullan en su lecho de algas y perlas, recordándole la libertad perdida; Polonia, la amazona del Norte, que libertó de la esclavitud un dia á los que hoy consienten su oprobiosa muerte; y así continuando en el maravilloso paralelismo de tiempos y tiempos, de épocas y épocas, la nueva idea quiere que acabe la esclavitud; que el último eslabon de esa pesada cadena se quebrante; que acabe para siempre la usura; que los pueblos se eleven, merced á sábias instituciones, á su completa emancipacion material, y movidos de las consoladoras y benéficas auras de la instruccion, que serán para su alma como el aliento de Dios para el caos, se levanten tambien á su completa emancipacion moral.

En este sentido traemos un nuevo mundo en nuestras manos, un nuevo cielo en nuestra conciencia. Á ese Dios petrificado, que encerrais en el círculo de hierro de las tradiciones, especie de Júpiter con que anhelais atemorizar á las muchedumbres, queremos sustituir el Dios del Evangelio, que mueve con su aliento los mares y con su mirada exclarece los mundos; Verbo Eterno,

siempre vivo, encarnecido en la conciencia y en la civilizacion; siempre derramando vida en la conciencia y vertiendo sávia en la libertad; á esas aristocracias que cerraron el paso al progreso, y que llamándose hoy alta clase media, son ménos gloriosas y más tiránicas que las antiguas aristocracias, queremos sustituir la igualdad, que descienda á la cabaña á buscar el ingenio, el arte, si allí existe, sin consentir privilegios; á ese régimen absurdo, que curándose poco del mísero trabajador, lo ata á la tierra, haciéndole siervo de la miseria y de la desgracia, queremos sustituir nuestro régimen de libertad, sepulcro de todas las tiranías; y de esta suerte la democracia trae consigo un nuevo mundo, una nueva civilizacion, y hasta un nuevo hombre, sí, el hombre creado por la razon, que se diferencia del hombre creado por la naturaleza, como se diferencia la estátua de Fidias del pedazo de mármol que yace abandonado en los montes.

Pero el Sr. Tassara está de tal suerte persuadido que nosotros tenemos razon, aunque ese convencimiento se oculte á sus propios ojos, que exclama: *El principio parlamentario no es la última forma de la libertad.* La última fórmula de la libertad es la democracia. Fácilmente se ates-

tigua esta verdad. La democracia trata de que el hombre sea lo que es. A primera vista parece una paradoja tal pensamiento. No es paradoja. Si el hombre entrega su voluntad á otro hombre, se desposee de su naturaleza para engendrar un mónstruo. Roma, cuando clavó, como Caton, la espada en su pecho, y se dió á la servidumbre, dejó de ser madre de los Gracos, para ser madre de los Nerones y Calígulas. Grecia, que libre resistió á Gerges, no pudo esclava resistir á Sila. Francia republicana amedrentó á los reyes, Francia imperial vió á los reyes cantar victoria sobre sus despedazados restos.

De suerte, que así como el hombre se anonada cuando se desposee de su voluntad, las naciones perecen cuando pierden su libertad. Y lo que decimos de la voluntad lo decimos de la razon, de la conciencia; porque la razon y la conciencia, como activas, no son, cuando dejan de ser libres. Así el Sr. Tassara, que en todo vé cadáveres, que no escucha sino quejidos, quiere encerrar la humanidad en el triste y sombrío sepulcro de la historia.

Para el Sr. Tassara el arte no existe. Y tiene razon. El arte ha muerto. En vano buscaremos en Italia un Dante. La Italia moderna no tiene

aquel gran apocalipsis de la Italia de la Edad media. Gœthe, Apolo de Alemania, que habia recorrido todas las esferas del entendimiento, que en pos de la verdad se perdió en las arenas de oro que llenan el desierto de los cielos; Gœthe, que buscó inspiracion bajo el laurel de Virgilio y que resucita el génio de la antigua Grecia y el génio de la Edad media; Gœthe, que pulsó la lira de Píndaro y la lira de Calderon, no ha dejado una centella de su alma que alumbre los bosques de la Germania. Solo Heine..... pero Heine es, más bien que un Horacio, un Petronio de esta civilizacion. Entre nosotros, fuerza es decirlo: Quintana ha muerto. Ya ha visto la corona de su gloria. Espronceda ha muerto. Y Zorrilla es como un ruiseñor refugiado en el ciprés que solitario crece sobre las tumbas.

Pero el arte ha muerto como nunca, el arte griego despues de Alejandro, y el arte romano despues de Augusto; se ha roto la lira de los poetas del mundo como se rompió la lira de los poetas de Francia, cuando brilló el rayo de là revolucion; porque las artes solo nacen en grandes épocas de armonía, y no en estos tristes dias de guerreros y sofistas.

Nosotros nos gozamos en contemplar el arte

que ha de traer consigo una civilizacion democrática, cuando las maravillas de la industria y sus triunfos sobre la naturaleza, y las armonías de la vida social, y sus triunfos sobre todas las contradicciones, obliguen al poeta, á ese ángel caido, á buscar nuevos y más explendorosos horizontes en la conciencia, nuevos é insondables océanos en el corazon. Así la civilizacion democrática trae consigo tambien un mundo de armonías.

Los olimpos han perdido su luz. Mirando la civilizacion antigua dijo un poeta: *Los dioses se van*. Pero en cambio se quedan los reyes. Y el Sr. Tassara en sus arrebatos líricos, encareció la monarquía comparándola con una pirámide. ¡Una pirámide! Las pirámides de Egipto se hallan rodeadas de un inmenso desierto, y son ¡ay! tumbas.

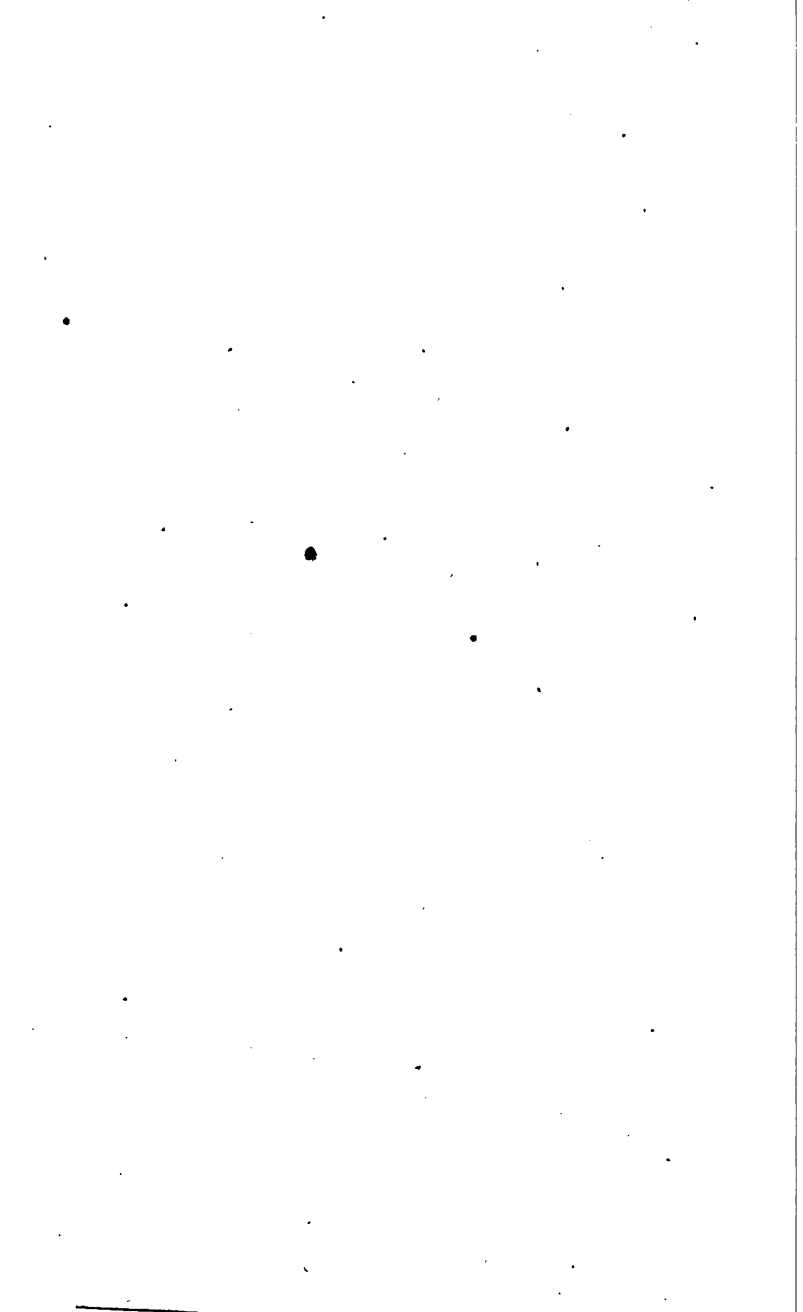
El Sr. Tassara es adorador de la autoridad. No se concibe esta palabra en lábios de un jóven. Desde el siglo XVI el mundo sacudió su letargo, y exclamó: «No hay otra autoridad que la autoridad de la razon.» Pero el Sr. Tassara ha vertido tres proposiciones, que son como tres corolarios de cuanto venimos sosteniendo:

1.° La Europa nada quiere de lo que ya ha pasado.

2.° Los partidos adoradores del parlamentarismo son estacionarios.

3.° El alma de la revolucion ha pasado al partido democrático.

13 Diciembre 1855.



OLÓZAGA, ORADOR.

El discurso que antes de ayer pronunció el Sr. Olózaga, merece maduro exámen. Este bello discurso es, si no por su naturaleza, por algunas de sus aspiraciones, democrático: tan cierto es que fuera de la democracia no se encuentra resplandor de belleza para la imaginacion, ni reflejo de verdad para el entendimiento. En primer lugar, el Sr. Olózaga proclamó la igualdad, en segundo lugar, la instruccion universal. ¿Qué sería de la sociedad sin la igualdad? Ella es como el sol, que colora todos los horizontes; como el horizonte que se extiende sobre todas las frentes. Sin la igualdad, es imposible la libertad; porque si se dan mayores condiciones de ser á un individuo que á otro, seguramente se le dá un poder que no le corresponde en justicia. No es ne-

gar esto la desigualdad de los entendimientos. Sin esta desigualdad, seria imposible la armonía, en la naturaleza, ni en la conciencia. Pero así como todos los cuerpos se extienden, segun sus leyes, en el tiempo y en el espacio, todas las almas deben vivir en la libertad y en el derecho. Hacer otra cosa es destruir la naturaleza. ¿Y quién es el hombre pigmeo, que nace hoy y muere mañana, para pretender corregir las obras del Eterno? Pero si el Sr. Olózaga califica la igualdad de semilla divina, ¿cómo no deduce todas sus lógicas conclusiones? Igualdad de todos los entendimientos, para expresar libremente sus ideas; igualdad de todas las voluntades, para emitir libremente sus sufragios; igualdad de todos los ciudadanos, para unir sus fuerzas en la asociacion: todo eso deberia proclamar constantemente el Sr. Olózaga, para ser fiel a sus principios.

De otra suerte, sus teorías son como alma sin cuerpo, vagando perdidas en las ondulaciones del aire. Si maduramente se considera, estos hombres, maduramente apegados á su escuela parlamentaria, hacen un bien á la juventud, proclamando ciertos principios que nosotros, ciudadanos de la nueva sociedad que han levantado los siglos, hemos de llevar á sus lógicas consecuen-

cias. Pero no cabe dudar del triunfo de las ideas, cuando se proclame su verdad. La verdad se encerraba virtualmente en el primer hombre, que Dios despertó á la vida, como se encierra en la semilla la flor. Ninguna generacion, ningun pueblo ha dejado de contribuir á su triunfo. Olvidada en las sombras de la naturaleza, ilumina la frente del hombre; cuando el hombre sondea su conciencia, perdida en el seno de Dios, desciende del cielo, cuando el pensamiento sacude las sombras de la autoridad. Como nosotros creemos que las leyes del entendimiento y las leyes de la naturaleza son idénticas, esperamos reposar tranquilos á la sombra del árbol de la democracia, cuyas raices ha regado la sangre de nuestros padres, y cuyas ramas se hán mecido al dulce aliento del Eterno.

El Sr. Olózaga se dolió tambien de que muchas grandes almas viviesen en la ignorancia para morir en el olvido. ¡Oh! Es tristísimo que hijos del pueblo, acaso destinados por Dios á descubrir grandes tesoros en la conciencia humana, á levantar el velo que oculta la verdad, pasen su vida en las sombras de la ignorancia, sin conocer las maravillas de la tierra, sin presentir la bienandanza del cielo.

Es muy triste que cuando acaso llevan en su mente guardada una centella divina, cuando acaso tienen sin saberlo, en sus manos una lira, cuando tal vez encierra su mente el remedio á los males que nos aquejan, desgraciados Colones del mundo moral, arrastren las cadenas de la miseria, sufran el martirio del olvido, y se hundan en la eternidad, arrastrando consigo el sol de su pensamiento, y apagando su genio en el polvo de las tumbas.

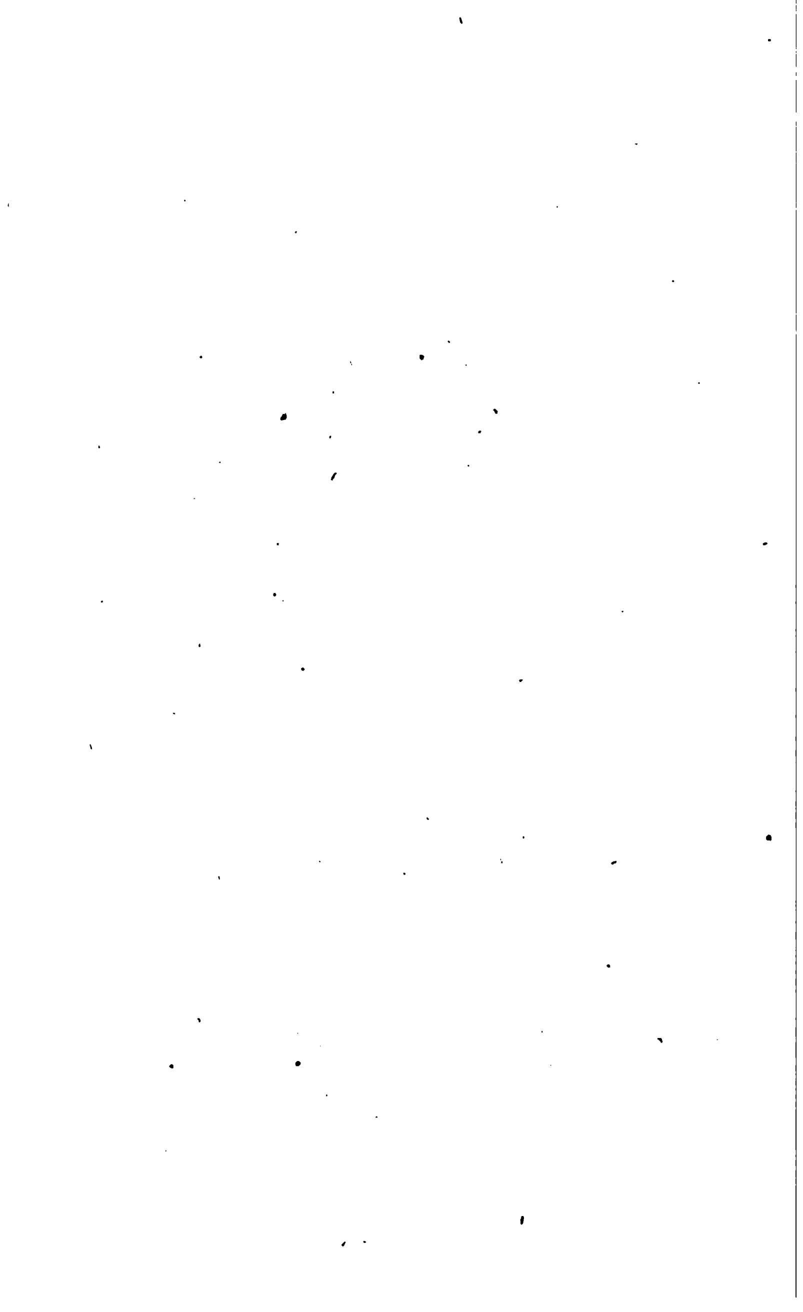
Si esto es así, ¿cómo el Sr. Olózaga no propone un plan de educacion que pronto se convierta en ley? El amor á la niñez distingue á las almas grandes. El más sublime de los mártires enseñaba á los doctores lo que aprendia de los niños. En esta tierna edad la imaginacion vuela á donde acaso la razon no alcanza.

Además, la intuicion, vista del alma, es clara y recoge los rayos de oro de la verdad. Poned al niño en relacion con Dios, con la naturaleza, consigo mismo, y vereis cómo se despierta su inteligencia y busca su centro de gravedad. Una flor guarda un poema de trascendentales ideas, como en una gota de agua se encierra una série de animados séres.

No basta, pues, encarecer la necesidad de ba-

jar al fin de las cabañas en pos de la inteligencia perdida en las muchedumbres, como la perla en el mar; no basta llevar las infinitas flores que regalaran sus aromas á lo vacío, agostándose ignoradas en los desiertos del mundo; es necesario, pronto, muy pronto, dictar leyes que sean para esta vieja sociedad como la atraccion para el caos, y que rediman al trabajador de la tiranía de la usura y lo saquen de la negra noche de la ignorancia.

23 de Noviembre de 1855.



LA IGLESIA ESPAÑOLA.

Hoy que, mal aconsejado el Papa, ha roto con nuestro Gobierno, conviene acudir en socorro de la pátria independiente, herida y maltratada, convirtiendo los ojos á las altas y sublimes tradiciones de nuestros padres, gloriosa corona de la española Iglesia. Debemos, sin dejar de atender al espíritu del siglo, presentar el memorial de agravios que nos ha inferido Roma, á fin de que el pueblo, en cuyo pecho vive pura la religion cristiana, apartándose de los que anhelan esclavizarle bajo pesada coyunda para venderle á extraño poder, levante su alma al cielo, donde luce la verdadera libertad, apartándola de todos aquellos que intenten, llevados de perecederos intereses, amenguar sus derechos y desconocer sus libertades.

No es nuestro ánimo tratar de los dogmas que

profesamos los españoles, y que guardaremos siempre en el arca de nuestra fé; pero si examinar cómo, al través del tiempo, nuestra Iglesia, libre de toda autoridad, independiente de todo poder que no fuese español, ha caido en tan grave decadencia y postracion, recordando, con la imparcialidad y mesura que cumple al que trata materias de gravísima trascendencia, las artes empleadas por los pontífices para precipitarla en oprobiosa y triste esclavitud, á despecho de nuestros sacerdotes y contra la voluntad de nuestros pueblos.

Esta cuestion, puesta hoy en tela de juicio, no es de partidos ni de doctrinas; es cuestion de patriotismo, pues no es dable dudar ni un punto que no puede consentir pueblo alguno que extraño poder ponga la planta sobre su frente y rasgue el libro de sus leyes. Conociendo el natural de Roma, no pretendemos mancharnos con injuriosos epítetos ni largas declamaciones, aunque estemos quejosos de su proceder, porque su injusticia no excusaria el extravío de nuestras palabras.

Si abrazamos en conjunto la historia española, advertiremos los progresos de la Iglesia, siempre iluminada por el ideal católico y pátrio desde los

primeros tiempos hasta el último tercio del siglo XII, época en que todo nos informará de su alteza y poderío, independiente y libre de la tutela romana; pero desde el siglo XII la veromos, olvidada de sus glorias, cambiar sus ritos y disciplina, merced á extraña influencia, por disciplina y ritos extranjeros, empeñándose de esta suerte en largas contiendas y parciales pendencias, en verdad más para lloradas que para referidas, y que formarán época hasta el siglo XIII, en que consumó la ruina de la Iglesia Alfonso X, el cual prestó atento oido, antes que á la voz de la pátria, á los consejos de su vanidad literaria; derivándose de tan torpe decision larga série de conflictos, desavenencias y humillaciones, que manchan las páginas de la historia y se extienden hasta los Reyes Católicos, los cuales, solicitados por su amor al catolicismo y su devocion á la pátria, ora forjaron nuevas cadenas á la Iglesia, ora pusieron su empeño en romper muchos de los lazos que la oprimian, sin lograr otra cosa que endurecer su servidumbre, que se extendió, á pesar de la protesta armada de Cárlos V y la protesta legal de Felipe II, hasta Felipe V, cuyo fué el primer grito de independencia lanzado contra Roma, que doblegó su frente á las decisiones de

los reyes castellanos, hasta que Fernando VII volvió á caer de hinojos ante su preponderancia, creyendo que seria parte á sostenerle en su manchado sólio; conducta que imitaron los últimos gobiernos para herir de muerte la sacrosanta libertad española. Juzgad si conviene despertar estos recuerdos y poner particular estudio en presentarlos revestidos de su pristina pureza, ya que lo presente nos da una ocasion, instrumento de la naturaleza y de la Providencia.

La época primera de libertad é independencia se extiende desde los primitivos tiempos hasta Alfonso VI, á fines del siglo onceno.

En esta época, la Iglesia tenia sus leyes propias, sus cánones derivados de la doctrina evangélica y de las sentencias de los Padres; los concilios se congregaban sin exigir permiso del Papa, ni aun mencionar su nombre, y arreglaban la disciplina eclesiástica, siendo generales ó provinciales, segun la magnitud de los puntos encomendados á su decision; el poder civil, á su grado, nombraba y deponia obispos, levantaba sillas y erigia iglesias, sin curarse de la autoridad pontificia; los obispos y eclesiásticos eran ciudadanos sujetos á las leyes comunes, y exentos de inmunidades, pues si algunas tuvieron, las alcanzaron

por gracia, no por derecho: seguia el clero las doctrinas de San Pablo, dándose, no sólo á sus deberes religiosos, sino tambien á trabajos idóneos para procurarse el necesario sustento; el que abrazaba estado religioso remitia sus bienes á sus parientes, oponiendo así límites á la granjería y á la seduccion; y en el concilio tercero y en el cuarto de Toledo se prohibió á los eclesiásticos que exigieran estipendio alguno, ni aun con el carácter de gratificacion ó merced, en los sublimes actos de su divino ministerio.

¡Dichosa época, nunca bastante encomiada, aquella en que un poder extraño no se interponia para levantar en guerra á los pueblos, ni sumirlos en discordias, largas en muertes, cortas en bienes, y en que el espíritu de Dios, centelleando sobre la frente de esas asambleas y lloviendo ideas de paz y fuego de amor divino, penetraba en las conciencias y dirigia á los pueblos por la senda del progreso, en pos del ideal evangélico, norte de nuestras acciones, término de nuestros deseos!

No dejaba en muchas ocasiones el Papa de poner sus ojos en la apetecida supremacía; pero obispos como Leandro de Sevilla y Braulio de Zaragoza, lumbreras de saber y virtud que res-

plandecen con luz más nueva en aquella oscura noche de la historia, diéranle á entender en cuán subido precio estimaba España su libertad y su independencia.

Witiza, príncipe á quien Mariana pintó con negros colores, acaso por su entereza en oponerse á las usurpaciones de Roma, como han probado Mayans de Ciscar y Masdeu, pero príncipe que, si no fué limpio de crímenes, tampoco estuvo desposeido de altas prendas, trató, á despecho de Roma, con gran mesura de la libertad de los judíos, siguiendo las tradiciones pátrias y observando las leyes del país.

Así, miéntras otros pueblos se humillaban al primer crujido del azote, y emprendian como esclavos el largo camino de la Edad media, España alzaba su frente como la palmera en el desierto, y contaba sábios prelados, estrellas aparecidas entre las tinieblas que extendiera sobre la tierra el polvo levantado por los caballos de los bárbaros.

Prosigamos. El imperio gótico se derrumbó, herido por la espada de los moros. En una montaña dió principio el esforzado Pelayo á la restauracion, echando los cimientos al reino neo-gótico. La Iglesia se levanta con la pátria; pero la Igle-

sia libre. Este es un sub-período en la libertad de la Iglesia. De tal suerte era libre la Iglesia, que Alfonso II nombró, por autoridad propia, al gran Adolfo obispo de Oviedo, y arregló las cosas eclesiásticas *justa gothorum antiqua concilia*, y Alfonso III reunió dos concilios para nombrar metropolitanos y arreglar disciplina, leyes y costumbres, que andaban revueltas á causa de las deshechas borrascas de aquellos azarosos tiempos, y D. Ordoño I ordenó al monje Ofilon que arreglase estatutos de monasterios é iglesias.

Sólo un hecho hallamos, en esta larga série de siglos, en que asome la preponderancia del Papa. Descubrióse el sepulcro de Santiago, y el rey impetró permiso de Roma, á ruego de Carlo-Magno, para trasladar la silla de Iria á Compostela. Pero se echa de ver que este ejemplar acaecimiento no nace del fondo de nuestra nacionalidad, sino de extranjera influencia, que más tarde, convirtiéndose en poder, ha de ejercer afrentosa tutela sobre nuestra Iglesia.

Entremos en el segundo período, que se extiende desde Alfonso VI, debelador de Toledo, hasta Alfonso X, es decir, desde el último tercio del siglo XI hasta mediados del siglo XIII, época que trajo nuestra Iglesia á triste servidumbre.

Ceñidos de sus gloriosas espadas, nuestros padres descendieron desde las montañas de Asturias, en alas de la victoria, alumbrados por la liturgia gótica; do rindieron una ciudad, levantaron un altar. Esta liturgia, floron de nuestras glorias, vistió de luz las iglesias de Oviedo y Leon; fué en los campos el alma de nuestros soldados, y sirvió para impedir que los hijos del desierto salvasen el Pirineo, llegando, nuevos Atilas, al pié del Capitolio. ¿Merecia ser duramente tratada? Sólo la sed de mando, que devoró á Roma, pudo llevarla á quemar el libro de nuestras gloriosas tradiciones, que Dios habia libertado del fuego de los bárbaros.

Alejandro II acometió la empresa de domeñar nuestra pátria. Puso sus ojos en Aragon. A pesar de la contrariedad que oponia el pueblo, y de la absoluta negacion de los concilios, que se observaban en Aragon como en Castilla, pues Ramiro I los congregó en San Juan de la Peña y en Jaca, Hugo Cándido, legado de Su Santidad, deslizándose en el corazon de la mujer de Sancho Ramirez, francesa, y, como tal, aficionada al rito romano, que era francés, logró en un dia abolir libertades que allegaron nuestros predecesores en largos y penosos siglos.

Tambien borró el rito muzárabe Barcelona, valiéndose del influjo que tenia Doña Almodís, francesa, y esposa de D. Ramon Berenguer; y sin esto, añadimos que D. Alfonso VI, en cuyo tiempo se perdió la antiquísima independencia de la Iglesia en Castilla, tuvo por esposas, sucesivamente, dos francesas; dió sus hijas á franceses; nombró en sus iglesias para obispos á monjes de Cluny, como D. Bernardo y D. Gelmirez: echaráse de ver que perdimos nuestras libertades bajo la doble presion de la influencia francesa y de la autoridad pontificia, con mengua del nombre castellano y con grave daño de los pueblos.

Gregorio VII, Napoleon de los Pontífices, cuya inteligencia esclarecia aquellos tiempos, cuya voluntad sobrepujaba todas las tormentas; de ánimo tan resuelto como guerrero; de miras elevadas, dirigidas siempre al dominio universal del mundo que anhelaba ver humillado á sus plantas, era en los campos leon y en las córtes serpiente: abrazaba su mirada de águila los más altos principios y descendia hasta las más pequeñas minuciosidades: atento á las grandes tormentas, sin desoir ni el rumor de la hoja de un árbol; hollando imperios, sin despreciar un grano de arena; trabajando siempre contra las contrariedades

que á su plan oponian los poderes temporales, el clero, los pueblos, la Iglesia, que le rodeaba, y siempre madurándolos, sin que el rumor de las armas le distrajese, ni el ruido de las tormentas le amedrentase, como todo aquel que siente en sí la fuerza de una idea, que la posee; Gregorio VII que habia logrado concertar las contiendas de los rivales que se repartian á Hungría, obligándoles á pedir de rodillas su soberana sentencia, y habia llegado á Cerdeña, blandiendo sobre su frente la espada de fuego de los Pontífices, y atormentaba á Francia exigiéndole largos tributos, y veia arrastrarse á sus piés, pálido y hambriento, el que llevaba sobre su frente la corona del sacro imperio, cubierto de ceniza, vestido de tosco sayal; Gregorio VII, desde su elevado sólio, declaró que España pertenecia al patrimonio de San Pedro.

La nacion española, herida en el corazon, lanzó un grito de dolor. Entonces sintió Gregorio VII que era imposible doblegar nuestra cerviz. Lo que no alcanzó la fuerza lo consiguió la astucia. Gregorio VII no perdonaba medio ni traza para humillar tanta grandeza. Vió que en el rito muzárabe se vinculaba nuestra independencia, y trató de matar el rito, alma de la española

iglesia. Para ello su ingenio forjó armas venenosas, que emponzoñaron el corazon del rey. Alfonso VI apeló al juicio de Dios para que decidiera en aquella contienda entre dos iglesias. El juicio de Dios, celebrado en campo abierto, á usanza de aquellos tiempos, amparó el rito muzárabe que salió vencedor en la demanda, mantenido por el esforzado brazo de un héroe. Pero Gregorio VII se mofaba de los juicios de Dios. Fué necesario apelar al Concilio. El Concilio no accedió á los deseos del Papa. Nuevamente recurrieron á la voluntad del Eterno. La voluntad del Eterno se declaró con signos infalibles para la fé de aquellos tiempos, respetable para la crítica de los nuestros, en pró del rito muzárabe.

Se habia recurrido á todo tribunal. El sacerdocio, reunido en Concilio, se opuso á la preponderancia del Papa; el pueblo combatió sus miras; el juicio de Dios las condenó. ¿Qué ley divina ni humana podrá justificar las aspiraciones de Gregorio VII y la traicion de Alfonso VI? Despues de tantos siglos como han transcurrido, el ánimo se duele, y llora amargas lágrimas sobre los restos de la independencia española, vendida á vil precio por un vil perjuro, y comprada contra la voluntad de Dios, y del pueblo por un Papa ambicioso.

Bien pronto las consecuencias de tamaño crimen se desenvolvieron lógicamente; porque así como toda idea es un hecho en la conciencia, todo hecho es una idea en el espacio; y la lógica es la misma en el mundo ideal y en el mundo real.

Estamos en la tercera época, que se extiende desde Alfonso VI hasta Alfonso X.

El pueblo no estaba muy bien avenido con la supremacía del Papa. El Cid, personificacion de nuestra nacionalidad, pues en él puso el pueblo todos sus pensamientos, siendo de esta suerte tipo de nuestra patria y sol de nuestras glorias, mostró que el sentimiento popular protestaba contra la horrible felonía del Rey y la torpe usurpación del Papa.

Pero veamos las consecuencias. El obispo Gelmirez, tan aficionado del mundo como enemigo del cielo, se valió de la simonía para inclinar al Papa á que se constituyese en metropolitana su Iglesia, y el Papa, sin desdeñar los tesoros, le empeñó en intrigas y guerras que dejaron muy mal parada nuestra independencia, y muy decaida nuestra grandeza. Alfonso Enriquez, separando Portugal de la madre patria para nuestra eterna desgracia, le entregó en feudo á Inocencio III: los papas comenzaron, so pretesto de dis-

pensas matrimoniales, á influir de suerte en la cosa pública, que todo encarecimiento lo tenemos por excusado, en vista de la elocuente enseñanza de los hechos: Alfonso IX se vió, mal de su grado, en la necesidad de apartarse de su mujer doña Teresa de Portugal, amor de su corazon, y dar su mano á doña Berenguela, madre de San Fernando que, amada tiernamente del rey, fué herida de nuevo por los rayos del Vaticano, lanzados, no en observancia de los sagrados cánones, sino en servicio de terrestres intereses, pues bien podia dispensar los lazos del parentesco el que habia dispensado órdenes á Ramiro I, y accedido á bodas que eran escándalo de la cristiandad: Pedro II dió en feudo Aragon al Papa, y como los fieros aragoneses no reconocieron tamaña servidumbre, excomulgólos y armó las naciones contra su libertad, concediendo á los soldados que se pusiesen á servicio de sus miras, largas doblas y plenarias indulgencias, y rayó en tal extremo su odio, que arremetidos en tiempo del gran Pedro III los aragoneses, tiñeron en sangre la bandera de la Iglesia, esfuerzos que empleó tambien Portugal para rescatarse de la esclavitud en que le tenia Roma; y fueron tantas y tales las desgracias sobrevenidas, que renunciamos á pintarlas,

contentándonos con oir el eco de la maldicion de aquellos pueblos, que resuena aun en las bóvedas del eterno panteon de la historia.

La tercera época se extiende desde Alfonso X hasta doña Isabel la Católica. Un falso alarde literario llevó al rey á perpetrar el atentado de concluir con los últimos restos de nuestra independencia.

Isidoro Mercator, en luengos tiempos, puso mano en una obra encaminada á ensalzar la autoridad pontificia. Mas tarde, Graciano, tratando de concordar los discordes cánones, llevó á cima y feliz término el intento de Isidoro. El Papa, inclinado por naturaleza á todo aquello que diese á su autoridad preponderancia, prohijó estas obras que sirvieron de pedestal á su poderío. Alfonso X, llevado de su amor á la erudicion, engalanóse con los despojos de nuestra Iglesia y en las Partidas enterró la independencia nacional.

De este proceder se originaron graves males. Viciaron los compiladores de las Partidas el antiguo derecho español; perdió el poder civil su influencia sobre los obispos; los jueces eclesiásticos trastornaron nuestras leyes, obligando á los procuradores á levantar en Córtes su vóz contra tantos desafueros; las inmunidades eclesiásticas

subvirtieron los fundamentos de la sociedad; la exencion de pechos en los eclesiásticos, llevada al colmo, agotó nuestra riqueza, produciendo graves conflictos entre el clero y el pueblo; los prelados lanzaban, segun su grado, las excomuniones, desatando las iras de la guerra; la ley de amortizacion, reclamada por el pueblo, jamás se cumplia por el clero, y no valian protestas ni mandatos, pues Roma, con grave detrimento de nuestro poderío, desatendiendo el poder civil, encendía por do quier el fuego de la guerra. Roma, en remuneracion de tantos servicios, desconoció los derechos que asistian á D. Alfonso X para pretender el ducado de Suabia.

En vano protestaron contra el predominio de Roma, en varias épocas, las Córtes; en otras, reyes tan católicos como Sancho el Bravo, Enrique II y Juan I, pues, prevalida de la influencia monacal, Roma burlaba los decretos de los monarcas: angustiosa situacion que duró hasta los tiempos de Isabel la Católica.

Dejaremos para otros artículos entrar en el exámen de esta cuarta época, que se extiende hasta el advenimiento de los Borbones. Si bien es cierto que los reyes castellanos humillaron á Roma en esta época, tambien lo es, por desgra-

cia, que el pensamiento español, pintada mariposa nacida entre las flores de nuestras glorias, perdió sus alas en el fuego de la Inquisicion.

Igualmente remitimos á otros artículos examinar la última época, ilustrada por sábios como Macanaz y Campomanes, honor de la nacion, los cuales sostuvieron, con gran honra para sus nombres y provecho para nuestra pátria, los fueros y prerogativas de la nacion.

El objeto de estos artículos es bien claro. Tienden á demostrar que nuestra Iglesia ha sido en sus mejores tiempos libre, y, sin dejar de tener el espíritu religioso del Crucificado, puede y debe ser una Iglesia eminentemente nacional.

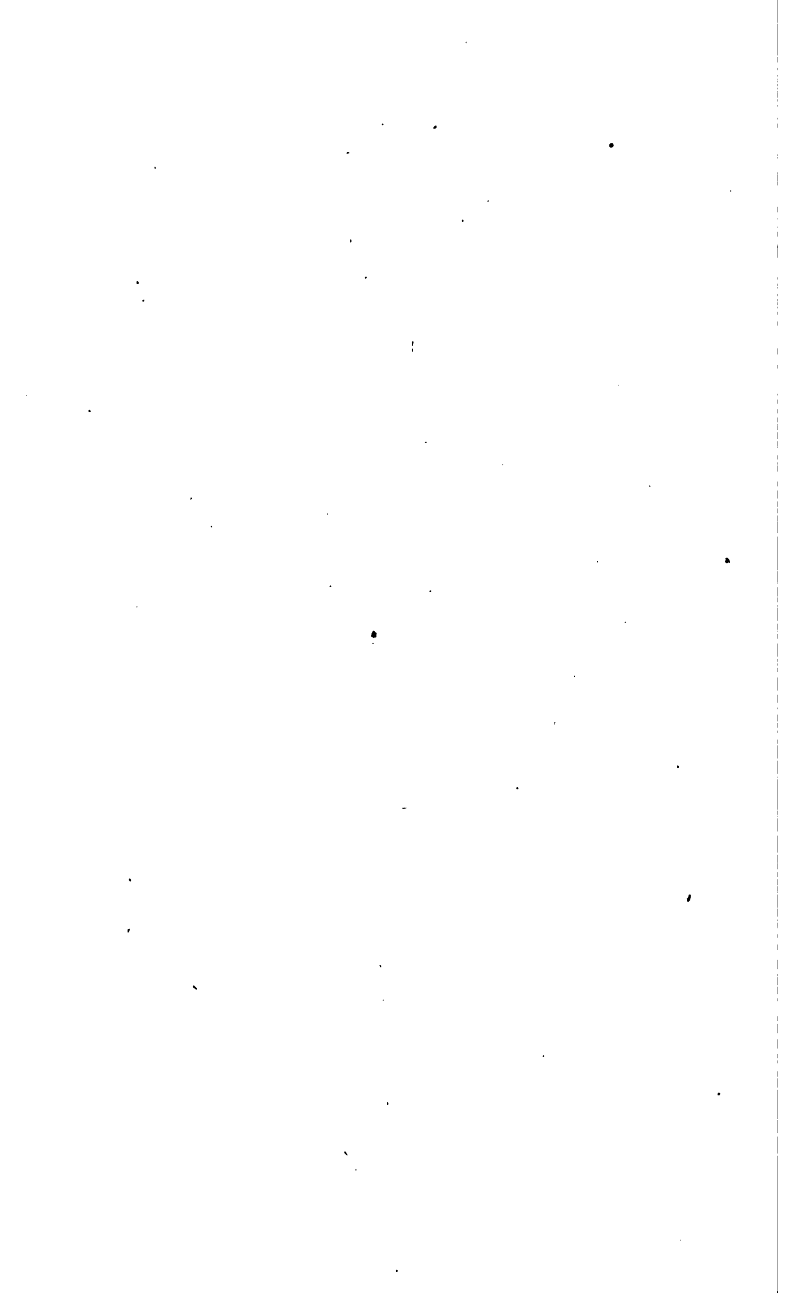
Los que, olvidando lo que deben á la pátria, rompen lanzas con la revolucion por los asuntos de Roma, acuerden la historia, y verán que en todas épocas fué preciso resistir á las invasiones de los pontífices.

¡Cuántas veces el Escorial tronó contra el Vaticano!

Los que, poseedores del sentimiento religioso, blanda aura que serena las tempestades del alma, se duelen de estas desgracias, conviertan sus ojos al cielo, y verán que las eternas verdades del

cristianismo no pueden ser parte á llevarnos á la esclavitud, sino á dar á los hombres la libertad, la igualdad, la fraternidad, eternos dogmas de la democracia.

17 de Agosto de 1855.



EL SUFRAGIO UNIVERSAL.

El gran filósofo que dió principio en el siglo XVII á la revolucion gloriosa, cuyos rayos de oro iluminan con misterioso resplandor la frente del pueblo, formulaba de esta suerte el principio fundamental de su ciencia: «Pienso, luego soy.»

El gran filósofo que ha sellado en el siglo XIX con el apocalipsis del espíritu humano el Evangelio de la razon, formulaba de esta suerte la base de la ciencia: «Quiero, luego soy.»

Estos dos grandes y sublimes pensamientos, que prueban la verdad de la existencia humana, enseñan con infalible enseñanza que el hombre no existe sino cuando en razon es libre, y libre su voluntad, es decir, cuando está en el pleno y completo goce de su propia actividad.

Si el pensamiento se eclipsa y la voluntad se

destruye, ora por la censura de la autoridad, ora por la tiranía de los gobiernos, el hombre desaparece bajo la inmensa pesadumbre de un principio extraño á su naturaleza.

Para que el hombre exista como ciudadano necesita de la prensa y de la universalidad del sufragio. Solo así la razon y la voluntad se armonizarán; solo así la razon y la voluntad podrán crear un *Estado* que sea copia fiel del sublime ideal grabado por el dedo del Eterno en la conciencia.

Hemos probado la primer parte de nuestra tésis. La libertad es alma del ciudadano. ¿Qué principio es condicion de la libertad? La igualdad. Desde el punto en que ciertas clases privilegiadas disponen de gran suma de derechos, la sociedad es injusta, es liberticida, y desde el punto en que hay una clase, por su desgracia, desposeida de todo derecho, aquella clase no es otra cosa que el pária de India ó el ilota de Esparta, que levanta su nublada frente en nuestros tiempos. Luego no puede haber libertad sin igualdad, no puede haber sufragio sin la universalidad del sufragio.

El sufragio es un derecho. La escuela liberal ha mantenido siempre tan profundísima verdad.

El derecho nace de la sociedad, ó del individuo. Si decis que de la sociedad, entónces proclamais al rey, concentracion de todos los derechos y autoridad suprema, omnímoda, como la encarnacion más augusta y soberana del principio social. Si creeis que la sociedad es síntesis de todos los derechos, creeis que el ciudadano es síntesis de todos los deberes, y en tal caso, no hay para qué ser liberales. Proclamaos denodadamente absolutistas. Pero como la escuela liberal, so pena de suicidarse, cree que existen derechos en el hombre; que estos derechos son base de la sociedad, síguese de aquí, la conclusion legítima de que todos los derechos deben ser iguales. De otra suerte, son privilegios. ¿Quereis, por ventura, liberales, una organizacion social privilegiada? No es creible; porque, en tal caso, os declarais defensores de todos cuantos absurdos ha negado el progreso. Luego no podeis, si os preciais de justos, proclamar la limitacion del sufragio.

Hay dos escuelas. Ambas se han dividido el inmenso espacio de la historia y el inmenso cielo del pensamiento. La escuela que cree la libertad un mal, el derecho rebeldía, la soberanía del pueblo usurpacion, la razon engañoso criterio, niega que el hombre pueda crear la autoridad, ni

intervenir en el Estado, ni expresar libremente sus pensamientos; pero la escuela que proclama la libertad, esencia de nuestro sér, al derecho, manifestacion de nuestra naturaleza, á la razon, juez supremo, y al pueblo, supremo soberano, cree que el ciudadano crea la autoridad, que debe intervenir por su libre albedrío, por derecho propio, en la cosa pública; que su opinion debe pesar fuertemente en la balanza de los gobiernos. ¿Cómo, si reconoceis tales principios, concedereis á unos libertad, á otros esclavitud? Al nacer trae el hombre en su conciencia la increada luz del pensamiento, en su voluntad la misteriosa fuerza del albedrío; una intuicion suprema le lleva á considerar la naturaleza y el espíritu; una actividad inquebrantable á domeñar lo creado, y volver en alas de la virtud á lo increado, dejando en la tierra, como despojos de su peregrinacion, los luminosos reflejos de su conciencia y las portentosas obras de su libertad. Si admitís inconsideradamente derechos para unos y deberes para otros; si desatendeis el rumor de esas clases desheredadas que os piden la dignidad que recibieron de Dios; si persistís en creeros depositarios de todos los atributos de la soberanía, que si reside en algun punto reside en la universalidad de

los ciudadanos, tarde ó temprano las revoluciones, que son mensajeras de la justicia de Dios, encargadas de cumplir los decretos de su eterna Providencia, segarán con su guadaña de raiz el laurel de vuestras victorias. ¡Qué injustos sois con el pueblo!

En el dia de la lucha, cuando es necesario derrocar la tiranía, le llamais á las armas, le prometeis libertad, y en el dia de la victoria le ceñís engañosa corona de soberano y le dejais burlado, sin voz ni voto á las puertas de los comicios. Eso habeis hecho siempre, eclécticos. Dígalo la historia.

Vuestro sistema consiste en proteger una clase á costa de todas las otras clases. Es tan injusta la oligarquía doctrinaria del siglo xix, como el bárbaro feudalismo de los tiempos medios. En aquellos dias dijo la nobleza: «Yo soy el Estado,» y alzó sus castillos burlando al pueblo y humillando al trono. En siglos posteriores el rey dijo: «Yo soy el Estado,» y convirtió á los nobles en sus siervos y á los pueblos en sus esclavos. Despues de la revolucion francesa la clase media que *era nada* ha dicho: «Soy todo,» y ha convertido la monarquía en un Dios sin Providencia, la nobleza en una admirable ruina, y ha dejado

al pueblo en vergonzosa esclavitud. ¿Cuándo sonará la hora de la justicia?

Nosotros, llevados de un sentimiento de justicia, no pedimos privilegios para el pueblo ni deseamos venganza para sus tiranos; pedimos solamente que todos sean iguales ante la ley política y ante la ley civil; demanda que, si por dañosa desechais, no la desestimareis por injusta, pues la razon, árbitro supremo, dice que no puede ser la libertad, mientras la igualdad no sea á la par, y que ha sonado en el relój de los tiempos, la hora de la muerte de los privilegios y el reinado de todos los derechos.

Dicen los mantenedores de la tésis contraria á la que nosotros sostenemos, que no cuadran bien á los desposeidos tales derechos, pues en nada mejoran su condicion moral y social. Absurdo, torpe absurdo. Aunque no militaran en pro de nuestro aserto otras razones, la historia fuera prueba suficiente para persuadirnos á defender esta verdad, que por luminosa resplandece á los ojos de la razon y por sublime enaltece y levanta nuestro entusiasmo. El pueblo romano ¿nada consiguió con aprender las misteriosas fórmulas de su jurisprudencia? ¿Nada consiguieron las Comunidades de Italia con romper la coyunda feudal

que las mataba? ¿Nada alcanzaron los Comunes de Inglaterra en convertir sus peticiones en mandatos? ¿Nada la clase media, en otros dias entregada, ora al capricho del rey, ora al arbitrio del noble, en armarse con la clava poderosa del sufragio? Pues si la historia dice que á todo progreso en la condicion política de las clases, equivale un progreso en su condicion social, ¿por qué estimais conquista de poco precio el sufragio universal?

Además, dejando aparte otras consideraciones de justicia estricta, es evidente que la igualdad de condiciones dulcifica las costumbres, inspira á los pueblos amor á las pátrias libertades, á que fian su grandeza, é inclinan el ánimo á desasirse del egoismo que tan ocasionado es á secar todas las fuentes de la vida y á apagar la hermosa lumbre de todos los sentimientos. Dícennos los liberales que aceptarian el sufragio universal, si no temieran que nos llevase al absolutismo. ¿Cómo le concedeis á todo ciudadano sus armas y le negais un voto? ¿Puede, por ventura, ocasionar el ciudadano más grave daño armado de un sufragio que armado de un fusil? ¿Es más de temer una papeleta que el plomo derretido de las balas? Ved como ni ese escrúpulo puede ser parte á inclinaros contra el sufragio universal.

Estamos segurísimos de que la comision constitucional contestará á los demócratas en la Asamblea que el sufragio no debe ser consignado en la ley fundamental, sino en las leyes orgánicas. A la opinion de varones tan eminentes opondremos la opinion de otros varones eminentes. Montesquieu dice: «Las leyes que consignan el sufragio son leyes fundamentales.» Además sostiene nuestra teoría con las siguientes luminosas consideraciones: «El pueblo es admirablemente apto para elegir á aquellos á quienes deba confiar parte de su autoridad.» Añadiremos, ya que de autoridades se trata, la opinion de otros hombres no ménos célebres en los anales del mundo. Mr. Proudhon, que no tiene gran aficion á las prácticas de la democracia, exclama, refiriéndose al sufragio: «En la sociedad, como en el individuo, la voluntad es una y sola voluntad.» Mr. Girardin se expresa en estos términos: «El uso del cronómetro, del barómetro, del termómetro se ha extendido por todo el mundo civilizado; y así el sufragio universal está destinado á ser, para la pública opinion, lo que el cronómetro para el tiempo, cuya medida muestra con precision, lo que el barómetro para la temperatura, cuyas variaciones indica.» Mr. Raudot, en su Informe

sobre las causas de la decadencia del pueblo francés, ha dicho lo siguiente acerca del sufragio limitado de los doctrinarios: «La mayoría de los electores daba su voto en cambio de destinos ú otros favores, ó al ménos en cambio de la esperanza de alcanzarlos; los diputados se convertian en siervos de los electores, por lo mismo que su número era escaso; los ministros en siervos de los diputados, de cuya voluntad dependian, y los diputados á su vez en cortesanos del gobierno, que podia, segun su grado, dar ó quitar empleos y favores para ellos ó para sus comitentes.»

Kant, hablando de las fuerzas pasivas de estos ciudadanos que, á guisa de parias, se hallan desposeidos de todo derecho, exclama: «¿Se ha calculado la suma de actividad que pierden las sociedades con impedir á muchos ciudadanos que intervengan en la cosa pública?» Fichte, dignísimo sucesor de Kant, gozándose en contemplar la risueña sociedad de lo porvenir, que, basada en la igualdad, presiente la esperanza, dice: «En una organizacion social, acorde con la razon, no habrá provecho alguno para el indivíduo en obrar mal, porque el daño que infiera á su hermano caerá sobre su frente; y como nadie quiere el mal por ser mal, la libertad de obrar mal se aca-

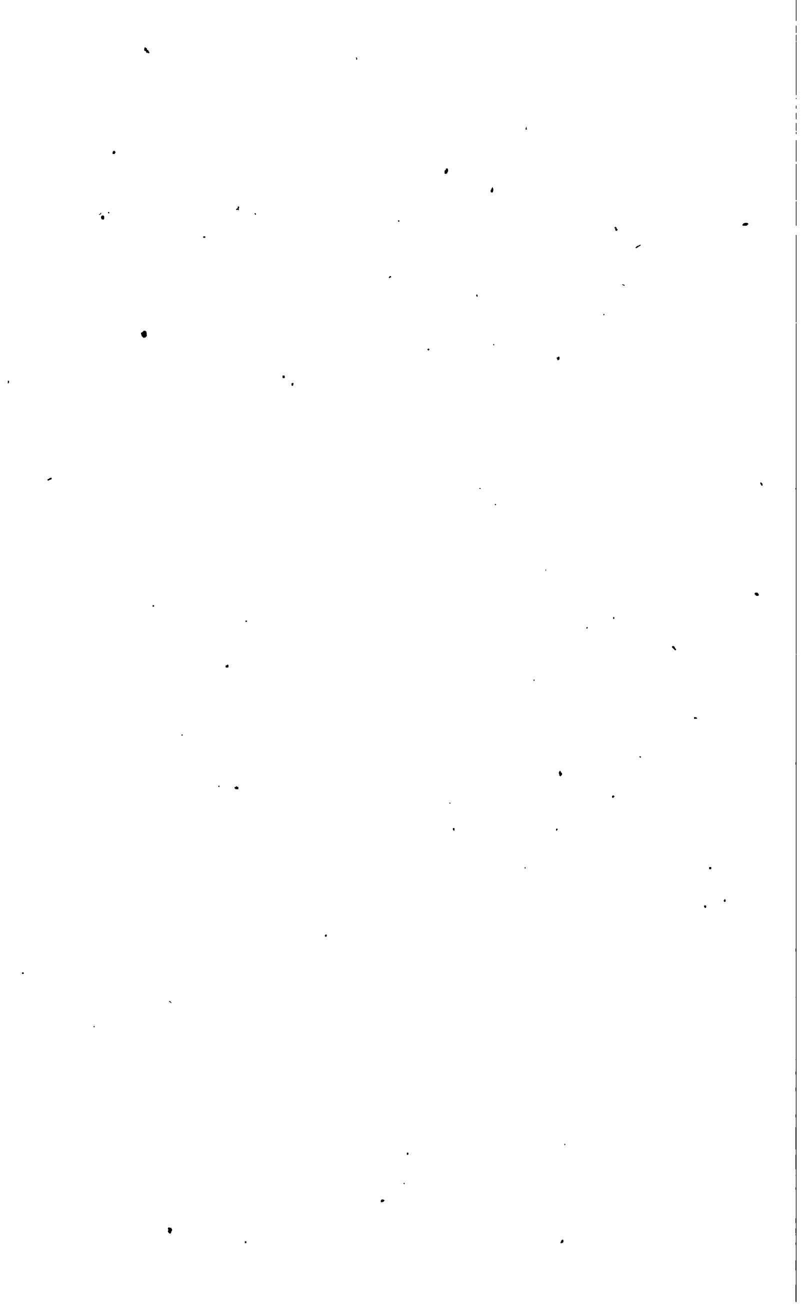
bará para siempre.» Entiéndase que el mal se acabará, en cuanto cabe en las condiciones humanas; pues el mal nace de la limitada naturaleza del hombre, y solo morirá con el hombre; peró es innegable que la igualdad lo aminora.

Hé aquí resumidas opiniones de diversos filósofos. Convirtamos nuestros ojos á contemplar una época memorable en los fastos de la historia humana.

El 31 de Marzo de 1848 se reúnieron en el antiguo palacio de Francfort los elegidos de la revolucion alemana. No iban á dar el cetro del sacro imperio á ningun príncipe. Tenian en su mano una corona de resplandeciente laurel, y la guardaban para las sienes de la portentosa Alemania. Allí estaban Muller, Bawer, Simon, nombres que honran con sus maravillas las páginas de la ciencia; allí, cuanto de respetable y grande guarda la Alemania; perlas arrojadas á la luz desde el fondo de los mares del olvido por las brisas amorosísimas de la santa revolucion de Febrero. En medio de aquella reunion, que iba á congregar á todos los pueblos de Alemania, se levantó Struve y proclamó con voz de trueno el sufragio universal. En el mes de Abril se congregaba la Alemania. El dorado pabellon del imperio flotaba

sobre la frente del pueblo libre. Francfort se apercibia á coronar, no á Othon ni á Federico Barbarroja, sino al pueblo, á ese eterno poeta que ha bendecido con sus cantares los bosques de Germania. Allí se reunian el orador Walcker, Mirabeau de Alemania, el poeta Uhlam, tierno como Schiller, profundo como Gœthe, el mártir Roberto Blum, que halló muerte por dar vida á su patria, y todos aquellos hombres, de cuya frente emanan los rayos de luz que se reflejan en las sienes de los pueblos occidentales, proclamaron el sufragio universal. No importa que los tiranos hayan destruido el arca de la alianza. El cautiverio de los buenos acabará pronto, y en el dia próximo ó lejano de la emancipacion de Europa, todos convertirán sus ojos á la Asamblea de Francfort, que, nuevo Moisés, ha escrito entre tormentas las tablas de la ley. Entonces los pueblos alcanzarán la anhelada libertad, por cuya conquista han derramado en todos tiempos su generosa y pura sangre.

27 de Mayo de 1855.



LA DEMOCRACIA EUROPEA.

I.

La democracia, por las grandes aspiraciones que encierra, por las bellas esperanzas que atesora, está ligada con todas las altas cuestiones, de cuya solucion pende la felicidad de Europa. Sin su triunfo, ni el pensamiento sacudirá las cadenas que le oprimen, ni los pueblos vencerán las injusticias que los domeñan; sin su triunfo, ni la Italia será una gran nacion, como cumple á sus gloriosas tradiciones, ni se realizará la union ibérica, aurora de nuestro engrandecimiento, ni allá en el Norte, donde se oye aun el estertor de los esclavos sujetos al yugo de los déspotas, penetrará el rayo consolador de la libertad; ved qué significa en todas las naciones la palabra *democracia*. Para Rusia significa que el siervo de la

gleba, ominoso resto de la Edad media, sacuda su letargo y se levante á vivir con la vida del alma; que el señor, cuyo cetro se extiende sobre innumerables familias, cuyo castillo domina infinitas regiones, descienda de sus privilegios á la cristiana igualdad; que el déspota, corona de este monstruoso edificio, vea temblar bajo sus plantas su trono, teñido con sangre de mil víctimas, inmenso osario, formado con los despojos de mil pueblos.

Cuando sobre esta helada noche del despotismo, se levante la libertad, Polonia, hermosa virgen, cuya corona ha deshojado el infortunio, volverá á pasmar al mundo con su heroismo, á la inteligencia con sus ideas, y Rusia, que duerme halagada con las promesas de Pedro el Grande, romperá el sable que esgrime contra Europa, llevando la semilla de la civilizacion á las apartadas regiones del Asia. Entonces se verá cómo es posible que en Alemania se levante un imperio democrático, cuyo Carlo-Magno será el pueblo, hermosa república, presentida por Fichte, y cantada en sueños por Richter, república que ceñirá una diadema esmaltada con las ideas de todos los filósofos, y empuñará un cetro, á cuyo resplandor cegarán los tiranos, cumpliéndose las hermosas

esperanzas que en la hora de su muerte acariciaron al gran poeta de esta tierra de poetas, cuando volvia sus ojos moribundos á lo porvenir, y veia, en vision profética, levantarse de los pensamientos, que se cruzaban como revueltas olas en el seno de Alemania, una nueva ciudad de Dios, sostenida en brazos de las generaciones, iluminada con los resplandores del cielo.

La democracia logrará que la patria de Teodoro Koerner, y la patria de Hegel se abracen en un abrazo eterno, como desean ambos pueblos, aunque intenten retardarlo sus reyes, interesados en la division de los que nacieron para llamarse hermanos.

Pero nos dirán: ¿No os acordais del año 48? La Asamblea de Francfort rasgó su pecho con sus propias manos; su reinado fué, como la tempestad, sublime, pero como la tempestad pasajero; cuando luchó con los reyes fué su víctima; cuando defendió á los pueblos fué su enemigo; soñó con la justicia y con la libertad, y dejó á sus espaldas un rey perjuro y un pueblo esclavo.

Sin embargo, acordaos de que la verdad es opuesta á los bastardos intereses, como Jesucristo era el demonio para los fariseos, como Sócrates era el ateismo para los sacerdotes griegos; la

Asamblea de Francfort, arca de la alianza, donde se encerraba el eterno código de lo porvenir, era para el rey de Prusia, para el emperador de Austria, por enemiga del derecho divino, atea, por proclamadora de la libertad, antisocial. Aquella Asamblea, aunque era la verdad, murió abandonada á su gloria. Tambien Sócrates bebió la cicuta por ser la verdad; tambien Jesucristo subió á oprobioso cadalso por ser Dios.

¿Quién será osado á negar que el pensamiento es el alma de nuestro sér, y quién que la libertad es el alma del pensamiento? Pero el pensamiento, que es el *ser*, para los déspotas es la *nada*. ¿Quién matará á quién? ¿La negacion á la afirmacion; la nada al sér? No. Hay instantes en que la humanidad reposa. Pero aquel reposo es la señal del combate. Y, en el combate, la victoria no es dudosa. No será del despotismo, imágen de la muerte; será de la libertad, fuente de la vida. El pensamiento es libre.

¿Quién vencerá en la lucha de los pueblos contra sus opresores? ¿Será que siempre el destino impío ha de atar á su carro á los débiles, á los desposeidos que Dios protege? ¿Quién vencerá, la fatalidad ó Dios? ¿El destino ó la Providencia? La fatalidad para Italia, es el emperador

de Austria; para Polonia, el emperador de Rusia; la Providencia es la idea de la confederacion universal de los pueblos libres, que Dios hizo brotar un dia en la frente del más grande, del más sublime de los pensadores alemanes. La fuerza no ahogará á la idea; el hecho, no matará al derecho; es decir, el destino será vencido por la Providencia; la fatalidad por Dios, como el torrente rompe el escollo que le detiene, como el sol rasga la nube que lo empaña. Los pueblos de la tierra son hermanos.

¿Cómo no han de serlo? ¿Quién no sueña con la Italia libre?

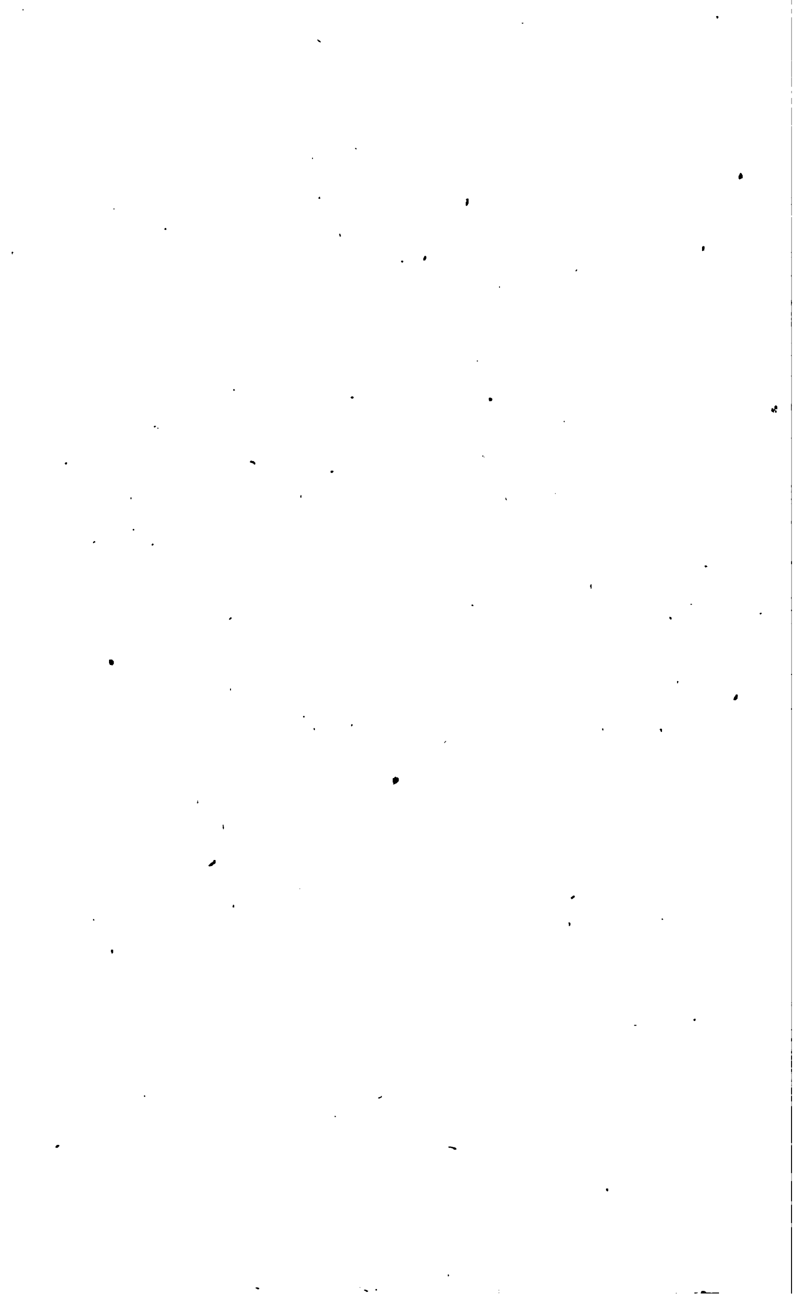
Miradla; el mar es su alfombra; el cielo más hermoso del mundo su corona; suyo es el casco de César, suya la espada de Cincinato; por sus venas corre la sangre de los Gracos; en su pecho alienta el valor de los Scévolas; lleva en su mano la lira del Dante, y en sus ojos luce la inspiracion de Rafael; su túnica está recamada con las obras de todos los artistas; su nombre es llevado en alas de la gloria hasta los últimos límites del tiempo, y los últimos confines del espacio; artista divina, adormeció con sus cantares á los bárbaros y desarmó la cólera de Atila; hermosa vestal, guardó en la Edad media el fuego sacro de la

inteligencia, y sin embargo, los impíos tiranos la han atado á su carro. Mas no lo dudeis; será libre cuando la democracia triunfe. ¿Por qué, pues, dudar de esta santa causa, á cuyo triunfo hemos consagrado nuestra vida? En la region metafísica, la democracia arranca al pensamiento de las garras de sus perseguidores; en la region moral, arranca el derecho de las garras de los déspotas; en la region económica, arranca el trabajo de las garras del capital; en la region política, arranca á los pueblos de las garras de sus opresores.

Los déspotas alemanes están interesados en que Alemania sea varia, y los demócratas alemanes en que Alemania sea una; los déspotas alemanes están interesados en que Italia sea esclava, y los demócratas alemanes en que Italia sea libre. Así, cuando los Schlegel les recordaban á Enrique IV y á Federico Barbarroja, para abonar la esclavitud de Italia, Bruno Bawer recordaba á las comunidades italianas, para probar que la Italia será libre; así, cuando Fiech volvia los ojos á la Edad media, para dorar con la poesía el despotismo, Gœthe ponia sus ojos en los grandes recuerdos clásicos, para probar á dó llegan los pueblos que piden inspiraciones á la libertad; así cuando Schelling retrócedia espantado, al miticismo, de-

lante de la revolucion que heria sus ojos, Flegel elevaba en su mente el pensamiento, tiñéndolo con los colores del íris. Y en la lucha de las ideas, la democracia ha destrozado á sus contrarios. ¿Tardará mucho en destrozarlos en la region de los hechos? Suyo es el derecho; suya la razon. ¿Cómo no ha de ser suya la victoria?

En una série de artículos que nos proponemos escribir, analizaremos el estado actual de la democracia europea; recordando á nuestros lectores los problemas que ha resuelto, y las esperanzas que ha levantado; problemas, que en vano tratará de resolver la vieja escuela liberal; que en vano mirará el absolutismo, porque no puede entenderlos, y haremos mencion de los filósofos que han servido esta idea, de los poetas que la han cantado, de los sabios que la sostienen, de los soldados que la defienden.



LA DEMOCRACIA EUROPEA.

—

ARTÍCULO II.

La noticia que hoy dá el periódico oficial, asegurando que no ha pasado por las mientes del Gobierno la idea de empeñarse en guerra contra los rusos, oblíganos á ser parcos en apreciaciones que habíamos intentado alargar, llevados del generoso sentimiento de influir, cuanto fuera dable, con nuestros pobres consejos, en inclinar el ánimo del Gobierno en pro de la resolucion que ha tomado, para honra suya y provecho de la pátria. Pero como suele la opinion ser varia en estos tiempos de progreso, y como hombres importantes creen que debemos intervenir en Crimea, propondremos nuestras observaciones.

Esa guerra, nacida en el oscuro fondo de los gabinetes diplomáticos; empeñada por Inglaterra en pro de su comercio; por el emperador francés,

acaso, para dar un gran espectáculo á su pueblo, como los señores de Roma aparejaban el círculo y los gladiadores para adormecer en el olvido los corazones republicanos, no puede ser, á los ojos de los pueblos libres, ni guerra de derecho, ni guerra de propaganda.

Si los gobiernos aliados encuentran en Sebastopol un sepulcro; si la estrella de sus glorias se eclipsa, no hemos de ser nosotros tán generosos que vayamos á dar nuestra sangre á tiranos, que harto caros nos han vendido sus favores, y harto nos han hecho sentir sus ambiciones.

Holguémonos de que la Providencia haya levantado entre las extrañas naciones y nuestra pátria muros de cordilleras, fosos de inmensos mares; holguémonos de que el invencible valor de nuestros padres haya hecho del pueblo español una raza de héroes, y de su historia un poema, pues de otra suerte, á estas horas los diversos tiranos, que se han sucedido en el pulverizado trono francés, hubieran intentado mil veces poner su planta sobre nuestra altiva cerviz.

¿Qué hemos debido á los tiranos de Francia? En el año ocho una guerra que taló nuestros campos y despobló nuestras ciudades; en el año 23, una horrible humillacion, que contará con lágrimas

de sangre á los venideros la historia. En el año ocho les debimos que vinieran á destruir el templo de la independencia; en el año 23 les debimos que se alzaran en armas á deshojar la corona de laurel de nuestra independencia.

¿Qué debemos á los calculadores y comerciantes ingleses? En la guerra de la Independencia, un auxilio que ahogó nuestra industria, so pretexto de levantar nuestra nacionalidad; en el año 15, una humillacion vergonzosa en el gran concilio de los reyes vencedores.

¿Y ahora habíamos nosotros, españoles, que si hemos ganado nuestra independencia lo debemos á la sangre de nuestros padres; si hemos adquirido nuestras libertades lo debemos al largo martirologio de nuestros héroes, de empeñarnos en verter nuevamente nuestra sangre en aras de gobiernos que jamás fueron pródigos en favores ni distinciones para este malaventurado pais, olvidado siempre en el dia de la victoria, y siempre vendido en medio de los portentosos combates que ha empeñado por la causa de la libertad y del progreso?

En el año 15, ya que habíamos competido en ardor guerrero con los pueblos más grandes, de que guardan recuerdo las historias, debimos ade-

lantar largo trecho los límites de nuestro poderío, como vencedores del colosal conquistador que amedrentó á Europa, y si nuestros falsos amigos, con sin par destreza, nos burlaron, guárdense en buen hora de provocarnos á entrar en luchas, y no entiendan que somos nacion idónea para sufrir extraño yugo, ni dispongan de nosotros segun su grado, cual si estuviéramos desposeidos de toda fuerza y faltos de todo aliento: que si los reyes cedieron á la amenaza, los pueblos no ceden á la adversa suerte, porque conocedores de sus derechos y sintiéndose inmortales, fian al porvenir la victoria.

Nosotros no intentamos mantener vivas las rivalidades entre las naciones; antes bien presentimos que, en los tiempos de justicia y paz guardados por el porvenir, Dios encierra una cercana época, en que las naciones se han de confundir en una sola confederacion, sin que pueda tener ningun pueblo interés ni ventaja en dominar á otro pueblo; pero, mientras los reyes se arroguen el derecho de personificar las naciones, y puedan desatar los huracanes de la guerra, y formar tratados que rompan en mil girones el mapa de Europa, nosotros, en nombre de la pátria, protestamos contra autoridad que ponga su pensamiento

en dominarnos, su deseo en vencernos, y alzaremos nuestra débil voz para pedir que se respete la independencia de la nacion del Cid y de Padilla.

¿Y no seria proclamarnos seides de Francia el seguir sus miras y coadyuvar á sus fines? ¿No seria decir que no merecemos ser libres, ni independientes, ni felices, si terciamos en una guerra que no puede hoy interesarnos? ¡Temen la preponderancia de la Rusia! ¿Y quién la sostiene, quién la enaltece? Los gobiernos que se ciñen la corona de la autoridad divina, recogiéndola de manos del pueblo, como los emperadores de la Edad media la recogian de manos del Papa; los gobiernos que remachan las cadenas de las naciones que merecen ser libres, y ahogan el pensamiento en su cuna, sin permitirle que alce su vuelo á lo infinito, y borran el derecho grabado por el dedo de Dios con indelebles caractéres en la conciencia, y empuñan una espada para cortar las alas al ángel de la libertad, y tienen por norma el dominio del autócrata, y por fin supremo convertir los ciudadanos en siervos. ¿Debemos temer más al autócrata de París que al autócrata de San Petersburgo? Ese militar imperio de Francia, que no olvida los dias de oprobio que le diera el valor de la invencible España; ese imperio que

se acuerda de que un tiempo creyó tener á sus piés dos mundos, cuya ilusion le arrebató una guerra sin ejemplo; ese imperio es más de temer que aquellos bárbaros del polo, si fuertes para resistir, impotentes para acometer, y cuyas tajantes armas se embotarian en el escudo de las naciones libres.

Seria una crueldad horrible arrancar los hijos al dulce regazo de sus madres; dejar los campos yermos, abandonada la industria; abrir nuevas heridas en el seno de la pátria por auxiliar á los dos eternos enemigos de la independencia española; al imperio turco, que ahogaron nuestros padres en sangre castellana; al imperio francés, que hirieron nuestros padres en la frente con sin igual esfuerzo; al bárbaro déspota de la Edad media, que intentó convertir España en amorosa sultana; al déspota de los modernos tiempos, que intentó atarla, vil despojo, al carro de su triunfo como esclava; y auxiliarlos, cuando el uno es mancha de la civilizacion cristiana, y el otro rémora de la libertad del mundo.

¿Intentais imitar el ejemplo de Cerdeña? ¡Pobre Italia! En los tiempos antiguos, su casco de guerrera deslumbró al mundo y eclipsó al sol; su espada fué el cetro de la victoria, y su cetro y su

espada los ejes de la tierra; su voluntad era ley, y sus ejércitos señores; al pié de su trono estaban atadas con cadenas de oro todas las naciones, vendiéndole amorosas sus caricias: en la Edad media tuvo en sus manos las llaves de los imperios, los rayos de la autoridad; los guerreros le pedian sus bendiciones para lanzarse al desierto, los artistas su inspiracion para ascender á los cielos; y hoy, vilipendiada, decaida, domeñada por extrañas gentes, en vano intenta alzar su cabeza coronada con los rayos de oro de la gloria, porque los tiranos la venden y la maltratan y la martirizan, y la obligan á derramar su sangre en aras de los falsos ídolos del despotismo, ó á morir en las eternas sombras de dura servidumbre.

¿Y Portugal? El pueblo portugués, nuestro hermano, está amenazado de entregar tambien sus guerreros á esos falsos aliados que comercian con su noble sangre.

El pueblo portugués, que al sonar de la lira de Camoens surcó el Océano, formando con las islas que, como ninfas, salian del fondo de los mares, una corona de perlas; el pueblo portugués, que exploró las más remotas regiones, guiado por el lábaro de su gloria, y que al manso arrullo de las azules olas creó colonias que maravillan á los

siglos, hoy, perdido su explendor, olvidadas sus glorias, se resigna ¡desgraciado! á ser en Crimea como el *condotiero* de Inglaterra.

No, no será así; Dios, que vela por los pueblos que fueron grandes y trabajaron por la emancipacion de la humanidad, no consentirá que por largo espacio dure tanta injusticia y tanto oprobio.

Nosotros hemos probado, con razones de sentimiento, que España no debe intervenir en la lucha. Mañana probaremos que, así como la democracia resuelve en el mundo moral las antinomias, en el mundo económico las contradicciones, en el mundo político el antagonismo de la sociedad y el individuo, la democracia sola tiene poder bastante para desarmar á la Rusia.

7 de Julio de 1855.

EL TRABAJADOR.

No es posible apartar los ojos de la suerte que cabe al pobre trabajador. Las ideas y los sentimientos, emanaciones de Dios, son como una deuda que hemos contraido, al nacer, con la desgracia; y la desgracia pesa sobre el pobre pueblo. Para aliviarla, sólo hallamos un principio: la asociacion, complemento del hombre. Entregado el hombre á sus propias fuerzas, se consumirá en el desierto del dolor. Auxiliado por sus semejantes, ha grabado las ideas en los espacios del mundo. La fuerza de que se vale es el trabajo. El trabajo ha realizado una creacion humana sobre la creacion divina. La propiedad sin el trabajo es como el cáos antes de la palabra divina. Conviene detenernos ante esta analogía, nunca encarecida.

¿Qué hizo la Creacion del cáos? Rasgado el velo

de tinieblas que cubria las borradas formas de la materia, se despertó la tierra á la vida, como amorosa vírgen, y la ornaron bosques fecundos en lozanas flores que guardaban el aliento de Dios, y la mecieron auras que repetian los ecos de la palabra divina, y la ciñeron mares celestes orlados de blancas espumas, y la acarició con sus besos un sol luminoso como el pensamiento creador, y la sonrieron con celestial sonrisa los cielos, cuyos primeros matices reflejaban la mirada del Eterno, y cantaron su nacimiento las estrellas, ángeles perdidos en el espacio, y la arrebató en sus alas el tiempo, para tornarla en raudo vuelo á la eterna fuente de la vida.

¿Qué ha hecho el trabajo de la tierra?

Ha levantado una nueva creacion. El mar era contrario al hombre, y lo domeñó, encadenándolo á sus plantas; los vientos le combatian, y los aprisionó en leves lonas sujetándoles á su mandato; las fieras le amedrentaban, y las alejó al corazon de los bosques; los elementos le acosaban, y construyó viviendas donde se resguarda como la perla en la concha; los montes se interponian en su carrera, y los salvó con soberano esfuerzo; el pensamiento huia en la hoja de los árboles, y el huracan de los siglos le arrebataba

como leve paja, y le dió una armadura en la imprenta, que venció á los siglos; el rayo heria su frente, y fué su cetro; el espacio le fatigaba, como el desierto al peregrino, y borró el espacio robando sus alas al viento; el tiempo le burlaba, y se vengó del tiempo tomando la electricidad por mensajero. ¿Cuál ha sido la suerte del trabajador, que creó ese mundo de maravillas y milagros? Subid al calvario de la historia, y lo vereis siempre crucificado. En Oriente, ó es pária, ó su amarga suerte no se diferencia gran cosa de la suerte del pária; en Grecia, Platon le sujeta á ciega obediencia. ¡Platon! que levantando el espíritu sobre las tinieblas de su tiempo, y cercado de los resplandores de dos mundos, habia leido la verdad absoluta en la frente del Eterno; en Roma, ni es poseedor de su vida, ni dueño de sus sentimientos. Y esos hombres tenidos en condicion de bestias habian levantado aquellos templos resplandecientes en que se ocultaba la santidad de Brahma; aquellos renombrados palacios en que vivian vida sobrenatural los Baltasares y Ciros; ellos amontonan las pirámides que alzan su cúspide sobre el mar de las edades pasadas; construyeron el Parthenon, que encerraba en sus armoniosas líneas el arte griego, y levantaron en sus

brazos el Capitolio, sepulcro de la antigua civilizacion.

Su triste suerte se alivió con el Cristianismo. No era dable que al descender Dios en espíritu á las conciencias, al apoderarse el amor cristiano de los corazones, la esclavitud subsistiera ni un punto, ni un instante. En las Catacumbas, en ese templo más explendoroso por su humildad que la arrogante basílica de San Pedro, se confundieron ante el ara sagrada los señores y los esclavos; mezclaron sus oraciones, que se perdian en los cielos; sus lágrimas, que fecundaban la tierra, y se unieron en la persecucion y en el martirio, para confundirse allende la muerte en el seno de Dios, como las gotas de rocío en el mar, como las estrellas en los resplandores del dia. Pero como toda verdad há menester largos siglos para vencer, la esclavitud se convirtió en servidumbre. La Edad media, Génesis del mundo moderno, tiene siglos que son como dias, en que la verdad amanece. Si el señor feudal convierte al pobre en siervo de su voluntad y esclavo de la tierra, amagándole con su cuchilla, la ciudad, que alza su frente al eco de las tempestades, que son como las corrientes de la idea, hace del hombre un ciudadano, y del siervo un propietario, cubriéndolo

con la egida de su gloriosa bandera. Mr. Proudhon, autoridad no sospechosa, sostiene que la Iglesia acorrió en la Edad media á la causa del pobre. Negarlo seria cerrar los ojos á la luz.

La suerte del trabajador es varia desde el siglo XIII, en que comienza á rayar la libertad, hasta la revolucion francesa, Sinaí en que el pueblo escribió las tablas de su ley á la luz de siniestros relámpagos y entre sordas tempestades. Abolida hasta sus últimas consecuencias la propiedad feudal; arrancado su patrimonio á la Iglesia; escritos los derechos en la conciencia, las libertades guardadas en el corazon, no parecia sino que de tan gigantesca época, el Aquiles y el Homero, que era el pueblo, habia de salir feliz con los atributos de su soberanía y los despojos de su victoria. Fuerza es decirlo: no existe ya el esclavo sujeto á la voluntad de su señor, ni el siervo pegado como el pólipo á la dura roca do naciera; pero existe el jornalero, acosado por las exigencias del capital, y desposeido de todo linaje de derechos. Y sin embargo, sin él las sociedades modernas, basadas en la industria, serian imposibles. ¿Y qué pide en cambio de sus servicios? Asociacion. Como la religion es la union de las conciencias en Dios, y el Estado la union de las

voluntades en la ley, las asociaciones son la union de las fuerzas en el trabajo. Si un gobierno pretende sustituir sus dogmas á las creencias del pueblo, es impío; si pretende sustituir su voluntad á la ley, es tiránico; si intenta matar la asociacion, es á un tiempo impío y tirano. El ministro de Fomento nos ha dicho, en su informe, que la asociacion es el alma de las grandes empresas. Tal creemos. La industria, que es como una sociedad dentro de la sociedad, en sus relaciones exteriores debe ser dependiente del Estado; pero en su organizacion interior no debe ser sino dependiente de sí misma. ¿Y cuál es el alma de la industria? La asociacion. Sin ella, no es dable que la libertad de la industria se consiga; y cuando la libertad se ausenta de un cuerpo, muere, y sus miasmas emponzoñan la atmósfera. Debe existir libertad en el individuo para asociarse, libertad en la asociacion para organizarse. De esta suerte, sin destruir la conciencia, destruirán muchos de sus tristes resultados. El Gobierno solo debe curar de que no se trastorne el órden social. Por lo demás, si los capitalistas trastornan el órden económico, ¿por qué los obreros han de ser esclavos de sus deseos?

Los trabajadores ponen su actividad, su vida á

servicio del capital; y cuando la asociacion no existe, la actividad se pierde en el trabajo, la vida en el vacío. El capital es un elemento productor; pero el trabajo le da vida, forma, movimiento, circulacion. ¿Por qué, pues, se han de negar garantías para el trabajador? La masa inerte del capital nada produce sin el aliento que la fatiga arranca al pecho del obrero. El capital no es otra cosa que el objeto del trabajo; es el mármol de que Fidias despierta un Dios; es la piedra con que Miguel Angel levanta el mundo del arte entre la oscuridad de la tierra y los arreboles del cielo. El capitalista, al dar *materia* al trabajo, hace un bien que debe el capital retribuirle, porque la propiedad es y debe ser sagrada, y porque el trabajo sin capital seria como la actividad sin objeto, como Dios sin la Creacion.

Cuando pedimos asociacion, no pedimos que cambien fundamentalmente la sociedad, como suponen de mala fé nuestros enemigos; pedimos que el derecho ilumine con su clara lumbre la frente del pobre encorvado bajo el peso de sus dolores, porque el derecho es como el sol, que ilumina la cumbre de los montes y la profundidad de los valles, y como Dios, que desciende al espíritu de Newton y á mi pobre y conturbado

espíritu. En el estado actual de la industria, las máquinas, esas palancas de las humanas fuerzas; la concurrencia, ley providencial de la economía; el capital, materia primera del trabajo; la libertad de comercio, lazo que ha de unir todos los pueblos de la tierra, suelen traer consigo graves disturbios, que desgraciadamente conmueven la sociedad; inmensos daños, que desgarran el corazon del pobre. Véase cómo el bien, cuando no es completo, suele ocasionar el mal. ¿Qué se necesita para curar estos males? Llevar á la industria la libertad, la asociacion. Entonces vereis al trabajador bendecir el capital, como el sediento la fuente que le da vida, y el capital abrir su seno al trabajo, como la madre tierra devuelve en frutos sus sudores al hombre; y vereis las máquinas ser como la clava de los Hércules de la industria, y el libre cambio realizar la asociacion de todos los pueblos en la humanidad, cumpliéndose las nobles aspiraciones de la razon y las eternas leyes de la justicia.

3 de Noviembre de 1855.

BANCOS AGRÍCOLAS.

Nuestro país es esencialmente agrícola por naturaleza. El secreto de su prosperidad está en beneficiar este suelo, tan largo en ricos dónes; y el secreto para beneficiar el suelo está en traer al país todas aquellas reformas que la razon aconseja y enseña la experiencia. Las reformas que exige nuestra agricultura consisten: primero, en dar vida al crédito territorial, completamente olvidado; segundo, en traer todos aquellos instrumentos de labranza que ha inventado el arte para hacer más fecunda la tierra y ménos penoso el trabajo. Para lo primero son necesarios Bancos agrícolas; para lo segundo es necesario fomentar el espíritu de asociacion, perenne fuente de vida. Tenemos la profunda é íntima conviccion de que este país, tan maltratado por propios y extraños,

y tan favorecido del cielo, conquistaria en corto espacio de tiempo puesto eminente entre las naciones del mundo, si, abandonando las malas artes que han precedido á su gobernacion, se prestase oido á los consejos de la ciencia. ¿Qué acontece hoy en nuestros campos? ¡Parece imposible! El infeliz labrador de escasos medios no puede sembrar, y llevado de la necesidad, acude á un usurero que le presta las semillas: derrámalas en la tierra, y las rocía con el sudor de su frente; pero cuando naturaleza le ofrece sus dónes y está próximo á recoger el fruto de sus afanes, el usurero se apodera de ellos, y el trabajo del infeliz se evapora en lo vacío, y crecen sus angustias, y se sacrifica y allega solo miseria para sí y prosperidades para su verdugo. Es muy triste, tristísimo, ver que la flor del trabajo, regada con la vida del infeliz, se agosta en los tesoros de un criminal; es tristísimo ver familias hambrientas, campos despoblados, pueblos miserables, cuando bajo sus plantas murmura la fuente de la riqueza.

En nuestro sentir, la usura moriria con la creacion de Bancos agrícolas. En ellos tendria el labrador necesitado medios de sembrar su tierra; el que se halla falto de instrumentos, traza para

tenerlos; los que no poseen los animales necesarios para la labranza, dinero para comprarlos; y todo con interés tan bajo y con resultados tan provechosos que, dentro de corto tiempo, dulce bienandanza sonreiria en nuestros campos.

En estos últimos once años se han sucedido en el poder los prohombres del partido conservador, y rodeados de profunda paz, no han tenido tiempo para pensar en la suerte del pobre, dándole algun alivio en cambio de los riquísimos tributos con que el pueblo pagaba su dura servidumbre.

En pasados tiempos creyóse que los Pósitos acorrerian á todas las necesidades. De éstos, unos eran hechura del poder, otros hechura de la caridad de los particulares. Pero el Gobierno español, que ha agotado la vida de la nacion, se arrojó sobre los Pósitos, devorándolos con este ú otro pretexto, más ó ménos fútil, y dejando de esta suerte desamparado al pobre.

No es esto decir que nosotros queramos los Pósitos. Estos institutos no eran otra cosa que el embrion de los establecimientos que proponemos y sustentamos. Los Pósitos no satisfacen todas las necesidades. Pero, en vez de progresar al bien, hemos retrocedido á la negacion de todo progre-

so, y perdimos los Pósitos sin ganar los Bancos agrícolas.

Nosotros creemos que en el país hay recursos para plantear los Bancos agrícolas. Debe huirse, sin embargo, de un escollo contra el cual puede estrellarse pensamiento de tan beneficiosos resultados. Los gobiernos suelen dar leyes generales para resolver dificultades locales.

Nosotros creemos que los Bancos deben fundarse con arreglo á las diversas localidades, teniendo en cuenta los elementos del país. Las leyes de Cárlos III sobre Pósitos tenian un gravísimo inconveniente, la uniformidad, é iban á caer en un abismo, la centralizacion. Pero no es aún hora de entrar en estas consideraciones, que debemos remitir á los artículos siguientes.

Decíamos que los Bancos agrícolas, al par de otras instituciones análogas, darian vida al crédito. Esto es evidente. El gran mecanismo del comercio consiste, no ya en el valor del capital, sino en el valor del crédito. Pero sucede que hay grandes propietarios que no tienen crédito, á pesar de los rendimientos de sus trabajos. Si todos los productos fuesen susceptibles de cambio y tuviesen un valor real, ¡como no creceria la importancia del capital del labrador y del capital del

trabajo, y de consiguiente el valor del crédito! Pues con los Bancos agrícolas, el trabajador, el propietario podrian llevar en un pedazo de papel el valor real de sus productos, sin necesitar del auxilio de un mísero usurero. ¿Cuál es la tendencia del crédito? Dar circulacion á la riqueza inmóvil, vida al capital muerto. ¿Y cuánto no podríamos prometernos de nuestro pueblo si llegase á comprender la alteza del crédito, y aplicarle, y simplificar por este medio los contratos, y facilitar las compras y ventas? ¡Oh! Parece imposible que haya existido tanto tiempo nuestro país en la inaccion.

No nos cansaríamos nunca de encomiar las ventajas de tan provechosos establecimientos. En el ducado de Hesse se fundó un Banco que, en diez y ocho años de existencia, atravesando crisis, á fines de 1848 habia prestado 17.586.536 *thalers*, de los cuales 9.315.710 se dieron á particulares para negocios indeterminados, y los restantes se consagraron á redimir las tierras de diezmos señoriales y censos. De esta suerte ha matado ese Banco la usura, y ha conseguido libertar la propiedad de la pesadumbre del feudalismo.

En otros artículos manifestaremos nuestras ideas sobre la organizacion de tales y tan fecun-

dos establecimientos, y diremos en qué punto únicamente se ha intentado su realizacion.

Calcule, pues, el Gobierno cómo la agricultura creceria en rendimientos; cómo la felicidad de la pátria se acrecentaria si, olvidando las viejas rutinas, desoyendo las preocupaciones, levantándose al verdadero progreso, cuya alma es la libertad, fundase estos establecimientos, dando de tal suerte base á la riqueza, garantía al trabajo, y abriendo un rio, cuyas aguas derramarian nueva sávia en los campos, hoy tan decaidos y postrados, con mengua de nuestro nombre y grave daño del pobre, á cuyo servicio deben todos consagrar su voluntad y su inteligencia.

29 de Julio de 1855.

LA CAPITAL DE FRANCIA

Y LA

POLÍTICA FRANCESA.

Tras tanto tiempo, tras tantas catástrofes, no habia visitado yo la ciudad de París. Su largo sitio, en que las bombas prusianas granizaron fuego sobre los edificios; su sangrienta insurreccion, comenzada inmediatamente despues del sitio, y concluida en babilónica tragedia; todos estos terribles hechos, que áun chorrean sangre, mucha sangre, debian dejar de sí grandes señales en la ciudad atormentada. Era necesario volver á verla, visitarla, recorrer aquellos sitios donde antes anidaron la alegría, el placer; comunicarse con la ciudad del ingenio, creadora y sostenedora de la amabilísima conversacion moderna; ciudad madre, y, si no madre, tribuna de grandes oradores. Por el expléndido lujo de las tiendas; por la

animacion de las calles; por los trenes que ornan los paseos; por los espectáculos que á cada paso ofrecen solaz y divertimiento; por el lado externo del París central, del París europeo, nada fundamentalmente ha cambiado. Los pollos y las loretas, los ricos ociosos y los viajeros anhelantes de emociones, se agolpan á los bailes y á los teatros. La naturaleza de los espectáculos no se ha modificado notablemente. El gusto imperial sobrevive al imperio. Las decoraciones ostentan sus recargadas perspectivas, las comparsas sus orientales trajes, las actrices su desnudez paradisiaca, la tramoya sus infinitos resortes; y en cambio el diálogo su vulgaridad antigua, y las letras su antiguo desfallecimiento y decadencia.

No hay arte. Una gran parte del lujo se ha ido, pues, con la corte fugitiva. Aquellos corzos, aquellos esbirros, que eran los perseguidores antes, ahora son los perseguidos. La inmensa policía secreta que ataba á París como una red férrea, se ha disuelto. Los batallones de árabes, turcos, spais, zuavos, que daban á la gran ciudad el aspecto de la Roma Cesárea guardada por los bárbaros, ó no existen hoy, ó acampan fuera de las poblaciones. En París no se ven, y parece que los ha consumido en su voracidad la última guerra

Por lo demás, nada recuerda que la República se haya fundado sino esas tres sacramentales palabras de «libertad, igualdad, fraternidad,» tan prodigadas en las paredes y tan ausentes de los corazones.

Una República debia, quitando el depósito y la prévia censura, traer á millares periódicos, diarios, hojas sueltas, como trae hojas verdes el tibio soplo de la primavera. Una República debia permitir que todos estos periódicos se vendieran por las calles. Una República debia producir esas asambleas del pueblo, esas reuniones en que los asuntos políticos se discuten con mayor ó menor sabiduría y prudencia, pero en que los pueblos adquieren el ejercicio de la palabra y se templan para las prácticas de la vida moderna. Una República debia hallarse entregada á la custodia de los ciudadanos, más que nadie interesados en la conservacion de la libertad que la República les asegura, y en la vida del gobierno que han contribuido á nombrar con sus sufragios. Una República debia llevar á todas partes la luz y el calor, la vida y el movimiento, las consecuencias naturales de las instituciones democráticas y libres.

Pero nos olvidamos de que la República dominante es la República provisional, dirigida y en-

cabezada por un monárquico, hecha á imágen y semejanza de las antiguas monarquías; con estados de sitio, que dan al ejército un predominio increible; con leyes represivas para la prensa y contrarias al derecho de reunion; con soldados y sin milicianos; República, en cuya contra conspira constantemente una Asamblea que se cree soberana, dueña de los futuros destinos de Francia, y que se recluye en Versalles, en el panteon de las monarquías, no atreviéndose á respirar el aire exhalado por la ciudad de París, la cual, dos veces sitiada, dos veces vencida, exhausta de su más ardiente sangre, amordazada y en el potro, todavía es la ciudad por excelencia del espíritu moderno, de este espíritu democrático, inextinguible como la filosofía que lo ha engendrado, é inseparable de nuestra civilizacion, que llama á todos los hombres al goce del derecho.

En lo que principalmente se conoce el triunfo de esta República sobre la República roja, es en las ruinas amontonadas por las calles. Ninguna de las altas cúpulas, ninguna de las góticas agujas, ninguna de las pirámides, ninguno de los trofeos antiguos falta. El Arco de la Estrella ostenta sus elevadas bóvedas al Norte de París. La cúpula de los Inválidos, áurea y reluciente, re-

flejando con inusitado brillo la luz del dia, se eleva tras las negras paredes del Cuerpo legislativo, cerrado. Al Mediodía, el Panteon recuerda en sus griegos intercolumnios, en sus romanos arcos, los tiempos de la arquitectura clásica. En el centro, abrazada por los dos brazos del rio, se eleva la iglesia de Nuestra Señora, con sus rosetones maravillosamente esculpidos, con sus triángulos que simbolizan la Trinidad cristiana, con sus torres y sus botareles y su cresteria y sus estátuas místicas, teniendo al frente la Santa Capilla, que conserva las agujas doradas, los cristales de mil colores, entre ennegrecidas ruinas, como si perteneciera á otras regiones más sublimes que la region de nuestras bajas tempestades. Solo falta, de todos estos monumentos que señalan las diversas regiones de Paris, aquella inmensa chimenea llamada la columna de Vendome, groseramente esculpida por bárbaros artífices, rematada de una estátua imperial, con cetro cesáreo y cesárea corona, que parecia desde las alturas de este monumento, elevado á todos los horrores de la gloria militar, el espectro de la autocracia bonapartista elevándose, como una sombra de esclavitud y de muerte, sobre la gran ciudad de la democracia y la República.

Hay ruinas bien tristes; ruinas que llorarán siempre las artes; ruinas sobre las cuáles ha extendido el incendio su negro sudario de espeso humo y de sucio hollin, pero que son sagradas, como las ruinas del Hotel de Ville. No; es imposible que manos republicanas hayan quemado este palacio del pueblo, este Aventino de París, el monumento de la libertad, el asilo de la democracia, la montaña desde la cual bajaban las grandes corrientes eléctricas á galvanizar los ánimos cuando parecian más paralíticos; la cuna de las tres Repúblicas. Así no me extraña que gentes cavilosas, al ver todas las iglesias intactas, y el palacio del pueblo quemado, y el granero del pueblo quemado, atribuyan á maniobras de la reaccion, más que á excesos de la democracia, estos deplorables incendios. Para mi, de todos modos, la responsabilidad de tantos desastres recae entera sobre el Imperio. Si las muchedumbres no tienen clara idea de la libertad, culpa es de la educacion que les diera el Imperio. Si visiones apocalípticas de universales goces y de transformacion mágica en la sociedad las asaltan, culpa es del cesarismo, que no solo embrutece, sino corrompe desde el corazon hasta la inteligencia.

No en vano se sufre por espacio de veinte años

un régimen tan bárbaro. Todos los despotismos, todos, han muerto de igual manera en la historia.

Engendros del miedo, se han tristemente hundido en pavorosas catástrofes. Las cenas de Sardanápalo, los festines de Baltasar, las amargas ondas donde los Faraones se sumergen, el embrutecimiento que castiga la soberbia de Nabucodonosor, todos estos mitos bíblicos, referidos por los profetas para inspirar horror á la tiranía y á los tiranos, se reproducen con triste y desoladora uniformidad en la historia, y á nuestra misma vista. Donde los imperios no se consumen de impotencia, de prematura vejez, como el imperio de Cárlos V y de Felipe II, caen arrebatados por una horrible tempestad en cáos de suspiros, de lágrimas de sangre, de sollozos, de gemidos, de torturamiento universal para almas y cuerpos, como el infierno inventado por los místicos de la Edad media. Así, sobre el imperio romano vendrán los enjambres de godos, visigodos, hunnos, bárbaros de todo linaje, y sobre el imperio bizantino la cimitarra de los turcos. El primer imperio francés irá á morir, desmembrando Francia, en Waterloo; y el segundo imperio francés, despues de caer en Sedan, dejará tras sí toda

esa larga estela de sangre y humo, de ruinas y matanzas.

Y sin embargo, la empedernida conciencia de los partidos reaccionarios se empeña en que Francia no puede ni debe sobrellevar el régimen democrático. No conozco inteligencia tan limitada, espíritu tan estrecho, corazon tan mezquino, como la inteligencia y el espíritu, y el corazon de esa raza de señores territoriales franceses que todavía sueñan con el feudalismo. Así no me extraña que el pueblo, el cuarto estado de las grandes ciudades, combatido y contrariado en la obra de su emancipacion por estas clases, les profesen ódio semejante al ódio que profesaban á los judíos las muchedumbres de los siglos décimocuarto y décimoquinto. Quéjanse los diputados rurales de ese movimiento de ascension á la vida, á la luz, que tienen desde las plantas hasta las almas. Todos los séres, en las escalas varias de la Creacion, suspiran por alas para subir á las alturas, en ese crecimiento infinito que todos anhelan, y que para mí es la señal expléndida de la inmortalidad. Los grandes propietarios franceses no quieren que el pueblo se redima, y la única razon de esta enemiga se halla en las necesidades de su caja, en las exigencias de su estómago, en

las satisfacciones de su digestion y de su vientre. Que en la República hay poco lujo; que la gente se divierte ménos; que no se baila con el furor imperial; que los criados se insolentan; que las altas clases se van; que los ricos no vienen; que la vida es más austera; que el trabajo exige más retribucion: hé aquí todo cuanto oponen tambien al progreso muchos representantes de esas clases medias, que han guillotinado á los reyes, que han demolido las iglesias, que han saqueado los conventos, que han puesto su mano sobre los bienes sagrados, que han hecho revoluciones formidables, solo semejantes á las catástrofes geológicas, cuando algun obstáculo se ha opuesto á su crecimiento y desarrollo.

Mas yo, despues de haber recorrido París, despues de haber hablado con todas sus clases sociales, insisto en lo que mil veces he dicho; en que Francia conservará con mayor ó menor lentitud su forma republicana, que cuatro veces ha parecido destruida y cuatro veces ha brotado del fondo de su conciencia. En primer lugar, las divisiones monárquicas no cesan ni un punto. Una parte considerable de los restauradores quieren marcar de nuevo á su pátria con la flor de lis, con la marca de la antigua servidumbre. Para estos monár-

quiços de abolengo, el único régimen bueno es el régimen patriarcal, y el único patriarca legítimo es el rey de Francia, y la única representacion parlamentaria posible una alta Cámara sacada de las antiguas petrificaciones aristocráticas, y una Cámara baja nombrada por el privilegio. Tales ideas recogen, allá en el terruño, aquellos diputados que representan y personifican las campiñas más oscurecidas y las clases más atrasadas de Francia. Compaginad estas ideas y estas pretensiones con el inquieto espíritu de la casa de Orleans, con su prosapia revolucionaria, con sus pretensiones á representar las clases medias y una parte del pueblo, con su historia antigua y reciente.

Dentro de esta familia de Orleans hay divisiones, y divisiones profundas. El duque de Nemours sostiene su antiguo credo legitimista, y para no contrariar á sus hermanos permanece en el retiro más completo, consagrado á sus campos y á su biblioteca. El conde de París es un jóven de algunos alcances, más bien borbónico que orleanista, dado á creer que su porvenir estriba en aguardar del cielo, de la Providencia, del derecho hereditario, á la muerte de Enrique V, la corona francesa para sus sienes; pudiendo así esmaltarla

mejor con reformas á la moderna, que serán concesiones del poder y no inspiracion de los pueblos. Su inteligencia se pierde, pues, en la incertidumbre, y en la vacilacion su carácter. El príncipe de Joinville, entristecido, sordo, sigue como satélite la órbita trazada por el más inquieto de los Orleanes; la órbita trazada por el duque de Aumale, escritor, militar, académico, digno nieto de Felipe Igualdad, ansioso del trono como todos los príncipes, alejado del trono por las leyes fatales de la herencia, y capaz de aspirar á la direccion de una República, en la cual tendria contra si lo mismo á los monárquicos que á los republicanos.

Con estos elementos organizad una monarquía, y una monarquía patriarcal, que se funde en algo espiritualista como la fé, y que aspire á algo superior á la obediencia; que aspire al amor de los pueblos. Es puramente un sueño insensato. Así es que los teorizantes de la monarquía propagan y difunden las ideas monárquicas, y las aprovechan los bonapartistas; los cuales saben una cosa muy sencilla, y sin embargo muy profunda: que á toda monarquía ha de ser necesaria, precisamente en Francia, una dictadura. Por eso el emperador, el ménos acreditado de todos los pre-

tendientes, ha de ser siempre el más temible. Los otros tendrán la monarquía teórica, la monarquía de la ilusion y del deseo; él solo tiene la monarquía práctica, la monarquía posible, la monarquía militar, la monarquía plebeya, la monarquía impuesta por el sable y mantenida por la dictadura.

A todas horas oireis en París noticias de las maniobras bonapartistas. El emperador levanta un empréstito de cinco millones de francos. Emisarios suyos han salido á todos los puertos ingleses para halagar y seducir á los marinos de Francia que allí abordan. La guarnicion de París está ganada al Imperio, y el dia ménos pensado saldrá por las calles disparando vivas al emperador y tiros á los republicanos. En los funerales de un diputado bonapartista, el corso Conti, se han reunido innumerables personas, y se ha consagrado una grande ovacion á M. Rouher, el primer estadista del régimen caido, el vice-emperador.

Hay quien ve ya volver al Imperio. Algunos temen que, así como los franceses imitan el largo régimen provisional de España, imiten tambien las maniobras de su marina, y un dia abra sus alas en los mástiles de los buques el águila imperial. Las patrullas se suceden por las calles de

París, alarmando á los habitantes y difundiendo todos estos terrores. Nuevas leyes de imprenta se piden y se conceden contra los periódicos bonapartistas, que sostienen la apelacion al pueblo, fingiendo estar seguros de que el pueblo votará siempre por los Bonapartes. En los escaparates de las tiendas se ve retratada de todas maneras la familia Bonaparte; el pobre emperador cano, como cumple á un desterrado; la emperatriz coronada, como cumple á una próxima regente; el príncipe imperial crecido, y lleno de inteligencia y de gracia. Algunas viejas, de las familias de los inválidos del primer Imperio, se enternecen y lloran contemplando la efigie de tan benéfico emperador, que se rindió en Sedan y se entregó prisionero, á fin de que no mataran á sus queridos hijos, á los soldados de Francia. Ultimamente se ha representado *Ruy-Blas*, obra dramática de la juventud de Víctor Hugo. Como todas las obras de esta edad del gran poeta, *Ruy-Blas* tiene reminiscencias y aspiraciones bonapartistas. La escena pasa en España, y en los tristes tiempos del infeliz Cárlos II. Nada más natural que en la corte de España se echaran á la sazon de ménos aquellos tiempos del gran emperador Cárlos V, en que los reyes entraban por las puertas de Madrid, ó

como cortesanos ó como prisioneros; en que las naciones europeas caian de rodillas bajo las ruedas de nuestros carros de guerra; en que nuevos y vastísimos territorios, imperios inmensos como el Perú y Méjico, se unian á nuestro imperio y renovaban nuestra vida; en que las hazañas de soldados y navegantes habian materialmente henchido la historia y fatigado la fama. Pues los imperialistas se reunen todas las noches y aplauden á rabiar las estancias en que se pinta el imperio de Cárlos V. En cambio todo el público aplaude con mayor insistencia y entusiasmo este pensamiento del gran poeta, contenido en los siguientes términos ó en términos análogos, porque jamás conservo en la memoria un verso francés: «¿Qué és hoy el águila imperial, aquella ave cuyas alas cubrieron el mundo y eclipsaron el sol? Un pobre pajarucho, desplumado y sin garras, que se cuece dentro de una infame marmita.» Ese es el imperio.

¿Pero es posible la restauracion de la monarquía? Yo no la creo posible. Se sigue el mismo sistema que hemos presenciado en España. Se emplean las mismas maniobras. Se apela á idénticos medios. La política es, como la historia, de una monotonía insufrible. Para producir la anti-

gua reaccion, para traer la nueva monarquía, se finge que el régimen caido va á venir, y á venir cruel, implacable, así contra sus enemigos de siempre como contra sus falsos amigos que, despues de haber cosechado tantos favores, le abandonaron á la menor adversidad. Se dice que el único medio de salvar todos los conflictos, de unir todos los extremos, de asociar el órden á la libertad, la conservacion al progreso, se encuentra en esa familia de Orleans, medio legitimista, medio revolucionaria. Y de esta suerte se quiere arrancar á la incertidumbre lo que jamás concederia el pueblo francés en la plenitud de su voluntad y de sus creencias; por miedo á la restauracion imperial, una restauracion orleanista.

Y eso que los orleanistas son por ahora tímidos y se asustan de su propia sombra. En los últimos dias daban grandes señales de vida. Reuníanse en comités contínuos, redactaban manifestaciones en que á gritos se pedia la forma monárquica. Estos manifiestos tenian la ventaja de fundir los partidos borbónicos, ya que no se puede fundir la familia borbónica, y de levantar á la espalda del conde de Chambord la bandera tricolor, que él queria abatir ante la bandera blanca. Trescientas firmas de diputados soberanos, de di-

putados constituyentes, reunia ya el manifiesto: trescientas firmas de hombres que, con decir «quiero,» podian levantar con sus votos la antigua monarquía. Parece natural que siendo los firmantes la mayoría de la Cámara, que llamándose la mayoría de la nacion, sin pararse en barras proclamaran de plano la antigua forma monárquica, á cuya restauracion libran la ventura de Francia. Pues ha bastado que M. Thiers se irguiera, que les amenazara con una maniobra hácia la izquierda, que hablase formalmente de exigir la proclamacion definitiva, inapelable de la República, para que todos estos valerosísimos monárquicos, cuya aristocracia habia ido en peregrinacion hasta Amberes á consultar el oráculo, el rey legítimo, decidieran no publicar su manifiesto.

La verdad es que el pacto de Burdeos, en el cual entraba como cláusula primera considerar interina la República, es un pacto insostenible. Ningun régimen puede ensayarse bien, cuando se le da ese carácter provisional, interino, transitorio. Todo régimen tiene su carácter propio, que debe ser permanente, y sus intereses permanentes tambien. El régimen provisional es como el usufructuario de una finca pronto reversible á su

dueño; no la cultiva, la exprime, la asuela. Una República provisional es el mayor de los contrasentidos que se han imaginado en nuestro tiempo. De esta suerte, el Gobierno se cree con autoridad para intentarlo todo contra la República, y para no dejar de esta forma de gobierno, que debe contener la libertad y la igualdad, otra cosa más que un nombre, un nombre irrisorio. Al par que esto pasa con los gobiernos, los partidos se convierten necesariamente en facciones, y en facciones que creen legítima su conspiracion continua, legítimas sus sublevaciones perennes. ¿Quién no se cree autorizado á trabajar contra un régimen que se declara á sí mismo interino, provisional, transitorio, dispuesto á no crear ningun género de intereses y á ceder su puesto al primer monarca que nombre una mayoría usurpadora de atribuciones constituyentes que no le competen, pues no ha querido dárselas la única soberanía legítima, la soberanía de la nacion francesa?

Este principio de la soberanía nacional era un principio de escuelas, de academias, discutido en las controversias políticas, contrariado por muchos pensadores; mas en nuestros dias, por esa fuerza de las ideas progresivas, ha pasado á ser una realidad viviente en las leyes y en las cos-

tumbres. Los monarcas, ó los pretendientes á monarcas, invocan otras ideas, la fé teológica, la antigua tradicion, el derecho divino; pero las generaciones nuevas no los entienden. Y todas las restauraciones se parecen á la restauracion pagana, intentada por Juliano, que, despues de haber hecho tantos esfuerzos por salvar las creencias espirantes, encontróse en la fiesta de Apolo, desierto el templo del dios, mudo el oráculo de Delfos, que habia sido como la conciencia de la antigüedad. Y proviene todo esto de que es imposible fundar nada estable cuando no se funda sobre la fé de las almas y sobre las ideas extendidas en el espíritu de un siglo.

Tal estado de la mente humana en nuestro tiempo debia ser parte á quo todos los hombres de buena voluntad comprendieran ya en Francia cuán inútil es pensar en las restauraciones monárquicas, y ayudaran á la definitiva proclamacion de la República. Mejor expediente me parece la seguridad de esta proclamacion que las leyes últimamente presentadas contra la imprenta; leyes dirigidas á defender la República por procedimientos anti-republicanos. Aprisionar el pensamiento, ¡qué locura! Ultimamente, la Asamblea votó que se persiguiera á los periódicos cul-

pables de haberse ensañado con la comision de gracias que ha fusilado á Rosell. Todos han sido absueltos. ¿Quué significa esto? Significa que el Jurado de las provincias donde se han pronunciado estas absoluciones comprende mejor la República que la Asamblea de Versalles. Significa que no se quiere matar la prensa, porque matar la prensa es matar la libertad, y matar la libertad es matar la República. Significa que, así como las contiendas electorales afirman cada dia más en los comicios el principio republicano, en las prácticas de la vida diaria hacen lo mismo los jurados. Significa que la República no es solo un ideal, una teoría, un principio, sino una práctica, una realidad, una vida que palpita en todas las instituciones democráticas, y sobre todo en la conciencia nacional, revelándose deslumbradora para abrir el corazon de los más empedernidos y los ojos de los más ciegos. Es necesario aprovechar esta situacion de los ánimos. Yo he dicho á mis numerosos amigos de Francia una cosa que parece verdaderamente paradógica. Yo les he dicho: Creo más segura en Francia la República actualmente que en 1848, porque hay hácia la República actualmente ménos entusiasmo. Así no se esperan de ella milagros, ni se le piden con te-

naz insistencia imposibles. Así no se la cree venida á curar todos los males, á destruir todas las miserias, á traer ese reino milenario, que ha sido un verdadero ensueño. Así todo el mundo aprende que es una fórmula social, en la que, si el individuo en su esfera se gobierna á sí mismo, y en su esfera á sí mismo se gobierna el municipio, y en su esfera la nacion, á nadie puede culpar el pueblo de sus faltas y de sus errores sino á su propia voluntad y conciencia. Yo tengo un verdadero interés por la nacion francesa. Yo, que he sentido en mí siempre los dolores de las generaciones pasadas, no puedo olvidar cuánto ha hecho Francia por abreviar estos dolores y quitarnos el peso de tantas cadenas como abrumaban nuestras almas. Sus errores, y solo sus errores; sus desfallecimientos, han precipitado á esta gran nacion del trono que ocupaba en el centro de Europa. En cuanto la idea moderna se apagó en su conciencia, la vida se disminuyó en su seno. Há menester levantarse, y para levantarse há menester que no se contente con proclamar la República, sino que funde y robustezca y practique esta forma de gobierno, en la cual se elevará á toda la plenitud de la vida moderna la antigua democracia.

La salvacion de Francia estriba, pues, para mí en que la República se conserve. Los desencantos que da la realidad nos hacen cada dia ménos exigentes en política. Si yo diera rienda suelta á mi deseo, pediria que se destruyeran todos los antiguos poderes; que se fundara sobre la tierra una série de repúblicas bastantes á convertir la humanidad en estrecha familia de hermanos; que se resolviera el problema social, para que ningun hombre libre fuese pobre; que se acabaran las guerras, y con ellas las rivalidades nacionales; que nuestro globo se vistiera de primaveras varias y contínuas; que nuestro cielo se iluminara de una nueva florescencia cosmogónica, donde nacieran astros de todos los colores de las piedras preciosas; que el espíritu humano marchara á la plenitud de su vida, á la realizacion de su esencia, á lo infinito, con la sosegada majestad con que van los rios á la mar; y que fuera visible á nuestros ojos de carne el Dios creador y sustentador del Universo. ¿Por qué no habia yo de desear todo esto? ¿Por qué no habia de pedírselo con repetidas exigencias á la sociedad, á la naturaleza, al espíritu, á la vida entera?

Mas no basta el deseo á modificar el mundo. No anda la realidad con la precipitacion de nues-

tro espíritu. No puede la idea, esta fuerza, mover las moles que mueve el ténue vapor, ni remover los obstáculos que remueve la humilde pólvora. Cada quince años, cada treinta á veces, la sociedad da un paso. Consúmese una generacion entera de artistas, de oradores, de filósofos, en acercarla unos cuantos grados al inmenso ideal descubierto desde las alturas de nuestra inteligencia en los cielos de lo por venir. Y hoy conviene al ministerio de Francia en la historia, y al engrandecimiento moral que necesita, conviene la conservacion de la República, de un organismo superior al organismo de las demás grandes potencias de Europa. Así todavía puede y debe ser la gran Francia, la nacion de la iniciativa intelectual, la nacion de la influencia política, la nacion que encarne el verbo de la vida nueva en el seno de la civilizacion; porque, si persistiera en sus antiguos errores cesaristas y monárquicos, podríamos apercibirnos á presenciar los funerales de un gran pueblo.

CUESTION DE ORIENTE

EN SUS RELACIONES CON ESPAÑA.

Una gravísima noticia que traen periódicos autorizados nos mueve á clamar por el bien de la nacion española, amor de nuestro corazon y santo objeto de nuestra pobre inteligencia. Dícese que Luis Napoleon trata de empeñarnos en la desastrosa guerra de Oriente.

Si nuestra débil voz, domeñando las tempestades que ruedan sobre la frente de la pátria, puede herir el ánimo de los hombres en cuyas manos yace la revolucion de Julio, seremos osados á rogar que piensen con madurez cuántos riesgos pueden correr nuestras glorias, y cuántas heridas recibir nuestro pecho en ese combate, largo en terribles desgracias y corto en grandes consecuencias para la santa causa de la libertad del mundo.

¿Qué vamos á defender? ¿El imperio turco? Es un cadáver. La lira del Profeta se ha quebrado en sus manos; la espada del gran debelador de Constantinopla se ha embotado; la media luna se ha hundido en el Bósforo; Santa Sofía es el sepulcro de Aláh, como Bizancio es el sarcófago de los sultanes; el dios nacido en el desierto, y, como el desierto, inmenso y estéril, infesta con sus miasmas los aires; el gran pueblo que atravesó, armado del rayo de la guerra, el Africa, y forjó para nuestra pátria cadenas de oro, que solo pudo quebrantar la guerrera maza de nuestros padres, desaparece en el inmenso piélago del tiempo; porque la ley del fatalismo pesa con inmensa pesadumbre sobre sns hombros, y le reduce á ser oprobio de las gentes y escándalo de la razon: el espíritu, que solo vive alimentado por el celeste fuego de la libertad, emanacion de Dios, esencia del hombre, no luce sobre la frente de esa decaida raza, que ha dormido tres siglos, coronada con los explêndidos celajes del horizonte más hermoso del mundo, arrullada por las perfumadas auras que, henchidas de suspiros, se levantan del fondo de los azulados mares de Grecia, diosa del mundo, envuelta, para baldon de los cristianos, en la rasgada púrpura de Constantino.

¡Roma! ¡Constantinopla! El Catolicismo selló el sepulcro de Roma y alumbró la cuna de Constantino. Aquella, en medio de Europa, fué madre de la estrella de la tarde que relumbró con la luz de San Pablo y San Jerónimo; ésta, asentada en las puertas del Asia, fué madre de la estrella de la mañana, que relumbró con la luz de San Basilio y de San Juan Crisóstomo. Al pié de esas ciudades, los siglos, como celestes olas del Océano de la eternidad, arrojaron las perlas del arte. Sobre las cúspides de sus templos veia la mente vagar perdidas las almas de sus doctores; coros de ángeles que la coronan, como los coros de estrellas coronan á la tierra.

Y sin embargo, sobre Roma y Constantinopla pesa el despotismo. Presa la una de sacerdotes, que la esclavizan; presa la otra de soldados, que la venden, lloran en silencio su amarga suerte, y visten resignadas su tosco sayal de esclavos.

Si ha de salvarse el mundo, Roma ha de ser libre, para que vuelva á palpitar el corazon de Europa; y la cruz ha de lucir sobre Constantinopla, para que el hombre tenga un solo derecho y un solo altar.

¿Es decir esto que nosotros queremos el predominio de Rusia? No, y mil veces no. Jamás he-

mos asentido á la creencia de muchos demócratas alemanes. Hé aquí su raciocinio. Examinando la caida del imperio romano, y examinando la decadencia de la Europa, échanse de ver analogías que ponen espanto en el corazon, horror en la inteligencia.

Como Jesús mató á Júpiter, la razon mata á Jesús. Las catedrales góticas se derrumban abandonadas de la fé, como se derrumbó el Parthenon abandonado del arte. Así como el panteon reunió todos los dioses del antiguo mundo, el eclecticismo ha reunido los sistemas del mundo moderno. En el uno yacen Isis, arrancada á las orillas del Nilo; Orzmud, desterrado de los templos de Persia; Brahma, el dios índico, que llevaba por collar la inmensa cadena de los séres; el Júpiter de Fidias, alzando su frente radiante con el maravilloso secreto de la perfecta hermosura, el Dios de los cristianos: en el panteon espiritual de los modernos tiempos yacen confundidos el catolicismo desarmado de los rayos del anatema y de la excomunion; el panteismo de Jacobo Beem y Espinosa, donde se pierde la personalidad humana como la gota de rocío en el mar, como el resplandor de las estrellas en los raudales del sol; el misticismo de Mallebranche, que di-

suelve el espíritu humano en el seno de Dios, como el vapor que se levanta de la atmósfera se disuelve en las ondulaciones del aire; el sensualismo de Locke y Condillac, que petrifica al hombre, condenándole á arrastrarse como el insecto en la tierra; en una palabra, todas las formas del pensamiento y todos los delirios de la razon se reflejan en ese arco-iris que se levanta sobre las ruinas de todas las civilizaciones.

El Cristianismo, que, segun los alemanes, ha de reemplazar al paganismo católico, es la democracia. La sociedad basada en el privilegio siempre ofrece á la verdad martirios como el de Sócrates; siempre opone progresos ó diques como el Capitolio; y es preciso que nuevas razas venidas del polo, razas vírgenes y robustas, que no se hayan dormido en brazos de la inmoralidad, ni hayan acariciado el ídolo de esta funesta y corrompida civilizacion, se desaten como el huracan y se adelanten, á manera de los antiguos pueblos bárbaros, á recibir el dulce bálsamo de las ideas regeneradoras, blandiendo al par una espada que no deje en el edificio del error piedra sobre piedra.

Este paralelo nace de un enorme error. Consideran azotado el Cristianismo, que es fuente de

toda vida. No comprenden que el inmortal dogma de la democracia está escrito en el seno de la tierra con la sangre de Dios, en el cielo de la conciencia con la eterna luz de la verdad cristiana. La historia dice que fuera de las sociedades cristianas sólo se extienden las nieblas del error, y sólo dominan los ídolos de la esclavitud. Unid todas las teorías de todos los sábios; congregad las obras de todos los filósofos, y decídnos qué teoría por sublime, ni qué obra por inmensa, ha resonado en el mundo como el sermon de la montaña.

Jesucristo, sin más arma que su palabra, predicó la libertad; al predicar la completa responsabilidad del hombre, predicó la igualdad; al enseñarnos la alteza de nuestro orígen y lo inmenso de nuestro destino, predicó la fraternidad; al dar por ley el amor y la libertad, la igualdad, la fraternidad, harán en la tierra de la humanidad una familia confundida en una confederacion universal, como la verdad cristiana hará en el cielo de la humanidad un solo sér confundido en el seno del Eterno.

Por tanto, no busqueis dogma, ni verdad, ni idea trascendental, ni gérmen de ventura, que no se encuentre en el Evangelio.

Nos hemos apartado de nuestro objeto. Hemos hecho estas consideraciones, para que no se crea que opinamos por el triunfo de la Rusia. Sin embargo, en la organizacion actual de Europa, el triunfo de los aliados sería para nosotros grave daño. Ensoberbecidos con la victoria, querrian sin duda cambiar el mapa de Europa. ¿Qué harian entonces de España? Quizá, en su orgullo, se repartirian la túnica de esta destronada reina del mundo. Por eso queremos reducir la Rusia á la impotencia, pero no en nombre del despotismo humillante que nos sonroja, sino en nombre de la libertad del mundo.

En las actuales circunstancias, ¿qué exige de nosotros el interés nacional? La neutralidad. Representantes de la libertad en el mundo, mientras la guerra se lleve á cabo en nombre de los señores del mundo, los pueblos libres deben descansar sobre sus armas. ¡Harta sangre hemos vertido! Nuestros campos están regados con sangre. La historia de este medio siglo es un largo martirologio. ¡Oh! El porvenir nos pediria cuenta de las almas que el homicida fuego del enemigo apagaria para siempre en esa tremenda lucha.

Así, en el próximo artículo nos proponemos publicar dos cosas: primera, qne ni por gratitud,

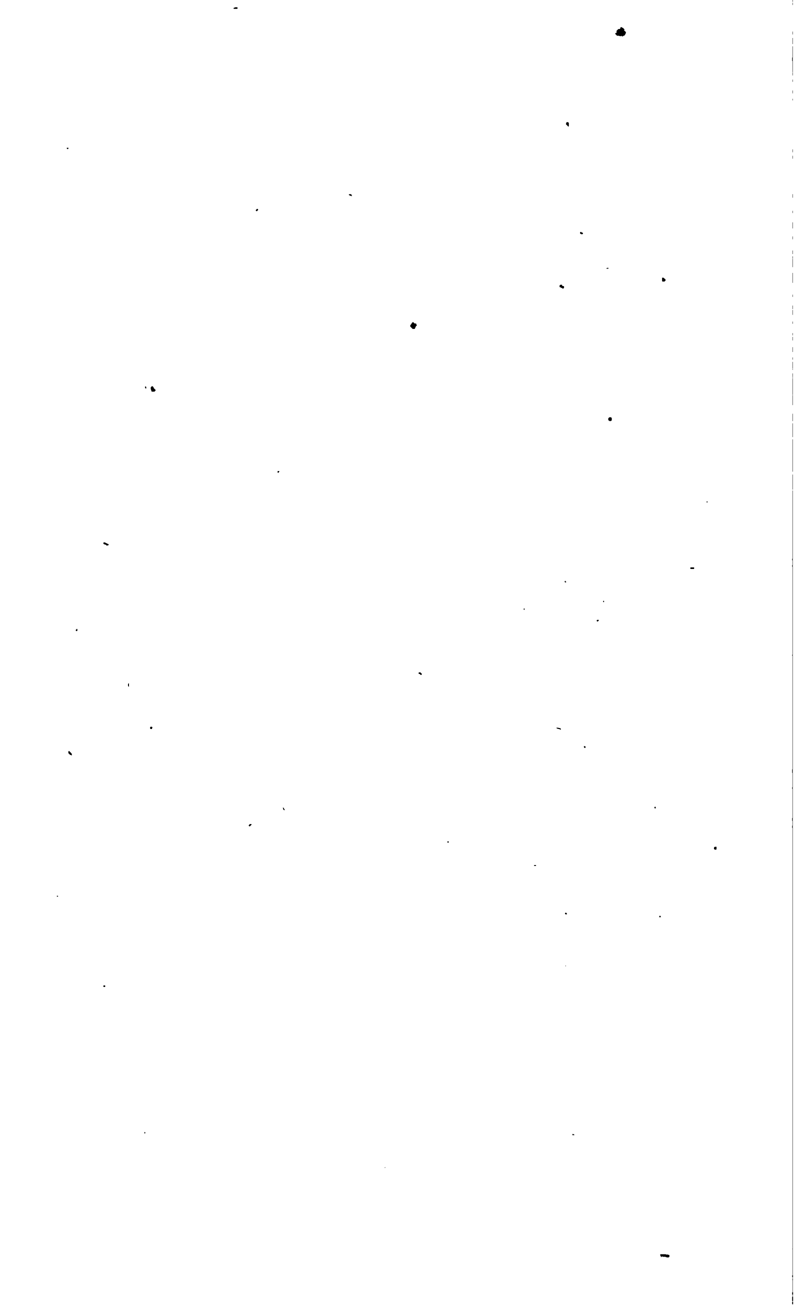
ni por conveniencia, ni por sentimiento, ni por justicia, ni por amor pátrio, debemos empeñarnos en esa lucha sangrienta, que no tiene sino eco de muerte en el mundo; en esa lucha, por cuyo éxito no se interesan los pueblos oprimidos; en esa lucha, en fin, que ha de traer necesariamente la decadencia de dos naciones rivales, que en todos tiempos se han gozado en nuestra humillacion. Segunda: que el problema consiste en reducir la Rusia á potencia asiática, y que la Rusia no será reducida á potencia asiática sino llevando á cabo estas grandes y hacederas empresas:

1.ª Rehabilitar el imperio griego bajo la base democrática.
2.ª Levantar de su sepulcro Polonia y Hungría.
3.ª Despertar la democracia alemana.
4.ª Unir la Italia.
5.ª Convertir en República la Francia.
6.ª Unir España y Portugal.

Así el coloso del Norte, tendido en sus inmensos páramos, envuelto en un sudario de eterna nieve, oprimido por el círculo de hierro en que le encerrarian los pueblos libres, extende-

riase hácia el Asia, do tiene un alto destino que cumplir, y las naciones de Europa, resplandeciendo con sus sacratísimos derechos á los ojos del mundo, cumplirian en la sociedad las promesas de la eterna razon y las esperanzas de los buenos.

6 Julio de 1855.



EL PARLAMENTARISMO INGLÉS.

Inglaterra, que parece señora de la paz, se conmueve en sus cimientos como si furiosos huracanes se levantaran del fondo de sus negros mares. Con grave daño de la humanidad, ha realzado sus libertades pátrias á costa de la libertad de los extraños. Lejos de combatir por el triunfo de la humanidad, ha sido siempre barrera incontrastable del progreso. Sus guerras han sido mercados, como sus mercados guerras. Lleva la divisa de la libertad, y ha consentido en el sacrificio de todos los pueblos. Sus revoluciones jamás resuenan en el corazon de Europa. Levantóse un dia en armas contra su rey, y lo arrastró al cadalso. La humanidad no se conmovió con aquel súbito caso, como si fuera indiferente á las penas y triunfos de esa estóica Roma de los mares. Para

desarmar á Napoleon dió fuerzas á la Rusia; y ahora quiere quitar fuerzas á la Rusia y armar de nuevo á Napoleon. Presintió un dia que el polo guardaba para su poder solo recelos, y no alcanzó á tenerlo á raya volviendo su corona de laurel á Grecia, su báculo á Polonia. Esas dos naciones, ahogada la una en su generosa sangre, y sujeta la otra á oprobiosa impotencia, despues de haber conquistado con el esfuerzo de Leónidas su santa libertad, hubieran dejado al gigante del Norte morir solitario en sus páramos cubiertos con eterno sudario de hielo. Pero Inglaterra no se interesa por los pueblos. En el año 48, su helado soplo apagó el fuego santo de la revolucion; y en el año 54 se humilla á las plantas de un tirano. Verdadera y terrible expiacion, que contará á los siglos la pátria de Alfredo el Grande con dolor en el corazon, llanto en los ojos.

Pero si, en el exterior, Inglaterra ha faltado á sus juramentos, juzgada en su interior, pone dolor en el ánimo verla sujeta á instituciones que el espíritu de los siglos ha condenado para siempre.

¡Cuántos abusos no ha de cortar de raiz la Inglaterra! Los que contemplan las naciones en su conjunto, se admiran al ver á esa nacion asentada en el Asia, como si buscase en la cuna del sol

lumbre para su gloria; enclavada en España, en esta llorosa reina de dos mundos; preponderante en América, á pesar de haberse, mal de su grado, convertido en naciones sus colonias; teniendo en sus manos las llaves de los mares, y á sus piés encadenados los vientos; dàda á gigantescas empresas; domeñando con la industria la materia; vistiendo con el rocío del trabajo de hermosos jardines su dilatado suelo; arrastrando en pos de sus pasos, esclavizada y confundida, á la pátria de Camoens, que en tiempos más gloriosos mereció que Dios hiciese salir del fondo del Océano islas que le prestaran vasallaje; armada de maravillas, asombra su poderío y espantan sus instituciones; á cuyos piés se han estrellado los siglos.

Sin embargo, para los que ponen sus ojos en la condicion social de los pueblos, ¡qué tristísimo espectáculo presenta esta nacion venturosa! La monarquía, aunque desarmada, subsiste; el feudalismo, del cual no guardan memoria los pueblos europeos, no ha desaparecido de aquella privilegiada nacion; los grandes señores, apoderados de la administracion, apoderados del ejército, repartiéndose los altos puestos, oponen barreras al progreso; y cada una de las conquistas que llevàn á cabo los pueblos, cuesta largo tiempo, trabajos

innumerables; y, si no, díganlo la reforma electoral y la emancipacion de los católicos.

Pero, como en todas partes la idea democrática sacude á las sociedades para darles nueva vida y apartarlas de sus antiguas preocupaciones, en Inglaterra, despues de la reforma electoral, el astro de la aristocracia, que ya declinaba en aquella sazon, se hunde presurosamente en su eterno ocaso.

Siempre habíamos presentido con seguro presentimiento que la guerra de Oriente, cruzada de dos civilizaciones antitéticas, habia de producir un cambio radical en Europa. Nuestro presentimiento se realiza. La guerra de Oriente ha mostrado al pueblo inglés la impotencia de su aristocracia. En todas partes el descontento crece; por cuantos medios la opinion se manifiesta, levántase un quejido contra esa organizacion feudal que parecia inexpugnable. Así como el Cristianismo ha penetrado la muralla de la China, la democracia penetra la muralla de la aristocracia inglesa. Dentro de algunos años irán nuestros hijos á buscar á la historia el recuerdo de esas clases semi-divinas, que llevan en sus manos el rayo del poder. El pueblo, como Prometeo, sacude sus cadenas. Ha robado al cielo su fuego, que es la idea. Con ese

fuego divino incendiará la tierra, destruyendo todos los soberbios edificios que fundó el error y adora la supersticion.

¡Qué misteriosas son siempre las guerras entre Oriente y Occidente! Como las dos formas del pensamiento se contradicen siempre, las dos formas de la civilizacion luchan eternamente. En el albor de la historia europea, la civilizacion occidental encuentra en Oriente el maravilloso secreto de su vida, el tipo explendorosísimo de sus artes. Allí ciñe á sus sienes Grecia corona de laurel tejida por el ángel de la gloria. Cuando se despierta á la edad dorada de la Grecia, solo tiene poder bastante á reanimarla el cetro de los déspotas de Oriente. Peleando contra Jerjes y Darío encontraron su valor Temístocles y Arístides, su inspiracion Esquilo y Sófocles. Cuando el Occidente se siente fuerte, enciende en guerra el Oriente; Alejandro venga en Asia el desastre de las Termópilas. No se detiene aquí la lucha, y Roma vuelve á escarnecer en su poderío á los señores del mundo. Sin embargo, ¿de dónde viene el rumor de los bárbaros, que atruena el mundo romano? Del Oriente. Atila es el Alejandro de las venganzas orientales. ¿De dónde viene la idea que rompe las cuerdas de la lira pagana, y que cubre con eterna

noche las cimas del Olimpo? De Oriente. El aliento de un moribundo que espira en Asia, apaga el fuego de la soberbia romana. Y llega la Edad media, y el Occidente, poseedor de la idea nacida en Asia, busca el sepulcro que fué cuna de la idea cristiana. Y aquellos cruzados, que van en pos de un vacío sepulcro, mecen en su cuna á los pueblos libres. Las Cruzadas mataron al feudalismo. Pues hoy, que en los confines del Asia vuelven á medir sus espadas dos civilizaciones antitéticas, contradictorias; hoy, que los déspotas han arrancado su estandarte á los pueblos para pelear con los déspotas, la aristocracia muere en esa cruzada, como murió el feudalismo en los apartados siglos medios.

Prestad atento oido al rumor que se levanta del seno de Inglaterra; y si estais bien avenidos con todo cuanto se arruina, llorad por la suerte de la aristocracia inglesa.

De todas partes se levanta, en Inglaterra, clamor de muerte contra su ruinosa administracion. Lord Palmerston, ídolo en otro tiempo de la opinion pública, decae de suerte que falta tierra bajo sus plantas. Las investigaciones parlamentarias, á que habia apelado para dar á conocer la guerra de Crimea, le han herido en el corazon. Han sido

tan escandalosos los hechos puestos en claro por las investigaciones parlamentarias, que el pueblo pide con inusitado afan prontas reformas administrativas. El clamor general pide que la aristocracia deponga para siempre, en manos de otra clase más digna, si ménos venturosa, su cetro de hierro, que ha pesado tantos siglos sobre Albion. *El Times* en Lóndres, *La Presse* y *Le Siècle* en París, alientan con elocuentes artículos el espíritu revolucionario. *El Univers*, bien hallado, como todos los neo-católicos, con los abusos seculares, ve en esas manifestaciones de la opinion pública la esfinge de la revolucion maldita de Dios, que se apresta á darnos la igualdad y la paz. El pueblo no quiere confiar á nadie el gobierno que le pertenece de derecho. Sus señores le han vendido. En la misma alta Cámara de los Pares resuena con sublime acento la cólera del pueblo. Los reformistas se acogen á la sombra del derecho de reunion, y triunfarán, como triunfó la Liga, como triunfó la Reforma. El espíritu del progreso, que es el espíritu de Dios, se cierne sobre su frente.

Despues de tener en su pro los reformistas la razon, tienen medios de llevar á cabo su alta empresa. El gran comercio de Lóndres les auxilia

con grandes y maravillosos recursos. Las ciudades manufactureras y agrícolas, toda la prensa, excepto el *Morning-Post*, despliegan la bandera reformadora, que ha de ser sudario de la nobleza. Aunque las Cámaras hayan desechado la mocion, triunfará la reforma.

Sí; toca á su término el antiguo *parlamentarismo* inglés. Cuando desaparezca, arrebatado por nuevas ideas, ya no tendrán á dó volver los ojos nuestros doctrinarios. Ese monumento, que se burlaba del tiempo, se cuartea como amagado de próxima é inevitable ruina. Ya Lord Byron lloró sobre sus restos. Quien no vea que el último paredon del solemne parlamentarismo se hunde, está tocado de una ceguera incurable. ¿Qué idea sustituirá á esa idea? ¿El absolutismo? Ha muerto herido por la lógica. *La razon concluirá por tener razon.*

20 de Mayo de 1855.

FICHTE.

El hombre es el centro de la creacion. En su conciencia reflejan su luz todas las ideas, como los mundos retratan sus fulgores en el diáfano espejo de los mares; en su conciencia se oculta Dios como Jehowah se ocultaba entre los espesos velos de la fecunda naturaleza. Y sin embargo, para dar á la ciencia por criterio la razon individual; para dar por base á la sociedad los derechos individuales, han trascurrido infinitos siglos, que en vano agitaron sus álas sobre la frente de la humanidad, y han llorado las naciones infinitos mártires, que en vano dieron su vida por el triunfo de la justicia.

Entre los varios reflejos que deja la idea en su eterno vuelo por los inmensos horizontes de la historia, ninguno más puro ni más suave que el gran reflejo de la sublime alma de Fichte, sa-

grado sacerdote de la razon, tribuno de las libertades del mundo.

Nacido en Alemania, pátria del pensamiento; educado bajo el amparo de una revolucion vencedora, que despertaba á los pueblos y llamaba á juicio á lo reyes, voló en álas de su razon á beber sus ideas en la fuente donde bebe, como blanca paloma, su sér naturaleza; bajó á las profundidades de la conciencia, y destruyendo con segura mano cuanto se oponia al completo triunfo de la libertad, así en el espíritu como en el espacio, levantó en sus brazos á la humanidad, dándole por pedestal las ruinas desplomadas á los golpes del tridente de su lógica, y por corona los resplandores de la eterna verdad.

¿Cuál es la base de la ciencia? El pensamiento, dijo Descartes. Desde este punto la razon rasgó el sudario de la autoridad. Pero era preciso que el pensamiento se levantara del fondo de su oscuro sepulcro, y en raudo vuelo se dirigiese al cielo de do pende, como sagrada lámpara, el sol de la verdad. ¿Cuál es la base de la ciencia? El juicio. ¿Cuál es el primer juicio que forma la razon? La afirmacion del *yo*.

Con este principio, que era el *fiat* de la razon, extendió los cielos de la ciencia iluminados por

clara lumbre; derramó las ideas en lo infinito, á manera de los séres que se despertaron animados por el aliento de la vida en el primer dia de la creacion, y su potente voz, conducida en álas de los huracanes revolucionarios, resonará en los últimos confines del espacio, alejando el sueño que pesa como una maldicion sobre los pueblos esclavos.

La primera afirmacion, llamada *tésis*, es la existencia del yo; de esta se deduce la existencia del no-yo, planteado inmediatamente por la razon como un límite; y de la afirmacion hechà por la conciencia de estos dos términos, conclúyese lógicamente la síntesis, que armoniza ambos extremos, y que no es otra sino la ciencia misma trascendental, en la cual se levanta, como sobre solidísimo asiento, el conjunto de todas las ciencias.

Así, el individuo, perdido en el seno de la naturaleza, borrado del mundo por las sombras que sobre su frente estendian falsos sacerdotes; el individuo, amedrentado por los rumores de los elementos, confundido por el temor de sus ídolos, de tal suerte, que en los primitivos tiempos era, perdido en el seno del panteismo, como la gota de rocío en el seno de los mares, sacude to-

dos los hierros que le quebrantaban y desvanece los fantasmas que le oprimian, entrando como Adan, en posesion de la naturaleza y del pensamiento.

De la nocion de la libertad individual se deduce la nocion del derecho. Todo ser racional no puede existir sin libertad, que es la esencia de su naturaleza. La libertad se ejerce sobre el mundo y sobre el espíritu. En pasados tiempos, el hombre era esclavo de la naturaleza. Hoy es su cetro el rayo, su mensajero el relámpago; la tierra le ha abierto amorosa su seno; los mares se han sometido sumisos á su coyunda; el viento le ha prestado sus álas, y los astros, abandonando el trono de los espacios, le cuentan los maravillosos secretos de los cielos. Hé aquí los efectos de la libertad de accion sobre el mundo. El ejercicio de la libertad sobre el espíritu crea la perfeccion social.

Dada la nocion de la libertad y del individuo, se concibe el derecho primitivo. Dada la nocion de la humanidad, se concibe el derecho relativo, es decir, el *reconocimiento* del derecho en una persona distinta de nosotros. El derecho primitivo no se realiza sino cuando son ciertas la libertad y la seguridad individual. El derecho relativo

(coercitivo le llama Fichte), no existe, si no se realiza la asociacion. La armonía de la libertad individual con la libertad general, constituye el derecho público. El problema social consiste en hallar una forma de gobierno que armonice la voluntad individual con la voluntad general. Esta forma, segun el sentir de Fichte, es la República. Esta República de Fichte cuenta todas las instituciones propias del tal forma de gobierno; y tiene de particular que Fichte, deseando la verdadera fraternidad, propone que la sociedad establezca un sistema de socorros generales para dar trabajo al infeliz, y evitar de esta suerte la miseria. La teoría de la ciencia, el tratado del derecho y el de moral, que omitimos por no creerlo propio de este lugar, componen la primer época de la vida intelectual de Fichte.

En la segunda parte de su vida dió á luz *El Destino de la Humanidad, La contestacion á Reinchold, Las apreciaciones sobre la nueva filosofía, el Discurso á la nacion alemana y otras.*

En *El Destino de la Humanidad*, que es un magnífico canto, examina el mal presente, y describe con mágica pluma el bien que está por venir. Hoy la duda penetra como negra sombra en todas las conciencias; la desesperacion se apode-

ra de todos los corazones; el pensamiento oscurecido, no puede dar su voz al viento, y muere en la agonía del Fénix; la voluntad oprimida no puede buscar el bien, y se adormece estéril en nuestro desgarrado pecho; pero si algun dia el ideal democrático, ese lábaro que guía á todas las generaciones, ese árbol de vida, á cuya sombra anhelan reposar todos los pueblos, se realiza, el alma tomará los colores del iris, descomponiendo el pensamiento de Dios, la voluntad, que no podrá sacar provecho del mal, extinguido cuanto sea dable en la tierra, se consagrará á unir á los hombres con los lazos del amor universal; la vida, que tendrá su objeto propio, por que todos podrán manifestar su naturaleza, no se perderá en lo vacío, antes animará á nuevos séres, dándoles la instruccion de que se hallan desposeidos, y de consiguiente el amor al bien que les ha abandonado; y caerán en tierra los últimos restos de los castillos feudales, que todavía pesan como un remordimiento sobre la faz de la tierra, y las diversas naciones, olvidando sus guerras, como los hombres sus rencores, formarán una confederacion universal, que haga de la humanidad, dispersa y atribulada, una gran familia, destina á grabar en la tierra la idea di-

vina que guarda en su santuario la conciencia.

La humanidad, para llegar á este fin supremo, á esta edad de oro que guarda lo porvenir, ha pasado por diversos y amargos trances, que han sido su calvario. Fichte divide la historia, *eterna revelacion de Dios*, en cinco edades. 1.ª La de inocencia, en que la virtud sonrie al hombre, como la primera aurora de la creacion sonrie al mundo naciente: 2.ª La de autoridad, en que el hombre dobla su cerviz á extraño yugo: 3.ª La de lucha, en que el hombre se dá á la guerra contra el principio de autoridad: 4.ª La de justificacion, en que el hombre se cura de sus crímenes por medio del martirio de las revoluciones: Y 5.ª La edad del bien, en que naciendo todos los derechos, y espirando todos los privilegios, alcanza el hombre la dulce paz de la democracia.

¿Cómo llegará la humanidad á este fin supremo? Por medio de la educacion. Contemplad en general al hombre hoy, al hombre del pueblo, que es un anillo en la inmensa cadena de los séres; apenas tiene conciencia de su grandeza, ni nocion de su destino; encorvado bajo la inmensa pesadumbre de sus dolores, trabaja sobre una tierra que no conoce, y allega una vida que no comprende; eterno dolor agita su corazon; los

derechos, emanaciones de Dios, viven dormidos en su sér, sin despertarse á la vida; los mundos ruedan sobre su cabeza, sin murmurar un acento de esperanza en sus oidos; en su ceguera ama el bien por instinto, y comete el mal por necesidad, y la centella del espíritu divino, que le infundió el Eterno, se apaga en su cuerpo como el resplandor de la luna en el seno de oscura nube.

Para levantar el corazon al bien, es necesario levantar el entendimiento á la verdad. Cuando el hombre conoce el tesoro que guarda en su conciencia, no la mancha; cuando siente la dignidad de que se halla poseido, no la oscurece. La educacion á todos y para todos, debe ser el objeto de los pueblos libres. Educad al hombre, dándole á entender la alteza de su pensamiento; educadle, enseñándole los resplandores de la virtud; educadle, descubriendo á sus ojos el cuadro deslumbrador de los séres, mística escala suspendida entre la oscuridad de la tierra y el eterno resplandor del cielo, y será su vida un aliento de la vida divina, y será su alma un destello de Dios. Pestalozzi, es, segun Fichte, la razon hecha hombre. Su sistema consiste en dar vida á la intuicion, que es la vista del alma. Enseñando al hombre su propio conocimiento, se le enseña

á no caer de hinojos ante ningun tirano. Enseñándole las relaciones que le unen con sus semejantes, la virtud se encarna en su alma, le acompaña en vida y le ilumina en muerte. Enseñándole las armonías del arte, su espíritu es eco del concierto de las esferas, y acento de las liras de de los ángeles. Enseñándole las hermosuras de la creacion, vé á Dios cernerse en la lluvia que rocía á los campos, cantar en el aura que mece la copa de los árboles y riza el cáliz de las flores, lucir en las rosadas nubes, que al caer la tarde son la tumba del sol, y derramarse como delicioso aroma en las profundidades de su espíritu, viviendo de esta suerte en la vida universal, donde toman su alma las ideas y su creencia los mundos. Entonces el Estado será la encarnacion del derecho.

Se acercan estos tiempos de paz. Nosotros somos, en esperanza, ciudadanos de lo por venir. Nos ha tocado, es cierto, la época del combate, pero jamás la verdad triunfó sin el martirio. Si algun dia cesan los males del pueblo y se desvanecen las sombras, el nombre de Fichte vivirá eternamente en la memoria de las naciones.

26 de Julio de 1855.

de sus derechos depositados por el aliento creador en la conciencia. No hay escollo que el progreso no salve, aunque sea tan alto como los castillos feudales, ni falsa luz que no apague, aunque sea tan luminosa como la corona de derecho divino que pesaba sobre la frente de los reyes absolutos, ni clamor de muerte que no ahogue, aunque los doctores del mundo se congreguen contra su triunfo, invocando mentidos fantasmas; porque el progreso es la verdad celeste, que llevan hasta los últimos confines del espacio las alborotadas ondas del tiempo.

Miradle en su camino; en los sagrados bosques derriba aras levantadas á mentidos dioses; convierte en cenizas los palacios que la soberbia levantara para significar la esclavitud de los hombres, y Menfis y Babilonia, burla del tiempo, se sumergen en los abismos; enciende bajo las bóvedas del templo santo la idea de Dios, y al través de los huracanes la conduce en sagrada lámpara, sin que sea bastante á extinguirla el tempestuoso remolino de todos los errores congregados contra la verdad; no se detiene ni al dulce cantar de esa sirena escondida en el Mediterráneo que se llama Grecia; no se espanta ni al rumor de las armas que mueve la señora de las gen-

tes; penetra en la Edad media y derriba la mentida autoridad de la tradicion, y reduce á polvo los blasones de los nobles; abre con llave de oro la Edad moderna, y alzándose puro sobre los cadalsos, sin que la sangre manche su pristina pureza, y arrastrando entre sus trofeos el génio de Napoleon, como ángel de paz nos señala con su dedo inmortal, dónde está el logro de nuestras esperanzas, y el bálsamo que ha de aliviar nuestros dolores.

Nosotros creemos servir á la causa del progreso y á la causa del Cristianismo, y para probarlo vamos á convertir los ojos á los tres principios escritos en nuestra gloriosa bandera.

Los adoradores de lo pasado oscurecen la conciencia con las sombras de la autoridad, y buscan fuera del hombre, ora en la sensacion, y de consiguiente en el mundo exterior, ora en un sentimiento extraño á la ciencia, la razon de su existir y el secreto de sus facultades; pero los que servimos con nuestro corazon y nuestra inteligencia á la causa del progreso, buscamos el principio de la ciencia, el fundamento de la verdad, dentro del hombre, en el santuario de su conciencia, do se oculta la razon. De aquí parte que los servidores de lo pasado, buscan en un

hecho la base de sus derechos, que no es otra cosa la tradicion, y los servidores de lo por venir buscamos en una idea eterna, divina, el fundamento del derecho, nacido al par del hombre, y que si eclipsado y desconocido, jamás fué víctima de la muerte.

De aquí se deduce que, mientras el nombre de libertad pone espanto en el pecho de nuestros contrarios, llevados nosotros de la razon que nos posee, deseamos dar garantías á la libertad del pensamiento, para que cobre nueva vida en álas de la discusion; á la libertad de conciencia, para que atraida por sus leyes preste culto al Dios de la verdad; y de esta suerte consagramos el principio generador de la civilizacion moderna, que consiste en la independencia de la razon. Para nosotros la libertad no es verdadera, si no tiene una condicion, que es la igualdad. La palabra *libertad* atrae á todos los hombres con suave reclamo; la palabra *igualdad* levanta en el ánimo de muchos dudas y temores. Sin embargo, no han parado mientes en la verdad de esta palabra.

Es atea tal palabra, suelen decirnos. Empecemos examinando la obra de Dios. ¿Qué mundo hay en el espacio que no reciba luz? ¿Qué flor hay en el campo que no aspire el beso del aire?

¿Qué ave que no tenga una rama para posarse, un horizonte do volar, un suspiro del áura á que fiar sus endechas? ¿Qué insecto que no reciba amparo de la tierra? Y esto ¿qué prueba? Que la igualdad es la ley de la creacion. Nosotros pedimos igualdad de derechos, y es claro y deseamos que todas las ciencias reciban la luz de la verdad, es decir, la instruccion universal, y todas las voluntades puedan manifestarse libremente, es decir, el sufragio universal; porque mientras clases privilegiadas por los caprichos del nacimiento y de la fortuna posean derechos que no desciendan á la frente de otras clases ménos afortunadas, la libertad será mentira. La atmósfera del alma es el derecho; ¿y nos llamais ateos porque pedimos como aire para los cuerpos, derechos para las almas? Vosotros mismos, cuando el pueblo dolorido por la servidumbre se quejaba de que la justicia fuese desigual, de que su señor feudal era á la vez su juez, y pedia un tribunal comun con todas las clases, vosotros mismos entonces, mecidos por el privilegio, volviais vuestros aceros contra tan absurda y horrible demanda; y hoy que á costa de su sangre, el pueblo ha conquistado la igualdad ante la ley, decís que esa conquista es el último límite de las

conquistas posibles. ¿Es ateismo, por ventura, que todos sean iguales ànte la ley? El que tal dijese hoy, seria tenido por perverso. ¿Por qué, pues, ha de calificarse tan duramente el intento de que todos sean en derecho iguales ante la pátria?

Proclamada la libertad y la igualdad cristianas, fáltanos ver cómo alcanza la democracia á realizar la fraternidad, sacratísimo dogma del Evangelio. En tiempos ya lejanos, cuando el esclavo, amarrado al carro de los señores, consumia su vida en el dolor y apagaba su alma en la postracion, un divino hijo del pueblo predicó á las naciones que los esclavos, para quienes no habia tenido Pluton una lágrima, ni Aristóteles un pensamiento que no fuese el de legitimar sus cadenas, eran hermanos de los poderosos, y podian ¡ellos! tenidos por bestias en la tierra, aspirar á ceñirse la eterna lumbre de la bienaventuranza en los cielos. Al eco de este pensamiento ateo y satánico se conmovieron las sociedades antiguas, la justicia humana rasgó sus vestiduras, los sábios maldijeron tan enorme absurdo, los pueblos clamaron por la sangre del arrojado innovador, que tuvo por carrera triunfal la calle de amargura, por cantos de victoria sordas mal-

diciones, por aureola de gloria una corona de espinas, por trono la cruz y por palacio un sepulcro.

Sus discípulos, nacidos en el fondo de las chozas, á orillas de mares ignorados de los sábios, no teniendo otro norte que sus creencias, ni otro fin que el bien de la humanidad, se dispersaron por el mundo, y sorprendiendo á Roma en sus festines, condenáronla á muerte, logrando con su palabra lo que no habia logrado Annibal con su espada; y penetrando en el oscuro seno del hogar doméstico, quebrantaron las cadenas de los esclavos, volviéronles su dignidad perdida, y enseñáronles el camino del cielo; y concluida su obra, enderezaron serenos sus pasos al circo, do encontraban una hoguera en premio de sus virtudes.

Nosotros anhelamos instituciones que nos recuerden la fraternidad de las naciones, para que el mundo se arregle al ideal cristiano. La asociacion hará de todas las fuerzas humanas una sola fuerza; de todas las conciencias un luminar deslumbrador; sostendrá en la vejez al anciano y cubrirá bajo sus álas la cuna del niño; buscará garantías contra los desafueros de los poderosos, antídotos á la usura, peste en las ciudades, lan-

gosta en los campos; dará movimiento y circulacion á la riqueza con la creacion de Bancos, á fin de que el capital sirva de amparo al trabajo, y de esta suerte los hombres seremos libres, iguales y hermanos, cumpliéndose las promesas del Salvádor de las naciones.

17 de Octubre de 1855.

EL GENERAL ROS DE OLANO

Y EL DOCTOR LAÑUELA.

Si no fuera yo político, aficionado á la política, nadie me aventajara en rastrear nuestra literatura. Pero, ya que no mi vocacion, la fatalidad me ha llevado á tratar principalmente de leyes de imprenta, de formas de gobierno, de sistema electoral, y doy todos los libros de literatura del mundo, por cualquier obra sobre la república, sobre los límites del Estado, sobre el problema social, sobre los crímenes de los reyes absolutos, sobre las esperanzas de la democracia europea. Embebido en estos graves asuntos, leo libros de literatura, como asisto al teatro, de tarde en tarde, cuando una obra lírica es tan extraordinaria como el D. Giovanni; cuando una obra dramática es tan aplaudida como la *Venganza Catalana*. Se necesita que aparezcan los *Miserables*, para que yo me

olvide algunos dias de la coyunda del censo. Se necesita que nuestra prensa dé libro tan raro, como el *Doctor Lañuela,* para que me deje yo de pensar una hora por espacio de dos ó tres dias, en la esclavitud de esta esposa de nuestro cuerpo, que se llama el alma; ó en la esclavitud de esa alma del alma, que se llama pensamiento. Y sobre todo, ¡cuán original y nuevo será este libro que me arrastra á olvidar por un momento la prosapia política de su autor, el contubernio nefando con la escuela doctrinaria, su culto á la union liberal por la que tengo un odio invencible, sus pronunciamientos, estériles para el país, sus ministerios más calamitosos que es la piedra en Castilla, y su espada, hoz fatal para el árbol de nuestras libertades, que á haber crecido, y guardado entre sus ramas un pequeño, un pobre nido para estas avecillas del cielo llamadas ideas, acaso viviera yo tranquilo á su sombra sin acordarme, como los pastores del Arcadia, sino de oir el arroyuelo, y las áuras, y el ruido misterioso del ramaje, llorando en verso ú prosa, como Dios me diera á entender, mis dichas perdidas, mis esperanzas burladas, mis amores muertos, mis tristezas eternas.

Me gusta en literatura el género fantástico

porque aspira á un ideal, porque vuela, porque destila lágrimas, porque me recuerda la universalidad del dolor, porque me aparta de la detestable escuela realista. Felices aquí, en las letras, donde podemos combatir á los realistas, sin miedo á que el Sr. Cánovas nos eche encima del alma el Código penal, y encima del cuerpo la cadena del presidiario. ¡Felices aquí en las letras, donde podemos llamarnos á boca llena republicanos, sin temor á que lo borre el fiel cumplidor de sus deberes, el fiscal de imprenta. Siempre, aun en los tiempos de Felipe II, aun bajo la inquisicion, se ha llamado á esta hermandad literaria, que seria divina si ocultara más la envidia, se le ha llamado República. Pero vamos á la escuela realista. Cuentan que una noche cierto labriego asistía á la representacion de una de esas comedias hoy al uso, pobres fotografías de la sociedad, donde se oyen nuestras conversaciones, y se ven nuestras pequeñeces, sin que el arte se levante dos dedos del suelo, sin que aspire á destellar ninguna de esas fulguraciones, cuyo reflejo es la luz eterna de la historia. El labriego, absorto de ver lo que veia todos los dias, dirigióse á su costilla que á su lado estaba, exclamando: «Chica, si no te vienes, yo me voy.» Y abrió en des-

comunal bostezo una boca, tamaña como una espuerta.—¿Por qué te vas?—Porque no soy chismoso, y no me interesan cuentos de vecindad, ni me va gran cosa en conocer las vidas agenas.» Esta respuesta del labriego, es toda una obra de estética. Hay más ciencia en ella, que en muchos tratados de maestros, varias veces laureados, ceñidos de más borlas que colores tiene el iris, y dueños de más libros que puede llevar sobre sus lomos un burro.

El cuento fantástico pertenece á la gran literatura, á la literatura de la idea, á la literatura del dolor, á esa literatura que vuela cuando parece que se arrastra, y que á manera de la luz, se conserva pura aunque bese el lodo del mundo. Si alguna vez nos presenta la realidad destilando sangre, es para hacernos levantar, por el contraste, los ojos al cielo. Yo quiero la poesía, para que me sirva de alas. Yo quiero en el arte volar como el águila, cantar como el ruiseñor, subir, como la alondra, del nido del barco al éther de la aurora, gozarme en la aspiracion universal de todos los séres á lo infinito. Es verdad que el libro que ahora hojeo, despues de haberlo leido todo; ahora evoco, despues de haberlo meditado; es verdad que ese libro me recuerda los deberes de

la vida real, los callos que me atormentan los piés, y me obligan á bajar la cabeza cuando más alta la alzaba para buscar el soplo de lo infinito. Pero ¡ah! que asi como toda buena sociedad debe matar el hambre y la sed del cuerpo, toda buena literatura debe avivar el hambre y la sed del espíritu. La musa viene á enseñarme el cielo, y á infundirme el amor violento, el amor hidrópico de lo eterno, de lo absoluto. Porque despues de todo, en un mar tan grande como el espacio, soy relativamente menor que el pez en el Océano, menor que el infusorio en su gota de agua. Cuando me resigno á vivir pegado á la tierra, alimentándome de su jugo, me convierto en pólipo. Todo humano sér nace con un hambre capaz de devorar el Universo sin hartarse. Podríamos poner la luna sobre la tierra; Saturno, con su anillo de oro, sobre la luna; Júpiter, con sus satélites, sobre Saturno; la vía láctea, los mundos por venir, ascender en esta escala, tocar con la mano en los límites del sistema planetario, bañarnos en la luz increada, amar á un sér superior á todos los séres que nos han atormentado en este mundo; ceñirnos por corona las ideas arquítipas y divinas; y todavía tendríamos amor, todavía tendríamos ambicion si éramos poetas, si sobre aquel trono

se levantaba aun la Jerusalen celeste del arte, el espejismo de la vida, nuestro consuelo y nuestro tormento, el agua que á un tiempo apaga y aviva la sed de nuestro espíritu. Yo, á quien Dios debe perdonar por haber amado mucho; yo, acaso no amara á haber sido feliz; acaso la desesperacion que siento desdeñado, se convertiria en tedio á ser correspondido. Lo que poseemos no basta á hacernos felices. Sólo deseamos, sólo amamos lo imposible. El amor más santo y más caro es el amor más lejano. Nos parece que vamos á vencer, que vamos á tocar el objeto anhelado, y cuando corremos, los piés se destrozan contra las piedras de la realidad. Todos amamos esa Luz, que el poeta nos presenta en las mejores páginas del *Doctor Lañuela*; á esa luz, de cabeza esférica, como las vírgenes de Rafael, de ojos garzos, de frente serena, de negra cabellera, que se difunde por su espalda, como las sombras por una colina en las noches de luna; mujer semejante á la mariposa, de lejos hermosísima, encantadora, y entre nuestras manos, ménos que la hoja de una flor; ménos que los átomos de la tierra. ¿No es vedad, señor poeta, no es verdad que Luz es el deseo? ¿No es verdad que el deseo va subiendo de escala en escala toda

la vida, hasta que se convierte en ese inmenso mar que se llama la muerte? Un dia deseé oir un sí. Creia que en aquel si estaba la felicidad, y no estaba. Otro dia deseé ver una cuartilla mia en letras de molde. Tampoco estaba allí la felicidad. Hoy deseo la revolucion universal. Cuando la vea desearé un convento. Ya en el convento, desearé la muerte. En la hora de la muerte, estoy seguro de desear á Dios. Al término de esta ascension, ¿se encontrará la felicidad? ¿Morirá algun dia el deseo? ¿Morirá el progreso del sér? En una cabaña fuera feliz, si lograra que me hubiesen querido en este mundo del ódio.

Estoy cierto de que al leer el *Doctor Lañuela* alguno de nuestros académicos se duele del raro estilo del libro, y algunos de nuestros moralistas, de su escasa moralidad. Yo creo, sin embargo, que el desengaño de la vida real es el encanto de la vida ideal. Nunca fuera yo demócrata, á no haber visto de cerca á los cortesanos. Nunca trabajara por la independencia de la razon humana, á no haber visto que ciertas gentes, santas de oficio, santas por paga, predican una moral y practican otra muy distinta. Nunca anhelara aplicar un cauterio á esta sociedad, si no hubiera olido sus llagas. Cuando nos convencemos de que

la riqueza es vicio, el poder impotencia, el amor lujuria, la carne polvo, la belleza ilusion, la sabiduría sombra, la elocuencia hinchazon, la medicina enfermedad, las pasiones tempestades de verano, la vida un grano de arena que cae del relój del tiempo en la eternidad, entónces apartamos las sombras del espíritu, las olas de hiel de nuestro corazon, y miramos cara á cara á la muerte, y al través de la muerte, vemos mejor á Dios como vemos mejor al sol poniendo la retina tras de un vidrio ahumado.

Pero aún no he dado á mis lectores una idea de los cuentos fantásticos. Y es porque no podia darla. Es imposible dar una idea de *La vida es sueño*, de la Titania del hombre de arena, de los sueños de Juan Pablo Ritchter, de las sinfonías de Bhettowen, de las ideas madres de Gœthe. Los poemas fastásticos no se explican. Son diamantes de muchas facetas, y por cada una de ellas se descubre un matiz de la vida humana. Pero explicad el color griego. No es posible. Estas obras deben leerse. No tienen esa correccion de las obras clásicas que tan fácilmente se dibujan. No tienen esa grandeza imponente de los poemas épicos de que tan fácilmente se forma uno idea. Con mucho aire, dice Ritchter, se hace el cielo azul. Con un

poco de aire encerrado en una vasija apenas hay bastante para alimentar una luz. Por eso me parecen las obras grandes estas obras pequeñas que, como el *Doctor Lañuela*, se hacen con una mujer espiritual magnetizada, con otra mujer carnal, con un pobre estudiante que no sabe lo que se pesca, con un tio gruñon que, de puro ir montado en la cabalgadura del sentido comun, y apoyado sobre los estrivos de la realidad, se ha hecho tantos callos, que no puede moverse; con un farsante que, á manera de la vana ciencia del mundo sobre lo real y lo ideal, lo contingente y lo absoluto, la química y la filosofía, lo trascendental y lo inmanente, no puede curar esos malos callos que detienen á la humanidad, postrada, sin poder alcanzar el término de su camino, la realizacion de su ideal. Sobre todo, lo que más encanta, no es lo que se vé en estos; lo que más encanta, es el protagonista, el misterio eterno de la vida.

El autor pertenece á la generacion de Larra, de Espronceda, de Miguel de los Santos Alvarez, de Moreno Lopez; á una generacion que, si ha enflaquecido en sus últimos dias, si ha desmayado, es siempre respetable, siempre gloriosa, porque personifica nuestra revolucion literaria, aná-

loga á nuestra revolucion política. Moreno Lopez ha callado; Angel de los Santos Alvarez tambien. Algunas veces, cuando le encontramos por la calle, nos recuerda en su sonrisa volteriana el autor exclarecido, en cuyo silencio hay guardadas muchas ideas, como en los abismos de los mares hay guardadas muchas perlas. Espronceda há muerto para el mundo, aunque no morirá nunca para la gloria. Ros de Olano se ha atrevido á lanzar, desde su Direccion de Infantería, un libro, por el cual no será ciertamente tan conocido como por el morrioncete que ha encasquetado en la cabeza de nuestros soldados, y que lleva su nombre. ¿Y cuál es el rasgo distintivo del general-poeta? ¿El humor? ¿Y qué es el humor? Esta palabra no expresa bien las ideas, y no tenemos, sin embargo, ninguna que lo exprese mejor en castellano. Es la más subjetiva de las cualidades poéticas, la que busca el contraste entre lo finito y lo infinito; la que va al dolor por la risa, y á la risa por el dolor. Rebaja lo grande, escala lo pequeño; juega con los mundos como con las bolas de billar y arroja lo grande y lo pequeño en el abismo de lo infinito. Su crítica es el acaso, y lo golpea todo; se parece á los palos de ciego. Le agradan todas las manías humanas, y todas las ridiculiza.

No enseña predicando, sinò moviendo la conciencia al remordimiento, y la voluntad á la accion. Los humoristas son muchos, y ninguno se parece. Cervantes va á la cabeza de todos. Pero caben todos los géneros, desde la grandeza de Shakespeare, hasta la pequeñez de Sterne; desde Hamlet en el cementerio, hasta el viaje sentimental. Indudablemente Ros de Olano es humorista. Florentino Sanz tiene en el Quevedo rasgos de humor de primer órden, pero no es el humor la complexion de su talento. Ros de Olano, en verdad, es el humorista por excelencia. Y todo poeta humorístico es naturalmente excéptico, como es naturalmente excéptico todo filósofo místico. Nada me ha asombrado tanto como la ignorancia de Nocedal, cuando quiere engarzar el cuento fastástico del poeta en la corona de alfalfa espiritual que lleva sobre sus sienes la escuela neo-católica. Se necesita subir más arriba para comprender estas obras. Yo amo todos los géneros del arte, y digo que todos me gustan con tal que sean obra del talento. El arte es siempre simbólico, diga lo que quiera mi maestro Hegel. En él ponemos las ideas subjetivas. Yo recuerdo una tarde del mes de Setiembre en Aragon. Tenia diez y ocho años, y leia á Chateaubriand. Algunas veces tambien

leia, con remordimientos, á Byron. Aún recuerdo el asombro que le causó al cura de aldea, un dia que me confesé haber leido á Byron. Los muchachos de colegio llevamos el pedantismo hasta el confesonario.—Me gusta Byron, le dije compungido.—Muchacho, me contestó, ese pecado no está previsto en el P. Paco.—Pero, siguiendo, iba yo desde Aliaga á Campos al caer la tarde. El cielo estaba sereno. Aparecian las primeras estrellas. Las yuntas se retiraban. Oíanse los últimos balidos de las ovejas. Las sombras caian sobre el valle, mientras las cimas de las montañas brillaban coronadas por la luz del crepúsculo. Oí entónces una campana. Yo, loco con el génio del Cristianismo, creí ver la imágen de María, vestida del sol, calzada de la luna, coronada de estrellas, envuelta en el azul de los cielos, resbalándose sobre el crepúsculo, seguida de los ángeles que henchian de aroma los aires, y guarecida bajo las blancas alas del Espíritu Santo. Iba sólo, me arrodillé, y recé el Ave-María. Cuando llegué al pueblo, supe que aquella campana, que llamó mi espíritu á la oracion, se tañia todos los sábados por el barbero del lugar para anunciar á los pastores de las cercanías que debian ir á afeitarse. Y, sin embargo, despues he oido la campana de la catedral de To-

ledo, y no ha sonado con tan religiosa resonancia en mi alma.—Señor general, con vuestros entorchados, con vuestra pequeña grandeza de España, con vuestro título moruno, con vuestro ex-ministerio de Marina, con vuestra Direccion de Infantería, con vuestro entusiasmo por el Gran Cristiano, con vuestros discurso en el Senado, os aborrezco. Señor poeta, con vuestros neo-logismos, con vuestras estravagancias, con vuestro lenguaje revesado y estrambótico, os doy un aplauso. No quiero deciros quién soy no sea que si mañana ú otro dia me encontrais en una barricada gritando por ejemplo: «Viva la República» tengais algun escrúpulo en fusilarme.

24 de Abril de 1864.

MUÑOZ TORRERO.

España habia llegado al extremo último del abatimiento, cuando alboreaba la luz de nuestro siglo. Presa de un favorito su gobierno, de la inquisicion su conciencia, de extranjero poder sus ejércitos; rotas y diseminadas sus naves, perdido su antiguo poderío, no habia derecho que no fuese violado, ni injusticia que no fuese cometida, ni infámia que no le guardara la historia; propio lote de las naciones caidas bajo el peso del despotismo. Desapareciera el pueblo como desapareció la córte; muriera la nacionalidad como murió el gobierno, á no existir en el seno de aquella sociedad exhausta los varones, ilustres por sus ideas, enérgicos por su carácter, idóneos para todo sacrificio, indomables por la adversidad, que en el serrallo de la tiranía conservaron

la luz de la conciencia y entre las ruinas de la pátria salvaron las tablas de nuestros derechos. Cuando ponemos el pensamiento en la sociedad que cae más allá de 1812, y en la sociedad que cae más acá de esta fecha, no podemos reprimir un sentimiento de veneracion hácia los hombres que, armados sólo de su potente idea removieron el mundo antiguo con todos sus errores, y lo lanzaron á los abismos de lo pasado, aún á riesgo de morir entre sus ruinas. Lo que más nos admira en ellos, no es ciertamente la idea siempre grande, luminosa siempre; lo que más nos admira es aquella virtud de que hoy más carece esta sociedad enfermiza, la fé en un ideal, la pureza de la vida, la severidad de las costumbres, el desinterés, la abnegacion sublime, el esfuerzo para pelear sin trégua, y la santa resignacion para caer bajo la segur del despotismo, dando su vida por su idea, y procurando la felicidad de las generaciones venideras por la redencion del dolor, y por la fecunda virtud del sacrificio. ¡Oh! Nosotros quisiéramos que su recuerdo infundiera en las venas de esta generacion, que ha de acabar la obra comenzada entonces, aquel ardor inmenso por el combate, aquella sed inextinguible por la idea, aquel despego á todo lo útil, aquella

invocacion contínua á la muerte, antes que bajar la frente á la injusticia. Todas estas cualidades, y aún mayores, se necesitan hoy para no caer de lo alto desplomados, cuando vamos á poner la última piedra en la cúspide del edificio de nuestras libertades, amasado con tan pura y generosa sangre.

Mirad los hombres de 1812, miradlos, y bajad la frente en su presencia. No tenian pátria, porque toda la tierra estaba cubierta por extranjeras legiones, y ganaron una pátria para sus hijos. El absolutismo lo habia degradado todo, y enardecieron con sus ideas una generacion, y de esclava que era, lanzáronla á pelear y morir por la libertad. Las hogueras de la Inquisicion ardian, y las apagaron con su soplo. La censura manchaba el pensamiento, y la destruyeron con soberbio esfuerzo. El derecho divino era como la marca de la esclavitud en la frente de la humanidad, y borraron el derecho divino. El diezmo, el señorío, la prestacion feudal, mataban á un tiempo la propiedad y el trabajo, y desarraigaron de la tierra el feudalismo. Todos los mónstruos que habian degradado á los hombres, todos murieron á sus plantas. Ellos son los monumentos vivos que separan las corrientes de dos eda-

des, y que impulsan los tiempos á nuevas regiones, la idea humana á nuevos horizontes. Y para que nada les faltase, despues de haber acabado con el absolutismo; despues de haber redimido la pátria; despues de haber apagado la Inquisicion, y escrito el código de nuestros derechos, y emancipado el pensamiento, y creado la prensa, y erigido la tribuna, y puesto la cuerda de la libertad en la lira de nuestras artes, y lanzado sobre el mundo los torrentes de las grandes ideas, y llamado á la vida un pueblo, y vencido á Napoleon, y asombrado á la gloria: despues de estas maravillas, apóstoles y mártires, víctimas de la ingratitud más abominable que recuerda la historia; ellos, creadores de la nacionalidad, no tenian pátria; ellos, tribunos de la libertad, no tenian derechos; ellos, destructores del tormento, veian levantarse bajo sus piés los potros y los cadalsos, abrirse los calabozos donde eran enterrados vivos, para hartar el hambre voraz que siempre aqueja al despotismo. Pero al aniquilarlos, se engañó la tirania, porque no pudo aniquilar su nombre; al querer cubrir de infámia sus cadalsos, se engañó tambien, porque esos cadalsos infamados por ella, son los altares de nuestra redencion política; y sus víctimas son

los mártires, con cuyo ejemplo nos fortificamos, y en cuyo nombre juramos no consentir jamás la servidumbre.

Entre estos hombres descuella Muñoz Torrero, cuyas cenizas vamos á depositar hoy en el regazo de la pátria tierra. Sacerdote ejemplar, era de aquellos que unian las severas virtudes cívicas espartanas, con las dulces virtudes cristianas; la energía de la razon, con la santidad de la fé. Él fué el primero que despues de tres siglos de despotismo, se levantó sobre el suelo, quebrado por tantos terremotos en la sagrada Cádiz, para proclamar contra la soberanía absoluta de los reyes, la soberanía de los pueblos. Aunque no tuviera otro mérito, su nombre seria siempre una estrella fija en los cielos de la historia. Él redactó esa Constitucion, que conservamos como un monumento sagrado, á cuyo recuerdo se alzaba Italia y renacia Grecia. Su poderosa palabra cayó sobre el tribunal, deshonra de nuestro nombre, y lo sepultó en las sombras de lo pasado, entre las abominaciones que eternamente condenará la historia. Su elocuencia forjó, siquier imperfectamente, como ha de ser todo comienzo en la sociedad y en la naturaleza, esta prensa periódica, que hoy esgrimimos, esta espada á cuyo

filo no resiste ninguna tiranía. Él puede decirse, que era uno de los jefes de aquellos varones insignes, que perseguidos, proscritos, pueblo escogido con la palma del martirio en las manos, y la idea del siglo en la frente, se reunieron, convocados por la tempestad, y tomando al cielo por testigo, rodeados del infinito Océano, en verdad no tan grande como su pensamiento, sobre el suelo sacratísimo de Cádiz, en el cual se estrellaban las bombas francesas sin conmoverlo, enterraron la sociedad antigua, abrieron profundamente los fundamentos de la sociedad moderna; con una mano salvaron la pátria que se derrumbaba, con la otra escribieron el derecho en nuestra historia; y desafiando con las legiones de ideas de la libertad á las legiones de guerreros de la tiranía, alcanzaron aquel triunfo que la historia no comprende, que la epopeya aún no ha concluido, pero que los siglos agrandarán con la poesía encerrada en los tiempos, y contarán todas las generaciones, entre las honras mayores que pueden enaltecer á la humanidad, y servir de escudo á la independencia de los pueblos.

Pero el hombre que hoy honramos, debia ser coronado por el dolor. El rey, que habia debido á sus sacrificios la corona, asi que llegó á Espa-

ña, olvidó los juramentos prestados, recabó la autoridad absoluta, sepultó á sus defensores en los calabozos. Muñoz Torrero, á pesar de su inviolabilidad, fué preso. Pero en su prision estaba el derecho, en su prision la justicia. Aquellos calabozos húmedos, mal sanos, donde no penetraba la luz, donde apenas se podia respirar; llenos de insectos que atormentaban á las infelices víctimas, de ratones que roian hasta las cubiertas de sus pobres camas; aquellos calabozos resplandecian, porque eran el santuario de la justicia, el refugio de la libertad. Todo lo que habia de grande en el país por una ú otra causa, era blanco de los ódios de la tiranía; Moratin, nuestro primer dramático, proscrito; Melendez Valdés, nuestro primer lírico, tambien; Martinez de la Rosa, perseguido; los bienes de Toreno, secuestrados; la palabra de Argüelles, muda como la pluma de Conde; la lira de Quintana, rota; Florez Estrada, condenado á muerte; Muñoz Torrero, en los hierros; y mientras tanto las feroces hordas realistas asesinando á su antojo; muchedumbres ébrias, dueñas de las primeras poblaciones; la Inquisicion, restablecida á los conjuros del nuncio Gravina; los esbirros premiados con las distinciones, en otro tiempo guardadas á la

honradez y á la lealtad; frailes feroces predicando el exterminio de los liberales, si posible fuese hasta en el seno que pudiera engendrarlos; la tertulia de un almirante, el cual acaso no se habia embarcado jamás, convertida en centro de delaciones; los periódicos suprimidos; los teatros cerrados; los destinos públicos vendidos en almoneda; henchidas las cárceles; atrahillados los mejores ciudadanos, y enviados á Africa y á Filipinas; castigado el silencio en unos, el aplauso en otros, la lealtad á una causa en todos; chorreando sangre el patíbulo, y el rey, sin curarse de la pérdida de las Américas ni de las ofensas inferidas á nuestra dignidad en el Congreso de Viena, intrigando con Escoiquiz, divirtiéndose con su bufon Chamorro, convertido en juguete del ruso Zaffischeff; siempre entre fiestas y diversiones, mientras bajo sus plantas se envilecia y se arruinaba la pátria.

La nacion no podia sufrir por mucho tiempo este régimen. Vino la revolucion de 1820, y con la revolucion de 1820 renació la libertad, se congregaron las Córtes. Muñoz Torrero volvió á tener por pedestal la tribuna, y volvió á trabajar con el mismo ahinco por la causa del pueblo. Pero ¡ah! que la tiranía era implacable. Los

franceses, aquellos mismos franceses que expulsamos de la pátria, hollaron las cenizas de nuestros héroes, restaurando el absolutismo que tres siglos antes habian traido otros extranjeros. El nacimiento y la restauracion del absolutismo prueban que es eterno extranjero en nuestra pátria. Aquella gran catástrofe obligó al diputado de Cádiz á refugiarse en Portugal. Allí en el retiro, en la soledad, llorando siempre las desgracias de su pátria, pero sin decaer su ánimo, como quien sabe el poder de las ideas y su fuerza incontrastable, y en ese poder y en esa fuerza libra sus esperanzas mejores; allí se consagró á sus estudios, á los deberes de su ministerio, á socorrer á los pobres, á cuidar á los enfermos, á enderezar los pasos de los hombres hácia la virtud, á la cual prestaba un culto religioso, no en vanas palabras sino en saludables y benéficas obras. Pero allí fué á buscarle tambien la tiranía. Don Miguel de Portugal, tan feroz como todos los tiranos y tan cobarde, no quiso que se le escapara la presa. El retiro del sacerdote fué violado. Un castillo recibió á los pocos dias al héroe de la libertad. Allí le aguardaba el martirio. Para contar sus dolores se necesitaria la trágica pluma del Dante; para lamentarlos, el plañido de

Job. Una torre de espesos muros que se levanta á orillas del Tajo; una torre que recuerda la torre de Pisa, donde padeció hambre el conde Ugolino. El calabozo de Muñoz Torrero era un sepulcro. Cuando las mareas crecian, el agua entraba, le rodeaba, y una tarima humedecida, donde sus miembros se entumecian, era su único refugio, su único lecho. Su verdugo, cuyo nombre no queremos recordar, le maltrataba, le injuriaba, le escupia al rostro, ensuciaba su miserable rancho, para moverle á náuseas; le obligaba á trabajar, á llevar piedras y maderos de un punto á otro y arrancar zarzas y arbustos, para que se hiriese las manos y los piés, para que manara sangre de su cuerpo; lo bajaba á los pozos de aguas súcias á limpiar las inmundicias, y cuando estaba en su fondo sin fuerzas, sin aliento, asfixiándose, muriéndose, con los piés hundidos en los escrementos y la cabeza perdida entre los vapores de los mefíticos gases, arrojaba piedras sobre sus espaldas, injurias sobre su alma, preguntándole si encontraba allí la llorada libertad; barbárie de que sólo son capaces los que han vendido su alma y su conciencia al yugo de los tiranos.

Tantas crueldades debian acortar sus dias.

Aquella prision fué un asesinato lento, horrible, digno de los tiempos de Calígula ó de Tiberio. El dia 3 de Marzo de 1829, agonizaba sobre su tarima. ¿Quién no respeta este momento sublime? Cuando el hombre agoniza es sagrado. En su lucha con la muerte, no debe nadie quitarle á Dios su jurisdiccion. Es un sacrilegio no respetar el momento en que la vida se apaga, en que el espíritu huye del cuerpo, en que la conciencia se concentra en sí misma para presentarse ante el supremo juicio, en que el dolor llega á su última expansion y lo sobrenatural que comienza tiñe el rostro del moribundo, próximo á entrar en la noche misteriosa y serena de la inmortalidad. Pues bien, cuando sus lábios palidecian; cuando el último extertor salia de su pecho; cuando se cerraban sus ojos; cuando sus lábios se contraian para pronunciar la última oracion en que, acaso intercedia por sus verdugos como Cristo; el carcelero le ató una soga á los piés, lo sacó arrastrando del calabozo, le bajó por una escalera contra cuyos treinta y tres peldaños dió otros tantos golpes su venerable cabeza, que habia encerrado el espíritu del siglo, y arrojó como un perro al hombre ilustre sobre la tierra honrada con sus virtudes, y redimirla por sus ideas.

Despues de contar esto, el ánimo entristecido no tiene valor para continuar. Un sollozo, una lágrima, sería el mejor epílogo de estos pobres renglones. Veneremos al mártir. Prometamos imitar su ejemplo. Su dolor lo ha inmortalizado, y de su vida vive aún nuestra libertad. Juremos por sus manes ódio eterno á los tiranos, eterno culto á la libertad, y si es preciso, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, vivir como él y como él morir, antes que faltar á la santa causa de la justicia y del derecho.

5 de Mayo de 1864.

ANSELMO CLAVÉ

Y

LOS COROS CATALANES.

El año pasado, al comenzar el estío, henchia el teatro de Jovellanos gran multitud, ansiosa de escuchar los coros que nos traian en sus acentos un eco de Cataluña. Confieso que pocas veces he sentido en mi vida impresion tan profunda, ni que me haya dejado recuerdos tan duraderos y tan gratos. Alzóse el telon, y al ver aquellos trabajadores, en cuyo rostro se reflejaba la altiva nobleza de su raza, uniformados modestamente con su limpio traje, rodeando el pendon que es la enseña de su artística profesion, creí ver la imágen de su país, del país del trabajo, apareciéndose á mis ojos con todos los atributos de su fuerza y con todos los poéticos recuerdos de sus leyendas. Súbitamente inundó el aire una vibracion que no

parecia producida por aquellos varoniles pechos, sino por arte de encantamiento y mágia, de otras regiones más altas descendida, segun deleitaba el oido y embargaba el ánimo. Las palabras que al momento sobrenadaron, como perlas arrastradas por aquellas olas de armonía, sacáronme de mi éxtasis, recordándome que oia un coro, un coro popular, un coro de trabajadores que, despues de haber dejado el martillo ó la escuadra; despues de haber salido de aquellas fábricas, donde el aire es tan pesado y el ruido tan estridente, aún tienen pecho para cantar, oido para aprender dulces armonías, é imaginacion para consagrarse al arte, á ese asilo del espíritu, disgustado siempre de las tristes asperezas que siembran la realidad de la vida. Cantaban *De bon Mati*, y confieso que, á pesar de tener á vanagloria el entender y aun chapurrear un tantico el catalan, no de las palabras deducia la música, de la música deducia las palabras, la poesía encerrada en aquel dulcísimo canto. Yo creí ver morir las estrellas, ver brillar el lucero de la mañana, dorarse los bordes del horizonte, sacudir, al beso de la aurora, sus ramas los árboles cargados del rocío de la noche; salir de sus apriscos los ganados; enderezarse el vigilante gallo; sonreir toda la naturaleza al con-

juro mágico de aquel canto que tan bien repetia el susurro de la enramada, el soplo del aliento matinal, el trino de la alondra, ese profeta de la luz; la alegría inmensa que sienten todos los séres así animados como inanimados de la naturaleza, cuando nace el dia, y con él esos ruidos que son como la sinfonía, que para expresar su contento compone la mañana.

En medio del coro estaba su director, con su pequeña batuta en la mano, moviéndola impasible, como si no viera cuanto le rodeaba, atento solo á escuchar la vibracion del canto. Él es el poeta que ha escrito la letra, el maestro que ha compuesto la música, el génio activo y perseverante que ha formado el coro, el gran propagandista que lo ha extendido por Cataluña, y que, si se empeña, lo llevará á toda España, porque tiene inspiracion para el arte y vocacion para el apostolado. Hace algunos años Clavé era puramente un trabajador, un tornero. En su figura se conservan señales de sus penosos trabajos. De vez en cuando, sujeto á su taller levantaba la vista, apercibia el oido, como el ave enjaulada, para escuchar cualquier melodía popular, cualquier eco perdido que llegaba hasta su alma. Pero no conocia él mismo, no adivinaba su vocacion de mú-

sico, que dormia inconsciente en su imaginacion. Hay, sin embargo, un gran revelador para el espíritu, y sobre todo, para el espíritu del poeta. A este revelador, unos poetas le llaman Cintia, otros Lesbia, otros Beatrice, otros Laura; pero la humanidad entera le llama siempre amor.

Cataluña (permitidme la transicion, aunque sea brusca), Cataluña no es solamente la tierra del trabajo; es tambien la tierra de las bellezas naturales, la tierra de la poesía. En un viaje por aquella privilegiada region halla el industrial, el historiador, el poeta, campo á todas sus inclinaciones. Quien no ha visto las costas de Levante, de Barcelona, no ha visto una de las regiones más hermosas de la tierra. Las costas, que forman un anfiteatro de muchas leguas; el mar, con ese azul que solo el Mediterráneo tiene, y que yo no puedo comparar sino con un cielo en la tierra; los campos sembrados de maizales, de higueras, de naranjos, de olivos, de viñas; la cordillera del Norte, por tan graciosa manera recortada, que semeja un inmenso intercolumnio; al pié de las colinas, junto á la pedregosa playa, el pueblo nuevo conservando algo de su griega fisonomía; en la altura, el pueblo antiguo; por todas partes la fecundidad del trabajo, conociéndose en la vela que

cruza, en la locomotora que gime, en la fábrica que humea, en el arado que abre el surco, en las redes tendidas secándose por las piedras; y sobre todo la luz del sol, aquella claridad del cielo que se aumenta, que se duplica, reflejada, repetida por el cristal de las aguas. En uno de aquellos pueblos, cuyo nombre ahora no recuerdo, el poeta tuvo el nido de sus primeros amores. Las vísperas de todas las fiestas iba allí á pié desde Barcelona, despues de catorce horas de trabajo.

¡Oh! La música ha nacido para suplir la palabra, para expresar esos sentimientos vagos, infinitos, que, por lo mismo que son como el aire de la vida moral, no revisten bien la forma concreta de la palabra.

El entusiasmo pátrio, el sentimiento religioso se exhalan en la Marsellesa y en el himno de Riego, en el *De profundis* católico y en el Coral de Lutero. Pero el sentimiento que más necesita de la música es el amor, el cual se expresa mejor en un suspiro que en un discurso. La serenata poética verdadera es la serenata de amor. Clavé amó y cantó. Comenzó por componer algunas canciones amorosas, y concluyó por componer esos coros que son hoy la honra de su nombre y el orgullo de su patria. Como en todos los artistas,

el amor fué en él una revelacion; sí, una revelacion que debia anunciar el amanecer de sus varias vocaciones. Despues, el arte pasó en él del período instintivo al período reflexivo, y se sintió con ánimos para ser el músico de su pátria. Oyó los cantos que los campesinos entonan en las orillas del Llobregat y del Bèsós, mezclados con los cantos que entona el pescador al dulce arrullo de las olas; recorrió, peregrino del arte, las riberas del Ter en pos de inspiraciones y de cantares; anotó el ronco acento de la tenora ampurdanesa y la cadencia melancólica y grave de la sardana; oyó, al eco de los torrentes del Fay, los cantares montañeses; y en las crestas del Montserrat, cuando el sol naciente dora sus mil pirámides, los romances religiosos de los romeros que van á saludar á María, la estrella que han invocado en el mar cuando la tempestad sacudia su esquife, el santo amparo que han buscado en la tierra cuando la granizada amenazaba sus campos; y uniendo á todo esto la vena de su propia inspiracion, tierna, inagotable, Clavé ha escrito cantares que son hoy la voz de Cataluña; y trovador del siglo XIX, no acude á las puertas de los castillos ya hundidos y de los monasterios ya arruinados, y de la historia ya olvidada, sino á la fuente única de inspiracion

que ha quedado viva, á la fantasía del pueblo.

¡Qué variedad de tonos! La música de la Brema podria acompañar, sin desdecir de la letra, unos exámetros de las Geórgicas de Virgilio. El músico ha llegado de tal manera á encontrar el sonido propio de las palabras, que su poema es un cuadro. ¿Quién diria que el autor de aquella música tan dulce es el autor del himno bélico titulado «Los Nets dels Almugavers?» Es un canto consagrado á los catalanes que fueron á Africa, en cuya boca pone el autor este pensamiento: «Cinch cents homens partirem : tres cents homens tornám.» Lo he oido en Madrid, en Barcelona, en las montañas, en Reus, y donde quiera que lo he oido me ha causado siempre el mismo maravilloso efecto aquel rápido *anem* que muestra la decision por la guerra; aquellas notas ardorosas que como chispas encienden el corazon; la tierna despedida, el *A beu sian*, á las playas, á las montañas, á las riberas pátrias, lleno de esas lágrimas, tanto más preciosas, cuanto que son lágrimas de héroes; el toque de diana, que despierta al catalan, anhelante de imitar á sus padres, de pelear por pelear, de oir el rugido bélico, de ver rotas las huestes enemigas, de respirar vapor de sangre en medio de las nubes de polvo

que levanta el combate; el grito «*avant*, *avant*,» entre el sonido de los clarines, el estridor de las armas, el estampido de los cañones, el retemblar de la tierra, el aullar de los kabilas; y por último, el cántico alborozado de victoria, el cántico á la pátria, el cántico á Dios, aquella conclusion del himno, aquel esfuerzo último del arte, la armonía, que, sintiéndose ahogada en la tierra, se apoya un momento sobre su barro manchado de sangre, y abre sus blancas alas, y se remonta á los cielos.

Bien es verdad que Clavé tiene para esto un precioso instrumento, la lengua catalana. Sus pintorescos adjetivos, la infinidad de palabras monosilábicas, la riqueza de los verbos, la concision admirable con que pueden expresarse muchas ideas, las sincopes que permiten á cada paso sus artículos y sus pronombres, hacen de la lengua catalana una lengua esencialmente música. Y debo decirlo con franqueza: cuando Clavé en sus versos no aspira más que á expresar la ruda inspiracion del pueblo, es su poesía excelente. Yo conozco pocas cosas tan bellas como ésta:

¡Ay! jo te estimo
Com lo vellet lo arrimo

Ama del sol d'invern,
Com lo infantet al naixer
Ama l' mugró matern.

Pero cuando Clavé imita la poesía campestre académica, cuando por dejarse llevar de algun recuerdo erudito pinta unas pastoras muy blancas y muy limpias que están destrenzando la cabellera con sus manos de nieve, y mirándose en las aguas, entónces su poesía pierde su principal mérito, la naturalidad. Entiéndalo Clavé. Para su música, toda de oro nativo, es preferible la palabra ruda, pero natural, del pueblo, á la frase retocada y contrahecha del académico, como es preferible para adornar la cabellera de una hermosa la flor del campo húmeda de rocío, á la flor de trapo, aunque esté cuajada de diamantes.

Pero ¡ah! los coros son admirables. Una de las más duras condiciones del pueblo es el verse privado del arte, de ese alivio de nuestra vida. Clavé quiso llevar el arte hasta su triste oscuridad y lo ha conseguido, y los trabajadores todos de Cataluña saben de memoria sus versos y cantan su música. Y con esto ha prestado un servicio inmenso á la civilizacion. En lo antiguo la música era como la gimnasia del alma. El grande pue-

blo artista de la historia ha sido el pueblo griego. Así sus oradores le acompañaban con instrumentos músicos; sus historiadores leian al son de la música las páginas gloriosas de Salamina y de Platea; el culto estaba principalmente confiado á coros de sacerdotes; entraban en las batallas sus ejércitos al eco de los himnos; y cuando salian para largas navegaciones ó arribaban á las patrias playas, salian y volvian sus navegantes entre las bendiciones de su familia y de su pueblo, que se expresaban en suaves cánticos. El siglo décimo sexto, Fétis lo dice, el siglo décimo-sexto, que es el siglo del renacimiento de la humanidad, es el siglo del renacimiento de la música. Cuando el hombre sale de la cárcel de la Edad media, sale cantando como el ave cuando sale de las sombras de la noche. El lirismo, lejos de enflaquecer el ánimo, lo vigoriza. El trabajador catalan, despues de emplear el dia entero en su fábrica, emplea sus noches en aprender sus cánticos. Cuando el alma siente esos arrebatos líricos, el alma no se vicia. Sabe que ha de volar, y que para volar necesita sacudir el barro de la tierra. Ama la luz, y la luz viene del cielo. Así aquellos hombres rudos, de callosas manos, endurecidos en el trabajo, conservan el reflejo de lo idéal en sus frentes.

Se vé que aman la naturaleza, que sienten el arte, que aspiran á la idea, que son libres, y que como los héroes antiguos, el cántico no es en ellos un eco vago y ethéreo que se pierde, sino una accion constante de la vida. Esos coros son unas asociaciones de socorros; los jóvenes que en ellas toman parte se asocian mútuamente, se fortalecen, se auxilian y sienten esas amistades que tanto fortalecen los ánimos. No se puede explicar cuánto contribuyen á civilizar al pueblo catalan. Yo los he oido desde Figueras hasta Reus, desde las faldas del Pirineo hasta las orillas del mar de Tarragona. Forman un ejército de cantores que sostiene vivo el culto á lo ideal en toda Cataluña. Yo los he oido en San Miguel del Fay, entre aquellas montañas, acompañados por el ruido del viento que agitaba las encinas, y el de las cascadas que se precipitaban con sublime resonancia en los abismos. Yo por toda Cataluña los he admirado; y al recordar los profundos sentimientos que han infundido en mi alma, los recuerdos imperecederos que han dejado en mi memoria, no puedo ménos de dedicar una columna de este pobre periódico que he consagrado al pueblo, á recordarlos; á recordar que aquel pueblo tan enérgico así ama el trabajo, que aumenta las fuerzas

del cuerpo, como el arte, que aumenta las fuer- del espíritu. Oid, oid sus cánticos y en ellos vereis pasar ráfagas de la luz de su alma, y comprendereis que no es verdadero arte, sino aquel en que late el corazon de todo un pueblo.

30 de Julio de 1864.

LOS CRÍMENES DE LA ESCLAVITUD.

I.

No se explica, no se concibe siquiera, cómo despues de haber pasado diez y nueve siglos de cristianismo, de esta religion que proclamó la igualdad natural de todos los hombres, más de medio siglo de la revolucion que llevó tan gran principio á las instituciones y á las leyes todavía, en un pueblo que se llama cristiano, y hasta exclusivamente católico, y se jacta con justo título de haber revelado el misterio de la existencia del Nuevo al Viejo Mundo, subsiste el feroz crímen, nunca bastante execrado, que envilece á hombres iguales á nosotros, y los caza y los cambia en los mercados, y convierte su matrimonio en el ayuntamiento de las bestias, y viola horriblemente en

ellos la paternidad, en sus mujeres la maternidad, el más sagrado, el más sublime de los misterios humanos; y mata el soplo del espíritu, los vislumbres de la conciencia, la idea religiosa, para reducirlos á máquinas dispuestas á recoger el café, á refinar el azúcar, regalando el paladar y el gusto de los poderosos y de los felices, á costa de todos los sentimientos de dignidad, de todas las ideas de justicia; á costa de la perversion completa y de la muerte moral de una sociedad, si es que tal nombre merece la que lleva el cadáver de la esclavitud en sus entrañas.

II.

Á medida que los siglos se ilustran, que los pueblos se civilizan, la esclavitud va siendo más execrable. Todavía se explica allá en los primeros tiempos, en el reinado de la fuerza y de la conquista, cuando nacian los imperios ciclópeos, cuya bárbara rudeza descansaba sobre las espaldas de millones de hombres vencidos y encadenados. La moral era la fuerza; la religion, el tributo de

respeto pagado á los animales más poderosos, al elefante, al buey, al leon, al águila; el gobierno, la teocracia bárbara que sólo conocia la hoguera del holocausto y la espada del combate; la sociedad entera, una sobreposicion de castas petrificadas en degradante inmovilidad; y para sostener todos estos errores, para sancionar todos estos crímenes, para combatir y domeñar la naturaleza, todavía rebelde, y como desgarrada por los últimos esfuerzos de la ruda creacion, acaso se necesitaban aquellos infelices despojos de la guerra, que en lagunas infectas, en desiertos abrasados, en subterráneos profundísimos donde la noche era eterna, trabajaban al son de su cadena, con la marca de la servidumbre en la frente, y el látigo sobre la espalda, en hacer de una roca una estátua, en apartar un rio para levantar un sepulcro más alto que las montañas, en tallar una esfinje con las piedras ciclópeas diseminadas por el diluvio; en construir aquellos inmensos palacios, que señalan en sus ruinas, semejantes por lo grande á las ruinas de un planeta, lo que eran las sociedades fundadas en la conquista y en la fuerza; un templo para los señores convertidos en dioses, y un calabozo para los esclavos convertidos en bestias. Todavía en el mismo refinamiento de la civilizacion grie-

ga, cuando el dogma de la desigualdad natural de los hombres bajaba de la religion y trascendia hasta la mente de los poetas y de los filósofos, se concibe que aquella raza artística, guerrera, compuesta de héroes y oradores, cuya principal ocupacion eran los juegos píthicos, y cuyo principal timbre era su lira, con la cual se solemnizaba desde sus batallas más sangrientas hasta sus ceremonias más piadosas, buscara otra raza que creia inferior, ó por la inteligencia ó por la fuerza, y la sometiera como los dorios sometieron á los áqueos, ó la vendiese en pública almoneda, como Aquiles vendió el jóven Lycaos, hijo de reyes, á los señores de Lemmos. Aún cuando el mundo antiguo se descomponia, cuando pasan aquellos insensatos Césares sobre el Capitolio, rabiosos de impotencia por lo mismo que se asientan en la cima del mundo, y ven la humanidad degradada y muda á sus plantas, se concibe que se sembrara de diez mil cruces con diez mil esclavos el camino de los vencedores; que cayeran setecientos germanos mezclados en confuso monton de carne humana sobre la arena del circo; que diez y siete mil gladiadores muriesen allá en las naumáquias abiertas sobre los costados del Apenino; porque todas estas ferocidades eran co-

mo los últimos estertores del mónstruo de la esclavitud, como la última agonía del Dios-naturaleza, que al espirar de vejez y de impotencia, resucitaba las ferocidades de su juventud, como si quisiese que el mundo le maldijera al sepultarlo para siempre al pié de la cruz, del patíbulo del esclavo, que iba á ser la letra inicial de las nuevas edades.

III.

Vienen los tiempos modernos. La casta religiosa se rompe desde el momento en que pastores y reyes se congregan en torno de la cuna donde nace, ó de la cruz donde muere un vencido, un trabajador, un esclavo. Todo lo que el mundo antiguo habia creido virtud, se convierte en vicio, como el ódio eterno é inextinguible de la pátria á todas las razas, á todas las gentes; como la superioridad moral del patricio sobre el esclavo. Todo lo que el mundo antiguo habia creido vicio se convierte en virtud, como la humildad, la abnegacion, la caridad, el olvido de sí mismo, la

debilidad, la pobreza. El *adversum hostes eterna auctoritas esto*, se trasforma en el *amate inimicos vestros*. El que viene á trasformar de esta manera el mundo ha vivido en el taller de los trabajadores, ha muerto en el patíbulo de los esclavos. Su eterno dominio espiritual sobre el mundo y sobre la conciencia, está fundado en el milagro de haber traido á la tierra la religion de la igualdad. Y lo que la religion hace en la esfera de la fé y del sentimiento, lo lleva la ciencia á la esfera del raciocinio. Desde Descartes á Kant; desde Kant á Hegel; desde Hegel á Krausse, todos los filósofos proclaman la unidad fundamental del espíritu humano; su identidad consigo mismo en toda la dilatacion del espacio, en toda la duracion de los tiempos. Y lo que la religion habia sentido, y lo que la filosofía ha pensado, la fisiología ha venido á mostrarlo en la esfera de la observacion y de la experiencia. Geoffroy Saint-Hilaire demostró definitivamente, venciendo á todos los que creian en la diversidad de tipos, en la diversidad de organismos dentro de la especie humana, demostró la unidad fisiológica, la unidad natural del hombre. No hay más que una planta; no hay más que un animal; no hay más que un hombre. Esta unidad de la criatura es el brillante reflejo de

la unidad del Creador. La revolucion francesa, ántes ó despues de estas conquistas de la ciencia, por la especie de adivinacion divina que tuvieron aquellos hombres, los cuales aparecen á los ojos de la historia con los piés hundidos en el lodo ensangrentado de las calles, y la frente perdida en los explendores del cielo; la revolucion francesa declaró abolida la esclavitud, y de esta suerte selló la democracia las promesas del Evangelio.

IV.

Pero nos decian todos los dias los reaccionarios á los demócratas: «¿Cómo os atreveis vosotros á invocar la abolicion de la esclavitud? Bien es verdad que la revolucion francesa la consumó; pero la revolucion francesa no es más que vuestro delirio, el frenesí trágico de la libertad que sobrecogió un dia al viejo mundo trastornado por los recuerdos de la antigüedad clásica, cuya virtud lo embriagó cual si hubiera bebido un vino añejo. La República modelo; la que se levantó en una tierra virgen; la que fundaron los puritanos,

los héroes de la libertad de conciencia; la que tiene independiente el pensamiento, seguro el hogar, universal el sufragio, vigente el jurado, amovible y responsable el poder, iguales á todos los ciudadanos, carta de naturaleza para todas las razas, espacio para todos los templos; la que ha realizado vuestro ideal: esa República está sostenida como Ninive y como Babilonia, por tres millones de esclavos.» Tal argumento nos pesaba como una losa de plomo. Queríamos más los Estados-Unidos muertos, que bien hallados con la servidumbre. Pero ya habeis visto lo que han hecho, para contestar ese argumento, nuestros sencillos, nuestros grandes hombres de la América del Norte. Ya lo habeis visto, reaccionarios, si es que la pupila de los ojos de vuestra alma tiene fuerza bastante á resistir tanta luz. Han invocado el Dios de la libertad; han aceptado la guerra como un gran castigo por el pecado nacional de la esclavitud; han hablado á los dueños de esclavos en el sublime lenguaje de los antiguos profetas; se han desposeido de sus bienes para romper sus ergástulas; han dado su pura sangre sajona, su blanca piel por la dignidad y por la libertad de aquellos negros, ménos estimados que los perros; han ensangrentado el Missisipí; han cubierto de ruinas

las llanuras y las montañas de Virginia; han inmolado en la cruzada de la dignidad y de la igualdad humana un millon de hombres que, las madres americanas, inclinada la frente sobre el Evangelio, han visto morir en la tierra, pero renacer en el cielo; y sobre las ruinas de Richmond, entre el choque de dos mundos, se han derretido las cadenas de tres millones de esclavos y se ha levantado, como el epílogo de tan gran poema, que está aguardando el génio de Homero aumentado por el génio del Dante, rejuvenecidos ámbos por la sávia del Nuevo mundo; se ha levantado como el epílogo de este poema, decia, el sacrificio de Lincoln, de ese segundo Cristo de los negros.

V.

Pero ¡ah! que hay un país en la tierra donde todavía existe la esclavitud. Cuéstanos trabajo decirlo, sí; nos duele inmensamente á nosotros, que tan desinteresadamente amamos nuestra pátria. Este país es la infeliz España. Sí; en España exis-

te todavía la abominacion de la servidumbre. En España existe todavía el descendiente de los que alimentaron el fuego de los sacrificios indios con sus huesos, y ablandaron las piedras del Egipto con su sudor, y tiñeron con su sangre los circos de Roma. Nuestro país, el país católico por excelencia, es el único que todavía consiente que haya hombres sumisos al yugo, castigados por el látigo, incapaces de poseer su propia personalidad ni de tener aquellos derechos que son el blason divino de toda humana criatura. Es necesario decirlo á todas horas, para que España se avergüence; poblar los aires con nuestros gemidos, para que despierte y se lave pronto esa mancha, si no quiere que Dios la anegue en un diluvio de sangre. La esclavitud es un gran crímen nacional; y así como los individuos, las naciones pagan sus crímenes con siglos de terrible expiacion. Cuando Babilonia caia en medio de la destruccion y del incendio, se le aparecieron sus esclavos; cuando Roma caia, sus esclavos la castigaban; cuando caia Richmond, los negros entraban, como los ángeles exterminadores del Apocalipsis, por sus abrasadas troneras. ¿No temeis la tempestad que seiscientos mil esclavos pueden levantar en el pacífico mar de las Antillas? El que no teme un cas-

tigo, no cree en la justicia que rige toda la vida; no cree en Dios, que preside toda la historia.

VI.

Hace algunos dias que nosotros estamos temiendo un castigo, un merecidísimo castigo. Acabamos de tentar nuevamente con un gran crímen la justicia de Dios, de ese Dios que Lincoln veia descargar su ira sobre los Estados-Unidos, porque cometian el pecado de consentir la esclavitud. Acaba de suceder un hecho que horroriza. Iba de las costas del Africa á las costas de América, hace pocos dias, uno de esos buques negreros, calabozo, ataud, centro de todos los horrores y de todas las abominaciones; donde se apilan los hombres como sacos; donde se les fuerza, encerrados en las oscuras bodegas, á respirar los miasmas de su sudor y de sus escrementos; donde se les cuenta todos los dias para ver si desfallecen, y cuando se cree próxima su muerte, ó se teme al crucero, ó se necesita andar de prisa, se les arroja vivos al mar como una carga inútil: ¡horribles crime-

nes, que deshonran toda una época, tanto más, cuanto que su único móvil es recoger un puñado de oro vil de manos de los comerciantes de carne humana! Uno de esos barcos negreros llegaba á las costas de las Antillas. Cuando creia más seguro su negocio, se presentó á la vista un crucero. Entonces el infame buque arrojó su carga sobre un islote, y zarpó. Se necesita subir á los tiempos de los mercenarios en Cartago para encontrar un hecho como el que vamos á referir. Los negros eran ochenta y tres. Allí tenian por todo asilo las erizadas y esponjosas rocas que el mar combate de continuo, y en las cuales ni siquiera es dable fijar las plantas. Ningun alimento podian procurarse. Para apagar su sed solo tenian la amarga agua del mar. Completamente abandonados, en medio de los horrores del hambre y de la sed, murieron los ochenta y tres sobre las duras rocas. Imagínense nuestros lectores las angustias, las dudas, los sobresaltos de aquellos infelices; sus dolores morales, unidos á los terribles dolores físicos causados por la sed, por el hambre; el terror con que verian la agonía del amigo, la muerte del hermano; la desesperacion cruel de morir entre tantas agonías juntas, entre tantos dolores, bajo un cielo que centellea alegría, no

lejos de unas costas cuya frondosa vegetacion, cargada de frutas y poblada de aves, parece como que brinda con la vida, y que se ofrecia allí en toda su grandeza para agravar más la muerte por hambre.

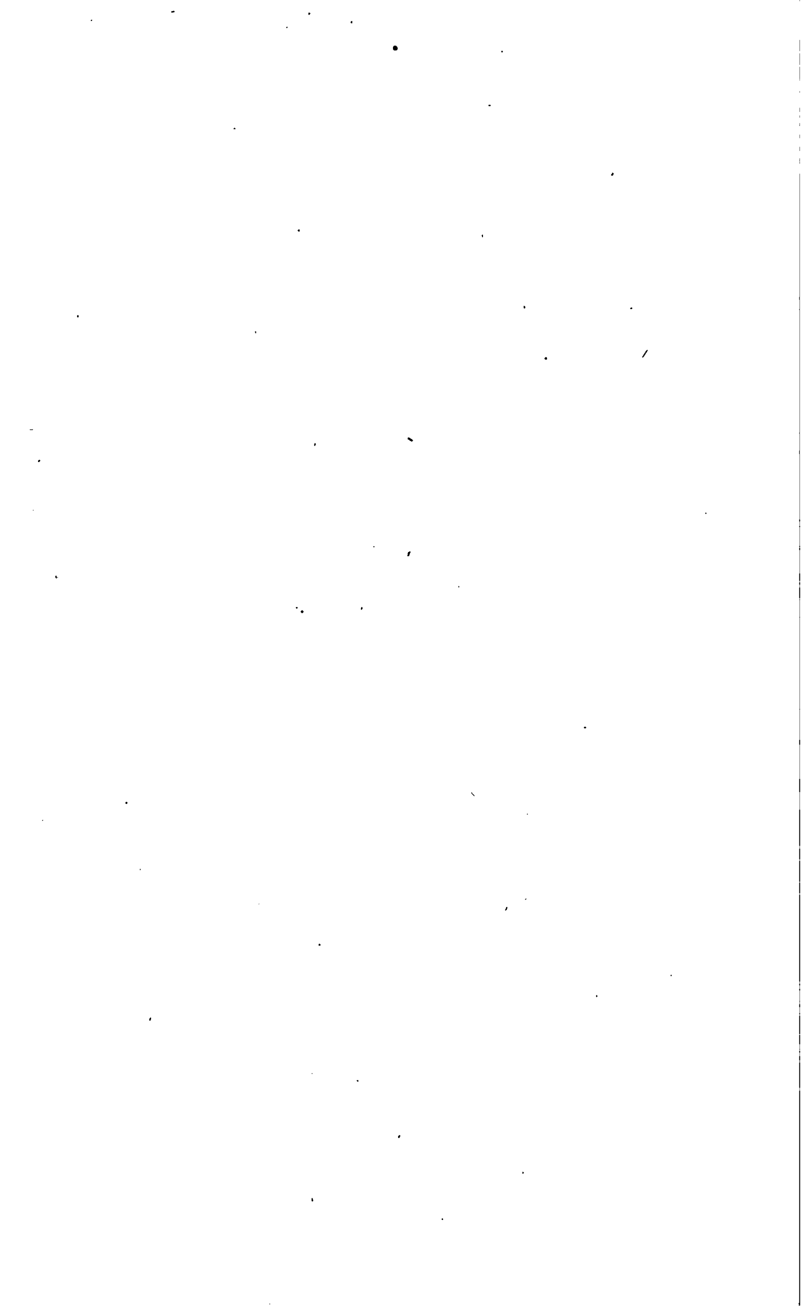
VII.

Cuando una institucion puede producir estos horrores; cuando puede llegar á semejantes consecuencias, es necesario, por humanidad, abolir esa institucion. Los mares deben quedar limpios de la trata. Y para que los mares queden limpios de la trata, es necesario que la tierra quede limpia de la esclavitud. Y para que la tierra quede limpia de la esclavitud, solo basta la voluntad de España, que acaba de ver ochenta y tres hombres muertos, por su culpa, de hambre y de sed sobre un escollo de las Antillas, como para recordarle su crímen. No nos cansemos de repetirlo. Ochenta y tres hombres muertos de hambre y de

sed, porque nuestras leyes sostienen todavía la esclavitud. ¿Y esto pasa en un pueblo que se llama católico? ¿Dónde están esos prelados que tanto se afanan por la corona de un rey de la tierra? ¿Cómo tanta carta, tanta pastoral, tanto sermon, tanta exposicion por los bienes temporales del Papa, que nada valen, que nada significan, y tanto silencio por ochenta y tres almas, que son bienes del cielo? Si quieren cumplir su ministerio; si quieren demostrar la trascendencia social del Evangelio, es necesario que los sacerdotes de Cristo recuerden al Gobierno que sostiene la esclavitud contra las leyes de Cristo. Con esclavitud no puede haber moralidad; con esclavitud no puede haber religion; con esclavitud no puede haber familia; con esclavitud no puede haber sociedad. Los pueblos que llevan sobre sí la esclavitud, se ven amenazados de continuos males. Es necesario que España se despierte; que sus ciudadanos intercedan por los esclavos; que los sacerdotes pidan el cumplimiento de la ley de Cristo; que la prensa no descanse hasta llevar la idea de la emancipacion á todas las conciencias; que las esposas pidan por esas esposas infamadas en la servidumbre, las madres por esas madres á cuyos pechos arranca aleve mano los hijuelos para venderlos en

el mercado; que logremos matar la esclavitud, porque, si no, la esclavitud va á matar á nuestra pátria. Los pueblos pagan con largos siglos de desgracias el crímen de la esclavitud.

12 de Abril de 1866.



CRÍTICA LITERARIA.

Siendo tan numerosas, tan varias, las obras que hoy arroja al mundo el mónstruo encontrado por Guttenberg en las catacumbas de una iglesia de Alemania, por necesidad hemos de concretarnos á escribir de aquellas afortunadas que, sobrenadando en este mar de ideas, llamen más vivamente la atencion cansada de la vieja Europa. Tal vez nos suceda lo que le sucedió á Nápoles en el siglo décimo-sétimo con el gran revelador de la historia antigua; tal vez pasemos al lado de algun Vico, sin adivinarlo ni comprenderlo. Pero estos son errores y faltas que acompañan á la humanidad, como la sombra al cuerpo. ¿Qué seria de la ciencia si no hubiera error? ¿Qué seria del arte y de la belleza si no existiera la fealdad? El mal entra como una cantidad necesaria en todos los

18

problemas de la vida. El defecto suele añadir perfecciones, permítasenos la paradoja, á las obras de los hombres. La ironía muestra un mal corazon en quien la usa con implacable saña. Y sin embargo, ¡cuántos bienes ha traido la ironía á la vida! Con ese gran corrosivo destruyó Luciano las creencias paganas, y Voltaire las preocupaciones que de la Edad media habia recibido como una enfermedad hereditaria el espíritu moderno.

—

El viejo Michelet acaba de dar nueva obra histórica sobre los tiempos de Luis XV. Nosotros tenemos por el escritor mencionado una profunda admiracion. El hombre que ha descrito con tanta superioridad, desde las profundidades del alma de los Césares hasta las antenas del cuerpo de los insectos, bien merece de los acostumbrados á leerle, más todavía que la admiracion, el cariño. Nadie ha sabido describir como él á un tiempo el nido del Renacimiento, donde al calor de la libertad del espíritu nacen los artistas, y el nido campestre, donde al calor del despertamiento de la primavera aletean los ruiseñores. Sin embargo,

los numerosos enemigos de Michelet le echan en cara que en sus libros sobre el Amor y sobre la Mujer hay algo de satiriasis, algo de sensual frenesí por una Vénus misteriosa que en sus años ha de ser precisamente Vénus vacua, Vénus estéril. No hay que decir que en su última obra, tratándose de Versalles y de Luis XV, ha de haber precisamente todo aquello que sus enemigos echan en cara á Michelet. En los tiempos de Luis XV hay mucho de lo que los historiadores de la Historia Augusta veian en los tiempos de Commodo ó de Heliogábalo. Las monarquías absolutas perecian por la corrupcion de Mme. Dubarry y de María Luisa. ¿Os extrañareis de que os presente, pues, el gran historiador, el historiador plástico por excelencia, á la mujer que sigue á Duverney, á la Musa de la Bolsa, como una mezcla de Agripina, la mujer-varon, y de Mesalina, la mujer-frenesí, la mujer-delirio de los sentidos, poseida en su gabinete del ódio y de la venganza, y en su lecho de deseos frenéticos que la llevan hasta anhelar el exterminio del placer? En este tiempo, todos los escritores, y especialmente los escritores cortesanos, hablan del amor, ó mejor dicho del placer, con una desnudez brutal. Las últimas palabras que pro-

nunció Mme. Fontaine Martel en su lecho de muerte, fueron: *Ma consolation c'est qu'à cette heure, je suis sure que quelque part on fait l'amour.* D'Argenson, hablando de las relaciones entre Luis XV y su mujer, dice esta brutal frase: *Il lui fit sept enfants, sans lui dire un mot.* Y esta corrupcion viene de antiguo, de los tiempos en que el arzobispo Harlay iba públicamente al anochecer por las calles de París tras las mujeres públicas; de los tiempos en que Fleury, diácono á los treinta y nueve años, y Pucelles, el famoso jansenista, tenian, segun confiesa el segundo, una misma querida por economía. Pero si Michelet remueve este monton de cieno, ¡con qué elocuencia, con qué profundidad habla del despertamiento del espíritu humano! En 1748 aparece el espíritu de las leyes, principio de la iniciacion revolucionaria; en 1749 la Historia natural de Buffon; en 1757 la maravillosa obra de Voltaire, el ensayo sobre las costumbres de los pueblos; dia por dia, hora por hora, se levanta el trono del espíritu moderno, trono que ha de tener algo de barricada, porque se levanta formidable contra la ignorancia y el error; se levanta en manos de Diderot y D'Alambert, y tantos otros, la Enciclopedia; y al mismo tiempo An-

quetil entra conquistador pacífico en Persia, sin medios ni recursos, á arrancar al Asia en su sepulcro el secreto de su espíritu, los libros de la Moral antigua, los libros del trabajo, cuya fuerza nos dá el dominio de la tierra, y nos acerca á Dios, porque nos convierte como Dios en creadores. Nos asociamos al sentimiento de Michelet por la restauracion del espíritu humano, pero no creemos como él que Rousseau es un escritor de decadencia. Desde Platon no ha escrito ningun mortal como Rousseau. Y él, solo él, encendió la luz sobre las ruinas, y escribió la fórmula del porvenir entre las dudas de su siglo.

—

Pasemos de los tiempos de la horrible decadencia de la monarquía absoluta á los tiempos del nacimiento de la moral cristiana. Hablemos de Renan. Estamos seguros de que algun lector piadoso se santigua como si hubiera visto al diablo y rocía este malhadado capítulo con agua bendita. Y sin embargo, todo lo que Renan ha dicho de Jesús en su libro, lo habia dicho ya Strauss,

todo lo que dice de los apóstoles, ya lo habia dicho Renss. La fé no se adquiere á voluntad. Se tiene ó no se tiene. Todos los que la hayan perdido pueden repetir las palabras de Gœthe en el Werther: «No soy yo quien la abandona, ella me abandona á mí.» ¿Quién abandona por voluntad el templo perfumado de incienso, el Angel Custodio que ha velado el sueño de la niñez, la Vírgen del altar que ha bendecido con su casta bendicion los primeros amores, la cruz sagrada que se levanta sobre el sepulcro de nuestros padres? Renan es un gran filólogo; Renan no ės un gran filósofo. Renan es un gran crítico; Renan no es un gran metafísico. De esta suerte, cuando pasa de los tiempos de Jesús á los tiempos apostólicos, en que la idea, el trabajo metafísico, el trabajo espiritual predominan sobre todos, su obra flaquea, su obra decae. En nuestro sentir, dista mucho Renan de presentar con exactitud y con claridad la lucha de los judeo-cristianos con los cristiano-paulinos. Pero las cualidades sobresalientes de Renan brillan con luz igual á la de todas sus obras. Renan es el escritor por excelencia francés; erudito sin pesadez, crítico sin argucia, elocuente sin redundancia, castizo sin afectacion, ameno sin vulgaridad, poético sin fo-

llaje, correcto sin exceso, profundo conocedor de la sintáxis, capaz de llamar hácia su limpia frase la admiracion del niño y de la mujer, del filósofo y del sábio. Del fondo de su libro no podemos hablar. Nos falta tu luz ¡oh libertad!

—

La consecuencia de la revolucion religiosa traida por el cristianismo, fué la revolucion francesa traida por la filosofía. Sobre este punto ha escrito un profundo libro el gran escritor francés, Mr. Edgar Quinet. Este libro de Quinet ha merecido una apología de Saint-Rene-Taillandier, una diatriba de Peirat. Nosotros creemos que el escritor ha sido consecuente con todas la ideas de su vida; ha visto la grandeza moral de los poderes caidos, y la sublime resistencia de las antiguas ideas; ha maldecido el cadalso hasta en el momento mismo en que el caldaso se levantaba para sostener nuestra causa y para descabezar á nuestros enemigos; ha reconocido graves faltas y crímenes en las complacencias de los girondinos con la monarquía y en su debilidad para soste-

ner la descentralizacion; en la crueldad de Saint-Just y en el terror de Danton; en el hipócrita y estéril deismo de Robespierre; en las utopias comunistas, en esa especie de poema delirante, cuyo fin no es satisfacer la conciencia, servir el derecho, sino satisfacer el estómago. Sucede en la revolucion lo que sucede con la humanidad. El hombre se equivoca y la humanidad es infalible; el hombre muere y la humanidad es inmortal. Los revolucionarios faltan, dudan, vacilan, caen, se manchan, pelean entre sí, se aniquilan despiadadamente; pero la revolucion es inmaculada, la revolucion es la madre del derecho; la revolucion lleva en sus entrañas el bien para todos los hombres, la emancipacion para todos los pueblos oprimidos, el soplo de vida para el pensamiento, en una palabra, la justicia. Repitamos las frases místicas de los grandes místicos, los árabes: sólo Dios es grande; sólo es grande la revolucion. Sentimos profundamente que Peirat haya insultado á Edgar Quinet por su último libro. Cuándo un hombre ha sacrificado á la revolucion toda su vida, tiene derecho á decir la verdad á los revolucionarios. Cuando un grande escritor escribe como San Juan desde el destierro, puede y debe llamar á juicio á todos los hom-

bres. La errumbre que encuentra en los huesos de los revolucionarios, no mancha ni manchará nunca la pureza de esa revolucion sagrada á que todos debemos nuestra vida. No se crea que nosotros admitimos ciegamente lo que Quinet ha dicho. Nos parece una utopia su empeño de matar una religion con un decreto. Nada pudieron en favor del Cristianismo los rescriptos de Constantino; nada en contra los rescriptos de Juliano. Si Enrique VIII promulgó una religion con una ley, es porque el protestantismo estaba en la conciencia de Inglaterra, germana de complexion y origen, liberal por tradicion y por naturaleza. Pero si el catolicismo renació en Francia despues de la revolucion, es porque estaba en el último refugio de los penates de todos los pueblos, en las chozas de los campesinos.

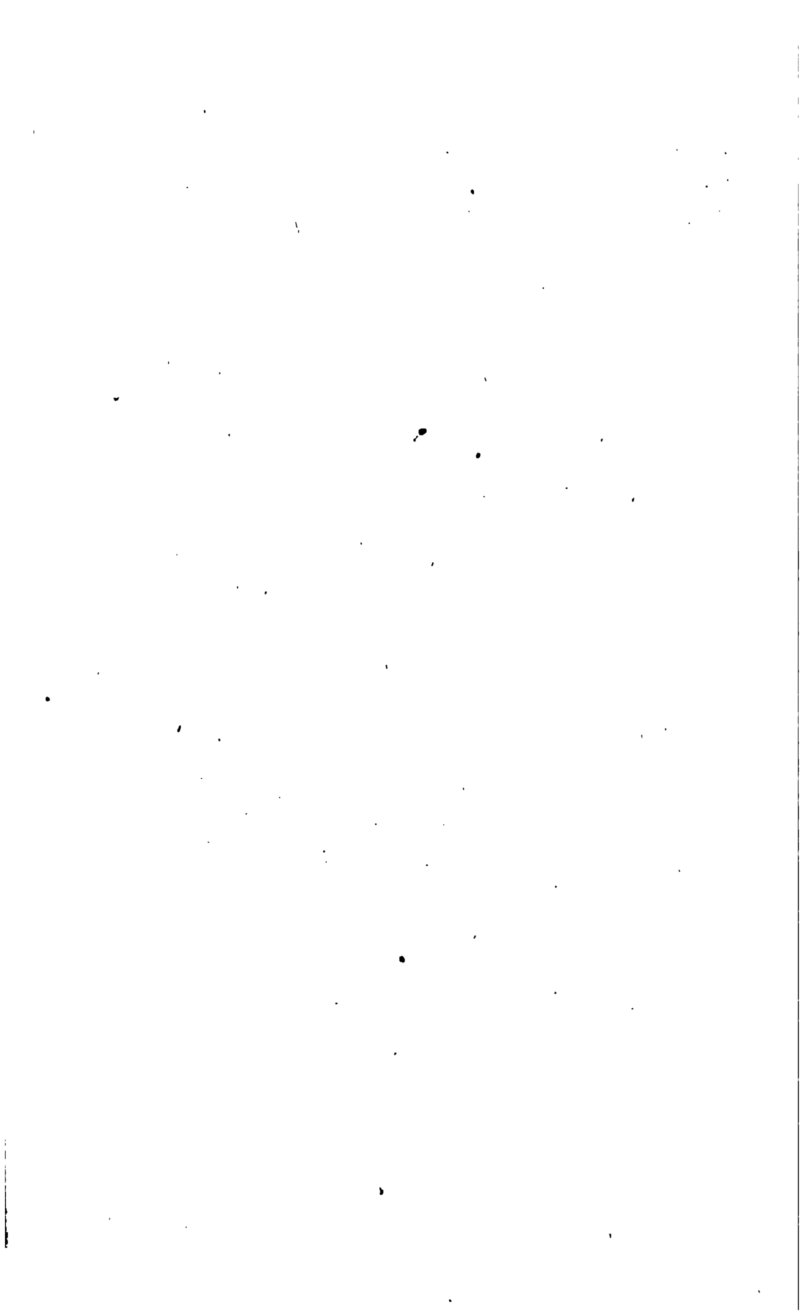
—

Paulo minora canamus. ¿Quién no ha visto alguna vez á Italia? Si quereis contemplarla desde la cima de los Alpes con la codicia de Alarico ó de Atila, reposar en las orillas del Lago Mayor á

la sombra de los laureles; penetrar en el Duomo de Milan, la grande obra gótica, y ver allí sus legiones maravillosas de estátuas; recordar en Verona la sombra de Julieta enamorada, y oir á la primera luz la alondra, y á la última el ruiseñor inmortalizados por Shakespeare; deteneros en los campos de Mántua para leer en aquel verde paisaje á la sombra de las hayas de Titiro las obras de Virgilio; orar en las lagunas de Venecia, donde oró el mismo Byron descargado de su duda por los ecos de la campana de San Márcos y el rumor de las olas del Adriático, allí donde Grecia y la Roma antigua reunidas se salvaron de la barbárie de la Edad media y tejieron una guirnalda para ornar el sepulcro de un pueblo; saludar en Santa María dei Fiori el nido donde aletearon por vez primera los génios del platonismo y del renacimiento, y abarcar en Florencia desde Cimabué hasta Andrés del Sarto en aquellos palacios donde todavía andan errantes las sombras jigantes del Dante y de Savonarola; reposar en Nápoles, ese eterno jardin de Italia, entre cuyas flores vuelan siempre las mariposas y los placeres; y por último, besar las cenizas de todas las genealogías de nuestros héroes, de nuestros padres en el Foro y en el Coliseo; ver

el Pantheon, el testamento en piedra del catolicismo; leed *Italia y la Vida italiana*, por Henri Taine, filósofo, literato, crítico, poeta, artista, grande historiador de literaturas, y gran evocador del génio que se encierra en las ruinas. Italia es un país inagotable. La miel que guarda en sus lábios la musa de la historia moderna, ha sido allí depositada por Dios para alimentar todas las artes y todos los artistas.

1.º de Junio de 1866.



FEDERICO GUILLERMO IV

Y

ALEMÁNIA.

I.

La naturaleza se explica por sus leyes, la historia por las ideas. En el seno de cada hecho hay un pensamiento, como en el seno de cada organismo un principio de vida. Los hombres que se agitan en la superficie de la historia, son ideas que el espíritu humano concreta en grandes personalidades. Solo á este título pueden exentarse de la comun ley del tiempo, que todo lo destroza, y pasar coronados de luz ó de tinieblas al juicio de la posteridad. Cuando una idea se agota, suele morir la persona que la representa, como si hubiera vinculado su vida en aquella idea. No alcemos los ojos para ver esta ley misteriosa á las edades pasadas, que conocemos en su esencia me-

jor que la presente, por la razon sencilla de que el oleaje de la superficie nos impide hoy mirar los profundos senos del mar de nuestra vida. Miremos la ley mencionada en los hechos mismos que en este instante caen, como los ténues granos del reloj de arena, en la insondable eternidad. Tres hombres han muerto, que representan tres ideas que han muerto tambien. Cuando el cañon de la Francia revolucionaria rodaba últimamente sobre los desfiladeros de los Alpes, pronto á romper los tratados de 1815, moria el hombre que era la encarnacion viva de esos tratados, el alma de la reaccion universal, que iba á disiparse en el humo de los combates; moria Metternich. Cuando Italia, vencedora, se apercibia á forjar la corona de su unidad, moria el hombre que representaba el fraccionamiento de Italia, su eterna servidumbre; moria Fernando de Nápoles. Y hoy, que agitada y convulsa la Confederacion germánica, vencida por la libertad el Austria, vive más que nunca el pensamiento de unidad en Alemania, y Prusia que necesita ser, para cumplir sus destinos históricos, el Piamonte aleman, hoy acaba de espirar, despues de una agonía tan larga y tan tenaz como el principio que representaba, Federico Guillermo IV, el gran reaccionario, el gran Julia-

no, el Apóstata de la filosofía y de la libertad alemana. Consideremos que la Providencia nos ha llamado á la vida en estos grandes tiempos de renovacion en que las antiguas ideas se apagan, caen los toscos ídolos, y entre tantas ruinas de instituciones maldecidas, entre tantas cadenas rotas, entre tantos calabozos, donde el pensamiento agonizaba, destrozados, se levanta la luz de la libertad á iluminar para siempre nuestra vida y la vida de nuestros hijos; porque el principio de derecho que una vez se alcanza, no muere como los tiranos; antes permanece y vive de generacion en generacion, como la absoluta justicia del Eterno.

II.

El que en la vida posee un gran principio de justicia, puede estar seguro de que todos los que le nieguen ó le persigan han de caer vencidos á sus plantas. El profeta hebreo, ora ensangrentado por las espinas del desierto, ora azotado por el látigo de los tiranos de Oriente, ora arrastrando pesadas cadenas á las orillas del Eufrates, anun-

ciaba, sumiso en la esclavitud, á Babilonia, á Nínive, á Tiro, que sus cimientos habian de ser borrados de la tierra, como el soplo del aire borra la huella del reptil en las arenas; y una tras otra rodaron en el polvo aquellas soberbias ciudades, en tanto que sus esclavos guardaban en el arca de la alianza el principio de su perdurable vida y asistian, ellos tan pobres y tan humildes, á la ruina universal de todos los colosos que habian sellado sus frentes con la marca infame de la servidumbre. Así le ha sucedido á la proscrita, á la maldecida raza europea. En 1815 creyeron los déspotas que habian logrado eterna noche para el pensamiento, eternas cadenas para la libertad. Y la Francia de la Santa Alianza, aquella Francia traidora y servil, cayó al pié de las barricadas de 1830; y la Rusia, aristocrática y bárbara, cayó en Sebastopol; y el Austria cayó en Solferino; y la Italia esclava, espira en Gaeta, y la Prusia romántica, acaba de ser herida por el ángel de la muerte en su Juliano el Apóstata, que, al espirar, ha podido ver la libertad triunfante, como el antiguo Juliano vió en su último sueño al Nazareno subiendo las gradas del Capitolio.

Dos veces hemos llamado á Federico Guillermo IV Juliano el Apóstata; y debemos decir que

esta denominacion, que no es nuestra, sino de un pensador aleman, explica toda la vida de ese rey. Cierto dia, uno de los filósofos más ilustres y más eruditos de la nueva escuela hegeliana explicaba en su cátedra sencillamente, con esa buena fé y ese candor propio de la flemática índole germánica, la vida de Juliano el Apóstata, que titulaba el romanticismo en el trono. Es de notar que el romanticismo no significa en Alemania lo que significa entre nosotros. Aquí es la revolucion liberal contra el clasicismo cortesano francés; y allí es la reaccion hácia el ideal de la Edad media, la reaccion política hácia el absolutismo, la reaccion literaria contra Schiller y Gœthe, la reaccion filosófica, que quiere sustituir al raciocinio el sentimiento y la fé, y destronar los grandes pensadores libres, desde Kant hasta Hegel. Bajo el velo de la vida de Juliano y de sus ideas se encerraba admirablemente la vida del rey de Prusia. Las relaciones no podian ser más exactas. El liberalismo habia tenido su Constantino en Federico Guillermo III, que, si no lo habia elevado al trono, como Constantino jamás elevó al trono el cristianismo, le habia dejado libertad, aquella libertad que engendró la escuela de Hegel, cuyo pensamiento fué por mucho tiempo el sol de las

inteligencias. Mas, al subir al trono Federico Guillermo IV, subió con él la apostasía, es decir, la idea de matar toda la revolucion alemana, pobre y mezquina en el espacio, profunda, inmensa en las conciencias. De aquí las relaciones entre Juliano y Federico Guillermo establecidas por el pensador aleman.

Juliano el Apóstata pasó su breve vida con los ojos puestos en el ideal griego, en sus altares coronados de rosas, en sus rientes sacrificios, en los coros de sus vírgenes, en las estátuas de Fidias, en las diosas que surgian ceñidas de algas y perlas entre las ondas, en los génios que cantaban al pié del Hibla y del Himeto, corriendo ébrios de vida y de placer por los bosques de mirtos, adelfas y laureles. Federico Guillermo IV pasaba su vida con los ojos puestos en la Edad media alemana, en sus castillos feudales, en sus soberbios nobles, en sus góticas abadías, en sus pavorosas creencias, en sus potros y en sus tormentos, en los vestiglos y demonios y génios de las tinieblas que surgian de los lagos negros y emponzoñados al pié de aquellas montañas de Blocker, cubiertas de selvas oscuras, como la conciencia de la humanidad amedrentada en aquel tiempo, y por amedrentada, esclava. Juliano el

Apóstata adoraba el paganismo, no por fé, no por sentimiento, sino por cálculo político, porque creia que la nueva religion habia roto la lira de los Tirteos, que llamaba á los ciudadanos á pelear por la pátria, y habia convertido en cenobitas á los conquistadores del mundo; y Federico Guillermo amaba la Edad media, no por fé, sino porque en aquel tiempo el hombre, bien hallado en sus cadenas, obedecia ciegamente á sus señores; al paso que hoy, el liberalismo ha puesto sentimientos de independencia en el corazon del esclavo. Juliano el Apóstata mandaba abrir la caverna de Delfos que habia tapiado Neron, reedificar los templos medió arruinados por la indiferencia pagana, y atizar las lámparas apagadas; y Federico Guillermo IV, protestante, concluia, no por razones artísticas ó religiosas, sino por razones políticas, el monumento del catolicismo, la catedral de Colonia. Juliano el Apóstata, cuando el antiguo mundo moria y espiraban sus dioses, como pontífice, como emperador y como hombre trabajaba por detener aquella gran ruina; y Federico Guillermo, en nuestro tiempo, ha trabajado por contener la ruina de lo antiguo, cuando sus bases, merced al diluvio revolucionario, se han salido ya de su centro. Juliano conoce que,

concluido el paganismo, su dignidad de pontífice, que pasa á la Iglesia, concluye tambien, y quiere tener en sus manos la interpretacion de los oráculos y de los símbolos; y Federico Guillermo conoce que el pensamiento libre, emancipado, no puede consentir que la monarquía absoluta dirija las voluntades y regule los derechos cuando se le han escapado las conciencias.

Así es que Juliano tiene la escuela de Alejandría para combatir al cristianismo, y Federico Guillermo la escuela romántica para combatir al liberalismo: Juliano tiene un Jamblico que exorcice con fórmulas semi-orientales, semi-paganas á los cristianos; y Federico Guillermo un Schelling que, despues de su larga meditacion en Munich, exorcice con fórmulas semi-panteistas, semi-católicas á los liberales: Juliano prohibe que enseñen elocuencia y retórica los cristianos; y Federico Guillermo prohibe que enseñen historia, literatura y filosofía los libres pensadores: Juliano repite eternamente la frase de Homero, que dice que en la voluntad de los príncipes se encierra algo de la voluntad de los dioses; y Federico Guillermo está evocando siempre la autoridad de los jurisconsultos de la Edad media, que dicen que los reyes son la imágen de Dios en la tierra: y en

uno y otro, en los dos grandes reaccionarios, hay la misma pasion por lo antiguo, la misma fiebre por sostenerlo y avivarlo, el mismo menosprecio por todo lo nuevo, la misma tenacidad, y, al fin de su vida, la misma impotencia.

III.

Las revoluciones y las reacciones en Alemania suceden siempre en las altas esferas de la inteligencia, en las regiones misteriosas de las ideas. Nosotros, hijos de la raza latina, eminentemente artística y práctica, cuya inteligencia aún no ha concebido una idea cuando ya la ha realizado, y que á veces, por intuicion, por génio profético, se adelanta á revestir de formas y á dar existencia á las ideas más abstrusas; nosotros no podemos comprender cómo el carácter aleman llega hasta las mayores profundidades de la ciencia, sondea los abismos de nuestra naturaleza, conoce el derecho primitivo, esencial, que cada hombre trae consigo al nacer, ley inquebrantable del alma; y despues, ese rey del espíritu, coronado de

ideas casi divinas, recluido en su aislada conciencia, alimentándose de sus pensamientos para que nada limite ni coarte su libertad, es pobre esclavo de ridículos príncipes, que muchas veces no tienen más ejército para forzar á la obediencia que sus gentiles-hombres, sus lacayos, y á lo más sus monteros y sus guardas de campo.

Y sin embargo, ¡qué portentosa revolucion en el espíritu humano ha hecho Alemania! Se necesita subir á los tiempos de la Academia y del Liceo para encontrar un instante igual en la vida del espíritu. Un pensador profundo no se contenta con analizar el conocimiento, la relacion del objeto y del sujeto; desciende á una profundidad más maravillosa, revela claramente las leyes de la facultad de conocer, traza los límites del infinito occéano de nuestra conciencia, y mide matemáticamente los grados por que pasan los fenómenos psicológicos, desde sentimiento á nocion, y desde nocion á idea, pudiendo decirse que nunca hasta él habia tenido el espíritu conciencia tan clara de sí, y por consiguiente de su derecho. Alejadas las sombras que oscurecian el pensamiento, desvanecidos los fantasmas que se levantaban en toda metafísica, el espíritu humano emancipado, se goza en contemplarse á sí mis-

mo en esencia, y se coloca en el centro de la creacion, midiendo por su sér todos los grados de la vida, y dilatándose en la expansion de su libertad hasta lo infinito. Pero bien pronto la naturaleza, cuyos derechos no se pueden desconocer nunca, se levanta á recordar al espíritu aislado, al espíritu ensimismado, que jamás podrá espresar sus ideas, desarrollarse fuera de este gran occéano de la vida, donde todo se resuelve en grandes leyes, todas las leyes en armonías, todas las armonías en ideas. El espíritu se ha planteado como un sér en sí; la naturaleza se ha planteado tambien como un sér sí; es necesario una palabra que los una, y entonces nace natural y lógicamente el coloso de la ciencia, que viene armado de su dialéctica, no formulária y abstracta, sino real y positiva, y que como la vara de Moisés, vá á hacer brotar fuentes de vida del seno de la antes árida metafísica. El espíritu y la naturaleza se unen; el pensamiento y su eterna forma se penetran; la idea deja de ser pura abstraccion, y se resuelve en grandes séries, que trascienden á todas las esferas de la vida; la lógica trueca sus fórmulas escolásticas por leyes reales y objetivas; el hombre se considera como el gran actor de la historia, uno, idéntico siem-

pre á sí mismo, que al través del vario oleaje de los hechos busca la conciencia de sí, y realiza el bien con libertad entera, que es el destino de su naturaleza. Por fin, se levanta un nuevo génio, y consagra todo este gran pensamiento, tan larga y penosamente elaborado, al cielo, y cierra verdaderamente el gran cielo de la filosofía nueva, uniendo la gran trilogía, Dios, la naturaleza y el hombre, y completando la gran idea del derecho.

Más en tanto que la idea alemana vagaba por las espléndidas alturas de la metafísica, parecia que no iba ni siquiera á tocar ligeramente en el seno de la sociedad y en el mar agitado de la política. Un dia se vió, sin embargo, que toda escuela metafísica tenia un contenido político, y que miéntras los reyes y príncipes alemanes buscaban en el polvo de la Edad media el derecho divino, la filosofía coronaba la frente de cada hombre con el derecho humano, con el derecho que nacia de nuestra misma naturaleza. Entonces, muerto el gran renovador del pensamiento, Federico Guillermo IV fué á buscar en Munich á un rey de la ciencia destronado, que en su soledad elaboraba nuevas ideas, y retrocedia en el camino del racionalismo y de la libertad. Este

pensador fué el Jamblico de la reaccion. Su mano vacilante escribia el Evangelio de la escuela romántica. Un jóven hegeliano, que tenia algo del espíritu francés por su ligereza, la risa de Voltaire en sus labios y el dolor de Byron en su pecho, nos ha descrito admirablemente la impotencia de esta reaccion filosófica, diciéndonos que Federico Guillermo IV habia mandado al gran filósofo que diera á sus discípulos todos los pensamientos idóneos á llevarlos á la obediencia; y el filósofo, en aquella comunion de ideas, en vez de la hóstia sacratísima, les daba obleas envenenadas para matar la razon de la jóven Alemania. Lo cierto es que el maquiavelismo filosófico del Augusto germánico, como le llamaba el pontífice de nuestra escuela neo-católica, produjo efectos distintos y contrarios á los que con tanto afán buscaba. Al ver la ciencia puesta al servicio de las cábalas políticas, el idealismo objetivo tegiendo una corona para un tirano, la juventud alemana, huyendo de aquella reaccion, fué á dar en el naturalismo exagerado; fué á divinizar la materia, á proclamar como único criterio los sentidos, á enterrar toda idealidad en el seno del universo, á embriagarse con el sátiro antiguo, en las emanaciones de la vida de un dia; á con-

fundir su conciencia en el polvo donde viven los insectos; á llamar en su desesperacion á los abismos de la nada para que recibiesen los despojos de aquel gran suicidio de una generacion, de aquel aniquílamiento del alma de un siglo.

IV.

¡Retroceder á la Edad media! Tal era la idea de Federico Guillermo IV. ¡Qué empeño desvariado! Se concibe, aunque no se justifique, ese empeño en Italia y en España. En Italia, la Edad media recuerda el Dante, Petrarca, la figura tribunicia de Rienzi, el ardor de Arnaldo de Brescia, las conferencias platónicas á orillas del Arno; el cielo poblàdo de ángeles de amor, como Beatrice, Laura, Julieta; el suelo lleno de flores, que encierran en sus cálices la poesía de los recuerdos; la vida agitándose en los municipios; Venecia y Génova dilatando el nombre italiano por los mares; la liga lombarda infundiendo el primer sentimiento de libertad y de pátria; y entre aquellas grandezas, la ligera gracia de Bocacio, que parece el fauno antiguo al pié del Olimpo, haciendo reir á los dioses con sus lúbricas y

alegres canciones. En España, la Edad media recuerda á Fernan-Gonzalez, el Cid, las Córtes libres, los municipios casi republicanos, el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en la Vega de Granada, para volver á comenzar en un nuevo mundo, que era estrecha la tierra conocida á nuestra grandeza. Pero la Edad media alemana, aquella sirte de castillos feudales, de abadías feudales, de aristócratas soberbios y crueles; aquel misticismo que habia endiablado la naturaleza, creyendo oir el génio del mal hasta en el cántico del ruiseñor, que al caer la tarde agita sus álas sobre su nido; aquella larga genealogía de brujas, de vestiglos, de fantasmas; aquel espanto que pesaba sobre los bosques, donde aún se veia errar con su martillo á cuestas al dios Thor, pidiendo sacrificios humanos, y anhelando beber sangre; toda aquella inmensa oscuridad no podia satisfacer á los espíritus ansiosos de beber la eterna luz en el cielo, y de reposar en la tierra sobre la ley de su derecho.

Y la escuela neo-católica alemana es más ilustrada, más literaria, pero más feroz aún que nuestra escuela neo-católica. Por otro camino llega á las mismas consecuencias de la extrema izquierda hegeliana. Guillermo Schlegel reniega

de la razon humana; Federico Schlegel duda si ha sido un progreso la gran redencion de la ciencia, el descubrimiento de la imprenta; Goerres santifica todos los delirios eréticos y todos los milagros ridículos, y todas las supercherías indignas que la exaltacion del misticismo, repudiado por la misma iglesia, ha difundido en los cerebros enfermos; Novalis nos hace dudar con su tristeza hasta de la realidad de la vida; Brentano, encerrado en su adoracion á lo antiguo, ódia al mundo y maldice la sociedad que no conserva el castillo feudal ni el siervo de la gleba; Arnim es el poeta de la nada, el poeta de los sepulcros, y sus personajes son esqueletos, y su teatro las tinieblas, y sus palabras como el ruido del aire en los panteones, y sus grandes obras un acinamiento de cadáveres, como su sistema, como las ideas de su escuela, que de negacion en negacion suprime el hombre y Dios; al hombre, al suprimir la libertad; á Dios, al suprimir la razon. La escuela neo-católica hizo admirablemente un dia la caricatura de sí misma. Tiék, romántico, tradujo el Quijote, es decir, arrojó la gran losa, la losa que sólo ha sabido tallar el titan de la literatura, Cervantes, sobre la desvariada y loca idea de restaurar la Edad media.

V.

Alemania es la gran nacion de la idea moderna, de la idea nueva. Sus Arminios trajeron el sentimiento de la personalidad humana al panteista estado romano. La voz de sus tribunos despertó la idea de libertad en Europa. Su Ulrico Hutten clavó la cuchilla del sacrificador en las entrañas de la vieja autoridad escolástica. Su Kant dió la primera idea del derecho. Su páz de Westphalia escribió el primer código de la tolerancia universal y cerró las guerras religiosas. Su Fichte infundió la conciencia de sí á la revolucion latina. Su Krausse creó el ideal de una sociedad más justa, de una humanidad más grande y feliz. Su Asamblea de Francfort, si no ha escrito el derecho con letras de fuego en la frente del pueblo, como la Convencion, lo ha escrito con ideas en la conciencia y en el espíritu, de donde jamás será arrancado. ¿Qué tiene que ver esta nacion con lo antiguo? El sacro imperio romano, que ha sido á un tiempo el verdugo de Alemania y el carcelero de Italia, está en el polvo. Prusia, pues,

debe representar el germanismo, la unidad alemana y la libertad alemana, y dejar esos delirios de Edad media, cuando en la Edad media no era más que un pobre terruño feudal la que hoy es tan poderosa nacion. Prusia debe ser el Piamonte de Alemania. Ya no se levanta, para impedir esta gran obra, la sombra de Juliano el Apóstata. Es indigno que Alemania aún tenga manchas feudales en su frente. Es indigno que Alemania aún conserve restos de legislaciones bárbaras en sus códigos. Es indigno que la censura aún amordace á la pátria de la libertad del pensamiento. Es indigno que haya tanta distancia en Alemania desde el pensamiento á la realidad. No se diga que Alemania, tan pura, tan blonda, tan ideal, tan buena como la Margarita de Gœthe, por entregarse al amor de falsos doctores, que solo han sabido engendrar pasiones de una idealidad imposible en su pecho, se encuentra en hondo calabozo, sobre húmedo monton de paja, descoyuntados sus huesos, perdida su voz, secos sus ojos, presa de febril delirio, viendo en sueños á su madre, á su hermano, sacrificados por su delirio, y con su hijo yerto y frio sobre su desgarrado seno.

CARTAS AL SR. W. HOSSAEUS,

DOCTOR EN FILOSOFÍA,

SOBRE SU RESPUESTA AL ARTÍCULO ANTERIOR.

Carta primera.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: Honroso es para Vd. el celo que muestra por la memoria de Federico Guillermo IV, y no seré yo quien le moteje y condene: que siempre respeté en mis adversarios, al contender con ellos, la lealtad de carácter y la rectitud de intenciones. Duro por demás ha estado Vd. conmigo, prescindiendo muchas veces de las formas que la buena discusion aconseja; pero yo lo perdono todo, siquiera para conseguir el triunfo de que la flema alemana aprenda moderacion y prudencia en un hijo del Mediodía, nacido en los últimos límites de Occidente, que debe por lo mismo, desmentir la vulgarísima preocupacion extranjera que nos cree poco idóneos para apagar con la voz de la

razon el tumulto de nuestras pasiones y el hervor de nuestra sangre. Usted comprenderá las desventajas con que lucho en esta polémica, la más grave que registro en la ya demasiado larga historia de mis polémicas. Comparémonos un momento, si á Vd. le place. Tratemos de política y de filosofía alemana, y Vd. es aleman y yo español; Vd. segun mis noticias, de edad madura y yo jóven; Vd. doctor de las universidades alemanas, que yo no conozco sino por libros á que no he podido consagrar preferente atencion, ocupado en otras ciencias, y distraido por las luchas de la política, dividiendo así mis fuerzas, que necesitan templarse mucho para esta grave contienda. Mas una palabra que á Vd. se ha deslizado, me anima, y me sostiene, y me incita á la pelea, y hasta me augura la victoria. Usted dice que no debia haberme fiado, para comparar á Federico Guillermo IV con Juliano el Apóstata, de un doctor aleman, que acaso tuviera motivos de resentimiento personal con el rey. Y aplicando esta observacion al caso presente, y juzgándole á Vd. con su mismo criterio, digo que tampoco debo fiarme de la defensa de un doctor aleman, que acaso tenga recuerdos de agradecimiento para el rey.

Y prescindiendo de la censura de un doctor, y

de la defensa de otro doctor, entro en la polémica. ¡Extraño espectáculo! Yo, español, descendiente de aquellos soldados que tanto aterraron á los primeros defensores de la libertad de pensar, hijo de esta nacion que ha representado en el siglo XVI la idea de la Edad media, y la ha sostenido en todos los campos de batalla del mundo con tan singular heroismo, véome precisado y constreñido por mi conciencia á defender á los filósofos alemanes, mal conocidos y peor juzgados por Vd., doctor en filosofía de las universidades alemanas; prueba evidente de que sobre el germanismo y latinismo, sobre todas esas preocupaciones de razas y de nacionalidades, que tanta sangre han costado, se alza el ideal cristiano de la edad presente, que enseña á todas las naciones á someterse á la humanidad, y á toda historia á estimar más que su propia vida la eterna razon y el eterno derecho.

Mucho ha dolido á Vd. la comparacion entre Federico Guillermo IV y Juliano el Apóstata, y yo la creo exacta y justa. El mundo antiguo caia, se desplomaban los ídolos; el símbolo de la nueva fé acababa de ser escrito en Nicea, despues de tantos siglos de persecuciones, por la mano de los doctores á duras penas escapados del martirio;

hallábanse abandonados los misterios, rota la lira clásica, despojada naturaleza ya de los génios que se deslizaban en sus espacios, pues hasta el Mediterráneo, cuna de los dioses helénicos, decia con la voz de sus brisas y de sus olas á los navegantes paganos, que el gran Pan era muerto, lamento que repetian las costas y promontorios donde en otro tiempo se perdieron los ecos de los coros de las tragedias clásicas, mezclados con los ecos de los coros de los templos; y en tan sublime instante, cuando la conciencia humana se renovaba y sacudia el antiguo naturalismo para subir, en alas de otra idea más alta al cielo, Juliano, príncipe erudito, orador elocuente, hábil sofista, amigo de poetas y filósofos, dado á soñar con lo maravilloso y lo imposible, pretestando que el cristianismo habia querido sofocar el amor pátrio y el ardor guerrero en los corazones, la idea filosófica y la alta inspiracion en las conciencias, emprende con todas sus fuerzas una de las más insensatas reacciones que recuerda la historia, y se viste el traje de los antiguos pontífices, y restaura las rotas aras y los desiertos templos, y llama á los filósofos alejandrinos para que opongan el misticismo naturalista al misticismo cristiano, y contiende con los apóstoles de la nueva fé, y cierra las escuelas para los

innovadores, y consulta á todas las religiones, á todas las ciencias, en su desvarío por lo pasado, para que le den un filtro con que renovar la vida espirante del dios-naturaleza, hasta que, herido en el corazon por las flechas de los persas, vé en su agonía que ha corrido tras engañoso fantasma, pues que no hay brazos, aunque sean fuertes y hercúleos, bastantes á contener ó á torcer la gran corriente del revuelto rio de los tiempos. Si la trasmision no le parece á Vd. un tanto buena, fíjese en nuestro siglo, en nuestro tiempo, de crísis tambien, de renovacion tambien, como el siglo de Juliano. La humanidad no pelea por su idea religiosa, pero pelea por su derecho. Las grandes monarquías antiguas están en el polvo. La fé en la autoridad que las animaba, se ha extinguido en la conciencia humana. El derecho divino, forjado por los jurisconsultos de la Edad media, ha caido de las sienes de los reyes. El pueblo descendiente del eterno esclavo, acaba de escribir en la gran Constituyente francesa, Sinaí de la revolucion, las tablas del derecho humano. El sacro imperio, la encina sagrada que cobijaba todos los poderes de la Edad media, ha sido arrancada de cuajo por el soldado de la nueva idea. Del terruño donde yacen las cenizas de generaciones desgraciadas y es-

clavas, marcadas hasta en la tumba con el vil clavo de la servidumbre, se levantan tribunos, soldados, que con toda suerte de armas pelean por revindicar el pensamiento, la conciencia, la voluntad, para sí, arrancándoselos á los antiguos poderes. Y en esta gran fermentacion del espíritu, sube al trono de Prusia Federico Guillermo IV, príncipe á quien los alemanes habian creido en mal hora liberal, y lejos de impulsar la nueva idea la contiene, la desnaturaliza, la ahoga. Romántico en literatura, místico en religion, partidario de la escuela histórica en ciencia, adorador del derecho divino en política, estravagante en su carácter, rodeado de doctores, de sábios, de artistas, que doran á sus ojos á la Edad media, realzada por las investigaciones de Sabigny; este rey filósofo, este poeta con corona, este orador que tiene por tribuna un trono; este gnóstico que se cree enviado de Dios, no habla sino para invocar el derecho antiguo, no obra sino para contener la idea liberal, no piensa sino para ensalzar los tiempos de la absoluta sumision de los pueblos, no restaura sino símbolos que recuerden la autoridad, no protege sino á los que contienen el vuelo del espíritu hácia nuevos horizontes, no escribe ni acepta más Constitucion que la escrita en

la costumbre con todos los recuerdos feudales, hasta que la revolucion, más poderosa que todos los reyes absolutos, le despierta con la voz de sus cañones, y le obliga á bajar, envuelto en las ráfagas de sus tempestades, á saludar delante del pueblo vencedor los cadáveres de las víctimas sacrificadas por su mística exaltacion y por su apego á tiempos que duermen para siempre en el sarcófago de la historia. Pero Vd. me dice que yo llamaré Julianos á todos los que no tengan las ideas democráticas del siglo presente; y en eso dice Vd. una vulgaridad indigna de tan laureado doctor. Yo llamaré por analogía Diocleciauos á los reyes que, como el de Nápoles y el de Austria, resistan á la nueva idea; Constantinos á los reyes que, como Leopoldo de Bélgica y Víctor Manuel de Italia profesen la nueva idea; y Julianos á los reyes que, como Luis Felipe de Francia y Federico Guillermo IV de Prusía, despues de haberla profesado apostaten de la nueva idea.

Dice Vd. que debia haber fundado mi juicio sobre Federico Guillermo IV en ideas más objetivas, y con esto me proporciona la ocasion de mostrar con hechos históricos la exactitud de mis apreciaciones, la verdad de mis juicios. Présteme usted un poco de atencion, aunque le moleste el

relato de hechos que debe Vd. tener ya olvidados, pero que á la verdadera luz de un criterio liberal toman nuevo aspecto. Prusia representa en el mundo la libertad de pensar, y representa en Alemania la nueva idea política. Si no representa esto en la ciencia y en la historia, no representa nada. En la Edad media, Prusia era un miserable feudo de la órden teutónica, la cual se veia precisada á entregar su conciencia al Papa y su voluntad al emperador. Todos los grandes movimientos de los tiempos modernos han sido grandes triunfos para Prusia. Por la reforma que proclamaba la libertad de pensar, pasó de feudo á monarquía. Por la paz de Westphalia, que proclamaba como derecho internacional la libertad de conciencia, pasó de monarquía pequeña, á monarquía mayor. Por virtud de la filosofía del pasado siglo, que se asentó en el trono con el sin par Federico, pasó á ser, de monorquía alemana, gran potencia europea. Por influjo de la revolucion francesa, que hundió en el polvo el antiguo imperio, fué la representante casi exclusiva del pensamiento y de la voluntad del mundo germánico. Por la misma revolucion del 48 estuvo á punto de ceñirse la corona del Imperio aleman. Y el nuevo movimiento de las ideas en 1860, le impulsa á ser, como el

Piamonte en Italia, la espada de la libertad y de la unidad alemanas, tan necesarias para contener la ambicion del imperio francés, para impulsar el imperio ruso al Asia, y para suprimir el imperio austriaco, ese Nabucodonosor del absolutismo, poderoso como un rey, pero informe como un mónstruo. De suerte que en todos los grandes movimientos de la idea moderna, en todas las crísis en que el nuevo mundo se ha encontrado frente á frente del mundo antiguo, Prusia, el mísero feudo, el pobre electorado, se ha extendido y se ha agrandado, como todas las naciones que llevan la llama sagrada de la idea de su siglo sobre la frente.

¿Y comprendió esto Federico Guillermo IV? No lo comprendió. A comprenderlo, no le hubiera sorprendido la revolucion de Febrero. Párese Vd. un poco á contemplar los hechos de su vida, y verá Vd. confirmadas mis opiniones y desvanecidas las suyas. Los hechos, que son ideas vivas, hablan con elocuencia que no puede ninguna pasion desoir, aunque esa pasion sea tan noble como la lealtad que nace del agradecimiento. La pretension de Vd. es asaz extraña, pues consiste en persuadirme á que crea que Federico Guillermo IV ni era místico ni reaccionario, sino muy

liberal y amante del sistema representativo. Consultemos pues la historia, que dará la razon á quien la tenga. Referiré los hechos descarnados. Los reyes no pudieron vencer á Napoleon. Mi heróica pátria, mi gran España, demostró al mundo que el soldado de la revolucion era invencible mientras no se borrase en la bandera de sus enemigos el derecho divino de los reyes y se escribiera el derecho humano de los pueblos. Napoleon, que habia visto correr delante de sí á todos los ejércitos mandados por monarcas, se estrelló en un pueblo sin rey. Entonces los reyes del continente comenzaron á conocer que necesitaban de sus pueblos. Federico Guillermo III dió las célebres promesas de 1815. Estas promesas no se cumplieron sino en muy pequeña parte. Al ascender al trono Federico Guillermo IV en 1840, el corazon de los prusianos se abrió á la esperanza. Creian encontrar un Constantino, y el cielo les guardaba un Juliano. Sus primeras palabras inspiraron un gran entusiasmo, aunque en ellas latia la idea del derecho divino de los reyes. El místico y romántico decia: «Convirtamos los ojos á Dios; sí, á Dios, que consagra los príncipes. Señores, sé muy bien que solo de Dios he recibido mi corona, y que me atañe decir: ¡Ay del

que la toque! Pero tambien sé que esta corona es como sagrado depósito confiado á mi familia por el Todopoderoso, á quien debo dar estrecha cuenta de mi gobierno, dia por dia y hora por hora.» Un rey de esta España que Vds. suelen despreciar tanto; de esta España, acaso la primera en llevar á sus últimas consecuencias la idea del derecho antiguo, no hubiera sido osado á decir tanto en 1840, por temor de que el fuego de la revolucion hubiera fundido la corona en su frente. Pero seguiré historiando. En 7 de Setiembre de 1840, la Asamblea de Notables, reunida en Koenisberg para felicitar á Federico Guillermo IV, pedíale una Representacion nacional. El rey dió algunas esperanzas. Pero como quiera que estas esperanzas fueran causa de muchas ilusiones liberales, el rey, en una circular del 4 de Octubre, negaba el sentido liberal dado á sus palabras. Desde este punto comienza la guerra implacable entre el rey y el partido liberal. Es preciso aqui hacer una escursion á la historia de las instituciones prusianas. Todo lo que los pueblos pudieron alcanzar de las promesas de 1815 fué la representacion provincial. Esta concesion no cayó desde las alturas del trono sobre el pueblo sino despues de larga resistencia. El principe

real, Federico Guillermo IV más tarde, presidia una comision que estuvo estudiando desde 1817 á 1823 estas cuestiones, hasta que al fin salió de tantos estudios las dietas provinciales. Pero desde el año 23 al año 41 estuvo Prusia esperando en vano el complemento de aquella obra, la corona de sus instituciones, la representacion nacional. El rey que Vd. llama tan liberal no quiso acceder á estos justos deseos de un pueblo apto para la libertad. Mejoró la representacion provincial, y dió á la dieta de Berlin solamente la facultad de poner en armonía las disposiciones de las dietas provinciales que estuvieran discordes. Esta decepcion irritó á los liberales. Koenisberg y Breslau escribieron enérgicas protestas, y levantaron su voz en favor de la libertad, burlada siempre por el rey que Vd. llama liberal. La prensa comenzó á ser el potente eco de la indignacion alemana. El rey, recrudecido su ánimo por la lucha, negó que fueran obligatorias para él las ordenanzas de 1815, dadas por su padre, y las promesas de libertad en aquellas ordenanzas contenidas. Prusia se encontró en 1841 lo mismo que en 1817, pero con una esperanza menos. Tal era el liberalismo de su rey. La *Nueva Gaceta* del Rhin, la de Koenisberg y los *Anales Ale-*

manes hicieron al rey toda la oposicion que consentia la prévia censura. Este último periódico tuvo que abandonar á Prusia, sin duda ahuyentado por el liberalismo que Vd. encarece en su rey. Entonces Schelling opnia, vuelto á Berlin de su retiro de Munich, al derecho que nace del espíritu el derecho que nace de la historia, y al racionalismo hegeliano el misticismo romántico. Entonces la cátedra, ocupada ántes por el célebre discípulo de Hegel, Eduardo Gans, se veia ocupada por Stahl, adorador de la escuela histórica. La presencia de este gran reaccionario en la universidad de Berlin promovió casi una insurreccion entre los estudiantes. Por influencia de este erudito eminente se escribió el célebre manifiesto de los buenos prusianos, tan bárbaro en el fondo como el manifiesto de nuestros diputados persas, aunque más correcto en las formas. «Querer poner límites al poder del rey, decia, ó pedirle que se limite á sí mismo, es proceder contra la voluntad divina.» Así lucha el rey con la opinion hasta que en 1847 reune los Estados. Ningun poder de la tierra, decia delante de estos, me hará dar una Constitucion escrita en el papel. En vano repúblicos tan prudentes como Vinke pedian garantías constitucionales. Y no oculte Vd. lo que

se pedia, porque es necesario decirlo para asombro de los españoles, que nos creemos tan atrasados en el camino del progreso: se pedia la publicidad de los juicios, la independencia de los tribunales, la libertad de la defensa, la representacion nacional. El rey, despues de siete años de lucha, cedia en algunos puntos. Pero un historiador aleman dice que no era posible que las concesiones reales fueran admitidas por la opinion, pues reducian la votacion del impuesto, mediante numerosas excepciones, á una garantía vana; limitaban el derecho de peticion, y creando comisiones legislativas permanentes, hacian incierta y casi innecesaria la futura reunion de los Estados. Y en efecto, la representacion nacional era lo que la sombra en el cuadro; estaba destinada á mostrar la impotencia del pueblo y la omnipotencia del rey. En esta lucha entre el rey y los liberales vino de improviso la revolucion de Febrero. El rey se sintió herido en el corazon por aquel rayo del cielo, é hizo algunas concesiones más, aunque mezquinas y tardías. Doscientas barricadas contestaron con el «es tarde» que dicen siempre los pueblos á los reyes reaccionarios. El liberal que Vd. tanto nos pondera, despues de haberse visto precisado á saludar los

cadáveres de los defensores del pueblo, convocó una Asamblea Constituyente, forzado por la revolucion. La Asamblea declaró que el rey reina por la voluntad de los pueblos; pero apasionado el gran liberal de su derecho histórico, sacrificó una Asamblea al placer de llamarse rey por la gracia de Dios. Por aquellos dias nombró el ministerio en que entraba Manteuffel, rechazado hasta por el centro derecho de la Asamblea de Francfort, por representar el espíritu histórico y feudal, tan propio del liberalísimo rey que Vd. defiende. En tan supremos instantes dió Federico Guillermo IV una Constitucion democrática en la apariencia y solo en la apariencia. En su preámbulo el rey recordaba que reinaba por la gracia de Dios, y no por la voluntad del pueblo, con ese ardiente liberalismo que Vd. ve y que la historia ignora. Por el artículo 105 se reservaba el rey, en el interregno parlamentario, la plenitud de la potestad legislativa. En el art. 108 prevenia que para cobrar las contribuciones existentes, no siendo abolidas por una ley, no se necesitaba de la aprobacion parlamentaria. Por el art. 110, el rey podia, sin anuencia de las Cámaras, suspender todos los derechos y todas las garantías constitucionales en caso de sedicion ó de guerra. Este

código no era obra de Federico Guillermo, á pesar de estas reservas; era obra de la revolucion, más poderosa que el rey. Pero esta misma Constitucion por él dada fué un ardid maquiavélico. La lucha con las ideas liberales, las humillaciones que sufrió, los desengaños de su exaltado misticismo, el ardor de su fantasía y el trabajo de su pensamiento destruyeron las fuerzas de este rey, y le postraron de suerte que, segun de público se dice, perdió la razon. Lo cierto és que ese rey enfermo, recluido en su palacio, alejado de su pueblo, era, en el sentir comun de Europa, la sombra de la reaccion que vagaba aún sobre Prusia. Casi toda la prensa europea lo ha dicho así en la hora de su muerte, y Vd. no tendrá la orgullosa pretension de conocer la política más que la prensa europea. Un diputado de la Asamblea de Francfort, en el destierro, en 1855, para probar que la Constitucion democrática fué un engaño del rey, decia que la disolucion del Parlamento de Berlin hecha por Federico Guillermo IV, habia sido la señal de la muerte de la libertad en Alemania. «Todo habia cambiado. Los croatas dominaban á Viena, los rusos á Pesth, los prusianos á Dresde. Por todas partes prevalecia la violencia y se menospreciaban las leyes de la

humanidad. Toda la Alemania dobló el cuello á la coyunda.» En dos partes, pues, debe dividirse la vida de Federico Guillermo IV: primera, de resistencia al espíritu liberal; segunda, de concesiones arrancadas por un pueblo en armas y doscientas barricadas, pero concesiones inútiles. Si alguna garantía constitucional se ha salvado se debe al espíritu de la época, y no á Federico Guillermo IV, que solo supo resistir á su tiempo y luchar con la idea de su siglo. Como Juliano, se empeñó en una reaccion fantástica, filosófica; y como Juliano, ha muerto vencido por la idea del progreso.

Y estas opiniones mias están fundadas en la lectura de libros, no de doctores oscuros, sin renombre alguno, sino de los más altos pensadores de Alemania, así poetas como filósofos y repúblicos. Contra el gobierno del rey liberalísimo se fundó una revista literaria en Suiza, donde escribian todos los jóvenes que ámaban la libertad y la pátria. Aún recuerdo las canciones no políticas de Hoffman de Falersleben, publicadas en 1841, donde el poeta, para no desmentir el dicho de Aristóteles, que cree la poesía más verdadera que la historia, nos presenta á Arminio, el gran guerrero de la antigua Germania,

resucitado, luchando ¡él! acostumbrado á la libertad de los bosques, con todas las ridículas trabas de la Alemania monárquica y aristocrática; aún recuerdo que llama á las promesas del rey fantásticas leyendas, mitología griega, irrealizables fábulas; aún recuerdo que se burla del censor, sin cuya pluma no es posible la paz de los monarcas; del censor, que con un tachon hace callar á la naturaleza y al pensamiento, y aún recuerdo que estas inocentes alusiones le valieron ser depuesto de su cátedra por el liberalísimo rey que Vd. defiende, y que como todos los reyes absolutos, queria tan sólo para sí la libertad. Dingelstedt, otro poeta más melancólico que el anterior, presentará á Vd. en sus canciones al gran Muftí en su trono de Berlin, rodeado de eunucos, complaciéndose sólo en oir cantar á los Philomelos de Occidente, y en ver cómo danzan los derviches poetistas, macerando su cuerpo y su alma. ¿Ha leido Vd. alguna vez las poesías de Prutz, publicadas en Zurich en 1842? Pues allí encontrará Vd. ataques al rey de Prusia mucho más acerbos que los mios, nacidos del dolor de un alma que ama la libertad de Alemania. ¿No ha leido Vd. ninguno de los cantos de otro poeta más levantado que Prutz, de Herwegh? Desde la

cima de los Alpes, en cuyos desfiladeros ha ido á buscar la libertad que le negaba Alemania, su pensamiento, audaz como el águila, llama á la güerra, á la pelea, á sus compatriotas; les despierta de su servidumbre invocando el eterno derecho; les invita á que conviertan en armas sus instrumentos de labranza para arrojar á esos tiranos, cuyas frentes devoradas por el remordimiento, están pálidas como sus coronas de oro. Sus versos se publicaron en Zurich, porque no se hubieran podido publicar ni en Viena, ni en Berlin, donde reinaba en 1842 el liberalísimo rey á quien Herwegh escribió cartas que Vd. debe leer para rectificar erróneos juicios. Bien sé que algunas de estas composiciones y artículos tienen el ardor guerrero que dá el destierro; pero de eso culpe Vd. á su liberalísimo rey, que nunca dejó publicar en Prusia ni las Anécdotas de la jóven escuela hegeliana, ni la Veintiuna hoja de la jóven escuela democrática, ni *El Foro Aleman*, periódico del antiguo partido patriota y liberal. Enrique Heine preguntaba en 1844 á un su amigo, qué libertad se gozaba en Prusia, y el amigo le respondió que mucha, pues no renunciaba la esperanza de que se suprimiera la prensa, y con ella la prévia censura.

Tenemos treinta y seis señores (no es mucho, exclamaba el poeta), y llamamos patria á la tierra que les pertenece por derecho hereditario. Y dirigiéndose al rey de Prusia, le decia: «No conoces el infierno del Dante y sus temibles tercetos? El que ha sido en aquella prision encarcelado no tendrá redentor que le salve. Ninguna divinidad podrá libertarlo de aquellas ardientes llamas que cantan. Guárdate ¡oh rey! de que te condenemos los poetas á semejante infierno.» A pesar de no ser todos estos poetas de un mismo país; á pesar de haber nacido unos en Hamburgo, como Heine; otros en Suabia, como Herwegh; otros en Austria, como Grün, todos se dirigian contra el rey de Prusia, porque todos habian sido engañados en sus esperanzas por Juliano el Apóstata. Habia entre todos un poeta prusiano que cantaba la Meca, el inmenso desierto, las palmeras que levantan su corona hasta las nubes, el leon rey de la soledad, los dias de la Arabia, en que las arenas, encendidas por el sol, brillan como la via lactea en el cielo. El rey de Prusia, amigo como Juliano de los poetas, le llama á su córte, y le da una pension, creyendo que no podia ménos de amarle poeta que sabia cantar así la tierra pátria del despotismo. Pero al poco tiem-

po, el poeta, avergonzado, arroja la pension á los piés del rey, y pulsa la lira de la libertad. Este amigo de Federico Guillermo IV, llamado Freiligrath, pone lágrimas amargas de Schiller y de Schubert que, desde la region de los sueños, ven desesperados la esclavitud de Alemania. Este amigo de Federico Guillermo IV, que se vió precisado á abandonar á su rey para conservar su dignidad de escritor, nos pinta con negros colores los recuerdos feudales que aún quedan en Alemania: el pobre cazador, muerto al pié de su hijo, por haber herido el javalí de un noble. Pero tal vez ponga Vd. en duda la autoridad de estos poetas, y será preciso citarle otros escritores. Lo haré. Grandes repúblicos hacian la oposicion en Francfort á la política del rey. Vinke le echaba en cara su aficion á nombrar ministros antidiluvianos. Weber, concienzudo historiador, nos describia de esta suerte á Federico Guillermo IV: «Muchos altos pensamientos y planes nacian en su alma; pero quebraba la ejecucion, ó en su orgullo de rey, ó en sus preocupaciones aristocráticas que lo inclinaban al derecho histórico contra el liberalismo nivelador, ó en su ortodoxia protestante, que reprimía el progreso religioso y eclesiástico fuera de los libros simbóli-

cos.» Arnaldo Ruge, miembro del Parlamento de Francfort, decia en un artículo publicado en Bruselas en 1855: «Los alemanes han tenido la desgracia de contar dos reyes que han cifrado toda su gloria en realizar el ideal de ese partido romántico, adscrito á lo pasado: Luis de Babiera y el jefe actual de la monarquía prusiana.» Y hablando de la política de este decia: «Su política oprimia el corazon mismo del Estado, y tendia á destruir el espíritu generoso que tanto ha levantado á Prusia, y que la ha puesto entre las grandes potencias de Europa. Bajo el régimen de tal política todas las instituciones libres se vieron amenazadas. Las universidades fueron objeto de todo linaje de ataques; los ayuntamientos perdieron sus derechos, y el poder cayó en manos de la nobleza.» El doctor Strauss, cuya ciencia no podrá Vd. poner en duda, es el que compara en un folleto publicado en Mannheim en 1848, á Federico Guillermo IV con Juliano el Apóstata. Y permítame que extrañe que Vd. no haya acertado con el autor del paralelo entre Federico Guillermo IV y Juliano, cuando tanto ruido levantó en Alemania su noble indignacion contra el rey romántico. En este folleto se compara al rey Federico Guillermo con Juliano, á la escuela neo-

católica con la escuela neo-pagana, al místico panteista Schelling con el místico idólatra Jamblico, las prescripciones del rey de Prusia prohibiendo enseñar á los hegelianos con las prescripciones del antiguo emperador prohibiendo enseñar á los nazarenos, y la reaccion contra el movimiento liberal en el siglo XIX á la reaccion contra el movimiento cristiano en los primeros siglos de nuestra era. Pero aunque podia aumentar citas en que se fundaran mis juicios, voy á limitarme á trascribir la opinion de dos escritores extraños á la patria de Vd., el uno doctrinario y el otro católico, el uno francés y el otro español, el uno historiador filósofo y el otro pensador místico, ambos notables en Europa. Pues bien, el primero, Saint-René-Taillandier, dice: «Es cierto, en efecto, que Federico Guillermo IV está bien poco dispuesto á dar á sus pueblos una Constitucion verdaderamente grave. El sueño de la escuela histórica consiste en levantar de suerte el edificio constitucional, que las diferentes épocas de lo pasado, desde Arminio hasta Federico Barbarroja se encuentren reunidas: tiempos primitivos, derecho consuetudinario, feudalismo, monarquía.» El segundo escritor á que me refiero es D. Juan Donoso Cortés, notabilísimo por

su conocimiento de los hombres, y más aún por su arte de retratarlos en dos frases. Donoso Cortés escribia en 15 de Abril de 1845 desde Berlin, donde se encontraba como embajador que era de España, lo siguiente: «Federico Guillermo IV es en política absolutista y en religion místico.» Reconociendo su amor á las artes y á las ciencias que nadie le ha negado, como nadie podria negarle tales aficiones á Juliano, añade: «A vuelta de estas prendas eminentes, carece de sentido comun; y su razon fluctúa perpétuamente entre lo sublime y lo estravagante.» ¡Con cuánta razon, pues, recordaba á Federico Guillermo IV el noble profesor Hinrichs las palabras que habia escrito en son de profecía el gran Federico en 1731: «Deseo que esta real familia de Prusia salga del polvo en que ha vivido hasta aquí; deseo que sea refugio de los desgraciados, apoyo de los oprimidos, providencia de los pobres, terror de los malvados: mas si sucediese lo contrario, sí, lo que Dios no permita, triunfaran de la virtud la *injusticia y la hipocresía*, en tal caso deseo á esta casa real una caida más pronta, más rápida que su engrandecimiento!» ¡Ah! Prusia se ha salvado, porque la opinion del pueblo ha valido más que la opinion del rey. Pero Fe-

derico Guillermo ha muerto casi alejado del trono.

Otro dia hablaremos de la ciencia y de la filosofía alemana, porque esta carta es muy larga. Si yo usara el lenguaje que Vd. usa, diríale que no sabe Vd. una palabra de Hegel. Mas para hablar tan crudamente como Vd. se necesita no tener una gota de sangre latina en las venas. Usted ha abusado horriblemente de su posicion contra mí. Como si Hutten no hubiera escrito aun sus *Epistolæ oscurorum virorum,* se ha permitido hablar desde las alturas de su grado de doctor, creyendo que esto le dispensaba de asentar en pruebas y en demostraciones sus argumentos. Impórtanos muy poco que Vd. sea doctor si luego no discurre doctamente. Aquí sabemos que en Alemania hay más ciencia que en España, porque hay más libertad de pensar; pero tambien sabemos que al lado de los grandes colosos de la ciencia, de esos hombres que agotan la naturaleza como Humboldt, ó el espíritu como Krausse, ó la historia como Niebunr, viven un gran número de doctores oscuros, sin talento ni ciencia, porque en Alemania no hay esta igualdad democrática de los espíritus, que es el gran carácter de la raza latina, y muy especialmente de la familia ibórica, poco idónea para sufrir aristocra-

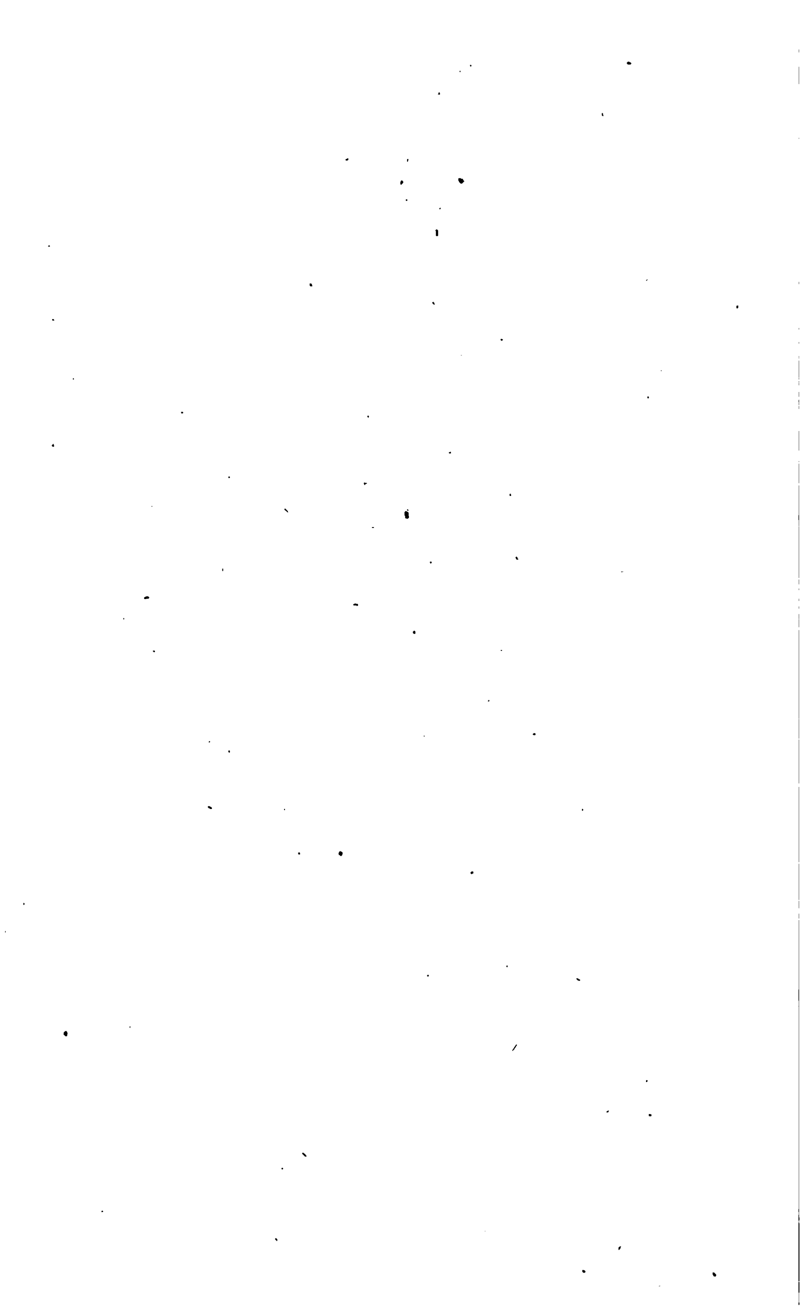
cias; y por eso aquí todas las clases hemos trabajado en nuestra historia y en nuestra nacionalidad, y todas las generaciones hemos escrito nuestro inmortal Romancero. El aleman, al reves, ó vuela ó se arrastra, como dice un gran escritor. No comprendo, pues, cómo ha escrito Vd. un artículo para probarme que Federico Guillermo IV era liberal, y luego conviene Vd. conmigo en que no lo era, cuando dice que «se habria entregado de corazon al movimiento general de la época, si no hubiese hallado en él tantos impuros elementos.» Luego no se entregó al movimiento general de la época; luego no fué liberal. Y en otro lugar dice: «Fácilmente se entusiasmaba con todo lo que era grande y noble (*cosa que yo no he negado*), y así se comprende cómo llenaba su corazon tan pronto el derecho divino de los reyes como el movimiento de los pueblos.» Luego habia en él las mismas vacilaciones que en Juliano; y cuando se entusiasmaba por la libertad era apóstata del derecho divino, y cuando se entusiasmaba por el derecho divino apóstata de la libertad. La incertidumbre que Vd. le arroja á la frente es una acusacion horrible; porque al paso que una política fija levanta á los pueblos, la incertidumbre los mata. Y la lógica de Vd. es sin-

gular. Cuando para llamar á Federico Guillermo Juliano el Apóstata me he fundado en un autor aleman, dice Vd. que yo, por extranjero, debia conocer mejor que un aleman la Alemania; y á vuelta de esto niega Vd. la posibilidad á los extranjeros de conocer el pensamiento de Alemania. Desde luego se conoce que Vd. no cree ni en el derecho moderno ni en el liberalismo universal. Usted dice que está estudiando, y cualquiera diria que está Vd. forjando cadenas. Leyendo su carta recuerdo aquellas palabras del gran poeta, que dicen: WAS SCHMIEDST DU, SCHMIED? WIR SCHMIEDEN KETTEN, KETTEN.

Espere Vd. mi segunda carta, en que le mostraré sus errores sobre Schelling y Hegel, y mientras tanto aprovecha esta ocasion de manifestarle su aprecio y ofrecerle sus servicios su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 25 de Febrero de 1861.



CARTAS AL SR. W. HOSSAEUS,

DOCTOR EN FILOSOFÍA,

SOBRE SU RESPUESTA AL ARTÍCULO ANTERIOR.

Carta segunda.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: Tratemos, si á Vd. le place, la parte más grave y más dificultosa de esta larga é importantísima controversia; la parte filosófica. Usted comprenderá todo lo difícil que es hablar ligeramente de filosofía; pero como Vd., que tan altivo maestro se ostenta en su artículo, no ha dudado un punto en abordar todo un sistema, en condenarlo sin apelacion, fuerza será seguir su ejemplo y hablar de ese sistema, siquiera sea breve y superficialmente.

Nada hay más ocasionado á error que entrar en filosofía con preocupaciones arraigadas, con juicios ya formados, con fines preestablecidos. Oscurecida así la razon, lejos de caminar libre-

mente á la verdad, se pierde en un mar de tinieblas, y toma por ideas legítimamente adquiridas las sombras que sus preocupaciones levantan. Las tres grandes reformas de la filosofía se han hecho interrogando la voz de Dios en el espíritu, la eterna razon; la voz de Dios en la vida, la eterna conciencia. Sólo de esta suerte pudieron combatir á los sofistas, á los escolásticos, á los empíricos y á los escépticos, los tres profetas del mundo intelectual, los tres reformadores de la ciencia, Sócrates, Descartes y Kant. Si bien los tesoros de la experiencia pasada son estimabilísimos siempre, la filosofía buscará su oráculo en la libre razon, y pugnará por no subordinarse á lo limitado, puesto que su objeto es lo absoluto y lo eterno. Si ántes de conocer un sistema filosófico lo desechamos por las consecuencias que pueda traer y los resultados á que pueda conducir, perderemos aquella luz que en ciencia se llama razon y en moral se llama justicia. Es necesario ir donde nuestro criterio nos lleve, sin preocupaciones ni prejuicios, porque así como el amor al bien por ser bien es el móvil de la virtud, el amor á la verdad por ser verdad es el móvil de la ciencia. Prejuzgar en filosofía equivale á negar la filosofía.

Graves inculpaciones dirige Vd. á la filosofía

hegeliana, y aquí me atañe rectificar un concepto equivocado de Vd. Yo no he dicho ni he podido decir que mi sistema fuera el sistema hegeliano. Yo he dicho, y he dicho con razon, que el sistema hegeliano es más progresivo, más universal que el sistema de Schelling, poético, intuitivo, iluminado, pero poco científico. Juzgaba un momento del espíritu, una fase de la historia de la filosofía, y en ese momento del espíritu, en esa fase de la historia de la filosofía, el sistema de Hegel era necesariamente el sol de las inteligencias. Yo no juzgaba su verdad absoluta, sino su realidad histórica. Y aun así, el sistema que abraza espíritu, naturaleza, Dios, y dá realidad á las ántes vacías y abstractas leyes de la lógica; y crea la série por cuya virtud todas las ciencias se encadenan con hermosa armonía; y lleva la luz del pensamiento á la creacion, elevándola y explicándola en la conciencia humana; y prueba el progreso de la historia, la razon de ser de cada una de las sucesivas edades é instituciones; y lee el geroglífico escrito en los tiempos orientales, la idea luminosa que centellea en la frente de la estátua clásica, la oracion despedida por las arreboladas agujas góticas al cielo; y hace ver cómo se ha elevado el espíritu desde el bárbaro feti-

chismo á la adoracion pura de Dios; cómo la ciencia ha caminado desde el panteismo materialista á dar realidad á las leyes del entendimiento; y muestra en la historia de la religion la conciencia religiosa de la humanidad, y en la historia de la filosofía, la vida de la razon, aunque muchas veces haya violentado la realidad para sujetarla á la ley de su pensamiento, aunque haya sacrificado verdades que la ciencia revindica y revindicará eternamente; es uno de los sistemas, sin duda, más grandes que ha concebido la razon humana, una de las más sublimes creaciones del espíritu, comparable sólo á los sistemas de Platon y sobre todo de Aristóteles, genios divinos que proyectarán eternamente su luz en todos los siglos, y vivirán mientras quede memoria y conocimiento de sí á la humana conciencia.

Pero Vd. al hablar de Hegel comienza por condenar todo su sistema, porque dice que tenía por único principio el pensar, y de aquí su oposicion á la realidad viva de la naturaleza y de la historia. Todo el que lea la carta de Vd., desde luego condena la doctrina hegeliana sin apelacion. Y es porque Vd., doctor en filosofía, procede contra la ciencia, y empaña con su propio aliento la corona que lleva en la frente. El significado vulgar,

la acepcion general dada á las palabras, no es el significado y la acepcion de la ciencia, como el sentido comun, no es el criterio de la filosofía. Querer con la significacion vulgar y corriente de las voces hablar de un sistema, es lo mismo que intentar conocer con los sentidos las leyes de los astros. La palabra pensar es, para el uso comun de la vida, una operacion del entendimiento. Para la ciencia hegeliana es mucho más que eso. Siguiendo la misma preocupacion de Vd., madama Stael hizo caer á Francia en graves equivocaciones y errores respecto á la filosofía de allende el Rhin. El mundo se escandalizó al saber que un filósofo, concluyendo una de aquellas lecciones que despertaban la conciencia de sí en la humanidad y el amor de la patria en Alemania, habia dicho á su numeroso auditorio: «Esta noche hemos creado el universo; mañana, señores, crearemos á Dios.» Si el mundo hubiera tenido la clave de aquellas palabras, no las hubiera tomado, como aparecen á primera vista, por una espantosa blasfemia. Pero lo que es perdonable en una dama, si ilustre, de superficiales conocimientos filosóficos, preocupada por el génio del neocatolicismo, que tenia empeño en desfigurar á sus ojos la Alemania liberal y racionalista, no se puede

perdonar de ninguna suerte en un doctor en filosofía.

Indaguemos, pues, un tanto, la metafísica. La filosofía crítica se encerró en el subjetivismo, aislándose de la naturaleza y de Dios, perdiéndose en el seno de la conciencia. Las sensaciones no son para el racionalismo crítico, sino para las formas de la sensibilidad llamadas tiempo y espacio; las nociones no son sino por la unidad del espíritu. La ciencia habia encontrado contra el escepticismo y el empirismo un punto de apoyo, y no osaba abandonarlo, recelosa de caer en los mismos males con tan sublime esfuerzo ya evitados. Pero como el progreso es ley precisa de toda la vida, la ciencia salió del aislamiento de la escuela crítica, y dió realidad objetiva á las leyes de la razon, á las formas ántes vacías y abstractas del pensamiento. La demostracion práctica de esta realidad fué el sistema de Hegel. Por el eco, el Titan de la ciencia ha abarcado, en su ambicioso pensamiento, desde el pobre tallo de yerba perdida en la tierra, hasta la idea arquetípica que vaga en la mente de Dios y que fué la norma del universo. Mas no crea Vd. que al dar las leyes del pensamiento á la naturaleza ha destruido la realidad de la naturaleza, no. Los nóumenos ó

leyes y principios generales que vagaban perdidos en la conciencia como abstracciones puras, se encarnan en la naturaleza y en la vida. Las ideas que Platon habia puesto fuera del espíritu, más allá de los mundos, descienden á ser el alma de las cosas. La realidad en esta gran espiritualizacion de la materia, es la idea. La verdad expresa, no solamente la nocion lógica de las cosas, sino tambien su existencia ontológica. Y nadie puede negar que sin el pensamiento, la naturaleza sería ininteligible. Existiría el mundo, sí, pero existiría como un gran cadáver extendido en los espacios, como un libro cerrado é incomprensible, como un geroglífico escrito en lo vacío. Yo no comprendo, yo no puedo comprender el sér sin el pensamiento que le anima; la naturaleza sin el espíritu que la explica y la comenta eternamente. No hay ningun sér, desde la luciérnaga, escondida bajo la trémula hoja de la flor, hasta el sol de los soles, que no sea inteligible. Pues este inteligible es lo verdadero para el filósofo; *ontoos on*, como decian los griegos. El pensamiento no es el objeto, las ideas no son las cosas. Pero los objetos para el espíritu no son sino mediante la inteligencia y la razon. Nosotros comprendemos un árbol por la idea que nos formamos de ese árbol. La verdad

de las cosas se atestigua en el pensamiento. Por eso Hegel ha dicho que la actividad del pensamiento, aplicándose á un objeto, es la reflexion, y así el pensamiento imprime en el objeto la ley de lo universal, que sólo por la razon puede comprenderse. Las formas, pues, del entendimiento no deben tener solo una realidad abstracta, sino una realidad concreta y viva. Y por eso dice Hegel que la metafísica es la ciencia de las realidades comprendidas por el pensamiento. Donde usted no vé más que una forma vaga y abstracta, yo descubro, yo veo las ideas primeras de Platon, de las cuales hacía descender los mundos como gotas de una catarata de luz; las nociones generales de las cosas y las categorías, explicadas por Aristóteles; las leyes de la inteligencia de Kant, trasformadas en realidad viva; el pensamiento divino de Mallebranche, impulsando con poderosa energía toda la naturaleza; una gran trasformacion de los más altos conceptos del idealismo, aplicada á la vida de todos los séres, á la realidad de todas las cosas, cuya razon de sér explica y comenta sólo nuestro espíritu. Y desde luego á primera vista se comprende que es más real y más verdadera la naturaleza pensada que la naturaleza sentida. Si conviniera Vd. en esto conmigo, ten-

dria que probarme un imposible, á saber : que el pobre pastor, con el auxilio de sus imperfectos sentidos, conoce más la creacion y sus leyes que Galileo, el Colon de los cielos, cuya inteligencia ha agrandado las esferas; ó Newton, que ha interpretado las eternas armonías de los astros; ó Linneo, que ha sabido llevar la série lógica concebida por el espíritu, la clasificacion, al informe Océano donde viven todos los séres; ó Laplace, que ha abarcado en su pensamiento la mecánica celeste.

Pero Vd. despues de condenar el sistema de Hegel, encarece la parte fundamental de ese sistema, la lógica. Si Vd. admite la lógica de Hegel, no tiene más remedio que admitir fatalmente, por una necesidad imprescindible de la razon, todo el sistema. «Los méritos de Hegel, dice Vd., se hallan en el dominio de la lógica.» Los dominios de la lógica de Hegel son tan extensos, le digo yo á usted, como su pensamiento, y alcanzan á donde alcanza la última afirmacion de su ciencia. Si usted admite el principio de contradiccion como ley de todo sér y de todo conocimiento; si Vd., en vez de creer este principio insoluble, como Kant en sus antinomias, admite que se resuelve y se armoniza en una síntesis superior; si Vd. cree

que esta síntesis, esta identidad de los contrarios se hallá no sólo en la razon sino al par en la naturaleza; si Vd. cree en la realidad de las formas del pensamiento y de las leyes de la lógica, así como forzosamente ha de proceder en dialéctica por oposiciones y por armonías, por diferencia y por identidad, por antítesis, y por síntesis, y ha de ver que el pensamiento se plantea á sí mismo, y se niega, y se armoniza, obedeciendo á estos precedentes que entrañan fatales consecuencias, ha de admitir todo el movimiento y toda la idea lógica, toda la ley del progreso, todo el ritmo del sistema hegeliano, y ha de ver la tésis, la antítesis, la gran trilógia de toda vida, en la metafísica por lo universal, que es la idea en toda su extension; lo particular, que es la idea limitada, y lo individual que es la idea concreta; en la naturaleza por la atraccion que tiende á formar un todo de los cuerpos, la repulsion que los separa en nubes de átomos, y la gravedad que los sostiene y señala á cada uno la nota que ha de producir en la gran música que forman las esferas; en la psicología por la sensibilidad que dá lo real, y el entendimiento que dá lo ideal, y la razon que dá la ley armónica de lo ideal y real; en la historia por el Oriente, que sólo afirma la sustancia, el

mundo greco-romano, que sólo afirma la individualidad, y el mundo moderno, que resuelve la eterna contradiccion de la historia; en las artes por el simbolismo, el clasicismo y el romanticismo; en la religion por el panteismo, que sólo mira á Dios, y el politeismo que sólo mira al hombre, y el cristianismo que ha reconocido á Dios en el hombre; en la filosofía por el empirismo, que sólo vé la naturaleza, y el idealismo que sólo vé el espíritu, y el gran sistema que une la naturaleza y el espíritu; en todo sér por el principio de la lógica que, una vez admitido, lleva fatalmente á la razon á verlo encerrado en todo organismo y en todo sistema, en toda idea y en toda vida. La naturaleza para Hegel forma con los hechos silogismos, como el espíritu los forma con los términos lógicos. El pensamiento tiene realidad. El punto de partida del sistema es el análisis del pensamiento. El análisis del pensamiento es la lógica. El gran principio de la lógica es la realidad de sus leyes, que en esto se distingue la lógica hegeliana de la antigua lógica, puramente de forma y abstracta. Ahora bien : si Vd. admite la lógica, ¿cómo rechaza el sistema que está basado en la lógica? Y si Vd. rechaza el sistema hegeliano, ¿cómo admite y cómo encarece la lógica?

Un doctor en filosofía debe saber una ley que es de sentido comun. No se puede admitir un principio, y negar sus lógicas consecuencias. Si usted admite la lógica hegeliana, tiene que admitir todo el sistema. Y en tal caso, ¿por qué ha escrito usted tanto contra Hegel?

Pero aún me maravilla más otra contradiccion en que Vd. cae, y que es, á mis ojos, insoluble. Condena Vd. que Hegel haya querido conocer las leyes de la naturaleza por las leyes del pensamiento, y á vuelta de esto hace Vd. una ardiente apología de Schelling. Pues qué, ¿ignora Vd., por ventura, que en esto Hegel no hizo más que seguir á Schelling? ¿Ignora Vd. que la ley de la identidad de las formas del pensamiento con las formas de la naturaleza fué sentida é imaginada por Schelling antes de que fuera explicada por Hegel? ¿Ignora Vd. que Hegel se limitó á demostrar con su poderosa dialéctica, en la naturaleza, en el Estado, en el arte, en la religion, en la filosofía, el pensamiento fundamental de Schelling, cuyo espíritu, hastiado de la soledad y de la aridez de la escuela crítica, se lanzaba delirante en brazos de la Creacion? «Pensar la naturaleza, es volver á crearla,» decia Schelling en su lenguaje elocuente, iluminado por los resplandores de su

inteligencia, más artística que filosófica, más amante de la hermosura que de la verdad. Su intuicion poderosísima, su ardiente fantasía le llevaban á ver la naturaleza transfigurada por el pensamiento, á unir indisolublemente la idea con su objeto, á explicar por el principio de la casualidad todo lo existente y todo lo posible, encendiendo, como Prometeo, la antorcha destinada á iluminar la nueva ciencia en el eterno fuego de la realidad y de la vida. Pero este pensamiento, que habia convertido la sustancia material de Espinosa en puro espíritu, no se movió hasta Hegel: ese Keplero de la filosofía le aplicó la dialéctica, demostrando que sobre todas las cosas se levantan las ideas, como el alma sobre el cuerpo, como Dios sobre el universo; y que la dialéctica, la ley de la esencia y del movimiento de esa idea, es la ley de la esencia y del movimiento de las cosas, como el alma es la vida del cuerpo, y como Dios es la razon de sér del universo. Ahora bien, señor doctor, reconozca Vd., cuando ménos, que al condenar á Hegel y ensalzar á Schelling ha procedido con notable ligereza. Hegel es, respecto á Schelling, como Platon respecto á Sócrates, como Mallebranche respecto á Descartes, como Fichte respecto á Kant; es el resultado lógico, indecli-

nable de una de esas premisas que no aparecen nunca en la historia de la filosofía sin traer sus consecuencias. Hegel es más grande que Schelling, como es más grande la encina que la bellota, de donde ha salido fecundada por el sol y las aguas. Usted alaba en Schelling lo que condena en Hegel. Por eso, lo que yo he condenado en Schelling es lo mismo que he condenado en Federico Guillermo, ese filósofo de la política; he condenado la apostasía, el menosprecio del pensamiento, que fué el sol de toda su vida; el misticismo romántico sustituido al antiguo racionalismo; el empeño de levantar sobre el ara, que habia cubierto de flores é iluminado con estrellas, un dios sin nombre, sin idea, sin vida, nacido del deseo de negar la misma ciencia que habia evocado de su propio pensamiento. Ahora bien; si la filosofía de la identidad es una en Schelling y en Hegel, ¿por qué absuelve Vd. al uno y condena Vd. al otro? ¿Es propio eso de un filósofo? Yo bien sé que la historia, conciencia de la humanidad, comprende á los filósofos mejor que ellos se comprenden á sí mismos. Platon y Aristóteles se contradecian, y la reflexion de los siglos ha venido á enseñar que eran los dos términos de la lógica, las dos fases de la ciencia, las dos formas del pen-

samiento, manifestaciones idénticas del inagotable espíritu.

Extráñame tambien mucho que Vd. haya dicho que los hombres dados á la historia menosprecian el sistema de Hegel, ó le son contrarios. Casualmente en el terreno de la historia el gran filósofo nos aparece más fuerte que en el terreno de la pura metafísica. No cree los hechos hijos de la casualidad solo como *objetivaciones* de las grandes ideas que llenan la religion y la filosofía. La historia de la filosofía es la filosofía de la historia. Por el movimiento dialéctico enseña cómo cada hecho se encierra en el que le precede, y engendra el que ha de seguirle, descomponiéndose en los tres términos en que se descompone el pensamiento. El hecho es una idea en el espacio, como la idea es un hecho en la conciencia. El espíritu general de la humanidad y el espíritu particular de las naciones determinan los hechos á producirse y fecundan la historia, como el espíritu de Dios crea los séres y fecunda y hace florecer la naturaleza. La ley de contradiccion, encarnada en la historia como en la conciencia, nos dá la clave de esas reacciones y esos retrocesos y esos crímenes que se encuentran al lado de los grandes sacrificios y de los héroes y de los már-

tires del derecho y del progreso. Y por último, el axioma de que todo lo que es racional es real, dá luz tan clara en la historia, que nos explica cómo la casta y la esclavitud, y la democracia griega, y la lucha entre el patriciado y el pueblo romano, y el germánismo traido por los pueblos del Norte, y el espíritu universal de la Iglesia, y los siervos, y los castillos feudales, y las monarquías absolutas, y la reforma religiosa, y la paz de Westphalia, y la independencia de los Estados-Unidos, que derramaron la electricidad en la vieja Europa, y la revolucion francesa, y la filosofía alemana, tienen una necesidad social en su tiempo, que los justifica á los ojos del historiador. Yo comprenderia que en nombre de la psicología, en nombre de la metafísica, se condenase á Hegel; pero no comprendo que se condene al autor del movimiento dialéctico de los hechos en nombre de la historia.

En una sola de las ideas que Vd. apunta creo que tiene razon, y se la doy francamente; porque, á fuer de español, soy siempre franco. Hegel no es tan liberal como mi escuela política; no es tan radical como mi doctrina. El gran pensador, al tocar en la realidad de la vida política, vacila y cae en lo absurdo del eclecticismo y en

los errores de los doctrinarios. Pero como un hombre no puede alcanzar toda la vida, Hegel cometió una gran inconsecuencia en su política, y sacrificó á la tranquilidad de su vida la concepcion racional y justa del Estado. Sin embargo, sus ideas políticas no se enlazan bien con la totalidad del sistema. Así se concibe que no supiera objetivar y generalizar el derecho subjetivo de Kant, como habia sabido objetivar y generalizar sus categorías y sus nóumenos. Pero no era tampoco tan reaccionario como Vd. quiere pintarlo. Él dijo y demostró que, á través de la materia y de la naturaleza, á través de la historia y de sus hechos, desde el fondo oscuro de la sensibilidad, el espíritu se va levantando á la conciencia de sí mismo y á la libertad, como la semilla depositada en la tierra rompe la película que la envuelve y se alza á la luz en crecimiento contínuo hasta que se corona de flores y de frutos. Él dijo que la historia del mundo es la historia de la libertad. Él puso el secreto del progreso en el acrecentamiento de la personalidad humana. Así se concibe y se explica que toda la democracia alemana, toda la extrema izquierda de las dos grandes Asambleas de Berlin y de Francfort fuera hegeliana, deduciendo lógicamente las ideas

contenidas en las premisas del gran maestro.

Pero uno de los graves defectos que Vd. encuentra en la filosofía hegeliana es que se ha dividido en muchas escuelas y en distintas asociaciones científicas, que han predicado, evocando el sistema del maestro, diferentes sistemas. En lo que Vd. ve una señal de decadencia, veo yo una señal de vitalidad. Todo pensamiento fecundo, bajo su unidad primordial, ha de crear una variedad infinita. Sócrates creó la escuela megárica, la escuela cínica, la academia, el aristotelismo, y aun Epicúreo y Zenon son en muchos puntos fieles al pensamiento socrático. Platon dió origen á tres sistemas distintos. El pensamiento de la teología osciló, en lo que tenia de humano y filosófico, del neo-platonismo á Aristóteles. Descartes produjo á Bossuet, á Mallebranche y á Espinosa. Kant creó á Fichte y Schelling, el idealismo subjetivo y el idealismo objetivo. ¿Qué mucho que Hegel produzca una derecha, un centro y una izquierda? Lo cierto es que de la derecha ha salido una gran escuela histórica, que ha estudiado la idea del derecho en el hombre y en la sociedad, y una escuela teológica, que ha estudiado los grandes progresos de la idea de Dios en la conciencia humana; del centro ha salido una escuela metafísi-

ca, destinada á dar una síntesis perfecta de la ciencia, una armonía entre la naturaleza y el espíritu y Dios; y de la extrema izquierda, si bien ha salido una filosofía que yo rechazo y condeno, que ha sepultado á Dios en el polvo de la materia, que ha suprimido la libertad en las fatalidades de la naturaleza, su materialismo no es tan implacable como el materialismo del pasado siglo, y á cada paso se ve que aquella Nada, tantas veces bendecida, va á recibir el aliento de vida del espíritu; que aquel templo vacío de la naturaleza se va á poblar en la presencia de Dios, porque en las doctrinas más empíricas y fatalistas hay una reminiscencia salvadora de idealismo. Feuerbach es más espiritualista que Cabanis, en medio de su desconsolador materialismo. Al ménos, en los pensadores de la extrema izquierda hegeliana no hay esa indiferencia del enciclopedismo que hiela el alma.

Pero donde Vd. más se ha equivocado; donde ha venido á manifestar más que desconoce ú olvida por completo la Alemania moderna, es al decirnos que ya no hay hegelianos en Alemania. Pues qué, ¿no tiene Vd. ninguna noticia del teólogo Bunsen? ¿No ha oido Vd. nunca hablar de la vida y de la apología de Hegel, publicada por Ro-

senkrantz, filósofo hegeliano? ¿No sabe Vd. que Michelet de Berlin, esclarecidísimo pensador, propaga las doctrinas del maestro, y en una gran edicion de sus obras ha escrito un magnífico prólogo? ¿Es posible que se haya Vd. olvidado de que el hijo del gran Fichte ha tenido que abandonar las doctrinas incompletas de su padre por el eclecticismo hegeliano? ¿Es Vd. doctor, y no sabe el papel que está representando hoy en Alemania Kuno Fischer? Mr. Vatke ¿no ha dado un curso de teología en Berlin, más hegeliano que luterano? ¿No se ha hecho una gran apología de Stein por Arudt, y entre sus grandes méritos se cuenta haber nombrado á Hegel catcdrático? Reuss, más aleman que francés, ¿no explica hoy los siglos apostólicos en Strasburgo en un sentido hegeliano, viendo cómo el semitismo y el latinismo y el grecismo han entrado en la nueva religion con San Pedro, San Pablo y San Juan? Erdmann ¿no explica filosofía hegeliana en Halla, como Rosenkrantz en Koenisberg, y Michelet en Berlin, y Fischer en Jena? ¿No dice un ilustre jefe de la escuela teológica de Tubinga que debe á Hegel todo el pensamiento fundamental de su ciencia? Mr. Braisis, naturalista eminente, en una disertacion sobre la concepcion atomística y la concep-

cion dinámica de la naturaleza, ¿no se ha inspirado en el idealismo hegeliano? En el último aniversario de la fundacion de la Universidad de Jena ¿no se ha colocado el busto de Hegel á la cabeza de todos, como el más gran pensador de la moderna Alemania? Ahora bien: ó Vd. sabia todo eso, ó no. Si Vd. lo ignoraba, ha hecho mal en venir á darnos lecciones de filosofía. Si Vd. lo sabia y lo ha callado, ha hecho peor en venir á darnos lecciones de exactitud histórica.

Pero ¿á qué hablo de Hegel si Vd. me niega la competencia para hablar de Hegel porque no he nacído en Alemania? ¡Gran idea tiene Vd. del pensamiento! Bajo el peso inmenso de un materialismo desconsolador ha caido Vd., que tan espiritualista y religioso se muestra en su artículo. Usted cree que el pensamiento, esencia del alma, como las plantas, solo puede nacer en ciertas regiones. Pues yo creo que el pensamiento es del espíritu, y el espíritu es universal y está donde quiera que se levanta la humanidad. Si por no haber nacido en Alemania no podemos comprender la ciencia del Norte, Vd. no puede comprender la ciencia del Mediodía, porque no se ha mecido su cuna bajo las ramas de los grandes árboles de la India; porque no ha pisado Vd. las are-

nas del desierto que rodean á Jerusalen; porque no ha oido el rumor de las ondas que besan las sandalias de mármol de Alejandría; porque no ha respirado el aire que baja del Hibla y del Himeto á acariciar á Grecia; porque no tiene ni un átomo de la tierra sagrada del Panteon y del Foro en su cuerpo, ni una gota de sangre latina en sus venas; porque no ha podido sentarse en la Sorbona á escuchar la voz de Abelardo y Santo Tomás; porque no ha oido como Manilio Ficino el lamento de las almas de los platónicos, que vagaban por las orillas del Arno en los jardines de Florencia; porque no entiende las palabras perfumadas de mirto y de azahar que se exhalaban de los filigranados muros de Córdoba y Sevilla; porque no alcanza cómo todas nuestras ideas filosóficas se trasformaron en una revolucion y se resumieron en derechos, agitando el mundo; porque, hijo del Norte, descendiente de aquellas tribus que profanaron nuestros templos y destruyeron nuestras estátuas, y sepultaron en lodo y sangre á la reina de las naciones, lo único que de la vida histórica tiene en sí, es algun átomo de la gleba de los castillos feudales, algunas partículas del hierro de Arminio, de Alarico ó de Atila. ¿Le parece á Vd. lógico que Vd., por no

ser indio, no pueda comprender á Capila, y por no ser griego á Platon, y por no ser africano á San Agustin, y por no ser francés á Descartes, y por no ser español á Luis Vives, y por no ser italiano á Vico? Pues eso es lo que sostiene Vd. en su carta. Y yo le digo que cuando siento rebajar así la capacidad intelectual de mi raza, me levanto como San Pablo cuando le querian azotar, y exclamo con orgullo: *Civis romanus sum.* Soy de esa raza que ha escrito en bronce el derecho de la humanidad, y ha dado la ley de la unidad á la ciencia, al arte, al mundo entero; soy de esa raza que ha tenido en sus manos la espada de los héroes y el cincel de los artistas; soy de esa raza que ha encarnado en el verbo de la realidad y de la vida todas las grandes ideas; soy de esa raza que ha derramado el agua del bautismo sobre la frente de los bárbaros; soy de esa raza que ha devuelto el Oriente á Europa, y ha descubierto el Nuevo Mundo, oculto como un secreto de Dios en la soledad del Océano; soy de esa raza que ha quebrantado las cadenas de todos los esclavos; soy de esa raza que ha roto el cetro de los tiranos y ha escrito en el espacio la eterna ley de la libertad; soy de esa gran raza ciclópea que tiene en sí las ideas de toda la historia; soy

de esa raza á la cual debeis artes, ciencias, política, religion, todas las grandes iniciaciones en el mundo de la hermosura y de la verdad. Pero dejémonos de razas, señor doctor, y recuerde cuán injustamente Vd. me ha provocado. La ciencia es incondicional, es absoluta. El pensamiento es humano y está sobre las condiciones del tiempo y del espacio. Delante de la ciencia, como delante de la religion, no hay griegos, ni romanos ni bárbaros, sino hombres y solo hombres. Si los filósofos alemanes han dicho algo humano, todos lo entenderemos, porque todos somos hijos de un mismo Dios, habitantes de un mismo planeta, dotados de unos mismos derechos, nacidos para realizar un mismo ideal y aspirar á un mismo fin en nuestra vida. *Homo sum et nihil humani à me alienum puto.*

Usted me dice que no conozco la Alemania, ¡á mí, que sé hasta que Gœthe y Stein no tenian los ojos azules! Con mayor razon puedo yo decir á Vd. que no conoce á España. Es imposible conocer un país por las noticias imperfectas de un viaje. Venga Vd. á nuestra Universidad central, y oirá Vd. explicar el griego, el hebreo, el árabe, como se puede explicar en las primeras escuelas del mundo. Venga Vd. y verá cómo un orador

elocuentísimo traza el cuadro de la literatura clásica; cómo un insigne literato, conocido en toda Europa, enseña nuestro arte nacional; cómo los grandes progresos de la filosofía de la historia se extienden por la enseñanza de respetable sacerdote. Venga Vd. y verá en nuestro Ateneo cátedras donde todas las materias científicas se tratan á la altura de las primeras academias europeas; secciones donde una juventud brillante y elocuentísima dilucida y resuelve los problemas que hoy traen agitadas á las sociedades. Venga usted y verá una jóven escuela económica que propaga los principios de la ciencia con tanto brillo como fé. Venga Vd. á la Facultad de filosofía, y verá á un sábio maestro, que ha estudiado en Heidelberg la ciencia alemána, y que es hoy el Sócrates de nuestro naciente movimiento filosófico. Él ha logrado interesar vivamente á la juventud en los árduos problemas de la metafísica, y por todas partes se ven señales de que la ciencia despierta. Nuestra filosofía, la filosofía que se anuncia es más pura y más progresiva que la filosofía alemana, sin dejar de ser fiel á todo lo que tiene de verdadera y universal, enseñando los grandes maestros y descomponiendo sus doctrinas en el crisol de un criterio rigoroso y cientí-

fico. Esa filosofía nos enseña á estimar la propia razon y á oir la propia conciencia; nos separa del materialismo que suprime el espíritu, del idealismo que suprime la materia, del excepticismo que niega la certidumbre, del misticismo que niega la razon, del ateismo que niega á Dios, del eclecticismo que conduce al fraccionamiento de la verdad, una en su esencia; une la razon con el cristianismo, el indivíduo con la sociedad, el espíritu con la naturaleza, la vida toda con Dios; abraza todos los grandes objetos de la actividad, la teodicea, la cosmología, la antropología, la biología; aplica á la sociedad los grandes principios que se hallan en la ciencia para que todos como hombres vivamos unidos en una sola moral, como ciudadanos en un solo derecho, como criaturas en un solo Dios. Deseche Vd., pues, esas aprensiones contra la ciencia moderna, y reconociendo lo que hay de verdad en todos los sistemas, lo que hay de grande en todas las razas, lo que hay de civilizador en todas las naciones, trabaje Vd. por el triunfo de la moral, que no reconoce climas; del derecho, que no tiene ni límites ni fronteras, y de la ciencia, que es incondicional y absoluta. Y entonces, en prueba de que los grandes principios de la filosofía trascienden á la vida,

yo olvidaré que Vd. me ha tratado como enemigo para llamarle mi hermano.

De todos modos queda de Vd. afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 10 de Marzo de 1861.

POSTDATA.—Cuando acabo de dar á la estampa mi carta veo la de Vd., en que se retira de una polémica por Vd. provocada. Dejo á la conciencia pública que aprecie su conducta. Es muy cómodo provocar á una lucha y abandonarla. En mi país, ó no luchamos, ó al alzar un reto, lo sostenemos hasta el fin. Yo he sido provocado por Vd., y cuando le contesto se retira. Pues bien, no le detendré yo en su fuga. Pero conste que la opinion pública creerá con razon que Vd. nos estimó en tan poco, que fué osado á creer que íbamos á callarnos, porque Vd. se decia aleman y se firmaba con ridícula jactancia doctor en filosofía. Aquí juzgamos las opiniones, y no los hombres; las ideas y no los títulos. Su dignidad de doctor no le ha dado fuerza bastante para sostener una polémica.

Dice Vd. que no admite mis lecciones sobre filosofía, y que se atiende á sus maestros alemanes. Sea en buen hora. Pero conste que Vd. ha sido el que ha intentado darme á mí lecciones, cuando tanto Vd. las necesitaba. Yo estoy segurísimo de que mereceria Vd. á esos grandes maestros la nota de reprobado. La debilidad del discípulo es más disculpable, segun es mayor la alteza del maestro. Dice Vd. que he sacado la biografía de Federico Guillermo IV del historiador Weber. Aquí hay otro pecado de arrogancia. Tres líneas sólo hay en mi artículo de Weber, ni más ni ménos. A hechos no se contesta con negaciones sino con hechos. Dice Vd. que sólo cito demócratas, y Venke, y Weber, y Saint-René-Taillandier, y Donoso, y el doctor Hinrisches, no son demócratas. Dice Vd. que no he comprendido bien la guerra de la Independencia española. Poca autoridad tiene para hablar de la historia de un país extraño el que tan mal conoce la historia pátria. Pero sepa Vd. que nuestros reyes absolutos pusieron sus discordias de familia en manos de Napoleon, y sumisos le besaron los piés, en tanto que el pueblo contestaba á Napoleon con el 2 de Mayo y el sitio de Zaragoza. Mientras los reyes del Norte fueron vencidos, el

pueblo español pudo perder muchas batallas, pero no fué vencido nunca.

Decíale yo á Vd., que los tiempos habian progresado tanto, que el ideal cristiano de caridad y de amor se habia encarnado de tal suerte en las costumbres, que yo español y católico, podia contender con un aleman y protestante, respetando su idea religiosa, y hasta defendiendo la ciencia de los grandes pensadores de Alemania, porque la ciencia se levanta sobre las razas y sobre las limitaciones geográficas. Y Vd., al huir, aunque aleman y protestante, me arroja una flecha envenenada, como los antiguos parthos, extrañando mucho esa tolerancia en un católico. Pues qué, ¿creia Vd. que aquí le íbamos á quemar? ¿Cree Vd. que son sinónimos catolicismo é intolerancia, españolismo é inquisicion? ¿Queria usted que le encerráramos en algun calabozo por ser protestante? ¿Es Vd. como aquel inglés que se quejaba de que no le habian robado en Andalucía? ¿Así procede Vd. que ha nacido en la pátria de la libertad de pensar? Si Alemania tuviera noticia de sus artículos, le rechazaria á Vd. de su seno, por no ser digno semejante proceder de la nacion de la libertad de conciencia. Se conoce que esas palabras han sido infundidas en el

ánimo de Vd. por alguna musa neo-católica. De todos modos, es de notar que un filósofo no respete la independencia del criterio, y un aleman afee la tolerancia universal. Ha sido tal la conducta de Vd., tan profundo su espíritu reaccionario, que en Madrid se cree que Vd. es un doctor apócrifo, hechura de algun mal intencionado que tiene interés en desacreditar á Alemania. De todos modos, el haber abandonado la polémica, le deja á Vd. muy lastimado á los ojos de mi pátria. Si es que Vd. lo hace por no tener facilidad de escribir en español, contésteme Vd. si le place en aleman, y yo le prometo que el texto y la traduccion de sus contestaciones serán conocidos por el público.

CONVERSACIONES DE VIAJEROS.

No hay en viaje distraccion más segura que el conversar, ni hay para las conversaciones alimento tan nutritivo como la política. En esta última escursion mia he dado con personas de condiciones excelentes y de ideas diversas. Tal uniformidad del sentido moral, fundamento verdadero de las sociedades humanas, unida á tales diferencias del sentido político, me ha mostrado una vez más que el intento de uniformar las inteligencias al compás de una sola inteligencia, intento de nuevo resucitado entre nosotros, se estrellará siempre contra algo que es invencible, insuperable, superior á todos los gobiernos; contra la íntima naturaleza del hombre.

En las aguas y en las costas del Mediterráneo encontrais á cada paso gentes que van á Roma con ánimo de ver al Papa y mostrar su adhesion al

augusto anciano y su fé en los dogmas del catolicismo. Pero, á la vez, por esas regiones donde la democracia y la libertad tuvieron su cuna; donde brillaron las ciudades griegas y las ciudades italianas con sus coros de artistas y sus legiones de tribunos, encontrais innumerables apasionados de la idea, que renueva y transforma desde las raices de las instituciones hasta la cima de la conciencia, renovándolas por completo con su savia primaveral y con el calor de su exuberante vida. Y como ni unos ni otros de estos encontrados creyentes llevan signo ninguno que les denuncie, se juntan mal de su grado en los departamentos de un vapor, en los coches de un tren y en las comidas de una mesa redonda.

Y allí, la compra del periódico preferido, la reflexion sobre cualquier suceso corriente, el libro que abrís para distraer vuestros ócios y consumir vuestro tiempo, revelan de mil maneras diversas á cuál de las dos sectas que dividen el mundo moderno pertenecen vuestro corazon y vuestra inteligencia, é inmediatamente la conversacion se empeña y la armonía ó el conflicto de las ideas estalla, con la urbanidad propia de las relaciones internacionales, pero con el ardor tambien propio de las verdaderas creencias. Y cierra los ojos á la

luz quien no vea claramente que todas las ideas políticas toman hoy en la vieja Europa su calor y su color subidísimos en los sentimientos religiosos. Pelearian más, daríanse más sendos golpes y cintarazos los albigenses y los católicos del siglo décimotercio en las llanuras de Provenza; pero no discutirian frente á frente con el empeño que yo he visto discutir á un liberal y á un ultramontano por aquellas costas. La naturaleza parecia haberse desvanecido á sus ojos. Ni uno ni otro miraban el cielo explendente de áurea luz meridional, las olas coronadas de argentadas espumas, el mar infinito jaspeado de varios matices, y el campo cubierto de flores; para aquellos fervientes sectarios, que viajaban por placer y que se consumian en reconcentrados ódios, dos sombras llenaban el universo entero, la naturaleza y la conciencia; dos sombras que acariciaban ó maldecian, cada cual segun su fé, el príncipe de Bismark y el cardenal Antonelli.

La crítica moderna pretende que se escribió el libro del Apocalipsis al comienzo de las persecuciones contra los cristianos, y que el Antecristo, allí tan siniestramente pintado, no es otro sino el cruel hijo de Agripina, el célebre emperador Neron. De la disputa entre el demócrata y el ultra-

montano de nuestro viaje deduje que hoy el Antecristo ha dejado por completo su antigua forma, como la serpiente su piel, para encarnarse, á manera de un dios indio, en la persona del canciller aleman. Escuso repetiros los improperios que le asestó, con motivo de sus últimos discursos, el peregrino católico. En arenga pronunciada ante la Cámara alta, Bismarck habia dicho que los católicos pugnan por subordinar el Estado á la Iglesia, y él subordina la Iglesia al Estado; que esta idea crece en su conciencia y se arraiga en su ánimo á causa de los cánones del concilio Vaticano reduciendo todo el catolicismo á la pura persona del Papa, y transformando los obispos de Cristo en prefectos de Roma; que San Pedro se arrepintió de sus errores, con ser el Pontífice más allegado al Salvador, mientras los Pontífices contemporáneos solo acostumbran á dolerse y arrepentirse de sus aciertos; que los verdaderos enemigos de la religion, los llamados á perderla si pudiera perderse alguna vez, son los ultramontanos; que el Sillabus católico maldice el sistema constitucional; y tantas otras cosas, ante cuya consideracion los ojos se le inyectaban en sangre y los labios se le cubrian de hiel á nuestro piadoso católico. A mayor abundamiento, tras el discurso en

el Senado leia una nota diplomática dirigida por Prusia á Bélgica, semejante, segun él, á las intimaciones que dirigía el lobo al cordero de la fábula. En esta nota se queja Bismarck de las pastorales belgas; de las protestas escritas por ciertas comisiones piadosas; de la conjuracion tramada por un ultramontano que declara haber consagrado gruesa suma al regicidio; del lenguaje usado por los periódicos religiosos en desdoro de Alemania y en daño de su primer ministro; proponiendo, á virtud de todo esto, extraña especie de convenio internacional en que respectivamente se amparen contra la general maledicencia los diversos gobiernos y soberanos de Europa. Al llegar aquí, el ánimo se le arrebataba hasta el delirio, y las invocaciones al pensamiento libre y á la prensa independiente se confundian en exaltacion con cualquier arenga democrática y con cualquier alegato filosófico de los destinados á probar, contra los desafueros eclesiásticos, la autonomía y la inviolabilidad de nuestra conciencia.

Despues entraba á tratar de un asunto muy controvertido estos dias, de la conducta seguida por el Vaticano respecto á Prusia cuando tenia alguna esperanza de que le ayudase á reconquistar el poder temporal y de que constituyese un

protectorado en favor de la Iglesia. Bismarck ha dicho que, en este período de esperanzas, el gobierno de Prusia mereció á los jefes de la Iglesia las mayores distinciones, llegando en su celo hasta reprobar oficialmente las tendencias ultramontanas y la fundacion de un partido que fuera, así en la prensa como en la tribuna germánica, el vocero de la corte pontificia. Ante estas alegaciones, ante la intimacion dirigida á Italia para que coartase la independencia pontificia y destruyese la ley de garantías, el buen creyente perdia los estribos; y si las maldiciones por su boca lanzadas hubieran podido llegar hasta Berlin, todos los demonios del infierno cargaran á estas horas en alma y cuerpo con el hombre que tanto ha engrandecido é ilustrado á la Alemania protestante.

El contradictor era un buen patriota, honradísimo comisionado del comercio, que no levantaba sus raciocinios dos dedos del suelo, pero que tenia excelente sentido práctico para juzgar las ideas, las personas y las cosas. Su mayor enemigo es el cardenal Antonelli, á quien atribuye la invencion de las cuestiones dogmáticas, de las ceremonias religiosas, de los jubileos, de los concilios, para tener al Papa embebido en las cosas del cielo, mientras él trata á su sabor y á sus an-

chas con los potentados terrestres de todas las cosas del mundo. Despues de Antonelli, odia entrañablemente á Mr. Veuillot, que, en artículo publicado acerca de la observancia de las fiestas, denuncia como libre pensador y ateo á un pobre comerciante de la orilla izquierda del Sena, á un camisero de la calle Bonaparte, porque un domingo habia puesto á la puerta de su tienda: «Cerrada por causa de reparaciones.» En seguida se revuelve contra sus compatriotas de Agen, pueblo célebre por sus ciruelas y sus ciruelos, como lo prueba el que los fieles de aquella comarca vayan en gran número por esos mundos, de estacion de ferro-carril en estacion de ferro-carril, cantando los misterios gozosos y los misterios dolorosos en coro, para ofrecer personalmente al Pontífice un ciruelo de plata con ciruelas mecánicas ricamente esmaltadas, las cuales se abren por un resorte y dan de sí, no pelados huesos, sino luises y napoleones de oro, hasta ofrecer una cosecha de cincuenta mil francos sonantes y contantes.

Escuso deciros la atencion prestada por mí á estas controversias políticas, en que bajo modestas formas veia asomar las ideas, cuyos relámpagos llevan la chispa que puede volver á incendiar

á Europa y reducirnos á nosotros, á nuestra España, bien metida por Dios en el voraz incendio, á unos cuantos montones de cenizas que disipe el viento. Los autores de una filosofía convencional y amañada de la historia, cuando llegan á la paz de Westphalia, suelen decir que allí concluyeron las guerras religiosas.—Concluyeron.

—¿Y con qué pretexto se armó la cuestion de Oriente sino con el pretexto del protectorado sobre el Santo Sepulcro?—Concluyeron.

—¿Y con qué sueña todo el imperio moscovita sino con que la cruz griega remate la cúpula de Santa Sofía?—Concluyeron.

—¿Y qué principio y qué sentimiento sostiene en el Norte de España la infame rebelion, cuyos horrores van dando pretesto á los poderosos del mundo para mezclarse en nuestros asuntos y para dudar hasta de que la independencia española pueda mantenerse?—¡Oh! Dios mio. Cómo deben arrepentirse hoy de su obra los que en aquellos dias de la regeneracion de nuestra pátria, dias inolvidables en la historia, cuando rompíamos el yugo de tantos siglos, y entrábamos en el derecho moderno, abrazando la tolerancia universal, azuzaron el fanatismo antiguo mal apagado, y pusieron alevemente en manos

de muchedumbres ciegas la tea de esa discordia, que hoy calcina hasta la médula de nuestros huesos, mondados y escuetos como los huesos de Job sobre su triste estercolero!

Para distraerme de estos pensamientos, cogí un periódico y me puse á leer sus noticias. De pronto una fijó mi atencion. Tres jóvenes, consagrados al culto de la ciencia, investigadores asíduos de la verdad, habíanse elevado á las regiones superiores de la atmósfera á fin de estudiar allí la naturaleza del aire. Ha pasado ya al conocimiento de todos que la atmósfera en sus capas más elevadas es casi irrespirable. La ascension de Gay-Lussac, una de las más audaces y más elevadas, costó á su valeroso y sábio emprendedor, como á Cristo la anticipada vision de sus últimos dolores, el sudar copiosísima sangre. Y yo he oido á los que han escalado esos inmensos desiertos de hielo, que cubren las cimas del Monte Blanco en Saboya, cómo se duermen, cómo se fatigan, como sienten cansancio de muerte, hastío á la vida, fiebre material, así que llegan á puntos elevadísimos donde el aire tiene demasiada pureza para nuestra sangre y para nuestros pulmones. En los laboratorios de química, cuántas veces habreis compadecido al pobre pajarillo,

que lanzado en una atmósfera de oxígeno, comienza por respirar alegremente, y concluye por morir en aquel verdadero exceso de vida! Los aereonàutas se elevaron con una rapidez vertiginosa á seis mil metros de altura. Allí todos ellos perdieron por completo el conocimiento y se sepultaron en el pesado sueño, precursor de la cercana muerte. Llamábanse Sirel, Spinelli, Tissandier. Este último fué, ó el más fuerte, ó el mejor apercibido para el viaje. Lo cierto es, que pudo vencer aquel sueño parecido al sueño último, é incorporarse en la barquilla. Entonces vió un espectáculo espantoso, uno de sus compañeros que arrojaba los instrumentos científicos al espacio como si estuviera loco, y el otro tendido, amoratado, inmóvil, con los ojos cerradísimos y los lábios cubiertos de negra sangre. Nuevo sueño le sobrecogia, y ántes de que le poseyera por completo, abrió las válvulas para descender á la tierra. El Globo cayó con extrema violencia, y el infeliz se encontró con una escena, á la cual hubiera preferido mil veces la muerte. Sus dos compañeros habian dejado de existir. El aire de aquellas alturas los habia asfixiado. Al entrar en otras regiones más respirables, uno de ellos sintió súbita excitacion que se asemejó al resplandor úl-

timo de una lámpara próxima á extinguirse; se levantó, y volvió á caer para no tornar jamás á levantarse. El más fuerte entró en la agonía tambien; pero el aire de las regiones inferiores le reanimó, y le devolvió una vida, triste ya, como él mismo dice, porque se verá perseguida y acosada de estos tristísimos recuerdos. En medio de todo, es consolador ver cómo hay en el mundo gentes que se sacrifican por alcanzar la verdad, cuando tantos suelen sacrificar á los demás por alcanzar el poder ó la fortuna. Que esos nombres permanezcan en nuestra memoria. Es corriente, vulgarísimo, el saber los apellidos de los grandes enemigos de la humanidad, los apellidos de los guerreros afortunados, de los conquistadores audaces, é ignorar el apellido de los que han descubierto la verdad, de los que han contribuido al bien comun y al público mejoramiento. En obeliscos de granito, contemporáneos por su materia de los primeros dias de la creacion, aún se leen las hazañas de los Faraones que oprimieron y exterminaron á pueblos y razas, mientras que todos olvidan al sábio que aplicó el vapor á las máquinas y las máquinas á la remocion y al movimiento de moles y de masas. Muchos preguntan por la espada que llevaba ceñida Bonaparte

en Jena y Austerlitz; nadie pregunta qué se ha hecho de la célebre cometa, juego de niños, que reveló á Franklin, uno de los primeros entre los hombres, el para-rayos, merced al cual vino á nuestras débiles manos el cetro de los antiguos dioses. ¡Oh! vosotros que por subir á las alturas inaccesibles, por romper el sudario de misterios que nos envuelve, por volar en lo infinito como las aves, por recoger un soplo del aire y analizar su esencia, habeis combatido y muerto en esos campos de batalla del trabajo, sabed que siglos mejores agradecerán vuestro holocausto, y esmaltarán con vuestros preclaros nombres de héroes y de mártires la expléndida corona de las humanas glorias.

Las cuestiones de Francia, los empeños de su política hoy quedan reducidos á menores términos. Ya no combaten allí por la monarquía ó por la República: estas controversias han perdido toda su oportunidad desde que la República ha triunfado. Por lo que combaten es por la interpretacion ajustada á la última Constitucion; por lo que combaten es por si la República ha de resultar más ó ménos republicana. El presidente del ministerio, Mr. Buffet, no quiere convencerse de que ha triunfado la República. Para él continua-

mos todavía en aquellos tiempos de la incertidumbre, de la interinidad indefinida, de la vacilacion entre las instituciones democráticas y las instituciones monárquicas; tiempos que engendraron las esperanzas de los borbónicos y las esperanzas de los bonapartistas, empeñados en que sus respectivas dinastías, vieja la una en el ardor de nuestras ideas como las dinastías faraónicas, y tan reciente la otra como sus traiciones y sus derrotas, habian de dominar aún, á despecho de todas las leyes así de la razon como de la historia. Pero frente á frente de Buffet, que preside el gobierno, está Dufaure que lo dirige, un viejo de ochenta años, enérgico y activo como un jóven de veinte, poco republicano de sentimiento y muy republicano de conviccion, que habiéndose opuesto á todas las resoluciones, y con especialidad á la de Febrero, una vez entrado resueltamente en la política nuestra, jamás le ha vuelto las espaldas, ni por los históricos rencores de los antiguos republicanos, ni por los fugaces excesos de los demagogos ni por la larga duracion del imperio. Pero como la lógica es una gran fuerza política, el combate entre Dufaure, ministro de la Justicia, y Buffet, presidente del Consejo, se verá pronto resuelto á favor del primero, que tiene razon

plena y pleno derecho en demandar el carácter republicano á las leyes orgánicas de una República. El *Diario de los Debates*, el antiguo periódico monárquico-constitucional, el antiguo órgano doctrinario, convertido á la República por la fuerza de los hechos y por el trascurso de los tiempos, ha dirigido al presidente del ministerio una advertencia agri-dulce diciéndole que el centro izquierdo le sostendrá contra todos sus enemigos, y contra el mayor de todos, contra sí mismo.

A prestar fuerza á la política Dufaure ha venido un discurso de Gambetta pronunciado en Belleville. La gente de sentido político debe atender al discurso y al sitio donde se ha pronunciado el discurso, porque ambas cosas tienen desmedida importancia. En la nacion francesa van adquiriendo los repúblicos algo de las costumbres parlamentarias británicas: discursos cortos en los Parlamentos, y discursos largos en los comicios. Allí el combate; aquí la exposicion y la doctrina. Allí la táctica y la estrategia de esas guerras de la palabra en que se derrama la sangre del alma, exigen muchas veces imperiosamente el silencio; aquí la razon moral y el sentido político exigen siempre largas explicaciones. Gambetta calló mucho y con grande arte en la

Asamblea; y ahora habla mucho, con mayor arte todavía, en los comicios. Para demostrar más y más la trasformacion de la democracia francesa habla en Belleville, en el barrio comunero, socialista, demagogo por excelencia. ¡Qué cambio! En Belleville eligieron al jóven intransigente Rochefort contra los viejos campeones de la democracia histórica; en Belleville levantaron la primer bandera de la insurreccion durante la guerra y acometieron el cuartel de los Bomberos; en Belleville tramaron la conjuracion que prendió al gobierno de la Defensa nacional y que tuvo durante doce horas entregado á Paris á Blanqui y á Florens; en Belleville brotó la insurreccion comunera que debia erigir aquella dictadura demagógica, única en la historia; Belleville resistió hasta el último instante á la autoridad de las leyes y á la fuerza del gobierno; Belleville fué siempre el verdadero Monte Aventino, baluarte fortísimo donde han tronado los últimos plebeyos de la gran ciudad moderna, tan parecida por sus tempestades socialistas á la antigua Roma. Y allí, en presencia de dos mil electores, Gambetta ha sostenido con vigor y ha explicado con elocuencia sus habilidades parlamentarias, su táctica política, sus transacciones continuas, su renuncia á ciertos

principios inaplicables hoy, el freno puesto á las pasiones exageradas y la tregua á las impaciencias febriles, la alianza con los conservadores y la necesidad imperiosa de continuarlas, llegando hasta decir que el Senado tan opuesto á todas las tradiciones republicanas, el aborrecido Senado, la Cámara alta, la Cámara moderatriz, la Cámara conservadora puede ceder en bien y en provecho de la democracia. Su única exigencia ha consistido en demandar al gobierno tres cosas: una ley que asegure la libertad de imprenta, otra ley que levante el estado de sitio y otra ley que regule y ordene la eleccion de las municipalidades por los pueblos. Con estas tres leyes se puede asegurar el libre voto público y se puede ir en pos de su expresion más genuina á las próximas elecciones, ya que Francia ha entrado en plena soberanía y en plena posesion de sí misma por medio de su definitiva República.

Monte-Carlo 16 de Abril de 1875.

SESIONES DE UN PARLAMENTO.

Encontrándome en la augusta capitalidad del mundo católico no extrañareis que os hable algo del Catolicismo. Casualmente en los dias que corren, las cuestiones políticas se mezclan y se confunden con las cuestiones religiosas. La última agitacion de Inglaterra promovida por los folletos de Gladstone; las medidas cada dia más represivas de Alemania contra el clero secular y regular; las dificultades crecientes de la restauracion española y el principio invocado por los carlistas; las luchas entre el gobierno belga y el gobierno prusiano; los debates de las Cámaras italianas que han tomado la altura de verdadera crísis política y social; las amenazas mismas de guerra entrañan las ideas religiosas como las nubes el vapor y la electricidad.

na se precipitaba de nuevo en las Catacumbas.

Las peregrinaciones francesas son las únicas peregrinaciones frecuentes. Algun sacerdote las dirige mezclando en extraña amalgama las ideas religiosas con las ideas artísticas. Primero les mide la distancia de la puerta al abside, les muestra en cuánto el largo de la Basílica excede á todas las Catedrales del mundo, les habla de los metros que tiene la cúpula de altura, les enseña las estátuas y los mosáicos, para llevarlos luego á postrarse de hinojos ante la tumba de San Pedro y á entonar allí algun cántico religioso. Mas es de ver la brusca facilidad con que pasa el guia eclesiástico de sacerdote á cicerone, y del Miserere de David á consideraciones sobre el Marata ó el Bernino. Todas aquellas pobres gentes llevan alguna reliquia que bendecir y algun ahorro que dar en cambio al Papa. Algunos muestran verdadera piedad. Otros van como á un viaje de placer, más curiosos que creyentes. Pero todos tienen algo que ver con esa reaccion clerical, cada dia más pujante, que en Alemania conspira y en España se subleva y pelea.

Cuando Pio IX aparece, las rodillas de los piadosos flaquean, sus manos se juntan, sus labios murmuran religiosas plegarias, y el director de

la peregrinacion eleva algun caloroso mensaje en que vierte numerosas maldiciones, en palabras no siempre escogidas, sobre el rey de Italia y sobre su gobierno. El Papa, á su vez, repite las antiguas quejas y las sabidas lamentaciones. Y yo me atrevo á preguntar, en elogio á la prudencia italiana: ¿Qué gobierno, qué estado podria sufrir estas continuas manifestaciones en contra de su existencia; esta peregrinacion incesante, estos discursos, sino ese estado italiano, el cual reune á dotes no ménos raras el exquisito conocimiento de la realidad y la prudencia soberana que le han vencido todos los obstáculos y le han superado todas las dificultades?

Sin embargo, en el Parlamento italiano reinaban estos últimos dias algunas alarmas. Habíase hablado en Europa de que la ley de garantías acordada al Padre Santo disgustaba en Alomania; decíase que la entrevista del rey de Italia con el emperador de Austria en el Véneto se encaminaba derechamente á oponer alguna resistencia ó algun dique á las ambiciones prusianas. Coincidia con todo esto una nota de Bismarck al gobierno belga conjurándole á modificar sus leyes de imprenta en todo aquello que á los soberanos extranjeros se refieren, y á impedir que los obis-

pos perturbasen á sus anchas, con epistolas y sermones de tendencias contrarias á la política prusiana, las buenas relaciones internacionales. Añadíase que la respuesta un tanto altiva de la Bélgica estaba inspirada por las pasiones de Francia, y que el resultado de todo esto podria ser una nueva guerra europea. Hasta se señalaba al partido militar prusiano como impaciente y esperando la señal de las hostilidades, detenidas por la necesidad que tiene Prusia, para moverse, de contar en todo evento con la neutralidad ó con la aquiescencia del Gobierno de San Petersburgo. Por consiguiente, Italia debia pensar con madurez, con profunda reflexion, qué le convenia en esta tremenda crisis; Italia, que guarda y cela al jefe nato del Catolicismo, en cuyas manos parece que están hoy los huracanes de la guerra europea, próxima á desatarse y á encrespar á todas las naciones. Así, la manera de cumplir el Gobierno la ley que protege al Papa debia ser tratada en el Parlamento italiano. Una pregunta del diputado La Porta suscitó esta cuestion pavorosa. El Gobierno se resistia á entrar en ella, primero por lo mucho que esta cuestion se complica con todas las cuestiones europeas, y despues por no tener completa seguridad de su mayoría. La vida

del ministerio Minghetti es una vida asaz precaria. El Parlamento le sostiene, pero no le sigue. Desea que continúe á causa de la dificultad de reemplazarlo; pero no desea participar ni de toda su política hoy ante la Italia, ni de toda su responsabilidad mañana ante la historia. Y esto es tan cierto, que, elegido el Parlamento bajo los auspicios de este gobierno, compuesto de fracciones muy conservadoras en su mayoría; decidido á la estabilidad, vota por la política del Gobierno en su conjunto y rechaza las leyes que vienen á ser como la determinacion de esa política. El diputado Nicotera le decia al Gobierno con verdadera oportunidad, quo gobernaba con una mayoría grande por el número, pero indecisa é incierta por la política. Un asunto tan grave como el asunto de la conducta seguida por el Pontífice podia muy bien disolver la mayoría y disipar la autoridad del Gobierno.

Así la oposicion se acogió á este asunto y lo encomendó á sus más insignes oradores. Cuéntase entre los primeros el Sr. Mancini, diputado ilustre, que sobrellevó todo el peso de la formidable discusion. Acostumbrado al Foro, sus discursos no tienen la grandeza de los discursos parlamentarios, animados por una poderosa elocuencia.

Pero á cambio de esto tiene tal hilacion en el raciocinio, tales proporciones arquitectónicas, método tan claro, recursos tan naturales y sencillos, una sóbria elegancia de frase mezclada á una gran energía de pensamiento, que le colocan, y con justos títulos, entre los grandes oradores de Europa. El tema de la oposicion se compendiaba en esta idea capitalísima; la ley se cumple en todo cuanto favorece al Vaticano, y en aquello que le daña no se cumple. El ministro de Justicia casi convino en la verdad de este aserto, pero sostuvo que su política de tolerancia con la Iglesia era la más favorable al desarrollo de Italia y á la pacificacion de los ánimos. Ante esta declaracion, la Cámara se exacerbó en tales términos, que fué preciso un discurso habilísimo del presidente prometiendo para lo sucesivo ser más enérgico con el claro, con lo cual se captó una mayoría de setenta votos.

Tres sistemas hay en las relaciones entre la Iglesia y el Estado:

Ó la Iglesia predomina sobre el Estado, como sucedió en cierto período de la Edad media;

Ó el Estado predomina sobre la Iglesia, como sucedió en el período último de la monarquía absoluta;

Ó el Estado y la Iglesia se separan, como quieren las modernas democracias.

El sistema italiano es un sistema intermedio que tiene muchas dificultades, y que solo puede durar lo que dure la vida del Papa.

Roma 8 de Mayo de 1875.

FIN

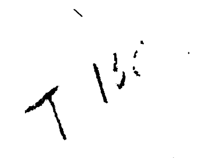
DE

PERFILES DE PERSONAJES

Y BOCETOS DE IDEAS.



ÍNDICE.



PERFILES DE PERSONAJES

Y

BOCETOS DE IDEAS,

POR

D. EMILIO CASTELAR.

MADRID:
LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN,
Puerta del Sol, 6; y Carretas, 39.
El Libro de Oro.
1875

